

MARINA BERNAL

---

# REINITAS

---

Feminidad, niñas y belleza en Colombia



MARINA BERNAL

---

REINITAS

---

Feminidad, niñas y belleza en Colombia

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Bernal Gómez, Marina, 1972-

Reinitas : feminidad, niñas y belleza en Colombia / Marina Bernal ; [prefacio, Mara Viveros Vigoya]. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas : Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), ©2026, 2026 364 páginas : ilustraciones (principalmente a color), diagramas, fotografías, mapas. -- (Colección Fuera de serie).

Incluye bibliografía

ISBN 978-628-7774-48-3 (impreso). -- ISBN 978-628-7774-49-0 (digital)

1. Niñas -- Situación social 2. Cuerpo femenino -- Representaciones culturales -- Colombia 3. Niñas -- Psicología 4. Arquetipo (Psicología) 5. Reginidad 6. Belleza corporal -- Aspectos psicológicos 7. Reinados de belleza en la cultura popular -- Risaralda (Colombia) -- Relatos personales 8. Feminidad -- Aspectos simbólicos 9. Belleza femenina (Estética) -- Estudios interculturales 10. Concursos de belleza -- Análisis transcultural 11. Rol sexual 12. Educación de niñas 13. Estudios de género 14. Teoría feminista 15. Investigación etnográfica 16. Antropología feminista -- Tesis doctorales -- Colombia 17. Antropología cultural y social -- Investigación -- Colombia I. Viveros Vigoya, Mara, 1956-, autor de prefacio II. Título III. Serie

CDD-23 305.23082 / 2026

### **Reinitas. Feminidad, niñas y belleza en Colombia**

© Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas

© 2026, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

© Marina Bernal Gómez  
Primera edición 2026

ISBN-IMPRESO: 978-628-7774-48-3  
ISBN-DIGITAL: 978-628-7774-49-0

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
Comité editorial

Nohra León Rodríguez

Decana

María Consuelo De Vengoechea Rodríguez  
Vicedecana Académica

José Daniel Pabón Caicedo

Vicedecano de Investigación y Extensión

Véronique Claudine Flori Bellanger  
Representante de las Revistas Académicas

Andrés Leonardo Góngora Sierra

Director del Centro de Estudios Sociales (CES)

María Inés Barreto Romero

Representante de las Unidades Académicas Básicas

Comité de publicaciones

Escuela de Estudios de Género

Tania Pérez-Bustos

Sonia Patricia Vargas Martínez

Andrea Marcela Barrera Téllez

Franklin Gil Hernández

editorial\_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

#### Preparación editorial

Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas

Jineth Ardila Ariza

Dirección del Centro Editorial

Catalina Arias Fernández

Coordinación editorial

Michael Cárdenas Ramírez

Coordinación gráfica

Sarita Martín Rincón

Edición de mesa y lectura en armada

Sugey Valois

Corrección de estilo y lectura en armada

Michael Cárdenas Ramírez

Diseño de la colección

Alejandra Tashko

Diseño y diagramación

Imagen de cubierta

INSTITUTO COLOMBIANO

DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA (ICANH)

Alhena Caicedo Fernández

Directora general

Bernardo Pinilla Zuleta

Subdirector de Investigación y Producción Científica

Andrés Delgado Darnalt

Líder del Área Funcional de Publicaciones

Pedro J. Velandia

Coordinador editorial

Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

Calle 12 # 2-41, Bogotá D.C.

Tel.: 6017954790

www.icanh.gov.co

Bogotá, 2026

Impreso en Bogotá

Imprenta Nacional de Colombia



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

MARINA BERNAL

---

# REINITAS

---

Feminidad, niñas y belleza en Colombia



Culturas



ICANH



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA

IN MEMORIAM



## *A mi compañera de vida*

A Dei, por tanto amor, complicidades y  
revoluciones compartidas.

## *A mis abuelas*

A Carmen, que me heredó, cuando nació, una habitación propia literaria;  
a Jacinta, que, sin saber leer, me enseñó entre arrullos la magia de contar  
historias; y a Esther, que me introdujo a la pasión por la lectura, al calor de  
su abrazo de mecedora.

## *A mis maestras feministas*

A Itziar (Iciar) Lozano, por su entrañable afecto y sororidad en la creación  
de revoluciones feministas; a Mercedes Barquet, por estimularme a hacer  
un posgrado y recordarme, junto a Itziar, que las activistas feministas po-  
demos, además, ser doctoras. Y a Luz Gabriela Arango, por su cálida com-  
plicidad al perfilar el proyecto que dio origen a este libro y por la revelación  
compartida del «aprincesamiento».



# CONTENIDO

10

## AGRADECIMIENTOS

16

## NOTA EDITORIAL

22

## PREFACIO

28

## INTRODUCCIÓN

56

## GENEALOGÍAS

57

¿De dónde surgen los reinados de niñas?

64

Había una vez un Nuevo Reino de Granada...

80

Las geopolíticas de la belleza

87

Moda, belleza, reinas y distinción

100

## REINITAS

101

La invención de la infancia y la niñez modernas

106

Las pedagogías de la feminidad

113

Políticas de la representación

127

La espectacularización de las niñas

135

Devenir niña, princesa y reinita

139

El *target* de la feminidad infantil

**168**

## **PEDAGOGÍAS Y CONTRAPEDAGOGÍAS**

169

El «aprincesamiento»

184

Maternar la feminidad

193

Contrapedagogías

**204**

## **REINADOS**

209

Miss Tanguita

221

Miss Princesita Real

229

El Carnavalito

250

Niña Colombia

258

Ser niña en Risaralda

281

Ser reina de Santa Rosa

**310**

## **PASARELA**

315

El tablón endeble y el salto al abismo en Colombia

322

El imposible equilibrio

**327**

Bibliografía

**351**

Anexos

**357**

Índice de imágenes

**360**

Índice de tablas y gráficos

**361**

Nota sobre la autora

# AGRADECIMIENTOS



**E**ste libro es el resultado de una larga trama de voluntades, afectos, deseos e interrogantes que se fueron sumando a la pregunta inicial que detonó un proyecto de investigación doctoral. Este germinó porque comenzó a entrelazarse y a alimentarse de presencias, encuentros, complicidades, búsquedas y más preguntas que le dieron impulso, sentido, movimiento y dirección. De ahí emergió el tejido del relato que siguió a la tesis y que concluye aquí, temporalmente, como un punto aparente. Pero, sin duda, este relato se prolongará y florecerá en las búsquedas y reflexiones que este libro suscite en otras personas. En ustedes, sus lectores y lectoras.

De esta trama, quiero reconocer y agradecer en primer lugar a las niñas —y a sus madres, padres, acudientes, familias y redes sociales extensas— con quienes conversé, compartí y de quienes aprendí durante los más de siete años dedicados a esta investigación. Gracias por su confianza y generosidad, y por abrirme un espacio en su cotidianidad. A Vero y a Vale, por ser mis guías; a la Red de Mujeres de Risaralda, en particular a la memoria de quien fue su coordinadora, Rosalba Salazar, y a Margarita Fajardo, por su generosa escucha y reflexiones compartidas.

Este libro es para ustedes: las niñas colombianas. Las niñas que fueron, las que son y las que vendrán a interpelar esta categoría contingente.

A mi querida profesora y amiga, la doctora Mara Viveros, ¡gracias!, por el acompañamiento y la lectura crítica y generosa. Toda mi admiración, afecto y respeto por tu sabia manera de acompañar esta reflexión sobre «las reinitas». Mara, tu confianza me dio la libertad escritural que necesitaba para producir este texto, tal y como devino. Gracias por mis alas.

Muy especialmente, quiero agradecer al Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG), del cual hago parte, con cuyos integrantes tuve la oportunidad de compartir hallazgos preliminares de este trabajo y de contar con oportunas y valiosas retroalimentaciones; y a la Escuela de Estudios de Género de la Facultad de

Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, por honrarme al incluir este texto en su plan de ediciones del periodo 2022-2024. Ha sido una alegría sentirme acogida por ustedes, colegas y profesoras, con quienes comparto búsquedas y afinidades investigativas.

A las profesoras Catalina Cortés, Mari Luz Esteban y Marta Zambrano, por su lectura atenta que me permitió re-conocer y enriquecer mi texto a partir de sus sugerencias y comentarios. Las lecturas de todas ustedes, así como sus trabajos desde la antropología, sobre todo feminista, los estudios culturales, la antropología histórica y de lo visual, y la teoría feminista y de género, han sido y continuarán siendo parte fundamental de mis reflexiones.

A Dei, mi compañera de vida durante dieciséis años, mi *Aleph* Deidamia García. Gracias por tu *certeza del amor* y tu manera de practicarla a través de los cuidados cotidianos, por tu abrazo de colores, tu complicidad, tu inspiración y esa escucha atenta a cada nueva línea de análisis sobre las *Reinitas*. Por la risa, el canto y la creatividad desatadas en medio de una pandemia y otros retos preexistentes que nos impulsaron, contra todo pronóstico, a concluir nuestros proyectos académicos posgraduales. Y a Frida, la integrante felina de la familia, por tu amorosa, constante y serena presencia en las jornadas infinitas de escritura, y el regalo de tu existencia en esta aventura colombiana que, como tú, cumplió más de dieciséis años. Vuelen alto, amadas mías.

A Franklin Gil, Natalia Escobar y Amanda Cortés, por tantos años de amistad, búsquedas y belleza compartidas. Por la escucha y lecturas atentas, el apoyo, las risas y las «intervenciones en crisis» doctorales. Gracias por compartir conmigo la experiencia retadora y desencajante de hacer un doctorado.

A mi querida Eugenia Vergara —la causa humanitaria—; a Rossy García y Tyzoc Muñoz —siempre amorosos y siempre en movimiento—; a Marcela Turati —pluma incansable, solidaria e inspiradora—; y a Tania Vives —cómplice en la pasión por la investigación en educación—, gracias por los café internet, las visitas, los apapachos y las porras mexicanas. Gracias por motivarme a continuar escribiendo.

A todas mis amigas feministas por estar siempre atentas a los avances de mi trabajo. Particularmente a Fabiana Betancourt, por involucrarse de todas las formas posibles, algunas improbables, pero altamente significativas para que este trabajo se hiciera realidad, desde la amistad y la complicidad feministas. A Andrea de «De Rulo», por las largas conversaciones sobre el pelo y la belleza; a Fanny D'Argence, Josie Chávez, Julia Pérez, Luchi Linares —quien hoy ya no está en este plano—, Margarita Argott, María Escudero, Maribel Riaño, Marta Tamayo, Rocío Duque, Silvia Zaide y Sonia del Valle, por la inspiración, las conversaciones, las carcajadas, las complicidades, *la amorosidad* y ese afecto inalterable que ha trascendido el tiempo, el espacio y los devenires vitales.

A las amigas lesbianas colombianas Adriana González, Marcela Rojas, Marcela Sánchez y Viviana Bohórquez, por su afecto y escucha paciente de relatos interminables sobre mis recorridos de campo por los reinados hasta el 2018.

A Gloria Hazel Davenport por nuestros encuentros y reflexiones compartidas hace más de veinte años, y a Mónica Cejas, quien me conoció en medio de mis afanes por avanzar en múltiples causas y agendas sociales, y me impulsó a no abandonar mis proyectos académicos.

A Constanza Alarcón y Laura Gómez, por la inspiración, la confianza y por compartir la convicción de trabajar por la primera infancia; a Cristina y Camilo Rojas, y a quienes hicieron parte del inicio del colectivo Entretránsitos, por permitirme aprender de otras niñeces no hegemónicas, como posibilidades infinitas de construcción subjetiva.

A quienes me acompañaron y sostuvieron durante el final del 2024 y todo el 2025 para transitar el tsunami que trastocó mi existencia, y que junto a Amanda Cortés, Eugenia Vergara, Martha Tamayo y la mayoría de quienes ya he mencionado, vinieron a integrarse a esta cadena de afectos que da *la certeza del amor* practicada: Edna Bonilla y los amigos exSED, Gloria Cuartas, Istar Gómez, la doctora Jannette, Jenner Ruiz, Karen Garcés, Laura Algarra, Liliana Mosquera, Omar Escobar, Sabrina Burgos y los padres Ángel y Bolívar, ¡gracias! Gracias por estar y hacer parte, ahora junto a Arrullo, la gata, de mi extensa familia elegida colombiana.

Gracias al estímulo a la investigación Fals Borda de 2015 otorgado por la Universidad Nacional de Colombia, que me permitió producir la página web de *las Reinitas* como un subproducto asociado a mi investigación doctoral, con el soporte administrativo de Erwin Estupiñán y Érika Morales y el apoyo técnico de Felipe Pérez y Alejandra Quintana.

Para concluir, quiero agradecer la confianza depositada en mi trabajo por la escuela de Estudios de Género que, bajo la dirección de Mara Viveros (2022-2024) y luego de Franklin Gil (2025-2026), impulsó el proceso de coedición entre la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), dirigido por Alhena Caicedo, quienes conjugaron voluntades y esfuerzos para la publicación de *Reinitas*, y que permiten que este libro se encuentre hoy entre tus manos. Gracias al ojo editorial de Germán Barbosa frente a una versión muy preliminar de este texto; a Juliana Gómez Puerta, de la Escuela de Estudios de Género, por acompañar con su entusiasmo la promesa inicial de este libro; y a Sugey Valois, por su impecable profesionalismo editorial, energía y sonrisa sin miedo, que junto al bello diseño de Alejandra Tashko y el impecable trabajo de todo el equipo del Centro Editorial de la Facultad de Ciencias Humanas, bajo la dirección magistral de Jineth Ardila, hicieron posible que la edición final del libro llegara a buen puerto. Y, sin más, a todas las demás personas que contribuyeron, apoyaron, facilitaron y siguen escuchándome en mis búsquedas: gracias infinitas.



# NOTA EDITORIAL





cercarse a un texto es reconocer también lo que Michel de Certeau denominó los «modos de hacer» al hacer investigación. Lo convoco aquí para que me acompañe a referirme a esas formas contrahegemónicas de adentrarse en esa «super-carretera del conocimiento académico», cuando al ir haciendo investigación y reportando lo que hacemos, no solamente vamos recorriendo las rutas ya trazadas sino que, al mismo tiempo, de tanto en tanto, vamos descubriendo caminos paralelos, alternos, explorando pequeñas y subrepticias veredas, «trochas», como se les llama en Colombia. Esas estrechas vías subalternas, en el continuo trasegar, de a poco van configurando una convención de otros modos de caminar, otras formas de ir de un punto a otro, un modo alternativo de conocer, otros modos de comunicar y, en suma, de ser y hacer en la investigación.

Esas vías son modos de caminar el conocimiento: tejer el texto que, en su trama y en su diseño, denota los secretos de su urdimbre, de la corporalidad y los sentidos de quien lo teje y de la rueca y el telar del que emerge. Son los modos de hacer una investigación que se arriesgue a ir más allá del molde preformado y serial establecido por las normas y el canon, interrogando los márgenes de lo que puede o no ser considerado un conocimiento científico y rigurosamente producido, pero que la antropología feminista, los estudios de género y los estudios críticos han venido poco a poco desmontando, poniendo de presente la importancia del conocimiento situado, la necesidad de reconocer cómo se juega la subjetividad en los medios y los modos de hacer investigación y contribuyendo a configurar, con persistencia y creativa rigurosidad, estos nuevos caminos como válidos, haciendo de esa vocación de exploración subalterna una cualidad a continuar cultivando.

Por lo anterior, haciendo honor a quienes me han antecedido en estas artes de hacer, he incorporado deliberadamente ciertos recursos visuales, gráficos y estéticos que hicieron parte de mi forma de enfrentar el campo, para traducirlos en algunas licencias

creativas que me he tomado, con la intención de convocar a quien lee a experimentar el sentido profundo del quehacer etnográfico.

En el texto, las cursivas presentes en apartados específicos tienen distintos significados. Las que se encuentran como secciones extensas a color en «Niña modelo de pasarela (1994); Niña Bonita (1996); participante del concurso Niña Risaralda (1998)» y en «Niña Colombia» no deben entenderse como citas textuales, ni epígrafes convencionales, sino que funcionan como verbalizaciones *in extenso*, que pretenden construir colectivamente sentidos y conocimiento desde el lugar de la experiencia vivida.

Estas secciones representan espacios donde las reflexiones en primera persona vienen a llenar esos vacíos y silencios que, al hacer mi propia búsqueda bibliográfica y documental encontré; representan la falta de documentación y registros sobre las experiencias vividas de las niñas, en primera persona, que en suma constituyen el eje de esta investigación.

Apartados como los que aparecen en «Un poder real: la reina del carnaval», denotan el carácter polifónico de los significados que las niñas y los niños atribuyen a las reinas y los reinados en contextos específicos, en este caso, en Barranquilla. Adicionalmente, en el apartado «Ser reina de Santa Rosa», la escritura también acude a las voces en primera persona, pero reconociendo en estas un saber empírico profundo que en el texto adquiere el mismo peso, relevancia y legitimidad que el de los diversos autores y autoras con quienes en otros apartes interlocuto. Por ello, son interlocutoras.

Finalmente, en los inicios de «Políticas de la representación», «Maternar la feminidad», «Las pedagogías de la feminidad» y «El Carnavalito», los textos ahí inscritos como epígrafes tienen la finalidad de situarse como un tono inicial dado por narrativas ya existentes en textos académicos, literarios o periodísticos, que convoco a dialogar con esas otras voces presentes, como citas cortas de verbalizaciones recogidas en campo, como una especie de ejercicio musical multitonal, una suerte de canon, con voces con diferentes registros entonando una misma melodía, que permitió situarlas orgánicamente juntas, superponiéndose vocal y armónicamente.

Esta elección responde a una necesidad y una convicción política profundas: darle relevancia y voz propia a sus relatos, lo cual no se logra con la simple referencia de una cita, sino que demanda un ejercicio creativo, una licencia editorial que permita denotar ese lugar intermedio entre la cita y mi reflexión, crear un espacio en el texto que reconozca la complejidad, riqueza y singularidad de ese lugar de enunciación. Al hacerlo, trato de transmitir no solo lo que estas voces comunican, sino también aquello que sentí como interlocutora, y que a menudo se escapa del canon de los métodos académicos convencionales y que, sin embargo, la antropología y las metodologías feministas y contrahegemónicas han puesto siempre de presente.

Para proteger la identidad y la intimidad de las personas que generosamente compartieron sus historias conmigo, las entrevistas y comunicaciones personales han sido referenciadas mediante una nomenclatura alfanumérica. Esta sistematización alude a las circunstancias específicas de cada encuentro y a las características de quienes participaron, para preservar la confidencialidad sin perder el rigor del trabajo de campo. Asimismo, en el caso particular de ciertas figuras clave con las que dialogó en algunos apartes del texto, como la madre de Mar\*, opté por emplear un nombre ficticio señalado con un asterisco.

En la sección final del libro incluyo un registro detallado de estas interlocuciones, y en la bibliografía los nombres aparecen en extensión, como una apuesta de resistencia feminista ante el borramiento de identidades y autorías que suele ocurrir con el uso de acrónimos o siglas. Y esto incluye respetar la forma en que las autoras, mujeres en su mayoría, han requerido ser identificadas, ya sea por un pseudónimo en algunos casos, o aquellas como bell hooks, quien eligió que su nombre fuera escrito en minúsculas; porque la escritura, los modos de ejercerla y cómo nombrarse en ese ejercicio son también una reivindicación escritural de una forma de situarse y desde ahí rehacer el mundo.

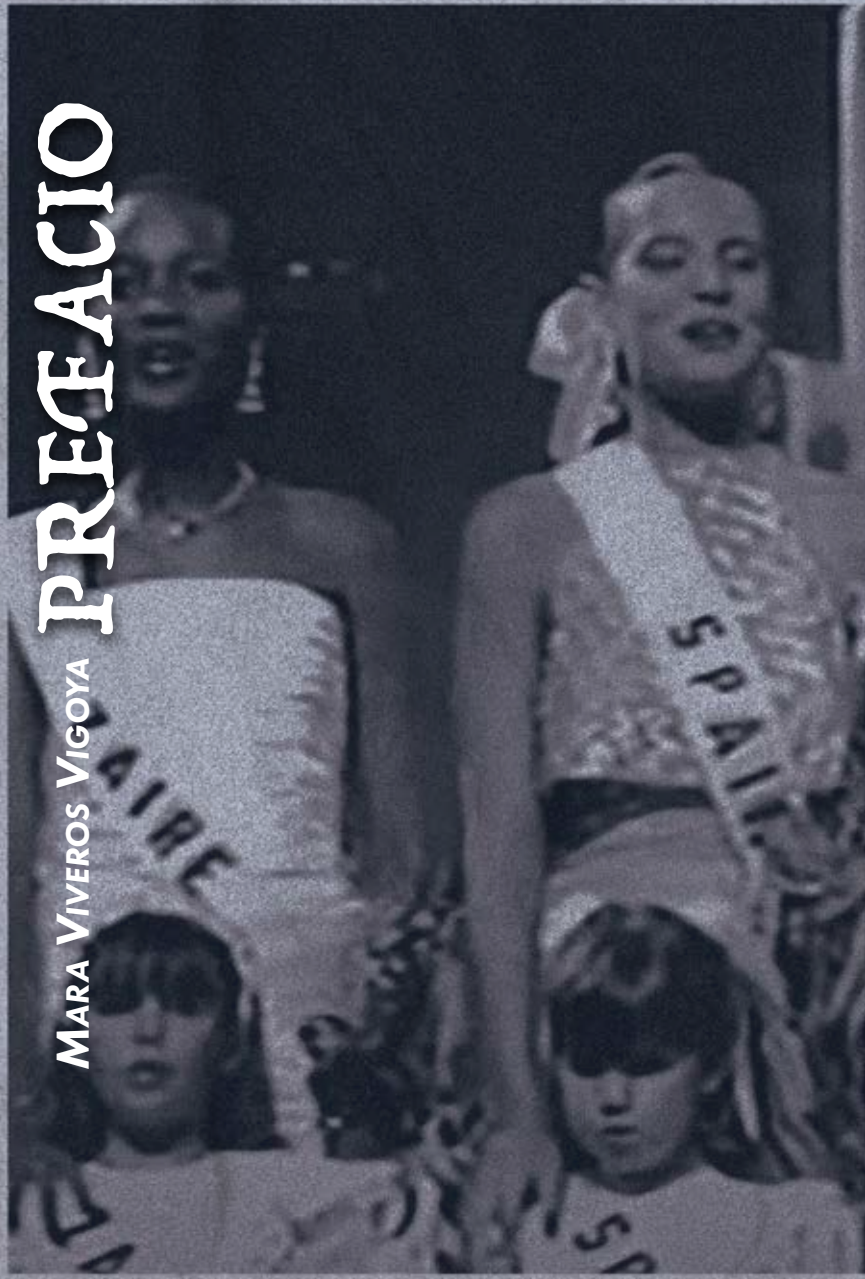
Este texto, en suma, aspira a ser una trocha: comunicante entre el rigor académico, la exploración de recursos éticos, estéticos y afectivos, y las niñas a quienes he dedicado este trabajo, las que fueron, las que son y las que vendrán —como dije— a cuestionar

esta categoría contingente; una vereda que convoca a explorar la experiencia y la sensibilidad, con respeto y reconocimiento a las voces de las mujeres y las niñas que han sido su sustancia, para que quien lee se aproxime a esas voces y experiencias vividas con el cuidado y la profundidad que merecen.



# PREFACIO

MARA VIVEROS VIGOYA





Algunos de los episodios que dieron origen al libro *Reinitas. Feminidad, niñas y belleza en Colombia*, de Marina Bernal, comienzan con un gesto de desborde: el de un niño que, al ver a los mayores desfilando en el Carnaval de Barranquilla, pidió tener su propio carnaval «para no quedarse en la cola de los desfiles de los grandes». Esa frase, aparentemente ingenua, encierra una profunda intuición política y estética: reclamar un lugar para la infancia en el espacio público y afirmar su potencia creativa. Así nació en 1991 el primer *Carnavalito*, con una clara impronta pedagógica.

Años después, Antonella, de dieciséis, se prepara para representar a su colegio en el carnaval. Ensaya de forma intensiva porte, ritmo, movimientos escenográficos y, sobre todo, la sonrisa. «La gente no quiere ver una cara amarga», dice con convicción, recordando su paso como reina del jardín. Heredera de una estirpe de reinas —su tía también lo fue—, insiste: «Lo importante no es la corona, es el carnaval». Álvaro, de quince años y rey Momo en 2012, completa la escena coral barranquillera: «Todo el mundo debería vivirlo alguna vez», dice, recordando cómo el reinado le dio confianza y visibilidad. En sus palabras resuenan los aprendizajes tempranos de una pedagogía silenciosa: niñas y niños que, entre el juego y el deber, aprenden a ser vistos y a sostener la mirada del público como una forma de pertenencia.

En Santa Rosa de Cabal, el aire huele a café recién tostado y, a veces, también a laca para el cabello. Cerca de la plaza principal, los avisos de peluquerías y gimnasios se alternan con los de tiendas de ropa: la belleza parece un lenguaje común, una forma de pertenecer. Fue allí donde Marina Bernal conoció a Vero y Vale, dos gemelas de doce años que un día le contaron a su madre —una amiga cercana, feminista y residente del pueblo— que querían inscribirse en el reinado escolar. «Solo para saber qué se siente», le dijo Vale, con un tono entre la curiosidad y el desafío. Vero, en cambio, explicó con convicción que en Santa Rosa ser reina es una manera de que la

vean diferente, «como más arriba». Su comentario dejaba entrever que, en ese lugar, el valor femenino se mide en el terreno visible del cuerpo.

A partir de escenas como esa, *Reinitas* despliega una etnografía lúcida y sensible que se adentra en el universo de los reinados infantiles y en las tramas afectivas, morales y raciales que los sostienen. Las niñas reinas, dice Marina Bernal, se construyen en la intersección de tres registros —el moral, el estético y el político—, pero esta intersección trasciende a las niñas reinas mismas: la cultura regínica permea el modo en que todas las niñas colombianas aprenden a habitar sus cuerpos y a resistir los mandatos de género, belleza y blancura que las atraviesan.

El libro se estructura en cinco partes que trazan una cartografía precisa y matizada de los reinados infantiles en Colombia, desde sus raíces históricas hasta sus manifestaciones actuales. A lo largo de ese recorrido, Marina Bernal pasa de observar los reinados como espectadora a internarse en ellos como etnógrafa, colándose tras bambalinas para comprender las pedagogías, los afectos y las tecnologías que sostienen este universo.

La primera parte, «Genealogías», reconstruye las condiciones históricas que dieron lugar a los reinados de niñas en el siglo pasado; la segunda, «Reinitas», examina la invención moderna de la infancia y las pedagogías de la feminidad que se despliegan en torno a concursos, pasarelas y escenarios de exhibición; la tercera se adentra en el «aprincesamiento», explora la reginidad y la belleza, así como el papel que desempeñan las madres en las pedagogías —y contrapedagogías— de la feminidad regínica; la cuarta parte, «Reinados», reúne relatos etnográficos sobre distintos certámenes infantiles en diversas regiones, con especial atención en Risaralda, y pone en evidencia el carácter polisémico y contradictorio de estos eventos. Finalmente, el libro cierra con lo que Marina comprendió tras bastidores: que detrás de las coronas infantiles se juegan y se aprenden formas de ser y devenir niña, el deseo y la disciplina que moldean la subjetividad femenina y los significados complejos de ser reina y ser bella en Colombia.

Tuve el privilegio de acompañar a Marina Bernal como directora de su tesis doctoral; este libro es fruto y prolongación de ese proceso. Es una alegría profunda ver cómo aquel proceso de investigación, ya riguroso y comprometido, se transforma ahora en un libro sugerente, reflexivo e inspirador, que amplía los marcos de la antropología feminista y abre nuevas preguntas para el estudio de la infancia y la feminidad en América Latina.

*Reinitas* se inscribe en la línea de una *antropología por demanda*, en el sentido propuesto por Rita Segato: una producción de conocimiento que responde a las preguntas de quienes suelen ser tratadas como «objetos» de estudio. Uno de los gestos más significativos del libro es otorgar protagonismo a las voces de las niñas, no como citas marginales, sino como relatos en primera persona que llenan los vacíos de la bibliografía sobre los reinados infantiles. Al darles el mismo peso que a las voces académicas, la autora realiza una apuesta política contundente: reconocer a las niñas como interlocutoras válidas y portadoras de un saber situado.

La caja de herramientas del libro proviene de la investigación feminista y de su capacidad para entrelazar dimensiones teóricas, estéticas y políticas. Esas herramientas, diversas y a veces incómodas, trazan el horizonte analítico desde el cual se piensa el reinado infantil como un espacio donde se entrecruzan género, edad, raza y clase, sin perder de vista las tensiones y contradicciones que estos escenarios encarnan en la vida cotidiana de las familias.

El resultado de este recorrido es también un aporte conceptual. A lo largo del libro emergen nociones forjadas en el proceso que permiten comprender mejor la complejidad de los reinados, al tiempo que abren un campo de estudio poco explorado en la antropología y los estudios feministas en Colombia. No pretende ofrecer respuestas definitivas, sino dejar planteada una grilla analítica que pueda ser retomada, cuestionada y ampliada por quienes decidan aventurarse en esta misma dirección.

Este libro se ubica en un espacio abierto entre el rigor académico y la exploración ética, estética y afectiva. Invita a reconocer la riqueza de las voces y experiencias de las niñas, con el cuidado y la profundidad que merecen, y a mantener viva la vocación exploratoria

de las ciencias sociales feministas en nuestra región. Al escuchar a las niñas —junto con sus madres—, emergen tensiones entre convicciones políticas y deseos de reconocimiento que complejizan nuestra lectura de la feminidad.

En esa inversión de la mirada y de la escucha, *Reinitas* construye una trama interpretativa que ilumina cómo género, edad, raza y clase se entrelazan en la formación subjetiva, mostrando en la reginidad un campo fértil —y contradictorio— en el que se reconfiguran los ideales femeninos, a veces al margen del modelo mariano y de la maternidad como destino.

Leer este libro me confirma, una vez más, que la investigación feminista tiene la capacidad de abrir mundos y transformar nuestras formas de mirar. Acompañar a Marina en este proceso —primero como directora de su tesis doctoral y ahora como lectora de su libro— ha sido también una experiencia de aprendizaje. *Reinitas* nos recuerda que las ciencias sociales pueden ser críticas sin perder cuidado, que es posible pensar con cercanía y escribir desde la escucha. Su mayor aporte quizás radique en mostrarnos que las niñas no son solo objeto de análisis, sino interlocutoras que, con su propia voz, nos invitan a replantear lo que entendemos por conocimiento, por belleza y por libertad.

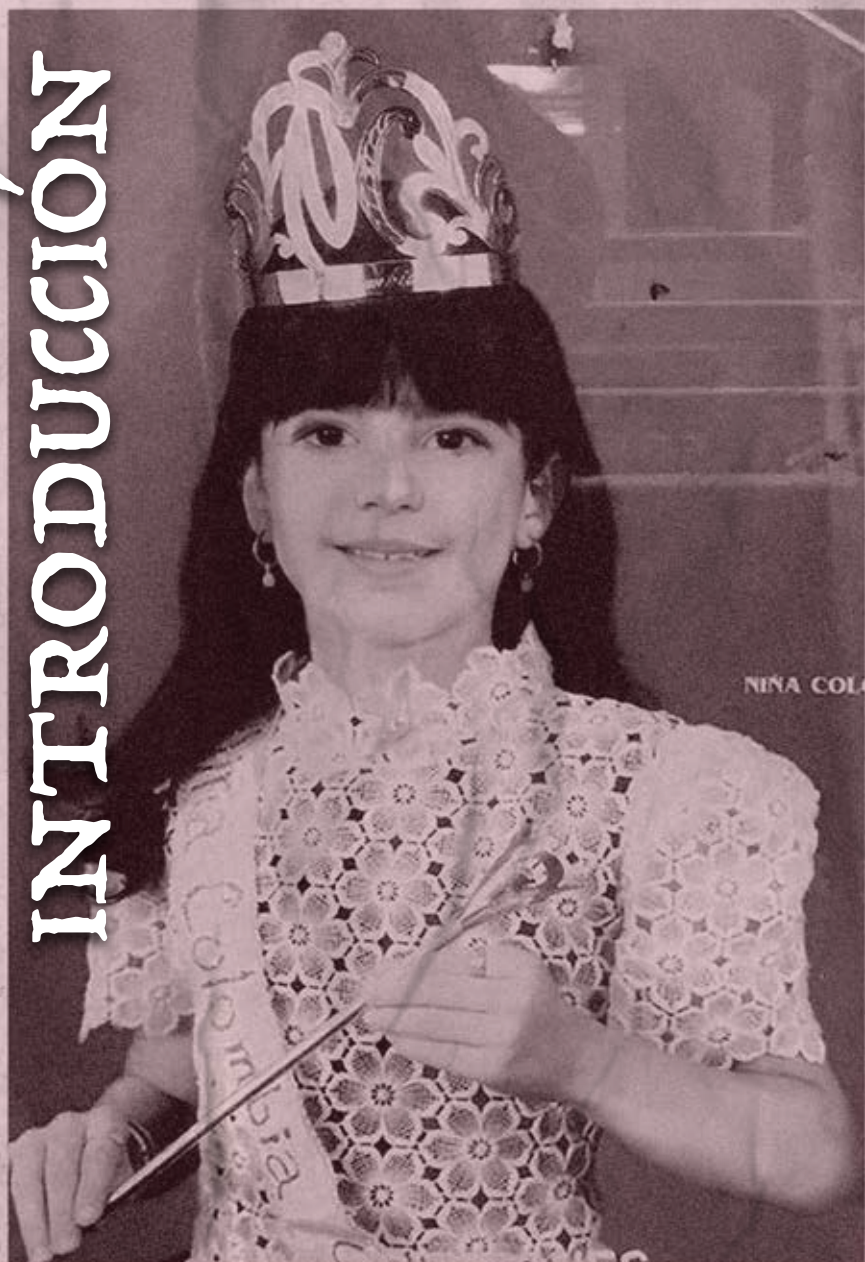
**Mara Viveros Vigoya**

Profesora Titular, Escuela de Estudios de Género  
Universidad Nacional de Colombia

**Bogotá, octubre de 2025**



# INTRODUCCIÓN





Este trabajo tiene como antecedente una reflexión que inicié hace años alrededor de las tensiones de «ser y hacerse cuerpo en femenino en la ciudad de México»: un ejercicio dialógico sobre la experiencia de crecer y habitar la ciudad, realizado junto a mi amiga y activista trans, Gloria Davenport.

Luego de compartir, hace más de dos décadas, la experiencia política de ser feministas y activistas defensoras de derechos humanos —aunque desde lugares y posiciones distintas—, este ejercicio etnográfico itinerante por la Ciudad de México del 2005, nos llevó a explorar la forma en que cada una experimentó la construcción de su feminidad infantil «performada» en tensión, entre los propios sentidos elegidos y los significados instalados por la mirada del otro, así como por el contexto cultural e histórico que compartimos.

Las reflexiones contemporáneas nos llevaron a evocar nuestras vidas como niñas que crecieron en el contexto de la capital mexicana, delineando, mientras caminábamos, lo que la profesora Mari Luz Esteban (2013) ha denominado itinerarios corporales<sup>1</sup>: un relato potente, contradictorio emocionalmente, y absolutamente encarnado.

En mi caso, la experiencia de habitar mi cuerpo signado como niña, en mis tránsitos por la ciudad, había resultado violenta y retardadora. Había perdido la cuenta de las veces que fui tocada sin mi consentimiento. En medio del dolor y la rabia, siempre me defendí. Muy pronto aprendí a reconocer mi cuerpo como significante y a decodificar y discriminar los atributos que se le asignaban al ser leído como femenino y heterosexual. Desarrollé un *performance* de la feminidad paradójico: aparentemente normativo por su expresión de género y, sin embargo, disidente.

---

1 De acuerdo con Esteban (2013), el itinerario es una construcción *a posteriori* de la vida y es útil para mostrar las vidas y cuerpos como procesos dinámicos, abiertos y en continua transformación que expresan la singularidad de la experiencia, susceptible de ser contradictoria y siempre inacabada. Un itinerario corporal es variable y multifactorial, pues depende tanto de los contextos sociales en los que se mueve la persona, como de las prácticas corporales e ideológicas sociales, incluso políticas, que estén inscritas en su cuerpo.

Por su parte, mi amiga recordaba que desde muy pequeña fue consciente de la violencia, el enojo y la frustración desatadas por los cuerpos que retan el binarismo sexual naturalizado, y la correspondencia que se presupone obligada entre anatomía, identidad de género, expresión de género y elección de objeto sexual. Por lo tanto, ante una realidad violenta, inflexible y binaria, Gloria niña logró abstraerse por medio de la imaginación, para configurar mundos posibles de existencia subjetiva femenina: «Mira, yo creo que las personas trans tenemos espacios mentales», me explica: «hasta que te buscas un espacio en el que te puedas acomodar. Por ejemplo, mi espacio mental era el bosque del Parque Hundido que, para mí, era como el bosque de los cuentos de hadas, entonces allá me iba». Al evocar su infancia, su niñez y juegos en un parque de la Ciudad de México, Gloria me permitió conocer a la mujer que se soñaba ser cuando era niña, y reconocí —como experiencia compartida— la relevancia de la imaginación, el juego, la literatura y los referentes femeninos alternativos en la construcción subjetiva corporeizada: «La zona del audiorama [una zona del parque aislada a través de paredes de acrílico, setos y árboles, diseñada con la estética de los sesenta, como espacio para escuchar música] era para mí la posibilidad de mi castillo..., de la reina Morgana de Avalon».

En ese lugar, Gloria encontró un escenario propicio para recrearse a sí misma. Como niña trans, allí jugaba a ser una mujer. Pero no cualquier mujer. A través del juego devenía en la mítica reina Morgana de Avalon: poderosa, temible, guerrera, bruja, indomable. Una reina.

Desde mi orilla compartí con ella que encontré ese lugar de posibilidad en la gimnasia olímpica. Esa práctica desarrollada desde los tres años hasta la adolescencia me permitió construirme un cuerpo fuerte, resistente, ágil, flexible, de mi diseño. Ante el candado de la inmovilidad y las restricciones de la escuela de monjas, la gimnasia y luego el teatro convertirían la expresividad de mi cuerpo y su movimiento en el testimonio material de mi resistencia. Como lo expresa Gloria cuando habla con contundencia de la forma en que habita su cuerpo, parafraseando a Virginia Woolf: «Mi cuerpo, además de ser mi habitación propia, es también mi nave espacial».

Para ambas, la literatura y luego el feminismo fueron fuente de referentes, herramientas, vínculos y alianzas. Desde ahí aprendimos a resistir y a defendernos cada vez más en colectiva. Poniendo el cuerpo<sup>2</sup> devinimos feministas y activistas de derechos humanos, y en ese mundo nos encontramos.

Ocho años después, ya en Colombia, en un barrio del occidente de la capital, aquella reflexión reemergió durante una fiesta infantil, mientras observaba el juego de dos niñas de clase media, de entre cuatro y seis años. El exacerbado *performance* de la feminidad de una de ellas, emulando a una reina de belleza adulta que sonríe, modela y posa como profesional ante la cámara, me convocó de nuevo a interrogarme por la construcción subjetiva de las niñas y la relación que este tipo de *performance* de género tiene (o no) con su vida cotidiana; con la forma en que se concibe la infancia y la niñez femenina en sus contextos socioculturales; con la crianza, dependiendo de quién o quiénes la ejercen; con el peso de lo que escuchan en su casa, en la escuela; con la forma en que se les enseña o se aprende a poner el cuerpo en la calle; con lo que observan en televisión, sus juguetes, sus juegos.

¿O quizás se trata de algo vinculado a un orden mayor? En el caso colombiano, ¿tendrá que ver más con la forma en que, como nación, busca verse a sí misma, como una refracción del deseo? Al respecto, en su trabajo sobre belleza y violencia, Michael Taussig (2014) pareciera proponer que se trata de una forma de afrontar la realidad violenta del país. ¿Es entonces un mecanismo de defensa —negación cultural— ante el horror cotidiano instalado por un conflicto armado de más de cinco décadas?

---

2 Evoco aquí la expresión «poner el cuerpo», utilizada usualmente en Argentina para dar cuenta de la dimensión corporal de la resistencia política. El hacerse presente de forma encarnada, «estar en la línea», con todas sus dimensiones de agencia, presencia, potencia y compromiso con la causa, para lograr cambios profundos y trascendentes, asumiendo las implicaciones de riesgo, esfuerzo y compromiso que esto conlleva. Cambios como los que, de hecho, se han visto recientemente en ese país frente a la despenalización del aborto, la ley de identidad de género y el reconocimiento de aportes por tareas de cuidado; todo como resultado de muchos años de «poner el cuerpo».

La madre de la niña de cuatro años, de cabellos adornados con un complejo peinado de cintas entretejidas, trenzas, estrellas rosadas y escarcha tornasolada, me comenta sonriendo: «Ella siempre ha sido así “desde chiquita”. Le encanta modelar y posar frente a la cámara, desde pequeña. Mi princesa», me dice mientras carga a la niña abrazándola con ternura: «seguro será reina».

Me pregunto cómo es que una princesa colombiana deviene reina y qué factores se juegan en ese tránsito: ¿será algo innato, como parece sugerir la madre?, o quizás ¿existen algunos dispositivos que desconozco —aunque intuyo—, que lo posibiliten, lo detonen o lo promuevan? Los reinados, la belleza y la construcción de la feminidad en las niñas colombianas se entrelazan como los listones de las trenzas que coronan la cabeza de la niña, delineando mi incipiente tema de investigación.

Recordando a Gloria y sus juegos infantiles de reina Morgana, observo los juegos de la pequeña futura reina colombiana: ¿las niñas reinas juegan a ser reinas, o a qué juegan?, ¿qué mujer se representan y a quién o a quiénes emulan?, ¿qué mujeres son sus referentes?, ¿de dónde surge el deseo de ser reinas?, ¿de ellas?, ¿de sus familias?, ¿de sus comunidades?, ¿es algo que solo puede explicarse al comprender la cultura colombiana en su conjunto?, ¿quizás la trasciende y es un fenómeno mercantil global? Si es así, ¿cómo se expresa en Colombia y en las niñas en particular?, ¿qué hace que algunas niñas sueñen con ser reinas y otras no?, ¿será que las hijas de feministas colombianas, al contar con otras herramientas y repertorios de género, no tienen este tipo de aspiraciones como referentes maternos?, ¿de qué manera se inscriben los repertorios culturales de la feminidad, infancia, belleza y «colombianidad» de reinas en las niñas?, ¿cómo se articula todo esto con su deseo de representar «la belleza y gracia de las niñas colombianas»<sup>3</sup>?

Poco tiempo después de aquella fiesta infantil, y mientras exploraba someramente la práctica del *pole dance*, que ofrecían a niñas de colegios en Bogotá como actividad extracurricular, el

---

3 Como reza el eslogan de uno de los reinados de niñas con proyección internacional más antiguos del país, llamado «Niña Colombia».

reinado de Miss Tanguita se convirtió en el centro del debate nacional e internacional. Fue definitivo. Poco después, ya con el proyecto de investigación aprobado, el horizonte de sentido de este trabajo se comenzó a perfilar al recorrer los reinados con cámara en mano.

Además de cumplir con un requisito académico para acceder a un título de doctorado en Antropología, este proyecto conllevaba para mí una apuesta política. Implicaba el compromiso de producir algo que trascendiera el plano académico y que apostara por expresarse en recursos accesibles, legibles y viables para otros fines de orden reflexivo, pedagógico y político. Especialmente para las niñas, las protagonistas de este estudio, y para las personas cercanas a ellas.

Con estas premisas desarrollé la primera fase de mi trabajo. Por un lado, reconociendo el campo de producción de conocimiento académico sobre el tema para situar mi trabajo en la producción nacional y latinoamericana; y, por otro, buscando historizar esta práctica en la realidad colombiana, identificando momentos clave en la génesis de los certámenes de niñas en el país.

Las búsquedas iniciales me enfrentaron a la inexistencia de producciones académicas colombianas que trataran sobre niñas reinas o reinados infantiles, pero además constaté lo escaso de la producción académica nacional en lo que se refiere a la construcción subjetiva de las niñas desde la antropología. Aunque reciente, existe una interesante producción sobre antropología de la infancia, predominantemente desarrollada a partir de la labor pionera de la profesora Ximena Pachón. Fue justamente la lectura de su trabajo «¿Dónde están los niños? Rastreado la mirada antropológica sobre la infancia» (2009) lo que me llevó a plantearme la misma pregunta: *¿dónde están las niñas?*

Mi indagación me permitió reconocer que, a pesar de valiosas excepciones, casi siempre las niñas quedan subsumidas en el genérico «niños», o solo son incluidas nominalmente, como parte de una convención del uso del lenguaje incluyente —decir niños y niñas—, pero no porque haya una intención de dar cuenta de ellas —y con ellas—, de sus vidas, prácticas e intereses, de reconocer planos de

su construcción subjetiva o de abordar la dimensión de género en el tema tratado, que permita situar lo que es específico de ellas.

Entre los escasos trabajos realizados en Colombia, destaca un capítulo completo sobre la vida de las niñas a principios del siglo pasado (1900-1930), que la doctora Ximena Pachón y la profesora Cecilia Muñoz incluyen en el segundo volumen de *Las mujeres en la historia de Colombia* (en Toro, 1995), tomo que se ve enriquecido con los aportes puntuales de otras autoras que mencionan a las niñas al abordar otros temas.

A nivel regional, vale la pena destacar dos volúmenes sobre historia de la infancia, que ofrecen una mirada panorámica de trabajos de lo que va de este siglo. En el más antiguo, un texto producido por la Universidad Externado de Colombia, coordinado por Pablo Rodríguez y María Emma Manarelli (2007) se incluye una treintena de trabajos de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, México, Perú, España, Estados Unidos, Alemania e Israel, entre los que se destacan los centrados específicamente en las niñas de Perú, Brasil y Bolivia. El más reciente (Lionetti, Cosse y Zapiola, 2018) incluye textos de México, Argentina y Brasil, los dos primeros sobresalientes por plantear un análisis diferenciado respecto a las niñas.

Desde otras disciplinas, los estudios sobre infancia, niñez, pedagogía y educación en Colombia han comenzado a incluir de manera más consistente el enfoque de género en sus análisis y aproximaciones epistemológicas y metodológicas. Se destaca particularmente la labor de Ana Cristina León Palencia (2012), quien, partiendo de la mirada foucaultiana, desarrolló un trabajo de cartografía de saberes y prácticas de la educación infantil femenina en Colombia de finales del siglo XIX a comienzos del siglo XX. La autora sitúa cinco elementos que, a su juicio, determinaron el significado de «ser niña» en el país: la educación física, la educación moral, la educación intelectual, la educación estética y la economía doméstica; los cuales, en conjunto, configurarían en la niña el gobierno de sí misma y de los otros, en su rol como madre y esposa.

En el campo de los estudios culturales e históricos se destaca el trabajo de Marcela Aristizábal (2015) sobre infancia y cultura material, que explora el tema de los juguetes y el juego en Colombia,

identifica la emergencia de los juguetes diferenciados por género e incluye relatos de mujeres que fueron niñas entre 1840 y 1950, a partir de entrevistas y documentos. Junto a ella, Absalón Becerra (2008) sitúa las transformaciones de las prácticas de crianza y su relación con el proceso de modernización de la infancia, juego y los juguetes en Colombia a partir de estudiar el discurso de la socialización prevalente entre 1968 y 1984.

Respecto a las representaciones de las niñas, hay dos trabajos fundamentales que las referencian explícitamente: por un lado, la *Historia de la infancia en el cine colombiano*, de Carlos Daza (2019), que incluye un breve apartado final dedicado a las niñas; por otro, el estimulante trabajo de Astrid Giraldo (2010) *Cuerpo de mujer: modelo para armar*, que descubrí por propia voz de su autora y que me develó la importancia de observar la representación de las niñas en la producción pictórica sobre mujeres y niñas desarrollada por pintoras colombianas, y las imbricadas formas en que allí se confrontan las dimensiones de género, raza, clase y edad.

En el mismo sentido, destaca el trabajo desarrollado por Nadia Celis (2007) *La rebelión de las niñas*, en el que analiza la representación de las niñas y adolescentes en las producciones literarias de escritoras del Caribe hispano, incluyendo reflexiones potentes sobre la construcción de sus cuerpos y subjetividades a través de dichas representaciones, y lo que ello dice de la cultura colombiana y de la experiencia del ser niña.

Desde la mirada de la estética y los estudios culturales, el trabajo de Catherina García (2014) se constituye, junto con el de Celis y Giraldo, en el principal referente respecto al estudio de las representaciones de las niñas, particularmente con su reflexión sobre la construcción de imaginarios diurnos y nocturnos sobre niñas monstruosas y su análisis frente a los retos que enfrentan para construirse en tensión frente a esos marcos de representación de la feminidad infantil.

Al analizar la producción de conocimiento desarrollada desde otros ámbitos, encontré que el vacío investigativo no había sido generalizado; de hecho, hubo un campo de indagación no

académica en el que las niñas fueron y son muy relevantes: el de los estudios de mercado.

Durante el siglo xx, y en lo que va de este siglo, el marketing tuvo y continúa teniendo una mirada atenta, productiva y eficaz, puesta justo en aquellas niñas cuyo rango de edad va de los siete a los doce años y que, en contraste, han sido menos relevantes para la academia, las políticas públicas e incluso para la agenda feminista latinoamericana. Los estudios de mercado han puesto particular atención a su existencia y han promovido una creciente cultura del consumo, centrada en ellas.

En ese contexto se acuñó la noción de *tween* (Mitchell y Reid-Walsh, 2005; 2002) para referirse a las niñas que trascienden la etapa reconocida como primera infancia —que en Colombia comprende desde el nacimiento hasta los seis años—, es decir, aquella entre los siete y los doce años. Luego de esta siguen las *teens*, *teenagers* o adolescentes, sobre quienes resulta abrumador el interés general desde distintos enfoques y abordajes —asociado al inicio de la pubertad— de incidir en la regulación y control de su sexualidad y posibilidades reproductivas.

Estas estrategias de mercadeo poderosas y exitosas dirigidas a las niñas o *tweens*, no fueron investigadas académicamente, sino de forma tardía hacia finales del siglo xx y comienzos del XXI. En medio del vacío investigativo hubo notables excepciones, como los trabajos pioneros de Angela McRobbie (1991), sus colaboraciones con Jenny Garber en *In Resistance Through Rituals: Youth Subcultures* (2006), editado por Stuart Hall y Tony Jefferson; y como editora de *Gender and Generation* junto a Mica Nava (1991). Estos trabajos se ocuparon tanto de indagar la manera en que la cultura, la moda y la industria de la belleza creaban productos dirigidos a las niñas y sobre las niñas, como de analizar la forma en que la infancia y niñez femeninas eran producidas y representadas a través de sus productos e, incluso, la forma en que estos eran consumidos por ellas.

Los estudios anglófonos del norte global, predominantemente británicos y norteamericanos, configuraron un corpus de producciones sobre las niñas, conocido como *Girlhood Studies* (Kearney, 1998), que comenzó a constituirse como campo a finales de la

década de 1990. Fue entonces cuando las niñas, las expectativas sobre ellas, la infancia femenina y la cultura de las niñas, comenzaron a ser objeto de estudio e investigación académica feminista.

En este sentido, Mary Kearney (2009) desarrolló un minucioso y extensivo mapeo de los trabajos producidos hasta ese momento, que vinieron a configurar un campo de estudios. Su análisis le permite hacer una crítica respecto a que «las niñas» fueran un tema marginalizado y subsumido en la investigación sobre juventud hasta mediados de los años noventa, centrada a su vez —predominantemente— en los hombres jóvenes, o que fueran parcialmente incluidas como una parte velada y menor en los estudios de las mujeres y de género hasta principios de la última década del siglo pasado.

En lo personal, desde México hice parte de la generación de jóvenes feministas que en los años noventa trabajó en posicionar el tema generacional como parte de la agenda feminista en América Latina y el Caribe, y junto con varias compañeras de la región cuestionamos la ausencia de las jóvenes y las niñas en el discurso, los espacios, las elaboraciones y agendas feministas latinoamericanas de finales del siglo xx y principios del xxi.

En un texto titulado «La construcción social de las juventudes» (2003), junto con Lydia Alpízar, pensamos en la juventud como una categoría socialmente construida, y debatimos la incidencia de las distintas aproximaciones disciplinares e institucionales sobre las vidas de las personas identificadas como jóvenes o que se reconocen en esta categoría, pero que no se corresponden con las generalizaciones que, en la mayoría de los casos, esta supone.

Hoy, considero vigentes y oportunas estas reflexiones —de hace dos décadas— sobre las juventudes y las mujeres jóvenes, para pensar la forma en que se ha construido a las niñas en Colombia y la manera en que los discursos institucionales, sumados a las demandas del mercado y a las de los particulares contextos culturales y sociales, compiten por establecer su hegemonía en la definición del «deber ser» de las niñas. Ello incluye, además del mercado, a la academia, la iglesia, la familia, los movimientos sociales, la cooperación internacional, los medios de comunicación masiva y al Estado en su conjunto.

Así, coincido con Kearney (2009) cuando plantea que a nivel investigativo es posible observar un giro que obedece, por un lado, a la reciente legitimación del campo de los estudios culturales, el cual viene a enriquecer al de la antropología y, por otro, a la cada vez más visible producción de jóvenes feministas, quienes se han sumado al trabajo de algunas pioneras y están analizando el postfeminismo y la cultura del consumo como escenario relevante de investigación (Banet-Weiser, 2018; Crow, 1998; Genz y Brabon, 2009; Gill, 2007; Gill y Scharff, 2011).

Todas ellas están resituando la importancia de analizar la cultura popular contemporánea y algunas, en particular, la relacionada con las niñas (Bae, 2011; Butler, 2013; Press, 2011). Estos aspectos, hasta hace poco, solo eran tomados en cuenta por el periodismo y por estudios más enfocados en las niñas desde la perspectiva del problema de desarrollo.

Esto último se hizo evidente a finales del siglo xx, durante la Cuarta Conferencia Mundial de la Mujer, realizada en Beijing, China (1995), en la plataforma de acción que incluyó –con el impulso de un fuerte cabildeo del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef)–, un capítulo completo dedicado a las niñas. Aunque es importante reconocer el trabajo de incidencia del movimiento feminista frente a varios de los ejes de la plataforma de acción, en este capítulo la cooperación internacional fue decisiva. Esto generó, en la segunda mitad de la década de los años noventa, una presión significativa desde las agencias de cooperación internacional sobre los gobiernos y las ONG para centrar su atención en las niñas, como factor crucial para las políticas y acciones de desarrollo, pero con unas improntas poblacionales, de problema y de regulación y control que aún continúan vigentes.

Las niñas comenzaron a ser visibles y nombradas como sujetas de derechos, pero con una narrativa en clave de problema de desarrollo. Los mecanismos que comenzaron a construirse en la región para el avance de la mujer, poco las mencionaban; y al hacerlo se centraban en las niñas empobrecidas, racializadas o en aquellas en las que se consideraba inminente la posibilidad de un embarazo «no deseado» por los denominados condicionantes o determinantes sociales.

En esta línea, en Colombia destaca un trabajo desarrollado por Plan Internacional como parte de una campaña internacional por los derechos de las niñas, en 2012, junto con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, enfocado en los departamentos de Cauca, Valle del Cauca y Chocó. Este trabajo (Escobar y Fundación Plan, 2012), que si bien adhiere a una perspectiva de desarrollo con énfasis en las niñas que viven en situación de pobreza y son racializadas, constituye una de las pocas publicaciones que se centran específicamente en las niñas y que explora aspectos socioculturales relacionados con los roles estereotipados de género, amor y sexualidad desde la realidad de las niñas en Colombia y desde un análisis de género y generación sobre la forma en que las niñas y mujeres trazan sus trayectorias vitales en contextos adversos.

Finalmente, vale la pena destacar tres trabajos relacionados con el contexto del conflicto colombiano, que incluyen referencias a las niñas y su relación con la belleza y los reinados: el primero, producido por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2011), documenta un caso de reinados organizados por paramilitares; dos más versan sobre el reclutamiento forzado de niñas, su situación en el marco del conflicto armado y las tensiones de género imbricadas (CNMH, 2017; Springer, 2012).

Paralelamente a esta revisión y análisis documental, avancé en la segunda fase del proceso, que consistió en un ejercicio genealógico sustentado en el trabajo de archivo de rastreo, compilación y posterior análisis de material de medios impresos, registros audiovisuales, material hemerográfico, literatura, arte y otras fuentes relevantes, que me permitió consolidar una línea del tiempo para abstraer momentos o hitos que apuntalaran la emergencia de este tipo de certámenes y su posterior popularización. Posteriormente, la complementé a través de conversaciones con mujeres que fueron niñas reinas, o que estuvieron relacionadas de alguna manera con los reinados durante la segunda mitad del siglo xx<sup>4</sup>.

---

4 Esta genealogía está disponible, junto con otras piezas audiovisuales, en la página web que produce en el 2018: <https://www.marinabernal.space/genealogia-de-los-reinados>



Situar la génesis de los reinados de niñas y su tipología me permitió contar con un andamiaje preliminar para enfrentar mi entrada al campo como tercera fase del trabajo etnográfico. Con la cámara en mano comencé mi recorrido etnográfico por los reinados, de forma intensiva. Iniciada en diciembre de 2014, esta labor se extendió hasta el final de 2018; comencé con los reinados infantiles de carácter nacional, que emulan el Reinado Nacional de la Belleza y tienen proyección internacional, con el concurso Niña Colombia, en sus versiones 2014-2015, 2015-2016 y 2016-2017; posteriormente continué con el Reinado del Carnavalito de los Niños (2015), desarrollado en el marco del Carnaval de Barranquilla, asociado a una festividad folclórica de carácter nacional, reconocida en 2003 por la Unesco como Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad; simultáneamente, realicé un seguimiento al reinado de Miss Tanguita, que dejó de celebrarse en 2016, y a un reinado de niñas de tres a seis años, llamado Princesita Real, realizado en Bucaramanga en 2015, 2016 y 2017, relacionado con Niña Colombia. Además de estos reinados, y tratando de encontrar certámenes en colegios o reinados rurales, exploré registros de reinados en San Francisco, Cundinamarca, y en Tunja, Boyacá, y asistí a un reinado de muñecas desarrollado en el Centro Comercial Calima, cerca de la zona centro de Bogotá.

La cuarta fase del proceso se orientó a conocer y reconocer a las protagonistas de estos escenarios: explorar las trayectorias de vida de las niñas «reinas», de sus familias y las múltiples formas en que los reinados de belleza se habían jugado en su construcción subjetiva; conocer sus referentes femeninos, sus sentidos de aspiración social y logro, y la proyección que vislumbran en los reinados. Para ello, me apoyé en una metodología sustentada en aproximaciones

y reflexiones desarrolladas desde el feminismo y la antropología del cuerpo, de corte fenomenológico feminista.

Finalmente, gracias a mi cercanía con feministas residentes en el Eje Cafetero y al creciente interés despertado por mi tema de investigación, una amiga feminista de Santa Rosa de Cabal me comentó que el colegio privado de sus hijas iba a realizar un reinado y le habían pedido autorización para permitir a las niñas participar; para su sorpresa, sus hijas deseaban hacerlo. En ese momento, el departamento de Risaralda se convirtió en mi destino para explorar un reinado escolar.

El viaje me permitió profundizar la indagación en esta región, uno de los departamentos más pequeños del país; de modo que además de Santa Rosa, me fue posible explorar los municipios aledaños de La Dorada, Dos Quebradas y Marsella, así como Pereira, la capital del departamento.

En Santa Rosa pude interactuar y conversar con varias niñas reinas y participantes en diferentes tipos de reinados, así como con sus familias, con un preparador de niñas reinas y con dos preparadoras de Cartago, municipio aledaño parte del departamento del Quindío que, junto con Manizales, constituyen el Eje Cafetero.

También hablé con dos reinas municipales: la primera, quien había sido reina del colegio privado de Santa Rosa y luego reina de Santa Rosa; la segunda, que había sido reina infantil de colegio en Manizales y después reina municipal, treinta y cinco años atrás, cuando estaba recién llegada a Santa Rosa. Por último, en Marsella me encontré con la Reina Infantil Nacional del Folclor de 2017 y además recorrí Pereira. El trabajo desarrollado en Risaralda adquirió particular relevancia en 2016, pues en ese año se prohibieron los reinados de niñas en ese departamento. En 2017, siguiendo la diáspora de Risaralda, viajé a Miami, para encontrarme con una ex-Niña Bonita Risaralda.

El trabajo de campo me permitió distinguir los perfiles de niñas que participan en los reinados y a sus agentes y actores involucrados: El Estado, los medios, las agencias de preparación, las niñas, las familias, las barras, las comunidades y, en tensión, las feministas.

### **Reinados nacionales con proyección internacional**

- Reina Nacional Infantil del Folclor Colombiano  
(2017-2018)
- Reinado Nacional (8-12 años)  
*Niña Colombia* (2014, 2015, 2016, 2017), Bogotá
- Reinado Nacional (3-6 años)  
*Miss Princesita Real* (2015-2016), Santander y Bogotá

### **Reinados asociados a fiestas populares / Folclor**

- Coronación de rey y reinas infantiles del  
*Carnaval de los Niños* (2016), Barranquilla
- *Miss Tanguita* (2014-2015), Barbosa, Santander
- Reina Nacional Infantil del Folclor Colombiano (2018)

### **Reinados de colegio**

- Risaralda, Santa Rosa de Cabal - (2015-2016):  
*Un colegio público y uno privado*
- Tunja, Boyacá y San Francisco, Cundinamarca (2015)
  - Barranquilla (2016):  
*Un colegio privado*

### **Reinados municipales / regionales**

- Reinado *Niña Bonita* (Regional Eje Cafetero) (2010)
  - Reinado de Santa Rosa de Cabal, Risaralda  
(1984, 2015, 2016)

### **Reinados de comercios en Bogotá**

- Reinado de las muñecas (2015), Centro comercial  
Calima, Bogotá



Imagen 1. Cartografía de mi trabajo etnográfico en Colombia

También me posibilitó identificar los perfiles de niñas que aspiraban a cada una de las coronas, desde el conocimiento de sus participantes, compartiendo asiento en sus comitivas o barras, conversando con sus familias y vistiendo sus gorras y camisetas. Escuché historias de madres que me detallaron los preparativos y esfuerzos que hicieron para que sus hijas participaran y ganaran los concursos; de las niñas sobre su experiencia antes, durante y después del reinado que las convirtió en monarcas de sus departamentos; y de las abuelas presumiendo que su familia tiene trayectoria de reinas, empezando por ellas o sus madres.

Observando en campo el papel crucial que juegan las madres en la participación de sus hijas en los reinados, y partiendo de la premisa de que la forma en que estas educan, visten y proveen cuidados incide no solo en el modelamiento de la feminidad de sus hijas, sino en su interés por participar en los reinados, decidí establecer encuentros tanto con niñas reinas como con sus madres.

Por otra parte, establecí encuentros con mujeres colombianas feministas de entre cuarenta y cuarenta y cinco años, a las que considero mis pares, quienes son madres de niñas de entre tres y quince años y que creí que podrían estar poniendo a jugar otro tipo de repertorios de género en su crianza.

En estos encuentros exploramos, entre otras cuestiones, sus tensiones y experiencias como niñas frente a las formas instituidas de la feminidad, usando la noción de Castoriadis (2007), la *reginidad*, la niñez femenina, y las formas en que las habitaron o resistieron, explorando los ecos de esas vivencias en la experiencia de crianza de sus hijas.

Así pude descubrir cómo estos dos grupos, aparentemente antagonicos, de feministas y reinas, se manifestaban paulatinamente, como estamentos porosos, permeables. Había feministas exreinas, feministas con experiencias gozosas de la feminidad «aprincesada», niñas hijas de feministas que deseaban ser reinas, personalidades que estaban a favor de los reinados a pesar de trabajar por los derechos de las niñas, otras que hacían parte de los gobiernos nacionales o locales y que, además, habían sido niñas reinas.

# RISARALDA



Imagen 2. Cartografía de mi trabajo etnográfico en Risaralda

La complejización del campo me llevó a experimentar diversos tránsitos epistemológicos y éticos: de la puesta en escena de los reinados, a los encuentros con sus principales agentes y protagonistas; de las conversaciones con las reinas y con sus familias en el marco de los reinados, al encuentro con las niñas y sus madres en sus casas o espacios cotidianos y el contraste con las experiencias de feministas. Al reconocer sus referentes, al explorar sus recuerdos a través de sus álbumes de fotografías, recortes de periódicos y revistas, vestidos, coronas y bandas, fue posible conocer, no solo sus experiencias sino, en no pocas ocasiones, la de sus madres, tías o abuelas.

En sus relatos, desatados después de mirar con ellas videos o fotografías de su preparación y participación antes, durante y después del reinado, emergió la comprensión de las formas en que estas pedagogías se encarnan: transformaciones estéticas, posturales, gestuales, actitudinales y emocionales que ellas identifican.

**Imagen 3.** Perfiles  
**Fuente:** elaboración propia.



Identifiqué las herramientas y habilidades que ellas consideran que pueden obtener a través de la preparación y participación en los reinados y cómo su estatus se incrementa en la medida en que se obtienen coronas.

Aprendí sobre la capacidad de autoobservación y conciencia corporal que desarrollan; del sedimento que se inscribe en la forma en que se comportan y desempeñan, luego de prepararse, concursar y detentar una corona; de los usos tácticos que les dan a esos saberes. Aprendí que de ser reina y devenir en figura pública no se vuelve.

Las reflexiones de Donna Haraway (1991), Mari Luz Esteban (2004), Trinh T. Minh-Ha (1989), Rita Segato (2013) y Teresa de Lauretis (1989) acompañaron mi trabajo. Me enfrentaron al reto de abordar de forma situada cómo la propia subjetividad se juega en la producción de sentidos sobre las otras, pero además me retaron a arriesgarme a explorar otros lenguajes –visuales, poéticos y narrativos, en suma: estéticos y afectivos– para presentar mis hallazgos.

A través del lenguaje audiovisual desarrollé un ejercicio autoetnográfico, expresado en una pieza que medió en los encuentros con algunas niñas y sus madres. La organización y análisis del material de campo acopiado hasta el 2018 me permitió configurar algunos ejes analíticos a partir de los que produjo cinco piezas audiovisuales, accesibles en la misma página.

Algunas de estas líneas analíticas se mantuvieron como ejes en el texto sin que este sea, de ninguna manera, una traducción escrita de lo audiovisual. Considero que es parte del reto recurrir a otros lenguajes para comunicar diferentes aspectos de mis hallazgos, reconociendo la potencia de las imágenes para aportar en sí mismas un relato y una lectura sensible que sea, además, accesible para las protagonistas de este trabajo.

El trabajo audiovisual me llevó a pensar mis propias prácticas de la mirada, asumiendo mi ignorancia sobre el mundo de las niñas reinas, y reflexionando sobre las políticas de la mirada con relación a las niñas y las formas de representarlas. Al mirarme en el acto de mirarlas, la mirada hacia ellas me fue devuelta.

Luego de mi recorrido por los reinados y de nuestras conversaciones para reconocer sus referentes femeninos, sus sentidos de aspiración

social, logro y proyección en los reinados comprendí, primero, que no todo se resuelve en un reinado, segundo, que hay cosas que ellas consideran que difícilmente pueden suceder sin el reinado y, por último, que también hay aspiraciones y anhelos que los trascienden.

Aquí quiero detenerme para subrayar la importancia que tuvo para todo el trabajo posterior el haber asumido que mi propia mirada proponía un ángulo para la aproximación —no pudiendo ser de otra manera— y, por tanto, había que evidenciarla. Esto me llevó a enfatizar el trabajo analítico sobre la mirada, inicialmente, por el régimen escópico en que se inscribe la comprensión del tema (Berger, 2016; Chao, 2015; Ibáñez y Michelazzo, 2013; Sosa Gutiérrez y Chaparro Cardozo, 2014); adicionalmente, por la forma en que este se representa en los medios y sus mediaciones (Martín-Barbero, 1991), y finalmente, por la manera en

**Imagen 4.** Mirar, 2018

**Fuente:** registro de campo en Barranquilla, noviembre de 2018.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



que la construcción de la feminidad regínica<sup>5</sup> en las niñas, y su puesta en escena en los reinados, se expresa representacionalmente. Todo ello emerge en los relatos de las protagonistas como experiencias de transformación subjetiva encarnadas.

Por esta razón, las piezas visuales que integro a lo largo de este trabajo dan cuenta de esta reflexión, y se incluyen buscando trascender el mero interés de ilustrar, dar soporte iconográfico a los hallazgos, o hacer más dúctil el texto.

Por lo anterior, lo que a lo largo del trabajo denomino «composiciones» alude a un conjunto de artefactos visuales que deben entenderse como una relectura de mi aproximación inicial al tema, que quedó plasmada hace más de tres años en la página web<sup>6</sup>, donde produje piezas audiovisuales como una clara apuesta estética y artística. En este texto, dichos artefactos, ilustraciones, composiciones y constelaciones visuales son una apuesta estética por manifestar la imbricación de lenguajes, sensibilidades, planos y representaciones en la interrelación de la feminidad, del ser niña y del ser reina de belleza en Colombia y que entran en diálogo con las voces de mis interlocutoras para suscitar un relato polisémico y polifónico en cada uno de los apartados.

La última fase del proceso fue el regreso a Risaralda para participar en el Encuentro Departamental de Mujeres, en el 2018, justo después de que se prohibieran los reinados de colegio en el departamento. Con base en algunos resultados preliminares de mi trabajo, conversé con las feministas de la región para conocer sus reacciones, y compartí espacios con las feministas jóvenes que organizaron un festival en un parque central de Pereira.

En el viaje me reencontré con las niñas, con las que había conversado tres años atrás, ya convertidas en quinceañeras y jugadoras de

---

5 Desarrollo esta y otras nociones en el capítulo cuarto.

6 Agradezco a Catalina Cortés Severino su acompañamiento en la configuración de esta fase del proyecto. Su trabajo, junto al de Ana María Arango, fue fundamental para impulsarme a transgredir los linderos del canon tradicional de la disciplina y atreverme a abordar mi tema de investigación desde una apuesta híbrida, donde la antropología, los estudios culturales y de género y la estética convergen para producir una apuesta transmedial que pude expresar en la página web.

básquetbol: aprendí de sus usos tácticos del cuerpo, de su exploración del deporte como un vector de proyección y reconocimiento, y de sus anhelos y visiones de futuro.

Contacté a personas involucradas en el proceso de prohibición de los reinados de niñas en el departamento que convirtió a la región en la segunda, después de Antioquía, en regularlos. Esperaba ir a Guapi y a Chocó durante 2019 y 2020 para hablar con reinas del Pacífico colombiano, pero situaciones de vida y la pandemia pusieron límite a los alcances del estudio.

Después del trabajo en campo en los reinados, me tomé un tiempo de dos años antes de regresar a afrontar la redacción final del texto. Durante ese periodo hice trabajo de campo en jugueterías, spas y peluquerías de niñas, y vi algunas películas recientes sobre princesas que no conocía, mencionadas por las niñas con quienes había conversado. Así transité el inicio de la pandemia.

En medio del agotamiento ocasionado por el confinamiento, a comienzos de 2021 volví a escribir. Lo hice enfrentando la experiencia cercana del paro nacional, estudiando en la principal universidad pública del país, donde la violencia y represión estatal hacia jóvenes y estudiantes integrantes del paro se hizo sentir de manera más cruda. La movilización sumó ochenta y seis manifestantes asesinados para finales de agosto de ese año, poniendo de presente el dolor de la violencia cotidiana experimentada durante décadas por la población mayormente rural del país, y que en esta ocasión tocaba a las capitales y ciudades principales. Al enfrentarme a esto me surgieron nuevas perspectivas, preguntas e inquietudes sobre este país que habito desde hace más de quince años y que, sin embargo, continúo reconociendo cada día en sus surcos y costuras.

Este texto, que tomó varias formas y estructuras hasta llegar a lo que es hoy, está dividido en cinco grandes partes: en la primera, «Genealogías», se describe la trama que, en el siglo pasado, suscitó la emergencia de los reinados de niñas. En la segunda, «Reinitas», abordo la invención de la infancia y la niñez modernas, la de las niñas como categoría y las pedagogías construidas en torno a ellas, el proceso de constitución de las niñas como *target*<sup>7</sup> y la emergencia de

---

7 Esta noción se desarrolla más adelante.

los concursos, pasarelas y reinados de niñas, así como las pedagogías y dispositivos asociados.

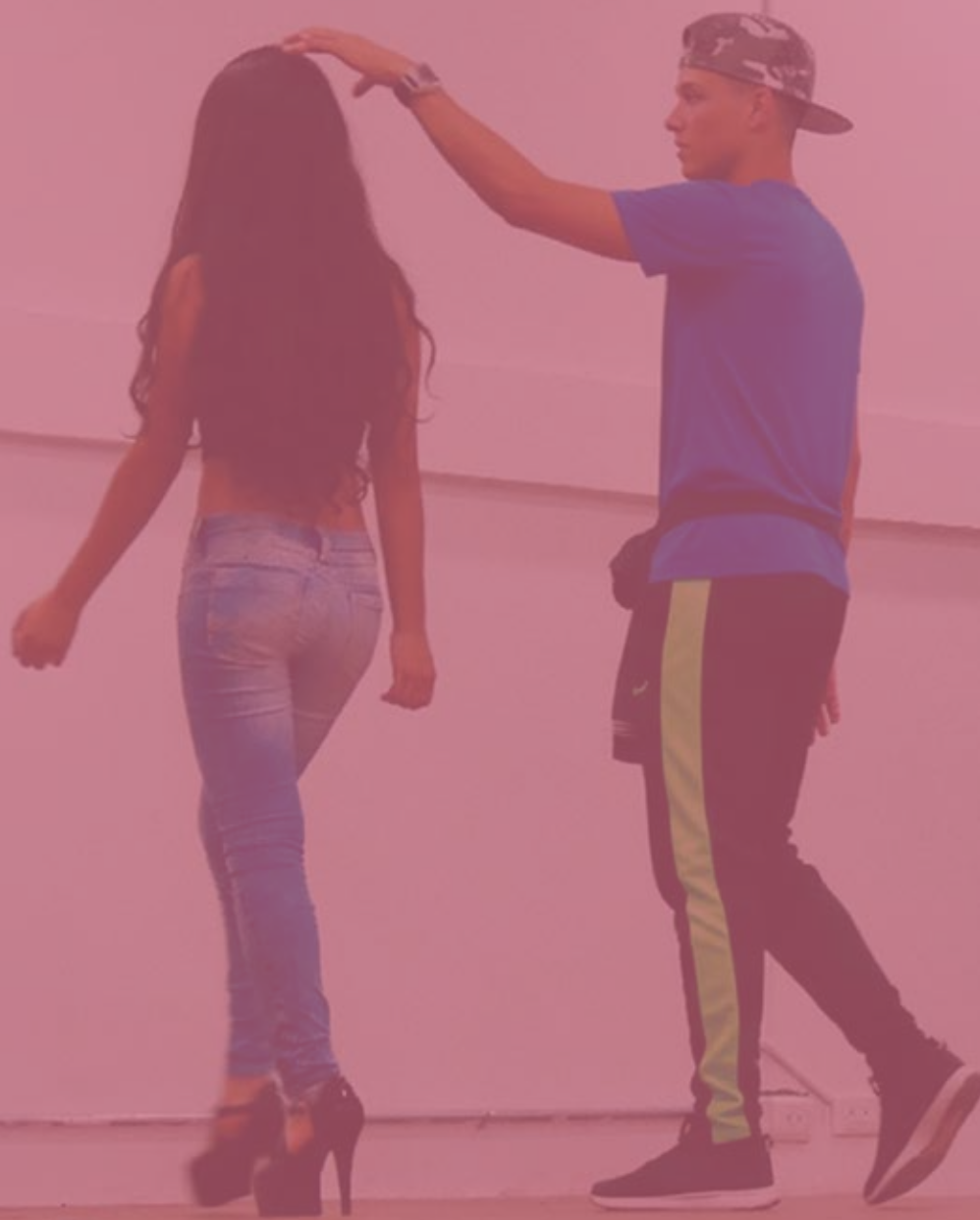
En la tercera parte, abordo lo que he denominado «el aprincesamiento», la reginidad y la belleza, y me ocupo del papel que juegan las madres en relación con las pedagogías y contrapedagogías de la feminidad aprincesada y regínica.

En la cuarta parte, titulada «Reinados», desarrollo cinco historias cortas autocontenidas que, a modo de ensayos, me permiten abordar los diferentes tipos de reinados infantiles que exploré en diversas regiones del país, utilizando los elementos analíticos explorados previamente. En ellas convergen mi trabajo de campo, analítico y etnográfico, con una profundización en la región de Risaralda. Todas ellas evidencian el carácter polisémico de la cultura regínica infantil que opera en el país y que demanda una mirada caleidoscópica y compleja.

En el último apartado presento algunas consideraciones finales a modo de conclusiones. Analítica y narración de sentidos que incluyen algunas líneas de fuga, invitan a quien lee a continuar explorando este universo, que en mi caso resultó ser un viaje por caminos insospechados: del trabajo de campo que inicié interrogándome por la construcción subjetiva de las niñas reinas, a la exploración de la relación entre su *performance* de género y su vida cotidiana; de ser espectadora de los reinados como puestas en escena, a devenir intrusa, colándome tras bambalinas, donde pude reconocer las pedagogías y tecnologías que sostienen esta puesta en escena en el país.

Ahí, tras bastidores, fue donde comprendí que era necesario escuchar lo que estaban diciéndome las niñas reinas y los reinados sobre la cultura colombiana en su conjunto: de la construcción imbricada de la feminidad, de los sentidos polisémicos del ser y devenir niña, así como de los significados de ser reina y ser bella en Colombia. Los reinados pueden entenderse como una puesta en escena de esta imbricación.

Pero me atrevo a afirmar que la mayoría de las niñas colombianas se ven enfrentadas, de alguna manera, a esa triple tensión en su construcción subjetiva, así sea en resistencia, así no sea evidente. Y esta es la tesis que se propone desarrollar este libro. Porque tras las bambalinas de un reinado infantil hay mucho más que un espectáculo de reinas, bandas y coronas: en mi caso, al asomarme ahí detrás, encontré lo que aquí comparto.





**Imagen 5.** Tras bambalinas  
**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

**Imagen 6.** Genealogías de la feminidad en Colombia  
**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo  
de timbres postales escaneados y página web  
de los Servicios Postales Nacionales S.A.



# GENEALOGÍAS



## ¿De dónde surgen los reinados de niñas?

**Q**uizás, una de las primeras preguntas que me han hecho las personas que se interesan por saber más acerca de un tema al que he dedicado casi una década de mi vida, es justamente por el origen de los reinados de niñas en el país. Durante ese tiempo, al hablar con personas colombianas que aparentemente no se relacionan de manera directa con los reinados, descubrí que la primera referencia generalizada, además del Reinado Nacional de Belleza, es la emulación de los reinados de niñas en Estados Unidos.

Ciertamente, para quienes nacieron durante el siglo pasado aparece reiteradamente como primera evocación asociada a los reinados de niñas en ese país la imagen de JonBenét Ramsey, la niña reina de belleza estadounidense de seis años, asesinada en el sótano de la casa de sus padres; así como los documentales difundidos por televisión, en años más recientes, sobre las denominadas Little Beauties.

Miss Tanguita era la segunda asociación inmediata. Sobre todo entre personas colombianas la evocación del debate mediático suscitado venía acompañada de una cierta desazón por la forma en que Colombia se volvió tristemente famosa a nivel internacional como la nación promotora de la sexualización de las niñas a través de los reinados infantiles.

Una tercera asociación era la vaga identificación de los países en los que los reinados de niñas son populares, en contraste con aquellos en los que han sido censurados o prohibidos, especialmente países europeos como Francia; y en Colombia, al departamento de Antioquia, donde los regularon en el contexto de los colegios públicos.

Finalmente, al conversar un poco más descubrí lo que con frecuencia mis interlocutoras me expresaron de forma jocosa y es que al preguntar a cualquier persona seguro encuentras que en cada familia colombiana siempre ha existido más de una reina «de algo»: la madre, la abuela, la hermana, quizás la novia o al menos la amiga, en la escuela, en el trabajo, en el centro comercial, en el parque, en las vacaciones o en el barrio.

Una amiga bogotana de cuarenta y ocho años me aclaró: «de hecho, yo, que soy cero “reinita” —haciendo referencia a que su expresión de género es masculina y que, además, se identifica como lesbiana— cuando era niña llevé a mi muñeca a un reinado de muñecas, y mamá sí que fue reina del tejo<sup>8</sup>. Siempre soñó con que yo participara en un reinado, pero, como puedes ver, yo de reinita, poco». Tiempo después de nuestra conversación me compartió la foto de la coronación de su madre.

Efectivamente, hice el ejercicio y comencé a preguntar aleatoriamente a las personas conocidas y a las que iba conociendo. De los lugares más insospechados comenzaron a surgir, sin falla, relatos de niñas, reinas y reinados. Incluso entre las mujeres que considero mis pares —mujeres feministas colombianas— encontré que, cuando niñas, vivieron también la cultura regínica de la belleza y el surgimiento de la tradición infantil de los reinados, participando de diversas maneras: en el reinado de la simpatía en un colegio público; en un reinado en un centro comercial; en un reinado en un centro vacacional; en un reinado en la casa de los abuelos con las primas, entre las que había una que había participado del Reinado del Joropo.

Los reinados eran organizados en todos los ámbitos: a nivel doméstico por la empleada de servicio; la cabalgata que incluía reinado; reinados organizados en el barrio; la pasarela en el colegio, en el conjunto habitacional, en el trabajo; alguno en la alcaldía local, o el que fue promovido por la alcaldía o el gobierno municipal.

Las fotografías y recuerdos de estas experiencias, como la fotografía de la reina del tejo, comenzaron a surgir de los álbumes familiares. Recibí, y posteriormente fui encontrando, una gran cantidad de documentos hemerográficos, revistas, piezas publicitarias, ropa, zapatos, juguetes que se sumaron a mi cada vez más amplio acervo

---

8 El tejo es un juego popular colombiano de origen prehispánico, también conocido como turmequé, una actividad recreativa practicada por los sectores populares del altiplano Cundiboyacense que, durante la década de los treinta se popularizó entre las élites nacionales. Para profundizar en el tema puede acudir al trabajo de José Abelardo Díaz Jaramillo, titulado «Turmequé y élite en Bogotá: representaciones en torno al deporte chibcha en los años treinta del siglo XX», publicado en la *Revista Maguaré* (2013), de la Universidad Nacional de Colombia.



**Imagen 7.** Reina Local del Tejo, ¿1959?

**Fuente:** álbum familiar de  
Adriana González.

de archivo material, documental, hemerográfico y audiovisual. Por lo general, se trataba de elementos con contenidos afectivos intensos y, al mismo tiempo, contradictorios.

La segunda imagen que recibí fue la de una niña con corona, banda y cetro —elemento que desaparecería en años posteriores, no solo de las manos de las niñas, sino también de las adultas—, que publicitaba el concurso Niña Colombia 1994-1995. Era una imagen fijada en la puerta de cristal de una institución pública de Bogotá, de una niña reina de la primera mitad de la década de los noventa: erguida, dispuesta de frente a la cámara, de rostro y mirada frontal, gesto sonriente, con un orgullo sereno de ser el centro de atención, tal y como se disponía ante la cámara la reina del tejo de finales de los años cincuenta.

# NIÑA COLOMBIA

CONCURSO NACIONAL DE TALENTO, BELLEZA Y GRACIA INFANTIL



NIÑA COLOMBIA 94-95

IMAGEN  
&  
SONIDO  
S.A.

T.V. DIGITAL

Fax: 214 92 75 - Tele: 214 24 20 - 214 90 31

Santafé de Bogotá D.C. - Colombia

COLOMBIAN  
HOTELS

100% COLOMBIANO  
Diseño del 1987 Sds. 147 y 142 Colombia



WILSON SAGREDO

Clara

Carrera 15 No. 85-39 - Of. 201  
Tels.: 616 9460 - 218 9931 - Fax: 616 9460  
Santafé de Bogotá, D.C. - Colombia

Evento con la Belleza y Talento de  
Producciones  
**RayroVision**

Aunque la niña sostiene un cetro más pequeño y una falda con pliegues, también se distingue de esa reina adulta fotografiada cuarenta años atrás por las mangas de globo y holanes en el cuello, el fleco o capul y la ausencia de maquillaje, elementos que refuerzan la representación de la fragilidad y la delicadeza, que se constituían en atributos de la feminidad infantil regínica de ese momento. Pareciera como si, con el tiempo, los atributos de la reginidad se hubiesen deslizado de la mujer adulta a la niña. Su heredera.

Otras personas me compartieron videos, audios de entrevistas, imágenes y reseñas de mujeres vinculadas a los reinados, identificadas inequívocamente como mujeres reconocidas, respetadas, referentes y destacadas: Luz Marina Zuluaga, primera reina universal colombiana; Gloria Valencia de Castaño, presentadora en el Reinado Nacional de la Belleza durante más de una década; o Margarita Rosa de Francisco, la reina icónica de los noventa, quien inició la tradición de reinas de belleza-estrellas de televisión, con un lugar protagónico en este medio.

Al mismo tiempo, los reinados comenzaron a revelarse como una práctica que trasciende clases sociales, regiones, contextos culturales, religiones, posiciones políticas e ideológicas; pero que, al igual que toda práctica cultural, tiene su tradición y génesis inscritas en el devenir de un país que asumió la reginidad y la belleza femenina como sellos de identidad.

En su columna quincenal, la maestra y columnista del periódico *El Espectador*, Yolanda Reyes (2015), habla del modelo cultural que se ha transmitido de generación en generación a las niñas colombianas: «desde los tiempos de las bisabuelas, todas íbamos a ser reinas. Pero no de cuatro reinos sobre el mar, como en el poema de Gabriela Mistral, sino de Cartagena. Hay una ruta imaginaria que conduce del reinado barrial al municipal, y de ahí, a ser reina de Colombia».

Así mismo pude apreciar, con sus particularidades regionales, la percepción de las mujeres colombianas como producto de exportación en función de su belleza, reconocida mundialmente. Como lo dijo

**Imagen 8.** Cartel publicitario del concurso Niña Colombia 94-95 (2015)

**Fuente:** fotografía de Adriana González.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

en tono divertido un taxista con quien conversaba sobre mi interés investigativo durante un largo trayecto en Cali, orgulloso de que el departamento del Valle sea uno de los que mayor número de reinas nacionales y virreinas universales ha tenido: «en Colombia exportamos café, flores, mujeres que son como las flores y... coca».

Las experiencias y recuerdos que han compartido conmigo se remontan a hace más de cincuenta años. Algunos llegaron de las fuentes y contextos más inesperados, como la fila para asistir a un evento organizado por el Departamento de Antropología y la Escuela de Estudios de Género, en la Universidad Nacional de Colombia.

Este fue el caso de la profesora Ligia Echeverri quien, como yo, esperaba para ingresar al auditorio, y al conversar con ella, resultó ser una de las panelistas del evento. Sonrió al saber mi tema de investigación. Ahondando en el motivo de su sonrisa, me comentó con una pizca de picardía: «Yo fui reina de los estudiantes... ¡pero no fui la única!». En medio de nuestra conversación me recomendó buscar la referencia de la antropóloga María Victoria Uribe, la misma, que años más tarde —me aclaró— se convertiría en investigadora y directora del ICANH, quien participó en 1968 en el Reinado Nacional de la Belleza, representando a Bogotá.

La sugerencia de Ligia Echeverri me llevó a examinar el magnífico trabajo de María Victoria Uribe, cuyo libro *Hilando fino* (2015), es muy poco reconocido en el canon de la antropología que se ocupa de la infancia y la niñez en Colombia; quizás porque converge con el de la historia desde una perspectiva etnográfica y, también, porque es más reconocida como exponente de los estudios sobre la Violencia en Colombia.

Su investigación hizo audible el silencio de las mujeres que fueron niñas durante la época de la Violencia en Colombia, entre las décadas de los cuarenta y sesenta del siglo pasado. Con las herramientas de Adriana Cavarero en su texto *Story Telling*, se acercó al testimonio de estas mujeres y consiguió «hilvanar fino», representar y dar una narrativa al horror, pero desde un lugar inexplorado por los estudios sobre la violencia: la voz de la niña que la vivió, evocada por sí misma ya como mujer adulta.

En una entrevista realizada en 2018 por la Red de Estudios Críticos Latinoamérica y el Caribe (REC Latinoamérica, 2021), Uribe reconoce un claro hilo conductor en las narrativas de sus interlocutoras:

[...] estas mujeres hicieron un relato bastante cronológico [...] me di cuenta de que la mirada de la mujer adulta, de alrededor de ochenta y cinco años, a la niña que fue, es muy interesante porque la niña está lejísimos en el tiempo —pues está a más de setenta años de distancia—; sin embargo, esa niña está como si estuviera ahí: al lado de ella [...] hay una continuidad muy, muy interesante entre la mujer adulta y la niña (p. 1).

Vine luego a reconocer esa sensación de continuidad que menciona Uribe en mi propio trabajo etnográfico, en las narraciones de las mujeres adultas que hablaban de sus experiencias como niñas, a partir de la década de los sesenta y en adelante, al referirse a la forma en que el «aprincesamiento» y la reginidad, exaltados culturalmente, operaron en la construcción subjetiva de las niñas que fueron y el impacto que luego esto tuvo en ellas como adultas. Estos relatos enmarcaban la realidad de un país atravesado por el narcotráfico y un largo conflicto armado interno, que operaban como telón de fondo frente al cual las reinas constituían «la cara bonita para mostrar».

Por ello también convoqué a este concierto a las voces de las reinas que, a través de distintos medios, han evocado sus experiencias como niñas y luego como jóvenes adultas, pues con ello aportan a la configuración de las tramas de este relato colectivo que da cuenta de la emergencia, evolución y popularización de los reinados de niñas, y del «aprincesamiento» y la reginidad infantil como pautas legibles en el *performance* de la feminidad de las niñas colombianas. Así, mi posición liminar me permitió armar una trama argumentativa y organizar el tema desde mi perspectiva para, desde ahí, contribuir a desnaturalizarlo. Y de esto se trata el apartado que sigue.

## Había una vez un Nuevo Reino de Granada...

La historiadora Gina Ruz (2016) reconoce los primeros antecedentes de los reinados de adultas en los cabildos africanos de Cartagena alrededor de 1693. Ya en los trabajos de Fernando Ortiz (1983) aparecían reseñadas las crónicas de Ortiz de Zúñiga, que daban cuenta de la existencia de cabildos negros organizados por personas africanas esclavizadas en Sevilla, España, donde el hombre más anciano y una mujer, en segundo rango, ocupaban respectivamente los roles de rey y reina de dichas instancias, las cuales fungían como una suerte de consejo o cámara que aglutinaba a personas procedentes de una misma región u origen.

Esta misma práctica operaría un siglo más tarde en Cartagena. Gina Ruz precisa, retomando los trabajos de Edgar Gutiérrez (2000), quien a su vez refiere las memorias del General Joaquín Posada Gutiérrez (1797-1881) que durante el periodo colonial, en los siglos XVII y XVIII, se realizaban cabildos

El domingo de carnaval, último día, que tocaba a los negros bozales [...] Siempre tuvieron ellos en la ciudad y las haciendas sus cabildos de mandingas, carabalíes [sic], congos, etc., cada uno con su rey, su reina y sus príncipes [...]. En ese día imitando con alegría las costumbres y vestidos de su patria [...] iban cantando, bailando [...] al son de tambores, panderetas con cascabeles y golpeando platillos, y almireces de cobre.

En sus memorias, Joaquín Posada relata que, luego del dos de febrero, en las Fiestas de La Candelaria, las mujeres no iban vestidas a la usanza africana:

Sus amas se esmeraban en adornarlas con sus propias alhajas, porque hasta en esto entraba la emulación y la competencia. Las reinas de cada cabildo marchaban erguidas, deslumbrantes de pedrería y galones de oro, con la corona

de reina guarnecida de diamantes, de esmeraldas, de perlas [...] y el rey y la reina llevaban sombrillas e iban acompañados de princesas y damas de la corte. (Gutiérrez, 2000, en Ruz Rojas, 2016)

Los cabildos fungían como lugares de negociación y resistencia cultural para sus integrantes. Aunque los esclavistas consideraban estos espacios como una vía de desahogo, lo que ahí sucedía posibilitaba la preservación y transmisión de las lenguas, danzas, rituales y músicas de sus integrantes, a la vez que el mantenimiento de referencias culturales y formas de organización de sus lugares de origen, incluidos el estatus y las dignidades de reyes y reinas. Aunque la esclavización fue abolida de manera legal en Colombia en 1851, es importante señalar este dato como una referencia de cómo el *performance* monárquico se constituía entonces como un elemento ritualizado que, incluso en contextos insospechados y precarios, adquiría sentidos de dignidad y reconocimiento para quienes participaban de él.

Posteriormente, con la Independencia, desde 1812 se modificó el calendario festivo para establecer el inicio de los festejos en noviembre, como fiesta anticolonial. Ya en el siglo xx, el carnaval cartagenero, que hasta entonces había sido una fiesta popular, volvería a los espacios de la élite introduciendo elementos performativos y estéticos —bailes de fantasía, reinados carnavalescos y toma de juramento y coronación de la reina—, acordes con la estética y estilo europeos. De esta manera, se volvieron a poner en escena símbolos como el cetro, la capa de armiño y la corona con el emblema real.

### *Las nostalgias monárquicas*

Resulta paradójico que 200 años después, como parte de la celebración del Bicentenario de la Independencia, en 2019 la Señorita Colombia fuera coronada con una pieza rediseñada que tomó como base el escudo de la época colonial de Cartagena: en su centro aparecen dos leones sosteniendo una cruz que, a su vez, sostiene la corona en la parte superior. Una corona en la que convergen la

evocación casi nostálgica de la monarquía, en el marco de una fiesta independentista, y la exaltación de la corona española sustentada en el catolicismo.

Aquí vale la pena resaltar la forma en que la corona, como significativo, adquiere en Colombia sentidos sumamente paradójicos: se juega en el lenguaje coloquial para representar la belleza y la monarquía, pero también, dependiendo del contexto, predominantemente adquiere significaciones de triunfo, poder, estatus y logro.

Por ejemplo, como precisa Edwin Gómez (2012), en el argot del narcotráfico la expresión «coroné divino»

[...] es una metáfora que condensa el lenguaje narco, ese lenguaje bastardo de la jerga de los advenedizos y de los prohibidos, con lo mejor de ser un colombiano «divinamente» y ser aquella «gente bien» o establecida en el país del Divino Niño. La imagen se hace verbo y redirecciona la atención a un sistema social e histórico de entendidos, reforzados con balas [...] que le coronan y que le engrandecen [...] coronar es ganar y «llenar a los gringos» de cocaína. (p. 12)

Volvamos a la Cartagena de 1911, a las fiestas de los juegos florales cuando se eligió reina de los estudiantes a la quinceañera Adriana Porto, inaugurando la práctica del apoyo con recursos públicos para la financiación de los reinados, complementada por el sector comercial y los recursos acopiados por las candidatas, pues la ganadora era aquella que obtenía la mayor cantidad de votos vendidos. En nombre de la belleza, este evento atraía espectadores, inversionistas y también mujeres y familias prestantes que invertían su capital para ver reconocido su estatus y poder a través de la coronación de sus hijas.

Mientras tanto, en Buga, Valle del Cauca, para 1904 se realizaba el Primer Reinado Nacional de Belleza (Castaño, 2011) en el que Carmen Becerra, de dieciséis años, se convirtió en la primera reina colombiana. Sin embargo, no sería sino hasta quince años después que el reinado llegaría a Cartagena, como resultado de la invitación de una revista de Estados Unidos para tomar fotografías de las ganadoras del

concurso. Desde ese momento y hasta la fecha, esa labor la asumiría la *Revista Cromos*, cronista del Reinado Nacional.

Para 1918 fue elegida en Barranquilla la primera reina del Carnaval. Posteriormente, el reinado se institucionalizaría como parte del Carnaval a partir de 1923. En los carnavales estudiantiles de Bogotá, desde 1919 hasta 1930, se eligió la reina de los estudiantes, tradición que se retomaría décadas más tarde, cuando ya las mujeres podían acceder a estudios superiores. En sus inicios, estas festividades tuvieron reinas invitadas pertenecientes a las familias de la élite con mayor poder económico y político que, sin duda, con su presencia cuestionaban la legitimidad de la relación de las mujeres con la universidad. Esta presencia en la casa de estudios solo podía mediar por invitación a través de un reinado, pues su acceso como estudiantes no sería considerado legamente posible sino hasta 1933, a través del Decreto 1972. Posteriormente, con la Reforma Constitucional de 1936, obtendrían el derecho a ocupar cargos públicos, aunque no por elección popular.

**Imagen 9.** Reina de los estudiantes y su corte en los juegos florales.

Escaleras del Teatro Heredia, hoy Teatro Mejía (1911)

**Fuente:** Universidad Tecnológica de Bolívar,

Fototeca Histórica de Cartagena de Indias.



Con esto se establecieron algunos de los escenarios donde comenzaría a evidenciarse el reconocimiento e incidencia femenina a través de las coronas, y de la institución del reinado como vector legítimo de proyección pública para mujeres de las élites, en un momento en el que los escenarios de vida pública eran sumamente restringidos para ellas.

Tuvieron que pasar veinte años tras la institucionalización del reinado en Cartagena (1954) para que las mujeres colombianas obtuvieran el reconocimiento de su igualdad jurídica con los hombres, y con ello pudieran ejercer su derecho al sufragio. La corona universal de la belleza llegó primero como oportunidad para que las colombianas tuvieran el poder de «gobernar» y representar a su país, antes de que se materializara su posibilidad de votar o ser votadas.

### ***Colombia y sus anhelos de modernidad: la pasarela internacional***

En su libro *Genealogías de la colombianidad*, Santiago Castro-Gómez y Eduardo Restrepo (2008) señalan que los comienzos del siglo XX llevaron a Colombia a un momento muy particular. El país experimentó, gracias a la bonanza cafetera y al consecuente fortalecimiento de la burguesía local, la puesta en escena de un «capitalismo imaginario» con anhelos de desarrollo industrial, proyección capitalista y modernidad; sin embargo, como bien señalan los autores:

[...] en Colombia las redes de ferrocarril nunca funcionaron, Bogotá no se convirtió en la Nueva York sudamericana, la clase obrera jamás fue revolucionaria, la burguesía no abandonó la economía colonial de la hacienda, la gran mayoría de la población adolecía de servicios básicos de salud, vivienda y educación, la investigación científica era prácticamente inexistente, la ley nunca fue imparcial, la racionalidad burocrática del Estado no funcionó y la mayor parte de la intelectualidad crítica permaneció atada a los imaginarios de la «ciudad letrada republicana». (p. 16)

Aun así, esos deseos tan intensos de modernidad se manifestarían en aspectos como los ideales de belleza asociados al poder y la blancura. La belleza, como lo ha precisado Peter Wade (2009), se ha relacionado con apuestas a gran escala para los proyectos de nación en los países latinoamericanos y se ha difundido a través del relato del mestizaje, mediante el cual los sistemas de discriminación racial imperantes permanecen vigentes en el orden social.

Además, como bien lo ha precisado la antropóloga Mara Viveros (2009), el mito del mestizaje se constituyó en América Latina como un componente fundacional de las identidades nacionales, anudándose a la retórica del multiculturalismo, que devino así en una heredera contemporánea de la ideología del mestizaje.

La idea de mestizaje como vía para el blanqueamiento operaría en adelante, como lo ha enfatizado Wade, como distintivo en los procesos de construcción de nación en Colombia, Venezuela, México, Cuba y Brasil. Por eso, no es casual que sean justamente estos países los que más coronas universales de adultas han obtenido en la región latinoamericana, salvo Cuba, que no participó en reinados universales por más de cincuenta años, hasta que muy recientemente una joven descendiente de cubanos residentes en Miami se postuló para representar a la isla, en Miss Universo 2015. Por ello los reinados adquirieron tanta relevancia, pues devinieron en un vector de visibilidad, exaltación y proyección de los valores nacionales, a través de la oficialización del Concurso Nacional de la Belleza en 1934.

Esto se vio cristalizado con el establecimiento de la marca Cartagena en la década de los cincuenta, que situó oficialmente a Colombia como flamante y prometedora «jugadora» en el concierto internacional de la belleza. En el libro *Las más bellas*, producido por la empresa organizadora del reinado nacional de la belleza en Colombia para conmemorar los sesenta años del certamen (1994), se expresa justamente este anhelo de modernidad asociado a la belleza y a su institucionalización como un valor privilegiado de la feminidad.

El trabajo pionero de la antropóloga norteamericana Beverly Stoeltje<sup>9</sup> (2004) sobre los reinados de adultas en Estados Unidos, permite contrastar esa realidad —su emergencia y posteriores transformaciones tempranas—, con la de los reinados de Colombia.

A través de su trabajo puede apreciarse cómo, en Estados Unidos, los reinados eran una forma efectiva para que jóvenes de clase obrera pudieran acceder a vínculos, bienes y privilegios como becas, productos o escenarios de proyección mediática e incluso política; por lo general vedados a jóvenes de origen proletario. Por el contrario, en Colombia el reinado se convirtió en un escenario aspiracional, en el que se manifestaba el ideal de belleza femenina que se representaba en los cuerpos de las hijas de familias de las élites criollas, como un espacio de proyección y visibilidad estrictamente controlado y segregado socio-racialmente.

Además, en Colombia la herencia española también se constituye, como señala el investigador Pietro Pisano (2019), en una marca cultural, racial y de clase, compartida predominantemente por las élites, manifiesta en el Concurso Nacional de Cartagena y en las narrativas que se construían en los medios acerca de ellas (p. 156).

De hecho, como apunta la historiadora Gina Ruz (2016), desde 1934 hasta 2015, en Cartagena coexistieron dos reinados en noviembre:

[...] el Reinado de la Independencia, un certamen popular que hace parte de las celebraciones del 11 de noviembre, y el Concurso Nacional de Belleza, un evento comercial privado nacido en otra fecha y con otros fines, pero que fue trasladado a noviembre, desplazando por muchos años el goce popular carnavalesco propio de la fiesta y alterando las dinámicas celebratorias de la ciudadanía, que pasó de ser protagonista de su propia fiesta a espectadora de la frivolidad y el glamour patrocinado, y amplificado por los medios de comunicación nacional. (p. 1)

9 Agradezco a la profesora Stoeltje su generosidad al atender mis solicitudes de apoyo, en medio de la pandemia, y por compartirme sus textos pioneros, algunos de ellos inaccesibles en línea.

Las reinas devendrían así en un modelo del ideal femenino y, al mismo tiempo, una proyección del ideal de la Nación (Bolívar, 2007; Bolívar *et al.*, 2001), en tensión con las representaciones de belleza y sofisticación femeninas, simbolizadas y alimentadas por los medios y los cambios instaurados por el devenir internacional, también en lo que se refiere a los paradigmas dominantes de la feminidad y la belleza regínica.

Pero los cánones de belleza no son estáticos, como ya lo ha señalado Pisano (2019): con el paulatino proceso de globalización esta concepción de belleza cada vez más globalizada fue haciendo mella, demandando una adaptación a la colombiana, pero manteniéndose acorde con las dinámicas socio- raciales nacionales dominantes. En consecuencia, la belleza siguió manifestando la estratificación socio-racial a través de la valoración exaltada de la blanca en el país. Esta relación con la blanca demuestra, parafraseando a Pisano, la imbricación de diversas dimensiones: de clase, por estar asociada a las élites; de género, por ser considerada una manifestación de feminidad; y racial, por ser el «color» del grupo que, con su dominación, había también instaurado los ideales de belleza.

De este modo, la mesticidad, en tanto vector para la construcción de sentidos de belleza, distinción y progreso en Colombia, se expresaría en las mujeres reinas de belleza a partir de la segunda mitad del siglo xx; y el concurso nacional operaría, a decir de Elisabeth Cunin, como mecanismo de conciliación de múltiples polos opuestos: «conservadurismo vs. modernidad, nacionalismo vs. regionalismo, homogeneidad vs. heterogeneidad» y suscitaría, con la puesta en escena del cuerpo de las mujeres, «una narración sobre la ciudad y la preservación de una frontera entre el “nosotros” glorificado de ayer y hoy, y “los otros”» (Cunin, 2003, p. 163).

### ***La feminidad y la educación de las mujeres***

En medio de este anhelo de modernidad, Colombia tuvo que afrontar uno de los periodos más sangrientos de su historia: un conflicto transgeneracional entre liberales y conservadores que, como lo ha expresado María Victoria Uribe (2019), se constituyó en un «raye»

de la violencia que vino a generar una organización social y cultural muy particular en la vida de las personas: «se ordenaban los amigos y los enemigos; la familia patriarcal era la estructura bajo la cual se construían las subjetividades» (p. 153).

Este no había sido el único conflicto en la historia de Colombia. Como señala la antropóloga Donny Mertens (2000), el país estuvo atravesado por la secuencia de guerras civiles a lo largo de todo el siglo XIX y la Guerra de los Mil Días, ocurrida entre 1899 y 1902. Durante las décadas de 1950 y 1960 se atravesó el periodo conocido como de la Violencia, con mayúscula, en el que la experiencia de las mujeres se vería marcada diferencialmente por género, clase y raza.

Esto se manifestó en la forma en que se establecieron las fronteras entre el espacio público y el espacio privado: algunas mujeres se involucraron en la contienda, como apoyo logístico y combatientes; no obstante, la mayoría de ellas experimentó el horror del conflicto desde la observación y el silencio. Mientras que las mujeres campesinas participaban laboralmente, empatando su quehacer con el trabajo de cuidado y los oficios domésticos, bajo la tutela masculina, las mujeres de las élites eran excluidas del trabajo remunerado y enfrentaban un confinamiento y vigilancia rigurosos (2000, pp. 26-27).

Durante esta época se produjeron las primeras luchas feministas sufragistas en el país, en cuyo marco se demandaban, de manera incipiente, derechos ciudadanos e igualdad en el acceso a la educación y el trabajo, enarbolando como argumento el imaginario de la época y su impronta de género: por un lado, la modernidad y, por otro, el de aprovechar la capacidad femenina de «administrar el hogar» en el contexto privado para beneficiar con esas cualidades la administración del Estado, visto como un sistema familiar.

Es importante tener en cuenta que, como precisa Luis Javier Ortiz en (Toro, 1995), más del 80% de la población colombiana en 1912 era analfabeta, excepto en el departamento de Antioquia, donde la proporción se aproximaba al 60%. El lento proceso de ampliación del sistema educativo, la escasez de recursos públicos y el control y conflictos de orden religioso, hicieron que la proporción de estudiantes en edad escolar sobre el total de la población pasara de 1,2%

en 1835 a 3,3% en 1897. De ellos, la proporción de niñas escolarizadas pasó del 16% en 1847 al 34% en 1870. No obstante, su «educación giraba en torno a la lectura, la escritura, la pintura, la música, el dibujo, la costura, las matemáticas elementales, la geografía, la telegrafía, la moral, la urbanidad y la economía doméstica» (1995, p. 189).

Para la década de los treinta la modernidad a la colombiana trajo consigo varias tareas subjetivas para las mujeres: debían continuar con las labores de maternaje, cuidado y administración del espacio doméstico, pero sujetas a una importante reconfiguración. Esto se expresó en un nuevo abanico de funciones sociales que, de acuerdo con Miguel Ángel Martínez y Olga Lucía Zuluaga (2020, p. 12), fueron alimentadas por los nuevos saberes expertos y sus agentes, quienes desarrollaron precisos y pormenorizados protocolos regulatorios.

Estas funciones, que hasta entonces habían estado pautadas predominantemente por la religión, la iglesia católica y sus instituciones, incluían la responsabilidad social de la maternidad, la culpabilización, la alianza entre médico y madre, y la salvación del alma infantil; todas ellas manifiestas en múltiples planos, escenarios, saberes y agentes.

Aunque hubo cambios con el paso del tiempo, la preparación de las mujeres y niñas en términos profesionales estaba orientada a su desempeño como esposas, madres y administradoras de las tareas del hogar. Por consiguiente, el trabajo doméstico, el secretariado y el ejercicio del magisterio femenino fueron algunas de las principales opciones profesionales para las mujeres de clases medias-bajas y medias. La enseñanza fue una de las pocas profesiones consideradas legítimas y moralmente aceptables para las mujeres, y se desarrolló lo que se vino a denominar primera educación infantil—luego educación inicial—, que llevó a la feminización del magisterio y a la instauración del modelo de amor maternal como modo de educar e instruir a la infancia.

Según Martínez y Zuluaga (2020), esta estrategia de la pedagogía católica pretendía frenar la incidencia de discursos y prácticas de origen protestante, impulsados por los liberales, que habían logrado instaurarse institucionalmente con la reforma instruccionalista de 1870 (Bernal, 2019). De esta manera, se intentaba intervenir durante la segunda mitad del siglo para evitar la cada vez más creciente influencia de los saberes expertos y agentes laicos, *vis-a-vis* con este modelo mariano

«reformado», en el que la belleza y la seducción se proyectan como cualidades de la feminidad que requieren trabajo, cultivo e inversión.

Este aspecto, analizado por la investigadora colombiana Zandra Pedraza (2004) en un trabajo pionero desde la mirada etnográfica e histórica de los estudios del cuerpo, da cuenta de cómo se configuraron las formas modernas de feminidad en Colombia, convirtiendo la coquetería y la vanidad, antes consideradas debilidades del alma, en atributos de lo femenino.

Como señala Pedraza (2004), a partir de la segunda mitad del siglo xx la belleza se convirtió en un atributo de la feminidad moderna que debía ser trabajado y cultivado, asimilándose como componente insoslayable de la educación de las mujeres. Además, deviene como dispositivo privilegiado para regular el género y la sexualidad, expresado en una propuesta pedagógica dirigida a responder a los retos de formar a la mujer moderna colombiana: regular y pedagogizar las formas de vinculación, de la imagen, del glamur y otros aspectos que, sumados, afirmarían su papel de puente entre la familia y la nación modernas.

Utilizando la categoría de «cautiverios de las mujeres», acuñada por la antropóloga mexicana Marcela Lagarde (1993) como vía para analizar el estado de las mujeres en la cultura, propongo pensar las siguientes representaciones de las mujeres modernas colombianas como ejes triádicos: el de la madre-esposa-cuidadora moderna; el de la virgen-seductora-*femme fatale*; el de la víctima-culpable-confinada; y el de la plebeya-princesa-reina.

Así, en clave de cautiverio, las mujeres están confinadas en la regulación de la sexualidad-reproducción, la vigilancia y cuidado de la higiene y salud del cuerpo, la modulación de los afectos y su expresión cuidadosamente curada y educada, el cultivo de una *hexis* corporal —enclavada por sistemas de clase, raza y etnicidad—, y la forma de experimentar su cuerpo y su relación con otros cuerpos.

En términos de Pierre Bourdieu, hablaríamos de un «*habitus*» pautado milimétricamente a través de gestos, miradas, movimientos y posiciones, y soportado por la indumentaria, accesorios y marcadores de distinción vigentes, así como por la forma de habitarlos.

Las mujeres son conminadas a la reproducción y exaltación del orden social y la familia heterosexual, a través de la apropiación de un conjunto de dispositivos, disciplinas, técnicas y prácticas concebidas para modelar y orientar la subjetivación corporeizada en femenino, la reproducción y la afectividad, así como su continuo perfeccionamiento.

Se inaugura como paradigma en la formación de las jóvenes colombianas de clase media y alta un nuevo repertorio ético, estético y afectivo para la expresión normativa de la feminidad moderna, que se vuelve, a su vez, en referente aspiracional para las jóvenes pertenecientes a estratos inferiores. La belleza se convierte en una cualidad «democrática» (Blanco y Cárdenas, 2009; Pedraza, 2011; Toro, 1995) que también más tarde asumirían los colegios destinados a la formación de niñas «desfavorecidas» como paradigma pedagógico, guardando, por supuesto, las salvedades exigidas por su condición de clase.

Frente a la impronta de la guerra civil enfrentada por Colombia durante un largo periodo, las mujeres fueron conminadas a desarrollar habilidades y conocimientos acordes con las necesidades requeridas por el contexto. Deberían prepararse comedidamente para asumir las labores domésticas, educar a su prole y estar preparadas ante la contingencia de que los jefes de familia faltaran; fungiendo, como lo señala Suzy Bermúdez en su trabajo sobre la familia y hogares en Colombia durante el siglo XIX y comienzos del XX (en Toro, 1995), como mediadoras en las relaciones familiares, cuando existieran conflictos.

Fue un periodo muy intenso de producción de manuales, cartillas y materiales diversos para poder concretar esta minuciosa pedagogización de la feminidad. Entre muchas publicaciones de este tipo, se encuentra el texto *Fémina*, de Gregorio Sánchez Gómez (1938), que dedica un capítulo completo al tema.

Sánchez considera que la feminidad es un atributo que la naturaleza le concede a la mujer «como adorno y defensa»:

En la mujer hay una disposición natural e imperiosa del sexo, cierto impulso dominador de su propia constitución biológica que le inclina necesariamente y ¿por qué no?,

también fatalmente hacia el hombre. Esta tendencia ineludible que se produce también del hombre hacia la mujer, pero que en ella toma la forma «pasiva de la atracción». (p. 105)

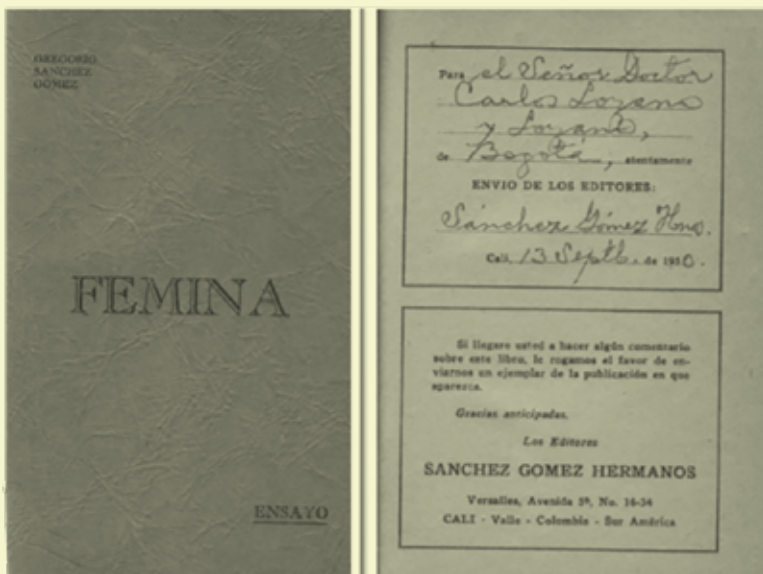
Sánchez identifica la feminidad, en esta ecuación, como «el conjunto de múltiples medios o recursos de que se vale para la realización de sus fines», advirtiendo, no obstante, que el deber de la mujer es sobreponerse al impulso, entendido como la satisfacción del deseo sexual, para mantener el atractivo constante de la belleza que es el irresistible «señuelo para el hombre» (p. 105).

Por lo tanto, el autor establece que, para cultivar su feminidad, la mujer debe potenciar su atractivo dando peso a su belleza espiritual, lo cual consigue cuando sitúa el objeto de su belleza en despertar y cultivar el amor en el hombre, pues esto es lo que constituye el fin del matrimonio efectivo, con el de la familia y, por ende, «de la sociedad» (p. 145).

Sánchez considera que mantener la feminidad es conservar la capacidad de seducción, pues esta es la prueba fehaciente del amor y del trabajo subjetivo que la mujer ha de desarrollar para mantener el interés del hombre a través del «cuidado de la belleza física y del ejercicio del poder seductor». Por un lado, la belleza física, entendida como salud, alegría, cultivo permanente de los encantos corporales; y por otro, el poder seductor, «que es la gracia, atracción y el empleo inteligente de los resortes de la simpatía y el halago» (pp. 106-107).

Finalmente, el autor recomienda a la joven colombiana el culto constante y racional de la belleza: «No como un fetiche», sino para ponerla «al servicio de los fines más altos y perdurables» (p. 107); entiéndase, la familia, la pareja y la heterosexualidad. Algo afín a lo que la antropóloga dominicana Rosa (Ochy) Curiel (2010) ha denominado el régimen heterosexual de la nación, para la preservación de la familia.

En este régimen, la belleza es un mandato que debe procurarse siempre dentro de los márgenes de lo que Gregorio Sánchez ha denominado «la ley natural» (p. 107); establecida como un principio vital en la conducta y en el código ético y moral que constituye esa forma de feminidad, instaurada en el ejercicio del don de la seducción, cuyo objeto —en esta ecuación— es el hombre cis heterosexual.



**Imagen 10.** Portada de *Fémina* (1950)  
**Fuente:** Centro Virtual de Memoria en Educación y Pedagogía, IDEP.

### ***El cine y los medios de comunicación masiva***

En sus diferentes expresiones y etapas, a lo largo del siglo xx los medios fueron instrumento central de las estrategias desarrolladas para configurar lo que Castro-Gómez y Restrepo (2008) denominan regímenes de colombianidad, es decir:

[...] dispositivos históricamente localizados y siempre heterogéneos, que buscan unificar y normalizar a la población como «nacional», al mismo tiempo que producen diferencias dentro de esta. Tales regímenes generan distintas políticas de la unidad, de las identidades y de las diferencias, que deben ser entendidas desde las formas particulares que tomó la modernidad/colonialidad en Colombia. (p. 6)

La prensa, la radio y la televisión jugaron un papel decisivo en ese proceso a través de la fotografía, que a partir de la segunda mitad del siglo XIX y primera del siglo XX había servido inicialmente, como heredera de la pintura, para representar a las mujeres y familias de élite (Celis Hernández, 2020), hasta trasladarse paulatinamente a los salones de las clases medias urbanas en la era de la reproductibilidad técnica de la imagen (Benjamin, 1981), inaugurada por la cámara.

Posteriormente, al salir a la calle, la cámara se convirtió en un dispositivo de documentación social y periodística. Así, aparecerían representaciones gráficas de las otras mujeres: las proletarias, las indigentes, las campesinas.

Por su parte, la prensa, que en 1902 inicia con el periódico *El Nuevo Tiempo*, fue utilizada como instrumento político de orden pedagógico y de difusión de ideas, y contribuyó en gran medida a la construcción de imaginarios de nación, modernidad y feminidad. Como apunta Bermúdez (en Toro, 1995), a lo largo de la segunda mitad del siglo XX la prensa femenina aparecería como vía para la pedagogización del desempeño femenino en el ámbito doméstico como madre, esposa y educadora. De cierta manera, fue el precedente de las revistas femeninas que surgieron a finales de la década de 1970, para impulsar con la creciente cultura letrada doméstica, valores de consumo y convivencia familiar, acordes con los valores del capitalismo: «privatizar» el espacio familiar, confinar a las mujeres en el ámbito doméstico y ejercer un mayor control sobre la sexualidad femenina. De conjunto, este medio desempeñó un papel fundamental en la legitimación de las jerarquías y relaciones de poder basadas en el género, la generación, la clase y la raza, como metarrelato del hogar ideal (1995, pp. 248-249).

En la representación del folclor regional, los cuerpos de las mujeres comenzaron a encontrar escenarios de posibilidad para ocupar espacios públicos, soltarse los botones ajustados de los vestidos y mostrarse a través de la interpretación de bailes y exhibición de trajes regionales colombianos. De igual manera, los reinados comenzaron a difundirse en los diarios, y en la *Revista Cromos*, la cual se convertiría, como antes mencioné, en la cronista permanente del reinado a lo largo de los años, junto con la radio, que contó con su



primera radiodifusora en 1929 a la HJN, y que para 1949 comenzó a transmitir el Reinado Nacional.

En este mismo sentido, Cesar Andrés Ospina (2012) destaca que el cine interpeló «los deseos de los individuos, y se alió con estrategias disciplinares a fin de civilizar y crear un sentimiento de nacionalidad» (p. 64). Los medios también fueron esenciales para difundir la representación de las reinas de belleza como figuras públicas, a quienes se les ofrecía un trato diplomático de alto nivel, con acceso a escenarios de poder, prohibidos para el común de las mujeres, salvo para las hijas y esposas del gobernante de turno.

De igual manera, el cine sería determinante en la instauración y difusión de imaginarios de belleza procedentes de las grandes capitales como Nueva York o París, así como de representaciones de feminidad asociadas a las actrices de películas del Hollywood de los años veinte, cuando en Colombia era mal visto que las actrices nacionales participaran en largometrajes. Esto explica que, por ejemplo, el personaje protagónico femenino de la primera película colombiana de cine mudo, *María*, basada en la novela homónima de Jorge Isaacs y dirigida por Máximo Calvo, fuese interpretado por una extranjera que no hablaba español: la actriz jamaíquina Stella López (Caliwood, s.f.).

Durante las primeras tres décadas del siglo pasado, la difusión del cine sonoro dio visibilidad a actrices de Hollywood como Marlene Dietrich, Katherine Hepburn, Joan Crawford y Betty Davis, mujeres exitosas, sofisticadas y polifacéticas que en los años veinte revolucionaron las representaciones de la feminidad en los escenarios, la pantalla y la pasarela, y fueron reconocidas como modelos de belleza, poder, popularidad, logro y visibilidad súbitas y universales.

Como veremos con mayor detalle, el surgimiento y procesos de desarrollo de los medios de comunicación en el país, desde la radio, el cine, la televisión en blanco y negro y su evolución a color, serían fundamentales para la emergencia y popularización de los reinados de niñas. De manera consistente, contribuyeron a la difusión de modelos de feminidad y niñez «espectacularizados», y participaron activamente en la construcción de la representación moderna de la infancia y la adolescencia, así como en su configuración como *targets* comerciales.

## Las geopolíticas de la belleza

Como destaca Cardona, apoyándose en Bolívar (2007), desde los años cuarenta el reinado se direccionó en tres vías: como evento de las élites regionales que consolidaría las formas de distinción social y regional; como escenario que instauraría la belleza en tanto forma específica de distinción social y diferenciación regional, situando el glamur, la clase, la distinción, el buen gusto, la prudencia, el recato y la cultura como elementos «naturales»; y como espacio que configuraría una geografía nacional organizada a través del sector turístico, promovido desde la exhibición de lugares, prácticas y agentes.

La puesta en escena de la reginización se convirtió en vitrina de exhibición de los referentes de identidad cultural y regional que paulatinamente se fueron distanciando de los marcadores iniciales de distinción. De este modo fueron dando cabida a otro tipo de sectores, que identificaron en el reinado un vector para aspirar a la legitimidad, el reconocimiento y progreso.

### Imagen 11. Reginidad

**Fuente:** *El Tiempo*, suplemento Literario, 29 de septiembre de 1957. Chapete, p. 12 y timbre postal.



En este sentido, es importante recordar que los reinados y actos de beneficencia fueron los únicos escenarios de representación y participación en la escena pública para las jóvenes colombianas de la época, cuando el derecho a votar y ser votadas aún no era reconocido en el país. Solo hasta el primero de diciembre de 1957, con base en el Acto Legislativo 03 de 1954, aprobado por Rojas Pinilla, cerca de dos millones de mujeres votaron por primera vez; casi de forma simultánea a la obtención de la corona universal por Luz Marina Zuluaga, el 25 de julio de 1958<sup>10</sup>.

Así, Luz Marina se convirtió en la encarnación de una forma novedosa de trascendencia femenina dentro de la cultura colombiana, y los medios fueron fundamentales en su proyección y popularización. El reinado de Miss Universo se inauguró en 1952. Para 1957, cuando Zuluaga ganó la primera corona universal para Colombia, el reinado fue transmitido a nivel nacional a través de la radio y la televisión.

Pero, además, el reinado tuvo claros usos políticos. Como apunta Patricia Cardona (2007), el reinado de belleza sirvió de cortina de humo durante los años de la Violencia y la dictadura militar:

---

10 Es importante aquí recoger una precisión de la abogada Gloria de los Ríos, planteada en su texto «Condición jurídica de las mujeres»: «en 1922, se inició tardíamente en Colombia una etapa en la que la mujer fue adquiriendo progresivamente los derechos civiles y políticos que le habían sido negados por el hecho de ser mujer. Como antecedentes tenemos: la Ley 8 de 1922, que le otorgó a la mujer casada la facultad de administrar los bienes de uso personal; la Ley 128 de 1928, que la autorizó para disponer de los dineros depositados en las cajas de ahorro; la Ley 83 de 1931 le permitió a la mujer trabajadora recibir directamente su salario; la Ley 28 de 1932 eliminó la figura de la potestad marital en cuanto a la administración de sus bienes, y la facultó para representarse a sí misma; el Decreto 1972 de 1933 permitió el ingreso de la mujer a la universidad; la Reforma Constitucional de 1936 le otorgó el derecho a ocupar cargos públicos. Esta etapa culmina en 1954, con el reconocimiento del derecho a elegir y ser elegida» (p. 422). Para profundizar en los aspectos jurídicos de este periodo acudir a su texto, accesible en el Volumen I de *Las mujeres en la historia de Colombia* (Velázquez Toro, 1995).

En 1953, año de ascenso del dictador Gustavo Rojas Pinilla, para congraciarse con las élites del país que le respaldaban, asistió a la ceremonia de coronación de la reina nacional de la belleza, cuyo título ostentó ese año la representante del Valle de Cauca, Luz Marina Cruz, que además, por efecto de la crisis, desatada en diversas regiones, por la violencia, llevaba la representación de tres departamentos más (Antioquia, Cauca, y Nariño), la reina fue coronada por el propio dictador, que con ello se acercó de manera tangible a los sectores de élite que estaban representados en el reinado por las candidatas al certamen. La presencia de Rojas Pinilla puso en evidencia los lazos existentes entre belleza y política, ambos rangos ligados íntimamente en el país con el poder detentado por las clases sociales altas. (p. 9)

Esto demuestra que el reinado no solo formaba parte de la estrategia estatal para configurar una identidad nacional, sino que también era importante para afirmar, a través de las reinas —elegidas entre las hijas de las familias de la élite— la adherencia a una determinada filiación política que en ese momento fuese dominante en el poder, entre liberales y conservadores.

De este modo, toda deferencia hacia las reinas adquiría la carga y el posicionamiento ideológico y político de quien detentaba el poder ejecutivo en ese momento. Como lo recuerda Luz Marina Zuluaga al evocar el momento político del país, cuando obtuvo la corona universal (Redacción Cromos, 2016):

Llevaba algo más de dos días como Miss Universo cuando recibí un marconi de la Junta Militar de Colombia, en el que me pedían no regresar al país antes de que Alberto Lleras Camargo se posesionara como Presidente [sic], pues no querían que mi llegada se aprovechara en contra de ese cambio de mando. Me pareció prudente la petición, no quería que por mi culpa se desatara otro Bogotazo. (p. 3)

Al volver a Colombia del lugar donde se realizó el concurso, la primera Miss Universo colombiana fue recibida en el aeropuerto por una escolta del ejército; luego fue convidada a la Casa de Nariño —la casa presidencial colombiana— para reunirse con la junta militar, que asumió temporalmente el gobierno luego de que el dictador Rojas Pinilla fuera destituido, y asumiera el cargo el nuevo presidente, Alberto Lleras.

### **El capital regínico**

Para estos años ganar una corona ya implicaba un claro valor agregado al capital erótico y cultural de las mujeres que lograban detentarla —como indica, retomando los planteamientos de Bourdieu, Catherine Hakim (2010)—. Se afirmaba lo que Sandra Duvivier (2017) ha denominado la configuración del cuerpo como un territorio a cultivar.

Respondiendo al paradigma del capitalismo, el cuerpo femenino se convertía en el principal terreno de explotación, pero también de resistencia. A decir de Silvia Federici (2010), se veía como medio para la reproducción y al mismo tiempo como escenario de acumulación de capital y emancipación, al que la corona abonaba. A esto he propuesto denominarlo *capital regínico*.

El capital regínico es heredable. Las coronas conseguidas no se capitalizan solo a nivel personal: el prestigio de la familia aumenta cuando se suman a las obtenidas por las hermanas, las tías, las madres y las abuelas. En la misma línea, durante su conferencia sobre «La alta cultura y la alta costura», Bourdieu (1990) advirtió que «al igual que el campo de las clases sociales y de los estilos de vida, el campo de la moda tiene una estructura que es producto de su historia anterior y principio de su historia posterior» (p. 87).

Desde este mismo lugar podría pensarse la tradición regínica familiar: se constituye en una propiedad, un capital que, al estar incorporado, pareciera innato; sin embargo, es producto de una labor continuada de producción colectiva con vectores muy claros. La investigadora Ingrid Bolívar (2007) advierte que al analizar las trayectorias de las reinas «sobresale el papel de los lazos familiares que sostienen

a cada una de las candidatas, y el esfuerzo por inscribirlos en una larga trayectoria de respetabilidad y preeminencia social» (p. 75).

Parafraseando a Bourdieu, podría decirse que las familias prestantes con tradición en los reinados continúan afirmando el monopolio de la distinción con cada concurso y cada generación: el privilegio de instaurar la última diferencia legítima, la última moda; con cada nueva reina que emerge de su nicho se asegura la sucesión, actualización, afirmación y vigencia de su estirpe regínica.

El *habitus* de la feminidad regínica es adquirido, pero se vuelve perenne, trasciende encarnado en el cuerpo de las mujeres en forma de disposiciones permanentes; es histórico, ligado a la historia individual, pero al mismo tiempo se inscribe de un modo genético. El capital regínico se reproduce y actualiza con cada nueva mujer que lo encarna y se convierte en un capital nacional proyectado internacionalmente. Es producto de los condicionamientos que tienden a reproducir la lógica cultural colombiana de la belleza regínica, pero a su vez transforma dicha lógica.

Sin embargo, como destaca Bourdieu cuando se refiere a la distinción (2016), la comprensión de la forma como opera la feminidad regínica va más allá de conocer sus condiciones de producción, la tradición de los reinados colombianos o a sus reinas. El *habitus* es un principio de invención que, aunque es creado por la historia, está relativamente desvinculado de ella. Ha tenido que adaptarse a situaciones nuevas e imprevistas, como que el vector de la clase y la alta alcurnia comenzara a jugarse frente a otros aspectos de contrapeso, como el mercado.

Por ejemplo, Luz Marina Zuluaga, primera reina universal colombiana, no había sido elegida inicialmente como reina nacional. Además, era la primera vez que su departamento enviaba una representante al concurso, quien en principio debía designarse por decreto del alcalde o gobernador. No obstante, su designación surgió de una suerte de elección popular espontánea, impulsada de manera extraoficial por los medios de comunicación, como ella misma afirmó:

La situación era que ellos no querían que fuera por decreto, como algo impuesto, entonces me acuerdo de que los periodistas Darío Hoyos, de *La Patria*, y Eucario Bermúdez, de *Transmisora Caldas*, comenzaron a decir que por qué no se elegía una reina popular, lejos de todo protocolo. (Agudelo, 2021, p. 31)

En este caso, el espíritu democrático hizo contrapeso al de la alta cuna. Los periodistas realizaron una encuesta entre transeúntes de Manizales y el nombre de Luz Marina fue aclamado para que fuese la reina. Simultáneamente, se convocó a esta consulta espontánea a otros dirigentes de la ciudad. La elección de la reina de Manizales se convirtió en un ejercicio democrático para un país en el que, paradójicamente, las mujeres aún no podían votar ni ser votadas:

Acordaron expandir más esa elección –dice ella– y se propuso que cada uno de los municipios del departamento mandara una representante para que la elección de la señorita Caldas fuera algo democrático. Esto llamó mucho la atención, pues nunca en Colombia se había hecho un evento tan grande para coronar una reina departamental. Me acuerdo de que fue tal el despliegue para esta elección, que la coronación se hizo en el Club Manizales y el jurado fue traído de Bogotá. Con el veredicto fui elegida señorita Caldas. Yo creo que la gente me conocía porque había sido reina del colegio y de La Feria de Manizales, la verdad creo que les impacté. Esa noche me puse muy feliz. (p. 32)

Como era de esperar, finalmente Luz Marina no ganó el reinado nacional, pero poco tiempo después del reinado, Max Factor, que tenía la franquicia para Colombia del reinado de Miss Universo, la buscó para que participara representando a Colombia, ya que la ganadora del reinado nacional había declinado participar porque se iba a casar.

Meses después, esa mujer que no pertenecía a la élite manizalita, nacida en Pereira –cuando aún formaba parte del departamento del Viejo Caldas–, representaría a Colombia en una pasarela

internacional. Luz Marina Zuluaga lo expresa de la siguiente manera: «Yo era de provincia, de una ciudad pequeña, de esas que muchas personas ni siquiera pueden ubicar en un mapa» (Colprensa, 2015, p. 2).

Sin hablar inglés y después de intentar, infructuosamente, aprender algunas frases, por iniciativa de su patrocinador recibió un inesperado entrenamiento de glamur y pasarela —aprendizaje vicario— con el «Comité de la Elegancia de París», gracias a que Miss Suecia, Miss Estados Unidos, Miss Francia, Miss Hawái y Miss Italia también estaban adscritas a dicho comité y en ese momento estaban realizando una gira por Sudamérica. Llegaron a Colombia por casualidad para un desfile de modas, y de esta manera se convirtieron en sus inesperadas tutoras. Al respecto, Luz Marina recuerda que

El representante de Max Factor decidió meterme ahí para que tuviera un contacto y aprendiera cómo era que uno se hacía reina de talla internacional. Esa fue mi gran escuela, seguí el recorrido con ellas y me dediqué a mirar cómo era que caminaba la francesa [...]. Me paraba al lado de ella e intentaba hacer las cosas como ella las hacía. Me fijaba mucho en cómo sonreía, cómo miraba, cómo se movía, mejor dicho, me volví la sombra de Miss Francia. (p. 2)

Luz Marina pertenecía a una clase media con una escasa capacidad adquisitiva, sin el *habitus* cosmopolita de sus adversarias, ni las relaciones y recursos que le permitieran acceder a estudios en el extranjero o viajar fuera del país. Provenía de la periferia de la región central de Colombia, pero era blanca, mestiza y, en ese momento, su imagen encajaba con la que Colombia necesitaba para inscribirse en la pasarela internacional de la modernidad:

No hablaba inglés, tuve que asumir el estrato [...] pero estaba en el Club de la Elegancia de París, y eso sonaba grande. Los micrófonos y los flashes de las cámaras cada vez me asustaban menos, la gira me demostró que ya me estaba adaptando a ese mundo que, aunque nuevo, comenzaba a dominar. (p. 2)

El capital regínico es acumulativo y vitalicio. Luz Marina Zu-  
luaga, quien se convierte en reina universal de la belleza en 1957,  
refiere así la forma en que su título la convirtió en una persona  
completamente diferente:

Me sentía rarísima. Pasé de ser una muchachita de 18  
años, común y corriente de Manizales, que apenas se  
había graduado del colegio, a ser Miss Universo. Ya no  
podría caminar por la calle. Esa vida ya no existía. Cuando  
entregué la corona quedé con un boom tremendo por  
mucho tiempo. Es más, aún ahora tengo cosas. Mejor dicho,  
50 años después aún le debo cosas a Miss Universo.

Como reina de belleza, Luz Marina pasó de ser, como ella misma  
se define, una «muchachita común y corriente», a la encarnación  
de Colombia, coronada como reina universal de la belleza. Era el  
paradigma de una realización femenina emergente, diferente de  
la realización mariana de mujer y madre abnegada: la expresión  
encarnada de los nuevos valores de la modernidad y modelo de dis-  
tinción, belleza, feminidad y glamur, validados internacionalmente.

## **Moda, belleza, reinas y distinción**

Hace más de un siglo la influencia de la industria textil en el país  
fue esencial para el desarrollo de la industria de la moda (Espinell  
González *et al.*, 2018). Desde 1907 se establecieron las primeras  
empresas de tejidos en el país: la Fábrica de Hilados y Tejidos El  
Hato; la Compañía de Tejidos de Bello; la Fábrica de Tejidos Her-  
nández y la Compañía Colombiana de Tejidos, Coltejer.

Aprovechando la bonanza cafetera y su conocimiento del  
sector, algunos empresarios, comerciantes e importadores de telas  
pudieron leer los cambios en la cultura colombiana —los aires de  
modernidad, la reconfiguración y el crecimiento de las zonas urbanas  
y el desarrollo aspiracional de nuevos estilos de vida— e iniciar la  
producción de fibras y textiles nacionales.

*“Luz Marina Zuluaga, era como La reina Isabel. Reina de la realeza, señora dama. Uno se para y es: Una Señora Dama. Si, llega otra, pero esa fue una reina de fantasía, súper estrella, ‘star’. Respecto a las reinas de la realeza, también hubo un cambio de estereotipo de reina de la realeza”.*

*Reina de la simpatía 1980, a los 6 años*

**Imagen 12.** Reina de la realeza: Una Señora Dama  
**Fuente:** material de campo.

La Segunda Guerra Mundial provocó un aumento en la demanda de insumos, a lo que Colombia respondió aportando materias primas. A mediados del siglo, las mismas compañías comenzaron a elaborar unas primeras líneas de productos y prendas especialmente dirigidas a mujeres. En este contexto surge Leonisa, una de las primeras marcas colombianas que se internacionalizó, especializada en ropa interior femenina y promovida a través del reinado nacional, como marca patrocinadora oficial desde 1954.

Ese camino de la industria textil no fue simple. Como lo plantea Edward Salazar (2014), Colombia experimentó un proceso de transición sumamente tenso, pasando de ser un país con una industria textil de más de cincuenta años a convertirse en un consumidor de la moda proyectada desde Estados Unidos y Europa para, finalmente, aparecer como un incipiente jugador en la floreciente industria de la moda.

Durante las últimas tres décadas del siglo xx, Colombia vivió el declive de la emblemática industria textil, que coincidió con la emergencia y proliferación de un mercado de la moda, que Salazar describe como «un mercado plagado de estilos, insumos y productos

terminados, sumando el valor agregado de la moda. Con la apertura económica y el impulso de la mundialización de la vida, llegó un sistema de la moda que agarró desarmada a la industria textil» (Salazar, 2014, p. 78).

La moda, como lo ha señalado Lipovestky (1990, en Salazar, 2014), constituye un fenómeno moderno y occidental que se configura en el siglo xx y que propone un sistema de valores donde predomina «el necesario alcance de los ideales de belleza como proyectos individuales, posibles gracias a la masificación y a la producción en serie de mecanismos para alcanzar dichos ideales, principalmente por medio de la ropa» (p. 89).

Salazar (2014) señala que la moda se convirtió en un diferenciador social en Colombia y en un dispositivo que se inscribía en el proceso de individuación estética que, paulatinamente, adquirió mayor divulgación. Aunque antes circulaba información sobre diseñadores internacionales, especialmente de París, para la década del setenta la *Revista Cromos* ya contaba con una sección titulada «Modas». Al respecto, Salazar llama la atención sobre la noción de la palabra *moda*, que se inscribe en la premisa de la uniformidad, configurada a partir de los años ochenta.

Para 1980 Colombia se lanzó a la «pasarela internacional» con la fundación de Inexmoda, plataforma enfocada a la internacionalización del mercado textil nacional; y para 1989, con la creación de Colombiamoda y Colombiatex de las Américas. De este modo se ampliaron las oportunidades de negociación e intercambios comerciales, lo que respondió a una tendencia mundial de crear moda femenina estacional *Ready to wear* y *Prêt-à-porter*, industrializada masivamente, a lo que se sumó la producción de accesorios.

De esta manera se fueron instaurando las ideas de modernidad, actualidad y estilo, asociadas a la renovación continua del guardarropa y los accesorios. Se fue configurando una noción de desarrollo, cultura y estilo asociada a la apariencia permanentemente actualizada, proponiendo modos de vida, expresiones y declaraciones subjetivas a través de estos medios.

Con sus pasarelas, la moda y el reinado se convertirían así en aliados estructurales, en la búsqueda de crear un *habitus*,

principalmente en la población femenina, para la que, en su mayoría, la moda había resultado hasta ese momento algo ajeno e inasequible, una esfera reservada a las clases altas, mayoritariamente urbanas.

A partir de Luz Marina, las reinas devendrían en el modelo femenino idóneo para promover productos y servicios dedicados al cultivo de las cualidades asociadas a esa nueva representación de la feminidad regínica moderna: joven, bella, soltera, ambiciosa, casadera, seductora, reconocida e influyente.

Simultáneamente se consolidaron como figuras representativas de su clase, de sus tradiciones políticas —las dominantes en cada momento—, o de sus regiones. Las reinas serían perfectas para proyectar a los famosos diseñadores de vestidos de gala y fantasía para reinas, un plano en el que entrarían a jugar los pesos de las regiones en cuanto a la inversión dedicada a la promoción de los reinados versus el número de coronas obtenidas.

No es casualidad que las regiones con mayor número de reinas, a nivel nacional, impliquen a los mismos departamentos que destinan más recursos a este tipo de eventos, lo cual supone una clara participación estatal que se suma a la del sector privado.

Las reinas vendrían entonces a convertirse en faros de lo que Castro-Gómez ha denominado imaginarios capitalistas (2008), que contribuyen a producir la subjetividad moderna en Colombia durante las primeras décadas del siglo xx. Con sus cetros, coronas y sonrisas alimentaron y sostuvieron este imaginario durante un buen trayecto de la segunda mitad de siglo xx y hasta bien entrados los años noventa momento en el que el narcotráfico comenzó a incidir en la elección de las ganadoras. Ese mundo ideal que constituyó, en términos de Walter Benjamin (2008), la mitología de la modernidad colombiana.

Todo esto se produce a partir de tres de los cinco aspectos identificados por Castro-Gómez: el emocional, el estético y el corporal. Parafraseándolo, puede decirse que a través de las reinas y de la puesta en escena de los reinados, con el confort, movilidad, belleza física, turismo y moda representados en ellas, las reinas devinieron en sustancia y materialización de esos mundos deseables donde era posible que las personas configuraran su subjetividad (p. 19). Estos imaginarios que generarían lo que Lazzarato (en Castro-Gómez y



Restrepo, 2008) ha denominado producción noopolítica del deseo: «un mundo que subordina, pero al mismo tiempo se desea, pues ofrece las condiciones ideales para la existencia» (p. 20).

Los reinados también se transformaron en escenario de proyección de los íconos de la feminidad de cada época. En los años cuarenta y cincuenta, Gloria Valencia de Castaño constituyó lo que, para ese momento, se configuraba en Colombia como una expresión legítima de la participación de las mujeres en la esfera pública: proveniente de una familia humilde del Tolima, hija de una costurera, se situó en el imaginario colombiano como una mujer «hecha a sí misma». Introdujo, a través de la televisión, un estilo de feminidad realizada e instaló el discurso sobre la moda como algo asequible para las crecientes clases medias y medias bajas urbanas, con el programa de televisión *El modo de la moda*.

Posteriormente, como presentadora oficial en el Reinado Nacional de Belleza, se hizo aún más visible, pues estuvo a cargo de comentar la trayectoria y el diseño de los vestidos de las reinas durante toda la década de 1980 hasta que su hija, Pilar Castaño, la relevó en esa tarea. Así la evoca una de mis interlocutoras, quien era una niña de siete años en esa época:

*Doña Gloria fue la primera que puso programa de moda en la televisión. O sea, era de estilo, pero como que con ella era una cosa interesante, porque como que las cosas eran de estilo, pero no se notaba la clase, o sea, ellas tenían buena cosa para acercarse a las amas de casa colombianas. A las personas de cualquier nivel. Pero ellas eran de estilo sofisticado, digamos, ¿no? Pilar Castaño te hablaba de la moda en París, y una diciendo: «París... ¿Dónde quedará París?». Pero no, no te hacían sentir mal. Muy buenas en eso, ¿no? Pero pues es que toda su familia era una familia muy culta. Porque, pues el papá era el que montó la НЗСК, ¿sí? Entonces todos ellos eran muy cultos. Y por eso Pilar Castaño fue tan pionera en la televisión. Pues es como casi la única mujer que había en ese momento en la tele, en principio. Ellos podían tener mucha plata,*

*pero en la televisión siempre se sentían cercanos. Gloria Valencia de Castaño era una gran influencia en las señoras, y la veían como una persona refinada, digamos, pero no creída, entonces querían ser como ella. Y Pilar Castaño (su hija), pues era otro porte, porque la señora Gloria se parecía más a las mujeres colombianas, así: chaparrita, más bajita, tal, pero tenía unas facciones muy lindas, ¿no? Entonces con ellas, estoy segura, el primer programa de moda viene por esa vía.*

(IG2-EXNR)

En los años ochenta Margarita Rosa de Francisco, y Paola Turbay en los noventa, pusieron de manifiesto los paradigmas de feminidad vigentes en las siguientes décadas: las reinas mediáticas. La primera con una estética *fitness*, y ambas involucradas en los debates políticos. De esta tradición es heredera Gabriela Tafur, Señorita Colombia 2018, abogada del Valle quien, en la final del Concurso de Miss Universo, en la ronda de las cinco finalistas, respondió la siguiente pregunta: «Millones de mujeres en el mundo no tienen acceso a salud reproductiva: ¿cuál crees que es el tema más importante en la salud de la mujer y por qué?»; con los debates sobre el aborto en América Latina y particularmente en Colombia de fondo, afirmó:

Lo más importante es que las mujeres podamos decidir sobre nuestros cuerpos. Debemos tener la posibilidad de acceder a salud de calidad para que cualquier decisión que tomemos sobre nuestro cuerpo, salud y reproducción jamás ponga en riesgo nuestras vidas. (Castaño, 2019, p. 2)

### **«Ella es Colombia»: fiestas populares reginizadas y marca país**

Alrededor de la década de los ochenta comenzó a promoverse la «modernización» de las festividades populares, lo que conllevó, además de la intervención del gobierno departamental y, en ocasiones el nacional, a la transformación de una celebración espontánea o un festejo tradicional en una fiesta oficial, reglamentada e inscrita en

una lógica mercantil y turística. Esta medida significó la «folclorización» de la cultura popular como elemento central de la fiesta y su «reginización» convirtió el reinado en parte central del festejo.

Lo anterior resulta más evidente en el caso de reinados asociados a fiestas populares que, desde la segunda mitad del siglo xx, por mediación de la Unesco<sup>11</sup>, se habían convertido en Patrimonio Inmaterial de la Humanidad. Tal es el caso del Carnaval de Barranquilla y de los reinados de carácter regional o de tipo folclórico, que a partir de la década de los ochenta fueron objeto de una política de modernización.

Esta impronta del mercado como parte de la estrategia modernizadora de las fiestas populares «reginizándolas», como lo ha precisado Bernardo Tovar (2017), se manifiesta en lo sucedido con la fiesta de Neiva, del Festival Folclórico, Reinado Nacional del Bambuco y la Muestra Internacional de Folclor. Estas fiestas tenían como antecedente y origen las fiestas de San Juan y San Pedro, instaladas en el proceso de colonización, que tenían un origen incluso pagano, precristiano, relacionado con el solsticio de verano (Vega Coronel, 2011).

El impacto de estas decisiones políticas se vio reflejado en los resultados de la Encuesta Nacional de Cultura de 2002 (Rey et al., 2002), que incluyó una pregunta respecto a las fiestas colombianas, con una lista de dieciséis fiestas y carnavales populares. La respuesta a esta pregunta por parte del 93% de la población encuestada a nivel nacional coincidió en reconocer al Reinado Nacional de la Belleza como el evento más importante del país, superando incluso al Carnaval de Barranquilla, que obtuvo el 91,1%, y al Festival Vallenato con 87,8%.

---

11 El Carnaval de Barranquilla fue declarado Obra Maestra en 2003 e inscrito en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad en 2008; el Espacio Cultural de San Basilio de Palenque fue proclamado Obra Maestra en 2005. Adicionalmente fueron inscritos en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad: las Músicas de Marimba y Cantos Tradicionales del Pacífico Sur Colombiano en 2010, las Procesiones de Semana Santa en Popayán en 2009, el Carnaval de Negros y Blancos en 2009 y el Sistema Normativo Wayuu en 2010. [www.unesco.org](http://www.unesco.org)

# Suramérica es joven y bella...

Visítela con Avianca

14 días desde sólo

**US\$ 435**

servicios terrestres

Salidas.

Todos los  
Martes.

Suramérica es bella  
y usted aún está por  
descubrirla.

SANTIAGO DE CHILE  
BUENOS AIRES-IGUAZÚ  
y RIO DE JANEIRO.

Lo mejor de Suramérica en 3  
diferentes planes para que usted  
escoja: Le ofrecemos 5 días en

Río de Janeiro desde US\$98; y 6  
días en Buenos Aires desde US\$115

Es realmente una gran oportunidad que  
usted debe aprovechar, ahora que su dinero  
vale más en Suramérica. Y como si fuera por  
le damos amplio crédito con COVIAJES.

Salidas especiales:

Abril 17, Junio 19, Julio 17, Agosto 7.

Diciembre 4-22, Enero 5 de 1.985.

Consulte a su agente de viajes  
o a las oficinas AVIANCA  
más cercanas.

**Avianca**  
la aerolínea de Colombia



**Imagen 13.** Suramérica joven y bella: ella es Colombia (2021)

**Fuente:** composición propia elaborada con material de archivo del periódico *El Tiempo*, 6 de abril de 1984, p. 3A y del Programa de elección y coronación Señorita Colombia 2010, Concurso Nacional de la Belleza, p. 54.

La misma encuesta, a través de una pregunta que solicitaba cinco nombres de personajes o artistas colombianos admirados por quien contestara, dio como resultado que, después del grupo de personajes de la política, compuesto especialmente por expresidentes, con un 31,1%, el siguiente sector considerado de mayor popularidad en el país fue el de las modelos, reinas y exreinas, con un 8,9% a nivel nacional. En esa encuesta, la reina chochoana Vanessa Mendoza, quien había ganado el Reinado Nacional ese año (2001-2002), y era identificada como la primera reina afrocolombiana, obtuvo el puntaje más alto, seguida por Sofía Vergara (actriz y modelo) y Noemí Sanín (política).

En su momento se produjo una intensa crítica hacia la construcción de una encuesta que debía ser útil para medir y priorizar la inversión estatal en la cultura, pero en la cual, de acuerdo con Héctor Abad Faciolince, se contribuía a respaldar una suerte de «relativismo cultural extremo»

[...] donde toda manifestación cultural es igualmente válida y respetable. [También se criticó la exaltación de la cultura del Caribe] en detrimento de otras culturas que constituyen la nación colombiana y se asignó el adjetivo cultural a prácticas masivas excluyentes como lo son el Reinado Nacional de Belleza, el Carnaval de Barranquilla y el festival Vallenato. (en Rey *et al.*, 2002)

En ese marco, los críticos del Reinado Nacional de Belleza lo identificaron como un producto desarrollado para la televisión, cuyo objetivo central —contrario al propósito de las fiestas populares de convocar al encuentro—, era contribuir a demarcar las diferencias: «raciales, económicas y sociales, estratificar desde la belleza (reina nacional y reina popular) hasta los lugares de diversión (elegantes clubes de la aristocracia criolla y casetas en los barrios marginales)» (Rey, *et al.*, p. 125).

Durante la década de los noventa se inició un periodo que los críticos del momento denominaron de «cultura de la recreación», en el que las prácticas y saberes de las comunidades y sus agentes

dejaron de ser relevantes en «su tradición y reinención simbólica del pasado y el futuro», privilegiando lo que definieron como «una ilusión en forma de reina de belleza, una marca afectiva llena de fiesta» (Rey *et al.*, 2002).

El Ministerio de Cultura (2013) evaluó diez festivales financiados con recursos públicos y privados, dos de ellos con reinado, y se demostró que estos tenían los porcentajes más altos de financiación. El Torneo Internacional del Joropo, cuyo presupuesto de 790,5 millones de pesos colombianos, fue casi completamente pagado por el Estado (menos un aporte privado del 2%) mientras que el Festival Folclórico, el Reinado Nacional del Bambuco y la Muestra Internacional del Folclor tenían un presupuesto de 1.826 millones de pesos colombianos, con un aporte privado del 89%. Estas inversiones contrastan con lo que se aportó al Encuentro de Alabaos, Gualíes y Levantamiento de Tumbas organizado en Chocó (Región del Pacífico afrocolombiano), que contó con un presupuesto de apenas 60 millones y una participación privada del 15%.

Ciertamente, este cúmulo de gustos, moda, turismo y formas de entretenimiento que circularon, y circulan, en el marco de los reinados da cuenta de la puesta en escena de lo que Baudrillard (2009) define como la era del consumo: donde la lógica de la mercancía se generaliza y gobierna, no solo en lo referente al proceso de trabajo y los productos materiales, sino que es «la cultura» en su conjunto. Todo se transforma en espectáculo, es decir, todo se presenta, se evoca, se orquesta en imágenes, en signos y en modelos consumibles (p. 224). Y esto incluye a las niñas.

**Imagen 14.** *The Colombian Little Sister*  
**Fuente:** fotograma del reinado Miss Universo 1994.



# REININITAS



## La invención de la infancia y la niñez modernas

**A** partir del segundo tercio del siglo xx y a lo largo del tercero, además de la feminidad moderna, floreció en Colombia una nueva forma de representar a la infancia y la niñez, asociada a los aires de renovación que influían en el país. Se crearon nuevas normas e instituciones para proteger a la infancia y a la niñez, que apuntaban a su configuración como objetos de protección.

La noción de «necesidad de cuidado y protección de la infancia» pasó, paulatinamente, de una lógica asistencialista –que frecuentemente involucraba a las mujeres de la élite–, a una concepción de la protección infantil como responsabilidad del Estado. Así lo precisan las antropólogas colombianas Cecilia Muñoz y Ximena Pachón (1999). En pleno siglo xx, los cambios históricos en la concepción de la infancia evidenciaban:

[...] además de la organización social y económica de la sociedad, la lucha entre las metáforas religiosas, morales, militares, campesinas y las metáforas científicas; la lucha entre la visión religiosa y militar de la niñez y las instituciones que lo protegían y la visión educativa, sanitaria, laboral y psicológica de las nuevas instituciones. (p. 374)

Se transitó de una visión de la infancia como etapa en que se reflejaba y sintetizaba la degeneración de la raza, orientada al desarrollo de estrategias de protección y redención, como lo han señalado Javier Sáenz y Óscar Saldarriaga (1997), a un enfoque –producto de la modernidad, fase privilegiada para la atención de las múltiples y florecientes disciplinas que comenzaron a asumir su lugar de saberes expertos– que configuró a la niñez como periodo del desarrollo humano.

Ello supuso un cambio radical, pues, como lo expresan Sáenz y Saldarriaga (1997), la infancia se convirtió en el objeto privilegiado de todos los proyectos de transformación biológica, social, económica y

poblacional. Al tiempo que se convertía en el lugar donde se cifraban las esperanzas de progreso y bienestar de la nación, en tensión con las improntas previamente instaladas por las representaciones cristianas, también se identificaba como posibilidad de incidencia en otros planos.

Por un lado, el de la infantilización de la población que, debido a su estado primitivo, requería evolucionar hacia su pleno desarrollo; y por otro, el de la defensa, vigilancia y control de la niñez con múltiples vectores de profundización. Como resalta Sáenz (2013), en este proceso se puso de manifiesto la preocupación por generar condiciones que propiciaran un futuro moderno y civilizado, lo cual implicaba enfocar los esfuerzos tanto en la infancia pobre como en la población degenerada, minorizada e infantilizada.

Tal proceso, expresado a nivel internacional por la Convención de los Derechos del Niño en 1989 (Equipo de Psicología y Educación y Grupo de Trabajo sobre Niñez, 2006), que devendría ley en 1990, con la firma y ratificación de veinte países, hizo parte de una prolífica era de creación de instrumentos normativos internacionales y nacionales. Estos instrumentos contribuirían a reforzar la concepción del infante como sujeto de derechos; además, introducirían la comprensión del Estado como responsable de su reconocimiento, y de la garantía de prevención de la vulneración, restablecimiento y protección, así como de velar porque la familia y, en suma, la sociedad en su conjunto, cumplieran con su cometido.

Estas obligaciones vinculantes y prevalecientes quedarían expresadas y destacadas a nivel nacional en la Constitución de 1991, precedida por la Ley 75 que, en 1968, crea el Instituto de Bienestar Familiar (ICBF), así como por la Ley 27 de 1974 y el Decreto 088 de 1976, con las que se sustenta normativamente la creación de espacios educativos infantiles (Sandoval-Romero, 2016). Posteriormente, y de manera gradual, las leyes buscarían reforzar la política de protección integral en diferentes dimensiones.

En el ámbito sanitario comenzaron a diseñarse diversos dispositivos biopolíticos –vigentes incluso hoy–, para supervisar la corrección antropométrica, cognitiva, conductual y emocional del desarrollo infantil. La idoneidad, que se expresa en la altura, el peso,

la circunferencia del torso, la estatura, el lenguaje y la capacidad de responder a determinados patrones cognitivos, conductuales y de motricidad revelaría la adecuada maduración infantil, producto de una correcta alimentación, higiene, ejercitación y estimulación sensorial y cognitiva. En este contexto, la madre desempeña un papel central, como principal agente responsable.

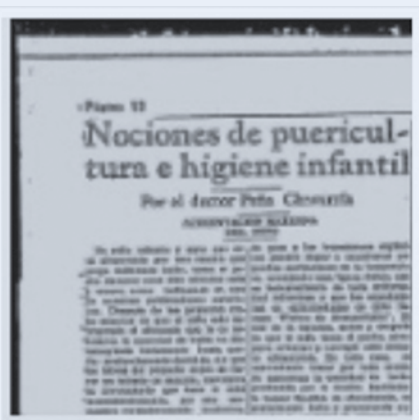
Como destaca María Victoria Piedrahita (2002), la historia de la infancia puede también ser comprendida como la historia de su control, que se realiza a través de mecanismos «punitivo-asistenciales» que la inventan, modelan y reproducen. De este proceso surge la concepción jurídica del infante como «menor», para aludir, en el marco de los procesos sociales e institucionales de los países latinoamericanos, a los «excluidos» que requieren, para regularizarles, de una instancia específica de control y socialización.

Así, la palabra «menores» adquiere una doble connotación: se utiliza como sinónimo de «infantes», «niños» o «párvulos», pero también conlleva una carga de clase y precariedad. Se refiere a niñas y niños «de la calle», empobrecidos, racializados, infractores de la ley o en riesgo social, pues la palabra «menor» no es utilizada para referirse a las infancias de clases medias o altas.

La composición titulada «Puericultura, higiene y maternaje», que registra la premiación del «Concurso del niño sano», realizada en Barranquilla en la década de los años sesenta, permite apreciar el momento en que una madre orgullosa presenta ante la ciencia y el Estado a su hijo varón sano, siguiendo el modelo sanitario imperante de comprensión de la infancia, asumiendo a cabalidad su rol materno y de mujer moderna.

Más adelante se premiaría a las niñas quienes, en la pasarela, desplegarían el resultado de diversas pedagogías de la feminidad, para ser sometidas al escrutinio y la calificación de su desempeño.

En el plano educativo, la pedagogía infantil y la puericultura evolucionaron como saberes expertos, orientados a educar a infantes a través de la institucionalización del conocimiento escolar, cuya apropiación e institucionalización se basó en la educación inicial, la instrucción elemental y la educación infantil, como prácticas de saber sobre la «naturaleza infantil», expresadas, como han afirmado Miguel Ángel Martínez y Olga Lucía Zuluaga (2020), en la labor de las profesoras.



**Imagen 15.** Puericultura, higiene y maternaje, 2021  
**Fuente:** composición propia a partir de archivo hemerográfico del periódico *El Tiempo*, 7 julio 1967, p. 12; 1 de diciembre de 1960, p. 9.

Martínez y Zuluaga plantean que la maestra y su rol combinan un enorme cúmulo de tensiones. Por un lado, las surgidas de las relaciones entre la escuela (elemental, primaria y normal), la familia, el Estado y la Iglesia, como instituciones de saber. Por otro lado, aquellas que son fruto de la convergencia de múltiples saberes expertos, como la pedagogía, la psicología, la teología y la filosofía; sin contar, en un tercer plano, las tensiones entre los sujetos o agentes de saber: la maestra elemental, la maestra-jardinera, las madres, maestros y sacerdotes.

Parfraseando a Amanda Cortés (en Cortés et al., 2011), la labor educativa y pedagógica de las maestras hace parte del campo estratégico de gobierno organizado en la modernidad. Asumieron la tarea de «transmitir la cultura», de garantizar la producción de



**Imagen 16.** La maestra moderna y la educación de las niñas, 2021  
**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo hemerográfico del periódico *El Tiempo*, 13 de diciembre de 1935 y Centro Virtual de Memoria en Educación y Pedagogía, IDEP.

sujetos gobernables, de ciudadanas para el soñado Estado moderno colombiano, y de desplegar prácticas educativas y pedagógicas asentadas en la razón gubernamental contemporánea y neoliberal, que vendría a organizar la constitución de los procesos de subjetivación durante la segunda mitad del siglo XX (p. 33).

Bajo esta impronta, la educación de las niñas modernas colombianas viene a constituirse en un vector de profundo interés e incidencia. Como señala la pedagoga Ana León (2012), el trabajo pedagógico se manifestaría en prácticas y saberes dirigidos a objetivos muy precisos, relacionados con la educación física, moral, intelectual, estética y de la economía doméstica que buscaban generar en ellas una voluntad de gobierno de sí mismas y, desde ahí, de los otros, dependientes de ellas.

## Las pedagogías de la feminidad

*«Pero si no puedo enseñarles a las niñas a ser niñas, entonces... ¿qué les voy a enseñar?»*

Profesora de preescolar, en taller de género facilitado por la autora con docentes de colegios públicos de Bogotá, 2014.

### La niña bien educada

Las pedagogías de la feminidad iniciarían de manera temprana y se orientarían a modelar a las futuras «féminas» como hijas-esposas-madres-cuidadoras; vírgenes-bellas-seductoras; y princesas-damas-futuras reinas; bastiones de ese horizonte imaginario de nación moderna: exaltadas en el modelo del amor romántico, ocupadas en reproducirse y producirse a sí mismas y aportando su trabajo reproductivo.

Para entender esto, conviene acudir a los planteamientos de Silvia Federici (2010) en su texto *Calibán y la bruja*, donde analiza la feminidad, critica la identificación de las mujeres con la naturaleza, y precisa de qué manera el cuerpo femenino debe ser entendido como significativo para el campo de las actividades reproductivas:

[...] ha sido apropiado por los hombres y el Estado y convertido en un instrumento de producción de fuerza de trabajo (con todo lo que esto supone en términos de reglas y regulaciones sexuales, cánones estéticos y castigos), entonces el cuerpo es el lugar de una alienación fundamental que puede superarse solo con el fin de la disciplina-trabajo que lo define. (2010, p. 28)

Esto permite comprender por qué, como parte de las pedagogías de la feminidad, resulta tan importante la exaltación de la maternidad, la disciplina, la abnegación y dedicación a la familia, así como el fomento de la búsqueda de trascendencia a través de la progenie. Porque al mismo tiempo se transforma a las niñas en eficientes consumidoras, dispuestas a su vez a ser consumidas; con paciencia, gracia, dulzura y entrega.

Esta intervención contribuiría a la implementación de la intervención modernizadora en la infancia de la población minorizada –descendiente de estas niñas–, lo que redundaría en una población mejorada en su conjunto. Y finalmente, aunque no por ello menos importante, significaría la corrección temprana, o en su defecto, el encauzamiento institucional de todas aquellas infancias femeninas consideradas desviadas, precarias, anormales o monstruosas, niñas en las que la feminidad no estuviese correctamente pautada, ya sea por su expresión de género, por su conducta, por sus actitudes, deseos o aspiraciones.

Para los códigos de urbanidad de la primera mitad del siglo xx –vigentes como criterios pedagógicos formales hasta la década de los sesenta–, la enseñanza de las niñas que podían acceder a la escuela debía estar orientada a la «formación de la personalidad y de los buenos hábitos, formar su conciencia, respecto a sus deberes familiares, escolares y sociales; cultivar sentimientos cristianos y morales y afianzar la práctica de las virtudes de la perfecta dama» (FTD, 1966). Tales pedagogías se combinaron con estrategias y contenidos tradicionales como los abordados en los «clubes del bien hablar, de las buenas maneras, de disciplina y de acción social» (p. 2), y con los fundamentos de las pedagogías de la Escuela Activa y de la Escuela Nueva, que se instalaron en el país durante la primera mitad del siglo xx (Ríos Beltrán y Cerquera Cuellar, 2014).

La metodología consistía en regular de manera estricta y exhaustiva la conducta de las niñas en todos sus planos: desde su expresión corporal y afectiva, hasta la forma de relacionarse con otros, desde el momento del despertar hasta acostarse. Pautar la manera correcta de ser con el círculo familiar, de comportarse en la calle y de desempeñarse en distintos escenarios. La curiosidad, la voz y hasta la risa debían ser moduladas para garantizar un *performance* óptimo, tanto en la calle, como en los demás espacios públicos e incluso privados. La escuela, la mesa, el juego, el paseo, las visitas, los viajes, la iglesia. Todo regulado de manera precisa.

Asimismo, se establecían pautas estrictas de personalidad y expresión emocional «marianas», es decir, inspiradas por la fe católica en clave femenina: piedad, caridad, docilidad, laboriosidad

y modestia, como cualidades de esa feminidad infantil cultivada y modulada en sus pasiones, expresiones y deseos. Su cuerpo es particularmente vigilado, en especial en la forma de ocupar el espacio público: «Cuidando de no llamar la atención: ni porque camine tan distraída que pase ante los conocidos sin saludarlos, ni porque vaya tan tiesa y presumida que se fijen en ella los que la vean» (FTD, 1966).

En las premisas pedagógicas sobre esa niña colombiana de mediados de siglo, el orgullo se percibe como un vicio de la inmodestia, y la fealdad como una exteriorización de su ser interno, que se expresa en conductas y emociones indeseables en una niña: manifestar sus opiniones, sus desacuerdos, su alegría o enojo. En la década de los años setenta, la regulación de las emociones vendría a abonarse con la emergencia de un nuevo dispositivo de gobierno de lo moral en la escuela, denominado por Amanda Cortés (2012) como régimen «psi»

**Imagen 17.** La niña mal educada, 2021

**Fuente:** composición propia a partir de FTD (1966).  
Cartilla moderna de urbanidad para niñas. Bogotá:  
Editorial Voluntad, pp. 23 y 59.



BUSCA las adulaciones del espejo y se preocupa mucho de que todas la admiren.



SE divierte con cualquier y de cualquier modo, lo cual es peligrosísimo.



HACE ostentación de sus triunfos, a las veces más imaginarios que reales.



APARENTA siempre ser un poco más de lo que verdaderamente es.

[...] que, retomando elementos del código religioso y del civilista, configura un sistema de valores y reglas propios que, articulados con unas tecnologías de formación y unas ciencias de la conducta, trata de llegar cada vez más adentro de las relaciones emoción-voluntad-razón del sujeto o de sus conductas, dejándolas al gobierno de sí mismo, a la vez que las hace observables y evaluables. (p. 21)

Pero la teoría de género ha permitido desentrañar de qué manera estas pedagogías desbordan lo estrictamente curricular: los contenidos, prácticas y saberes orientados de manera explícita dentro del currículo visible. Las pedagogías de género hacen parte, en gran medida, del currículum oculto (Maceira Ochoa, 2005; Plaza y Galli, 2013) que se manifiesta a través de actitudes, omisiones, silencios. Pero, además, el aprendizaje no se limita a los diferentes procesos que se llevan a cabo en la escuela.

El investigador brasileño Anselmo Peres (2011), retomando los planteamientos de Giroux, ha propuesto a este respecto la necesidad de reconocer a la pedagogía, no solo como el campo de conocimiento que abarca el estudio de los métodos de enseñanza, los objetivos de la educación y los medios para alcanzarlos. A partir de un análisis de género, Peres sugiere también leer las formas, mecanismos y dispositivos de aprendizaje que desbordan la escuela y sus agentes, ya que de esta forma se abordan, asimismo, los procesos del aprendizaje escolar o de la educación formal, aquellos mediante los cuales se aprende a «hacerse niña».

Se trata de comprender que las prácticas pedagógicas trascienden los contextos escolares y es posible reconocerlas y leerlas fuera de ellos: en la vida cotidiana, en los medios, en la publicidad, en el cine y en la televisión. En estos escenarios se manifiesta lo considerado digno de visibilidad, lo que amerita ser reconocido y valorado; contrario a lo que se considera execrable, despreciable, vergonzoso y reprochable, que en consecuencia merece ser ocultado, sancionado o mostrado como ejemplo del peligro de la descomposición, el deterioro o la degeneración. Esto se constituiría en una profunda y consistente pedagogía cultural de género que, al estar

imbricada con otros sistemas de poder y opresión, se devela como horizonte que va pautando lo que las niñas van reconociendo y aprendiendo como imperativos en la búsqueda de hacerse legibles, en femenino.

### *El cine y la televisión infantiles*

El cine y la televisión adquirieron un carácter pedagógico desde su origen, tanto en el ámbito comercial como en el de la construcción de un cine y una televisión educativos, y como medios para impulsar la visión de Colombia que el Estado deseaba proyectar, como afirma Ospina (2012):

Más allá de que la imagen cinematográfica sirviera como medio de difusión de la cultura, de instrucción y educación, ella se convirtió en el vehículo por el cual se pretendió «chocar» la mente de los individuos, con el fin de transformar sus modos de vida y conducir su conducta hacia los requerimientos de una sociedad moderna e industrializada [a través del cine educativo y documental].  
(2012, p. 64)

Porque, como bien señala Giroux (2001), las películas hacen mucho más que solo entretener: ofrecen posiciones subjetivas, movilizan deseos, nos influyen inconscientemente y hacen parte de la construcción de un horizonte cultural que está imbricado en relaciones de poder, simbólicas y materiales; hacen parte de la producción de ideologías. Pero, además, son útiles para conectar la producción de placer con los dispositivos, mecanismos y prácticas para obtenerlo. De este modo, las películas se convirtieron en instrumentos de entretenimiento, pero también pedagógicos.

El surgimiento y desarrollo de los medios de comunicación en el país, desde la radio, el cine, la televisión en blanco y negro y su evolución a color, fueron fundamentales para la emergencia y popularización de las emergentes estrellas infantiles. Estos medios difundieron modelos de feminidad y niñez espectacularizados,

así como los reinados de adultas —tanto el Reinado Nacional de la Belleza como Miss Universo—, y contribuyeron a la construcción de la representación moderna de la infancia y la adolescencia y a su configuración como *targets* comerciales.

En las primeras décadas del siglo XX fue evidente la transformación de las representaciones de las niñas en los medios. A finales de los años treinta el cine comercial se volvió cada vez más popular, especialmente con producciones de México y Hollywood, y con un par de cintas producidas en el país, anunciadas como el inicio del «cine nacional». Sin embargo, en ese cine nacional todavía no había niñas y tampoco mujeres colombianas. Shirley Temple, una niña que representaba la esperanza en medio de la Gran Depresión de Estados Unidos, fue reconocida internacionalmente como la primera estrella infantil extranjera.

Kristen Hatch (2015), profesora de la Universidad de California, afirma que antes de Shirley Temple, en el cine mudo los personajes infantiles femeninos habían sido interpretados por mujeres adultas disfrazadas de niñas. Este fue el caso de Mary Pickford, quien debutó en el cine en 1909, a los diecisiete años. Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial comenzó a interpretar papeles de niña, incluso en 1933 fue considerada por Disney como potencial intérprete de Alicia en *el país de las maravillas*. De alguna manera, Shirley Temple se convirtió en la heredera del legado de Pickford, interpretando varias películas que ya habían sido interpretadas por esta, como *Papaíto piernas largas* y *Pequeña princesita*.

En Colombia, la niña crespa, rubia, sonriente, traviesa y expresiva se convirtió en un acontecimiento en medio de un mar de representaciones de niñas discretas, inexpresivas, tímidas y, cuando posaban, angelicales. A finales de los años treinta, en el teatro Faenza y en el Apolo comenzaron a proyectarse las películas de *La preciosa estrellita* y *Rayito de sol*. En la descripción del anuncio que convoca a disfrutar de *Rayito de sol*, la niña es representada como emisaria de la alegría: «Pequeñita y delicada, como un dije... y, sin embargo, sensitiva y cautivadora como una gran mujer. Ríe y su risita loca... nos hace reír. Llora... y nuestro corazón se enferma de pena».

En medio de muchas tensiones comienza a configurarse la representación de esta nueva naturaleza infantil femenina, capaz de movilizar los afectos. Ya no solo conmueve a la lástima y la culpa social: su espectacularización se perfila como un emergente y fructífero vector de explotación comercial.

**Imagen 18.** Shirley Temple: la estrella infantil  
**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo hemerográfico del periódico *El Tiempo*, 5 de junio de 1935, 19 de nov. 1937, p. 12.

**EL TIEMPO**

**EL MUNDO NECESITA ALEGRÍA!**

Pequeña y Adorada como en día —  
 Y un adorno sensible y controlado como  
 una gran mujer... En y en todo lo que  
 hace con... Dios y nuestro mundo  
 se esfuerza de ganar...!!

FOX FILM PRESENTA

**SHIRLEY TEMPLE**

**RAYITO DE SOL**

**APOLLO** - Hoy Miércoles, Vespertina y Noche, \$ 0.15

y noche. Shirley Temple, el ídolo del mundo, en su obra cumbre del año:

**REBECA (Sunnybrook Farm)**

con la música y las canciones más bellas y acustidas. En la función nocturna se efectuará la rifa de la muñeca de Shirley Temple. — Mañana martes: Sigue el éxito de *Labios Callados*. Jueves 24: La más alegre y divertida comedia musical del año: *Todos a cantar (Everybody Sing)*.

**TEATRO GRANADA**

**TEATRO REAL**

ordinario día popular, \$0.40. Matinée y Noche. Shirley Temple, el ídolo del mundo en su obra cumbre del año:

**REBECA (Sunnybrook Farm)**

con la música y las canciones más bellas y acustidas. En la función nocturna se efectuará la rifa de la muñeca de Shirley Temple. — Mañana martes: Sigue el éxito de *Labios Callados*. Jueves 24: La más alegre y divertida comedia musical del año: *Todos a cantar (Everybody Sing)*.

**TEATRO GRANADA**

día popular. Por última vez, Tito Guiz

**EL EMBRUJO DEL TROPICO**

Matinée, vespertina y noche \$0.15.

**TEATRO CALDAS**

extraordinarias funciones populares con superproducción 20th Century Fox:

**EN EL VIEJO CHICAGO**

Matinée \$0:15. Vespertina y noche \$ 0.20

## Políticas de la representación

The movements, the attitudes, the glances of the Other fixed me there, in the sense in which a chemical solution is fixed by a dye. I was indignant; I demanded an explanation. Nothing happened. I burst apart. Now the fragments have been put together again by another self. This «look,» from—so to speak—the place of the Other, fixes us, not only in its violence, hostility, and aggression, but in the ambivalence of its desire.

Frantz Fanon,  
*Black Skin, White Masks*

En su intento de escribir su propia historia de las mujeres, Michelle Perrot (2009) cuenta que se enfrentó con una gran dificultad, pues para hacerlo se requerían fuentes, documentos, huellas que permitieran componerla; dificultad intrínseca al objeto de investigación cuando esas huellas han sido sistemáticamente tachadas, borradas u omitidas de los grandes relatos. Guardando las proporciones, la realización de este trabajo supuso para mí un desafío similar: la presencia de las niñas suele estar borrada o ser visible solo en función de la relevancia que les dan las personas adultas de su entorno a ciertos aspectos de sus vidas.

A mediados de la década de 1930, en Colombia la cámara fotográfica comenzó a ser accesible para las clases medias y altas. Este dispositivo, aparentemente inocuo, se convirtió en un hito de la forma en que se desarrolló la producción de la feminidad y los modos de hacer y hacerse ver en femenino a partir de la segunda mitad del siglo xx, con un giro particular en el siglo xxi dada la popularización de los celulares y la posibilidad generalizada de hacerse selfis.

Por un lado, en el ámbito doméstico, las representaciones de mujeres y niñas del siglo xix habían sido mediadas predominantemente por la pintura —luego por el cine— o por fotografías que,

con complejos equipos y elaborados despliegues escenográficos, producían fotografías de estudio que comenzaron a poblar los muros de las casas de las familias de clase alta.

Cuando la cámara fue accesible para las clases medias urbanas, no era un juguete, sino un valioso artilugio, primero del padre de familia y luego de la madre quienes, en conjunto, administraban su uso y lo utilizaban para documentar visualmente el proceso de crecimiento de su prole. Con el obturador automático, la conservación de la puesta en escena del cuadro familiar era posible, integrando a todos sus componentes y, en ella, las niñas aprendieron paulatinamente a situar su lugar en la preservación de esa escena doméstica de la sagrada familia.

También aprendieron a mirarse en contraste con sus madres y hermanas; a compararse, a reconocerse como parte de una subespecie femenina. Identificaron las poses y actitudes que se consideraban más apropiadas. Cultivaron el desarrollo de comportamientos, gestos y expresiones que eran leídos y reforzados como femeninos e infantiles; en suma, un *performance* de la feminidad infantil se iba puliendo y modulando en función de las reacciones afectivas de aprobación o rechazo que desataban en sus padres y madres, y respondiendo cada vez más a un universo más amplio de personas allegadas con acceso a dichas formas de registro.

Los álbumes fotográficos y, más tarde, los registros de video obtenidos con la Betacam, popular durante la década de los ochenta, vinieron a condensar durante la segunda mitad del siglo xx la memoria afectiva y vincular de las familias, por sus modos de representar la proximidad, la pertenencia y la afinidad, así como los acontecimientos que vinieron a constituirse en hitos del relato familiar: rituales, celebraciones, duelos, tránsitos, logros y transformaciones.

Los álbumes fueron el primer vestigio del afán de inmortalizar instantes familiares para luego compartirlos y, en esa labor, las niñas eran parte de una composición que buscaba representar inicialmente a la sagrada familia. Después, esos retratos operarían como testimonio de la capacidad de la familia para hacer florecer adecuadamente las pedagogías de la feminidad en esa niña. Los imperativos de género asociados a la belleza y al deseo de agradar

serían transmitidos inicialmente en el núcleo familiar por las figuras femeninas. Posteriormente, estas pautas serían reforzadas por las imágenes en los diarios, el cine, las revistas femeninas, y en la escuela, a través de sus docentes y sus pares.

Parafraseando a Vale Flores (2013), podría afirmar que la imagen forma parte de un dispositivo de poder expresado en las relaciones entre lo visible, lo decible y lo pensable. El hecho de crear una imagen es, al mismo tiempo, decidir sobre la capacidad de quien observa, lo que moldea la percepción de los sujetos representables y de aquellos que quedan fuera del campo de visión y legibilidad: la imagen es un archivo, registro, prueba, testigo o documento con la capacidad de recordar y construir la memoria. Como propone Sontag (2015 en Flores, 2013), recordar es, cada vez más, no tanto recordar una historia, sino ser capaz de evocar una imagen.

Las imágenes moldean las formas de comprender el mundo en cada contexto sociohistórico, y tienen la capacidad de activar emociones, convirtiéndose en un recuadro o marco que convoca inclusiones y exclusiones de la norma (Flores, 2013). Además, son útiles para configurar modos de ser y hacerse ver a través de una lente, pero especialmente de establecer una relación con la mirada que observa a través de ella.

En este régimen escópico «hacerse ver y hacerse imagen» son formas de inscribirse en una realidad que, de otro modo, condena al olvido todo lo que no es digno de ser representado. Esto constituye una clara pedagogía de género, un marco interpretativo de esa realidad que las niñas habitan y apropian rápidamente. Los paradigmas normativos de género, imbricados con los sistemas de raza y clase, son lentes que focalizan la mirada y, mientras hacen ver, invisibilizan.

### ***La vida social de las niñas***

Mi búsqueda —casi obsesiva— de niñas del siglo pasado que pudieran compartir sus relatos fue un punto central en mi exploración para escribir este texto. Quería encontrar sus voces y miradas, sus palabras y sus huellas para no perderme en mi ruta: era necesario

evitar borrarlas de nuevo siguiendo el relato oficial, ya construido, sobre la niñez sin marcas de género.

En este trayecto fue posible reconocer que, en lo que respecta a niñas, su registro había dependido, en gran medida, de la voluntad de las personas adultas en sus entornos, que consideraron valioso mantener sus huellas, asumiendo que al hacerlo aportaban algo al capital familiar, institucional o social. Por consiguiente, existe un déficit, una carencia de huellas de las niñas colombianas, ya sea por falta de registro, por considerar irrelevante su preservación o por el lenguaje mismo, que privilegia ciertas formas de representación sobre otras y a unas niñas sobre otras.

Sus voces no se consideraban particularmente relevantes, por ser voces femeninas y, además, infantiles —de hecho, la palabra *infancia* proviene del vocablo latino *infans*, que significa «sin voz»—, lo cual explica que las huellas visuales fuesen las que predominantemente lograran trascender el filtro del tiempo.

El deseo de encontrarlas guió mis búsquedas en periódicos y publicaciones producidas hace más de un siglo: registros fotográficos, audiovisuales, álbumes familiares y diarios del siglo pasado. Así, pude reconocer cómo la nueva concepción de la infancia y la niñez modernas se expresó en la forma en que las niñas comenzaron a ser representadas en el diario.

El periódico *El Tiempo* —siguiendo la tradición de la sección femenina, apartado desarrollado por hombres dirigido a las mujeres, que abordaba temas que ellos consideraban de interés para ellas— comenzó a elaborar contenidos infantiles afines a la concepción moderna de la infancia y con una clara intencionalidad pedagógica. Esto se materializó en la creación de una sección especializada para el público infantil, en la que los interlocutores directos eran los niños y las niñas. Esta sección estaba compuesta por actividades pedagógicas, juegos y una sección de cartas en la que el periódico interactuaba con su público lector infantil.

## Entre la nota roja y la página de sociales

En mi indagación de los primeros treinta años del siglo pasado, solo encontré algunas pocas niñas, con miradas elusivas, en situaciones y narrativas claramente antagónicas que pueden apreciarse en la composición «Las primeras huellas de las niñas modernas». Por un lado, aparecen las niñas víctimas involucradas en desgracias sociales, tragedias humanitarias, violaciones o asesinatos, representadas literalmente como niñas marcadas: Liliana, hija de un oficial del Batallón San Mateo, fue señalada con una flecha blanca para destacarla de entre un grupo de personas e indicar que se trataba de la niña víctima del invierno en La Virginia, Risaralda.

**Imagen 19.** Las primeras huellas de las niñas modernas  
**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo hemerográfico de *El Tiempo*, 20 de abril de 1940, p. 14; 29 de julio de 1942, p. 13; 16 mayo 1969, p. 8; 10 de abril de 1940, p.12.



Otra nota, sin registro fotográfico, da cuenta de la recuperación de una niña que al nacer fue vendida por la pareja de su madre por cincuenta pesos; la robó para comerciar con ella, justo después de que abriera sus ojos al mundo. La nota celebra que la madre recuperó a la niña dos años después; en este caso, la niña no tiene nombre. Junto a ella, otra niña más, identificada como indígena, aparece descalza, escoltada por dos médicos enfundados en sus batas blancas, quienes miran circunspectamente a la cámara. Ellos dan fe de que, gracias a la intervención de la medicina moderna, una niña de nueve años fue capaz de dar a luz a un bebé vivo.

En contraste, la página de sociales alberga a las niñas blanco-mestizas en fotos de estudio, con otro tipo de marcas socio-raciales, además de su apellido y género. Estos «ángeles del hogar», «señoritas distinguidas» e «hijas de la patria» aparecen investidas por la forma angelical de representar la infancia, heredada del siglo XIX. En primer lugar, con la impronta de la religión católica, pero poco después, ya en los años sesenta, comienzan a registrarse con las prendas y atributos correspondientes a su estatus, ropa, peinado, sonrisa y disposición corporal.

Los quince años, la primera comunión, la presentación en sociedad y la celebración de cumpleaños son eventos que forman parte de la vida social de las niñas, y que se llevan a cabo en los grandes centros sociales o clubes de las ciudades capitales.

Tales eventos festivos que protagonizaban las niñas de familias burguesas de clase media alta y alta eran motivo de regocijo y orgullo para su parentela, ya que reflejaban la salud, la prosperidad y el éxito en la labor formativa de la institución familiar; por ello, se hacía manifiesto a través de una nota en la página de sociales, buscando publicitarlo, especialmente entre sus pares.

Los festivales escolares también fueron acontecimientos que nos permiten hoy ver una reseña acerca de las niñas de ese momento, como el del Colegio de Nuestra Señora de la Consolación (1928), donde las niñas presentaban actividades artísticas para «dar fin a las tareas escolares del año»:



**Imagen 20.** La vida social de las niñas  
**Fuente:** composición propia producida con material de archivo hemerográfico de *El Tiempo*, 29 de julio de 1942, p. 13; 18 de octubre, de 1967, p. 14; 19 de agosto de 1940, p. 14; 26 de septiembre de 1946, p. 13.

La fiesta literaria se efectuó en el salón de actos de los RR. PP. salesianos, Colegio de León XIII a las 8. Se inició con el Himno Nacional, cantado por las educandas y acompañado por una selecta estudiantina. Sugestivos y bellos resultaron todos los números del programa, y en ellos, declamación y el canto. El dúo de La Mascotta, cantado por las señoritas Victoria y Teresa García, mereció fervorosas palmas, por la emotividad de la música y hermosura de los periodos. Recitaciones y cantos, comedia y drama, formaron un conducto armonioso para deleite de quienes tuvieron el placer de presenciar la tan emotiva fiesta, en donde las hijas de la patria forman sus nobles corazones. (*El Tiempo*, 1928)

Paulatinamente, estas hijas de familias prestantes, hijas de la patria, que en la primera mitad de siglo no miraban a la cámara porque aún no reconocían ese ojo como demanda subjetiva, son cada vez más conscientes de su registro imperativo. Inicialmente, se trataba de fotografías estáticas, donde las modelos permanecen inmóviles, inexpresivas o con apenas el atisbo de una sonrisa dirigida al fotógrafo, que las instruye respecto a qué postura adoptar. Entre esas páginas aparecen las primeras reinitas.

En las imágenes resulta notable la forma en que comienza a operar lo que John Berger (2016) llamó «los modos de ver», esa constitución de una forma de relacionarse con la cámara fotográfica, que haría parte de las pedagogías de género de la segunda mitad del siglo, operando como tecnologías. Después, con el cine, el video y la televisión, el proceso se cristalizó como una forma de ver, o quizás sería más preciso decir, siguiendo a Berger, una forma de «hacer ver», en el que las niñas aprenden a mirarse a sí mismas, siendo vistas. Esto resulta fundamental en la producción de la femineidad reginica en adultas, a la que ya se hizo referencia previamente y que he denominado como «pedagogías de la reginidad», lecciones de las cuales se irían apropiando las niñas.

### *El prestigio de la belleza infantil*

Los primeros registros de convocatorias a reinados y desarrollo de reinados de niñas, difundidos en los medios impresos, fueron organizados desde la élite bogotana en beneficio de niños «desfavorecidos» durante la década de 1950. Aparecen los primeros reinados de colegios (1946), como el del Colegio del Carmen, incluido en la composición titulada «Desfiles de moda infantil 60-70. Cali, Girardot, Bogotá», aparece «Su majestad Beatriz, primera, distinguida muchacha de nuestra sociedad, quien fue elegida reina de la cultura y la alegría». Para 1957, al calor del triunfo de Luz Marina Zuluaga como Miss Universo, los reinados de niñas habían alcanzado los sectores medios y comenzaron a realizarse como forma de recaudar recursos para obras barriales y comunitarias. En zonas rurales, los reinados se integraban a fiestas patronales y se hizo habitual la

organización de reinados en las instituciones educativas. A partir de los años sesenta, las niñas comenzaron a aparecer, inicialmente en los desfiles de modas en los que las madres ocupaban la pasarela.

Para inicios de los años sesenta y durante los setenta, en Bogotá, Ibagué, Medellín y Cali se organizaron desfiles paralelos a las fiestas populares, en el marco de iniciativas de beneficencia promovidas por las marcas nacionales o *boutiques* de moda infantil para niñas. Por ejemplo, en la imagen aparece un desfile de modas organizado en el Club Campestre de Cali, en el que participaron alumnas y exalumnas del Colegio Sagrado Corazón, del Valle del Lili, un barrio de clase alta. Acompañadas por sus hijas, las madres modelaron prendas de una casa de modas que producía colecciones para adultas y niñas, que era patrocinadora del evento. Los fondos se dirigirían al Costurero de Santa Magdalena de Sofía, que era un espacio de beneficencia apoyado por las madres de las niñas modelos.

**Imagen 21.** Desfiles de moda infantil 60-70. Cali, Girardot, Bogotá  
**Fuente:** composición propia producida con material de archivo hemerográfico del periódico *El Tiempo*, 6 de diciembre de 1973, p. 4B; 4 nov 1963, p. 8; 4 de noviembre de 1963, p. 4.

## Hoy, té con desfile de modas infantiles

Organización y Capacitación La Cabaña es una institución fundada por un grupo de damas voluntarias con el objeto de capacitar, educar y promover a la mujer de Leather and de Maria Mercedes. También desfilarán niñas con los confeccionados en los res de La Cabaña.



Así, los concursos de moda infantil, pasarelas y reinados se convirtieron en escenarios de visibilidad para las niñas, donde era posible demostrar públicamente su desempeño en el aprendizaje de las pedagogías de la feminidad.

Para finales de los sesenta en Bogotá ya existían academias que promovían programas de formación en «Modelaje profesional, gimnasia sueca y glamour», las cuales ampliaban su oferta también a «colegialas», como en el caso de la academia «Nosotras» publicitada en el periódico *El Tiempo*, a continuación en la imagen.

La belleza y la apariencia se perciben explícitamente como vectores públicamente difundidos de oportunidad y ascenso social para las niñas. En 1971, en una carta incluida en el buzón femenino del periódico *El Tiempo* (1971), a título personal, una benefactora publica su oferta de beca para «estudio y orientación moral», dirigida a una niña que cumpla con los siguientes requisitos: «edad de entre los 9 y 12 años. Para cursos de tercero a quinto de primaria. Físico aceptable. Pues la oportunidad que ofrezco es en colegio, o sea, para una educación completa, y que en realidad tenga necesidad de este beneficio».

**Imagen 22.** Academia Nosotras.

Modelaje, gimnasia sueca y glamour, 1967

Fuente: archivo hemerográfico de *El Tiempo*.

## Señoras, Señoritas, Colegialas

Ustedes pueden ganar porte y confianza en sí mismas en la Academia "NOSOTRAS". Cursos: Modelo profesional, gimnasia sueca, glamour, flores artificiales, artesanía, arte y decoración del hogar.  
Clases: De 10 a m a 12 m. y de 3 a 6 p. m.; ...a Secretarías de 6 a 8 p m. y sábados, de 3 a 5 p. m. Inscripciones: Desde octubre 16. Iniciación de labores. Noviembre 19 de 1967.

ACADEMIA "NOSOTRAS"

Transversal 24 N° 40-57 · Teléfono 443-599

En la convocatoria se expresa que el aspecto de la aspirante es factor determinante para su posibilidad de adaptarse al nuevo contexto, lo cual redundará en la oportunidad de obtener y gozar de todos los beneficios prometidos, precisa el anuncio: «La niña favorecida se espera que se integre como parte de la familia, que en ningún caso será motivo de humillación, maltrato o demostración de “recogida”». Por ello, el aspecto de la niña se constituye en una cualidad intransigible en la candidata para aspirar a ser tratada como parte de la familia y no ser objeto de violencia.

Esto motiva la insistencia en el físico pasable, pues se le ofrecerá un ambiente obligatoriamente de superación moral, de rectitud, corrección, que, si es el caso, olvide y borre el mal recuerdo de su niñez, traumatismos que resultan definitivos en una personita que apenas está asomando a la vida y que es nuestra obligación tratar de borrar en esta futura generación.

**Imagen 23.** Beca para niña con físico aceptable  
**Fuente:** archivo hemerográfico de *El Tiempo*, 7 de junio 1971, p. 7.

Buzón femenino

## Ofrecida beca para una niña

Por TONY

CECILIA escribe: "Le informo que estoy en condiciones de ofrecer una beca para estudio y orientación moral, a una niña que reúna los siguientes requisitos: edad, entre los 9 y los 12 años, para curso 3º o 5º de primaria. Físico, aceptable, pues la oportunidad que ofrezco es en colegio, o sea para una educación completa, y que en realidad tenga necesidad de este beneficio.

Ojalá que entre tantos casos que llegan a su conocimiento y que son de carácter angustioso y apremiante, con su sensibilidad y delicadeza humanas encuentre la candidata que reúna estos requisitos, para que la arrastrada pueda ambientarse en el hogar en estas vacaciones y que desde el próximo semestre se beneficie en todo sentido.

Quiero hacer la aclaración de que la niña favorecida será recibida como componente de la familia, que en ningún caso será motivo de humillación, maltrato o demostración de "recogida": esto motiva la insistencia en el físico pasable, pues se le ofrecerá ambiente obligatoriamente de superación moral, de rectitud, corrección, que si es el caso, olvide y borre el mal recuerdo de su niñez, traumatismos que son definitivos en una personita que apenas se está asomando a la vida y que es nuestra obligación tratar de ir borrando en esta futura generación.

Respalda mi oferta mi preparación cultural, social, moral y financiera; ya que mi Dios me concedió el beneficio de 3 hijos, de los cuales se llevó 2, quedándome el mayor, quien es ya un profesional, y que la empresa donde labora, lo envía a comisiones fuera de la ciudad, y por lo mismo puedo controlar la educación y comportamiento de la favorecida."

Quien publicó ese anuncio consideró que sus calidades morales y estatus cultural, social, moral y financiero respaldaban su propuesta y le otorgaban la autoridad para establecer las condiciones que creía mínimamente necesarias para otorgar su ayuda, entre ellas, la exigencia de un físico aceptable en la niña beneficiada.

### *Las activistas y las estrellas deportivas*

A partir de los años cuarenta, las únicas niñas que aparecen en la prensa, escapando de la nota roja o la página de sociales, y que rompen con la norma de posar con la mirada fija, sin buscar con los ojos o la sonrisa el lente de la cámara, son las activistas y deportistas.

En 1969, mientras se celebraban las fiestas del 11 de noviembre en Cartagena y el Reinado Nacional de la Belleza, se informaba que se realizaría el Festival Llanero en simultáneo con la celebración de las fiestas de San Martín del departamento del Meta, que incluía un reinado y conjuntos folclóricos representativos de los Llanos colombo-venezolanos. Al mismo tiempo, el periódico informaba de una manifestación infantil en la ciudad de Santa Marta para exigir servicios de agua y luz. Antes de esta nota, otra niña aparece participando en Cali en acciones de caridad «con los menos favorecidos», en un evento de recaudación de fondos.

En el caso de las que participan en la marcha en Santa Marta, en la imagen «Las activistas», aparecen sonrientes sin mirar a la cámara, en primer plano, ocupando la calle y portando carteles que ponen de manifiesto sus demandas. La nota precisa que se trata de una manifestación pacífica organizada: «Poco antes de asistir a un examen final, más de cinco mil escolares, cuyas edades oscilan entre los 8 y 12 años, se lanzaron a las calles de Santa Marta para pedir agua y luz para la ciudad».

Por su parte, entre noticias de fútbol y atletismo masculino, aparecen las deportistas. En la composición «Las estrellas infantiles deportivas» pueden apreciarse las jugadoras del equipo de baloncesto femenino del Instituto Central, que ganaron el torneo de la liga departamental de baloncesto de 1940, saltando mientras disputan la pelota. A continuación, en 1973, Roselina Ángel y Ximena Saavedra,



**Imagen 24.** Las activistas, 1969

**Fuente:** composición propia producida con material de archivo del periódico *El Tiempo*, 12 de noviembre de 1969, p. 8. Fotografía de Alejandro Barrios.

«estrellas de los juegos centroamericanos», fueron retratadas con sus medallas dando una entrevista. En 1972 es fotografiada, saltando por su triunfo, Ana J. Martínez, quien «sobreponiéndose a figuras consagradas del atletismo» ganó los cincuenta metros planos de las eliminatorias intercolegiales de Zipaquirá. La nota destaca que «con escasos 13 años, esta atleta se convirtió en la revelación del torneo».

Finalmente, ya para 1977, la página 4 del suplemento «Carrusel» del periódico *El Tiempo* presenta la foto de una niña de nueve años de edad, que acompaña un artículo de Germán Castro Caicedo sobre la gimnasia. La protagonista aparece realizando un salto mortal en el aire mientras un grupo de compañeras la observa con admiración y atención.

Las niñas colombianas del último tercio de la década de 1970 están descubriendo en sus prácticas deportivas una forma de escapar de la vigilancia y la policía del género, que vela por preservar su inteligibilidad femenina «como niñas». En el cuerpo infantil femenino en movimiento y en el rol de atletas exploran un vector casi imperceptible, pero sumamente potente, de visibilidad, reconocimiento y poder. Ellas habitan su cuerpo de forma expansiva, lo disfrutan; su experiencia somática es fluida y su movimiento se dirige completamente hacia la dirección y acción que desean completar, expandiéndose, estirándose en libertad.

**Imagen 25.** Las estrellas infantiles deportivas, 2021

**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo hemerográfico del periódico *El Tiempo*, 17 de mayo de 1969, p. 15; 22 de julio 1973, p. 16B; Suplemento «Carrusel», 27 de mayo de 1977, p. 5; 19 de agosto de 1940, p. 12.



Al respecto, la profesora húngara de gimnasia olímpica Irina Gabriel, quien da una entrevista en 1977 al suplemento «Carrusel» del periódico *El Tiempo* como integrante de la Junta de Deportes de Bogotá, destaca que durante el último año y medio se había venido incrementando el grupo de niñas de seis a doce años con entrenamiento. Tanto Irina como el profesor Jaime Taminés, también entrenador del equipo, consideraban que las mujeres son «más disciplinadas y presentan generalmente mayor concentración y entrega que el hombre, factores que favorecen el aprendizaje, literalmente más difícil en ellas por el tipo de ejercicios y esquemas que deben realizar».

Las niñas deportistas son reconocidas e identificadas como estrellas desde un lugar en el que la belleza es irrelevante. Aparecen en el periódico sin ser requeridas a mirar a la cámara. Miran a quien las entrevista mientras responden, o son registradas en movimiento, desarrollando sus rutinas. La cámara admirada las sigue en su desempeño, pues importa lo que hacen, lo hacen muy bien y por eso representan a sus colegios, departamentos o al país. Mientras tanto, las demás niñas las observan detenidamente.

## La espectacularización de las niñas

En Colombia la televisión es un servicio público y el Estado su titular. Por ello, como precisa Yamile Sandoval (2016), la televisión infantil del país, en sus primeros años, fue muy apreciada por la capacidad de poder llegar a habitantes de municipios alejados. La comunidad se congregaba en torno a la televisión, o, en su periodo de mayor pretensión pedagógica, se utilizó pedagógicamente para llevar la educación pública a lugares remotos, como Radio Sutatenza. Radio y televisión se convirtieron en artículos de primera necesidad en la mayoría de los hogares, lo cual, sumado a la diversificación de contenidos, reconfiguró el espacio familiar y las relaciones domésticas de comunicación y encuentro.

Sandoval (2016) afirma que tras la creación en 1963 del Instituto Nacional de Radio y Televisión (Inravisión), adscrito al Ministerio de Comunicaciones mediante el Decreto 3267, se instituyó un sistema mixto de operación en el cual el Estado era dueño de las frecuencias y los operadores privados actuaban como productores

y comercializadores de contenidos. Este modelo operó durante cuarenta años, hasta 1997, cuando la Comisión Nacional de Televisión (CNTV) otorgó licencias a RCN y Caracol para operar como canales privados, lo cual concentró paulatinamente la operación televisiva en esos dos grupos económicos (p. 64)<sup>12</sup>.

Una de mis interlocutoras evocaba la década de los ochenta por las telenovelas que veía en la televisión, pues solo había tres canales en aquella época: «Con mi hermana veíamos *Topacio* y *Los ricos también lloran*. No teníamos en ese momento novelas colombianas. Vero Castro era la mexicana. *Topacio*, de Brasil». También recordó los reinados: «Figuras de la TV colombiana eran un acontecimiento para la época. La TV era reciente y los reinados eran uno de los eventos de mayor figuración. Tenían presentadores famosos de la talla de Gloria Valencia de Castaño y Fernando González Pacheco» (IG2-EXNR).

Con el paso del tiempo, los formatos desarrollados para el público infantil y el tipo de conducción se modificaron. Al principio eran adultos quienes conducían los programas, mientras que los niños y las niñas ocupaban posiciones de recepción y actitud pasivas.

Paulatinamente, los conductores fueron cada vez más jóvenes y quedaron a cargo de los programas infantiles adolescentes y jóvenes con quienes los niños y las niñas podían sentirse más fácilmente identificados de manera aspiracional, asimilando pautas de lenguaje, vestido, estéticas, comportamiento, deseos, elecciones, etc. Después, se realizaron programas dirigidos por adultos que representaban a niños o a seres fantásticos. Finalmente, llegaron a la barra infantil programas conducidos por niños o niñas que representaban niños o seres ficcionales.

En 1969 se empezó a transmitir el Reinado Nacional de la Belleza por televisión en blanco y negro, y desde 1986 se hizo por el canal RCN a color. A este respecto, una de mis interlocutoras, perteneciente a la clase media alta bogotana, recordó la importancia del reinado como evento familiar durante su niñez:

---

12 Para profundizar sobre la normatividad relativa a franjas, contenidos y publicidad, y las transformaciones y ajustes que han tenido, recomiendo acudir al trabajo de Sandoval (2016). *Televisión infantil en Colombia*, pp. 72-82.

*Me acuerdo de que ver el Reinado Nacional de la Belleza era El plan. Mejor dicho, «maíz pira»<sup>13</sup>, sentarse pues a ver las reinas [...] y burlarse de ellas. Y me acuerdo mucho, con mi abuela materna: ella siempre iba, el plan era ver el reinado y burlarse de las reinas. El plan era reírse [...] ¿qué tal el vestido de esa?, que no sé qué, míreme la pinta<sup>14</sup> de esta. No sé [...] era como eso, como si fuera Sábados Felices, una vaina así toda rara. Eso fue toda mi vida. No sé, seguramente cuando era chiquita no, pero ¡no sé! ¡Nueve o diez años, y mi adolescencia, viendo los reinados! En ese tiempo era, ¿reinado? ¡Todo se paraliza!, hoy ya es otra cosa, pero en esa época era como, se paraliza Bogotá y todo mundo se va a ver el reinado de belleza. Era como contradictorio: por un lado, era la burla, por otro, una serie de comentarios racistas, clasistas [...] Pero sí era algo así como muy, muy importante, ver el reinado.*

(FMN01)

Mientras tanto, otra de mis interlocutoras, una bogotana de clase media baja, recordaba:

*Vi reinados en blanco y negro, pero tengo más recordación de los reinados a color. En particular, mi papá siempre le iba a la Señorita Valle. En esa época la cosa era muy regionalista; era un evento que representaba la existencia de múltiples Colombias, departamentos, regiones y de todo [...]. Era importante ver el reinado porque era emocionante [...] para las personas que no eran de Bogotá, el reinado era una conexión con su patria chica.*

(IG2-EXNR)

13 Palomitas de maíz, rosetas.

14 «Look», apariencia.

También recuerdan de manera clara la forma en que la televisión privilegiaba la difusión del Reinado Nacional de la Belleza frente a otros tipos de contenidos, y que el reinado se llevaba a cabo incluso cuando Colombia enfrentaba hechos catastróficos que le marcaron, como la erupción del Nevado del Ruiz, recordada a nivel nacional como la «Tragedia de Armero»:

*Ese año, en esa época se hizo el reinado, ese año, entre la tragedia de Armero y lo del Palacio de Justicia. Tienes a los papás viendo al noticiero, la tv, el noticiero 24 horas. No recuerdo el reinado, solo sé que no lo suspendieron. Ni siquiera para el terremoto de Armenia recuerdo a mi familia implicada; en cambio, para Armero, mi mamá aportó granos y cobijas para llevar a la iglesia y ayudar [...] Eso recuerdo. En ese momento recuerdo clarísimo en mi cabeza la tragedia de Armero en el 85, niños y niñas saliendo del lodo. Omaira, la niña saliendo del lodo, muriéndose frente a cámaras, porque no podían sacarla. Niños y niñas que no tienen a sus papás y mamás, sus perros, sus gatos, la tragedia de Armero. Una tragedia.*

(IG2-EXNR)

### **The Little Sisters versus The Little Queen**

Los reinados universales comenzaron en 1954 cuando Miss Egipto fue la primera ganadora; luego, en 1955, se realizó en Londres y ganó Miss Venezuela, la primera latinoamericana en ganar la corona. Para 1958, cuando ganó Miss Colombia, el evento de recibimiento en el país fue transmitido en cadena nacional. A partir de 1964, y hasta 1970, Miss Universo se transmitió por la radio. De acuerdo con la *Revista Semana* (1982), el empresario Julio Sánchez Vanegas viajaba cada año a Miami para transmitir el concurso por teléfono: «Su voz era escuchada en la radio por los colombianos que esperaban ansiosos las descripciones verbales de las candidatas y la noticia de la ganadora» (p. 1).

Poco después, en 1971 (Posada, 2019), Sánchez obtuvo los derechos de transmisión para televisión de Miss Universo, labor que desempeñó durante cuarenta y cinco años. Como recuerdo, una bogotana me repitió con voz engolada la frase que evoca a Sánchez Vanegas, pronunciada en cada edición del certamen: «Hoy desde Corea. Mañana, desde cualquier lugar del mundo». Junto con la transmisión de los Premios Óscar, que sucedía más o menos en la misma época, Miss Universo era como una ventana al mundo, al glamur de lo que pasaba ahí afuera, a nivel internacional, por eso el conductor era tan importante como Gloria Valencia de Castaño.

**Imagen 26.** *Little Sisters*

**Fuente:** composición propia producida con fotogramas de Miss Universo, 1983, 1985 y 1986.



Durante la transmisión de Miss Universo 1965, realizada en Colorado, comienza a utilizarse un formato que he denominado *Big Sisters - Little Sisters*; el cual consiste en hacer que niñas pequeñas, de entre tres y seis años, escolten a las reinas en distintos momentos del concurso, como una suerte de acompañantes o «pajecitas».

En este modelo resulta notable el contraste entre adultas y niñas: la relación de estatura, comportamiento, forma de vestir o arreglo del cabello, junto a la forma en que las reinas –verdaderas protagonistas– conectaban con el público, la cámara y los conductores y conductora del reinado. El vínculo es filial, semimaternal; puede leerse a las niñas como una promesa de futuro y a las reinas como un modelo a seguir para las niñas, lo cual pone en escena una feminidad infantil subalterna, inocente y aprincesada.

Junto a este, paulatinamente se perfila un segundo modelo de feminidad infantil que he denominado *regínico*. Así, en el marco del Miss Universo de 1965 tuvo lugar como evento paralelo un *Little Miss Universe* o Pequeña Miss Universo, que solo fue transmitido para Estados Unidos.

Estados Unidos se destaca en el mundo por realizar la mayor cantidad de reinados de niñas al año. De acuerdo con Mazarella (2015), el origen de dicha tradición se remonta a 1960, y está relacionada con la emulación de los reinados de adultas. El reinado *Miss Hemisphere Pageant* fue creado en 1963 para niñas desde los tres años, evaluaba la belleza, el encanto, pose y personalidad, y se hizo más popular y redituable que los reinados de bebés, que ya se realizaban en ese país. Para 2018, en Estados Unidos se contabilizan alrededor de cinco mil concursos anuales, que generan cinco mil doscientos millones de dólares al año (EFE, 2018).

Las niñas que veían el Reinado Universal de 1965 en ese momento presenciaron dos modelos incipientes de espectacularización de las niñas, que continuarían evolucionando por el resto del siglo y hasta ahora. Por un lado, el consolidado desde el vector de la candidez y la inocencia de pequeñas princesas en el reinado de adultas: acompañando a las reinas como acólitas silenciosas, con lazos en el pelo, vestidos con encajes y mangas de globo, haciendo reverencias y dando regalos. Por otro, un segundo modelo de fe-

minidad en el que las niñas son reinas, protagonistas, el centro de la puesta en escena. Ya no acompañan a la reina. Ellas son las reinas. Con peinados altos, maquillaje y vestidos traslúcidos, con la coronación, esas niñas asumen su reginidad y, con este nuevo rol, una oportunidad de proyección, reconocimiento y visibilidad.

En 1968 se realizó el reinado en Miami utilizando un formato de espectáculo musical en el que se daba una representación exotizada de las mises. El narrador del video se refiere a ellas como: las rubias, frías, escandinavas; las oscuras y misteriosas de Medio Oriente; las frescas asiáticas, las de las islas tropicales, y las sofisticadas europeas. Por su parte, las participantes de América Latina fueron clasificadas entre las participantes oscuras y misteriosas.

**Imagen 27.** *Little Sisters vs. The Little Queen*

**Fuente:** composición propia hecha con fotogramas de Miss Universo, 1965.



En el Miss Universo de 1969 no participaron niñas, solo hasta 1973 volverían a desfilar de la mano de las reinas representantes de cada país. Para este año, las niñas fueron entrenadas para mirar la cámara e interactuar con ella, pero de la mano de una persona o un grupo de adultos y bajo un formato que emulaba una parada de las naciones.

En 1975 las niñas reaparecieron en escena y en 1976, en Malasia, formaron parte de un espectáculo de dragones que las incluía como parte del show, cantando, entregando regalos y saludando al público. Para 1977, en República Dominicana, la presentación consiste en una suerte de desfile militar donde las niñas aparecen integradas al espectáculo, bailando con maracas frente al público, al tiempo que otras toman de la mano a cada una de las reinas para escoltarlas al escenario y, al final, formar un pasaje por donde pasan las reinas, mientras las niñas hacen reverencia.

Luego, ya para 1980, el reinado en Corea presenta una puesta en escena con una estética de musical. Las niñas hacen parte del espectáculo, bailan sin ser el centro de atención y hacen un pasillo para que las reinas lo crucen; interactúan con las reinas adultas, pero no miran a la cámara, hacen parte del espectáculo, se integran al montaje como las carrozas, los lotos, las flores, pero no son protagonistas.

Estados Unidos organiza el reinado en 1983 con un formato clásico, justo antes de que Donald Trump compre el concurso. Ese año las niñas cantan mientras esperan a las reinas, ataviadas con una banda impresa con el nombre del país de la representante que acompañarán. Cada una espera al final de la escalera, y cuando la reina que les corresponde desciende, la niña le entrega un ramo de flores, la acompaña al frente del escenario y hace una reverencia, inclinándose hacia ella, gesto que algunas de las reinas corresponden.

Luego, en 1990, las niñas aparecen en rol de acompañantes, ataviadas con vestidos de lunares y crinolinas que levantan la falda. Se produce un cambio estético radical en el tipo de feminidad infantil que se presenta y la forma de contacto entre reinas y niñas se transforma: las reinas tocan la cara de las niñas y estas son más expresivas, sonríen e incluso juegan con el vestido, girando y dando movimiento con su falda para acentuar su presencia escénica.

Por última vez aparecen, en 1996, niñas acompañantes, dos meses antes de que el reinado fuera comprado por Trump. Desde 1998 comienza lo que se ha denominado «La era Trump» del reinado, en la que la estética cambia completamente, al punto de que quienes acompañan a las reinas son hombres adultos. Las niñas desaparecen y el formato es tipo «show de Las Vegas», con una estética de modelaje y exhibición mucho más marcada.

## Devenir niña, princesa y reinita

Con todos los elementos hasta ahora expuestos es posible situar los retos que las niñas colombianas enfrentarían, a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, para lograr la inteligibilidad de género, entendiendo, como señala Teresa de Lauretis (1989), que el género no constituye una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino que se trata de un conjunto de efectos producidos por los comportamientos y las relaciones sociales.

Esta compleja imbricación de elementos que De Lauretis ha denominado «Tecnologías de género», a través de las cuales se crean, destacan y codifican las diferencias que permiten diferenciar a niños de niñas, al mismo tiempo, produce una *hexis* corporal distintiva que permite diferenciar a unas niñas de otras (Butler, 1998).

Ello supone un intenso trabajo de producción de sí, desde el nacimiento y a lo largo de toda la vida, a través de la mirada del otro, porque el género es tanto el producto como el proceso de su continua producción, pero esa producción se suscita respondiendo al contexto y en resistencia a él.

Así como precisa la fenomenóloga feminista Iris Marion Young (2005), en su trabajo sobre la pedagogía corporal de las niñas, en la labor de edificar la inteligibilidad del cuerpo infantil femenino resulta central la modulación de su forma de moverse, de ocupar el espacio y de presentarse ante el otro —en estricto, lo que se denomina expresión de género normativa— en este caso, a partir de un conjunto de premisas sobre la existencia corporal femenina «correcta» para el contexto colombiano.

En el cuerpo de las niñas colombianas que experimentan la transformación de sus contextos, los cuales van tornándose cada vez más urbanos y modernos, se va conformando una existencia corporal que Young (2005) ha denominado de «objeto». Este tipo de existencia corporal se va pedagogizando a partir de la actitud que las demás personas desarrollan en relación con las niñas, y a través de la forma de mirarse en el espejo de esa mirada.

Esta forma de existencia corporal expresa una autoconciencia en la relación que las niñas construyen con su cuerpo y, al tiempo, la distancia o tercerización que se constituye a través de la mirada de las y los otros —tanto adultos como pares—, generando lo que Young identifica como una suerte de fractura en la unidad consigo y una relación corporal de discontinuidad.

Para encontrar su lugar como niñas, aprenden a comportarse como tales: esto es, a reducir su movilidad espontánea, su expresividad, su expansión; pues se trata de dimensiones susceptibles de ser malinterpretadas, señales de permisividad de acceso a su espacio corporal, lo que puede significarles enfrentar la violación como castigo por la transgresión de los repertorios de género normativos. Frente a esto se suscitan repertorios múltiples y contingentes de la feminidad, escenificaciones tácticas utilizadas, según la psicoanalista Joan Riviere (1979), como mascarada. Más adelante ahondaré en este aspecto.

La reginidad, en este escenario, pareciera ofrecer una posibilidad claramente legitimada a nivel social para explorar una forma de subjetividad expansiva, expresiva y capaz de brindar a las niñas reconocimiento, proyección y oportunidades que, desde otros vectores, parecieran limitadas e incluso restringidas.

Como lo ha señalado Silvia Federici (2010), es importante tener en cuenta que, en las sociedades capitalistas y posteriormente neoliberales, el cuerpo devino en el eje y esfera de actividad definitiva para la constitución de la feminidad. Como mencioné anteriormente, es en el cuerpo donde se pone de manifiesto la forma en que la feminidad se constituye en una «función-trabajo», disfrazado como un destino biológico. Al tiempo, en esta ecuación el cuerpo se convierte en el equivalente de lo que significa la fábrica

para los trabajadores asalariados varones: el principal terreno de su explotación, pero también de su resistencia.

Como destacaría la investigadora caribeña Sandra Duvivier (2017), en las niñas el cuerpo se constituye en medio de la vigilancia, la regulación y la construcción, en su «trozo de tierra» para cultivar y administrar a través de múltiples tecnologías de género (Lauretis, 1989). Para ello, las niñas aprenden muy pronto a reconocer y exaltar lo que se valora de él; a mejorar o corregir lo que falta o sobra; a cubrir, maquillar o disimular lo que no puede omitirse o, en su defecto, a convertir ese aspecto en una cualidad o rasgo de excepcionalidad que les permita destacar entre las otras.

Para las niñas colombianas lograr la inteligibilidad devino en un trabajo permanente de lectura y reconocimiento de las pautas vigentes para la feminidad adulta en cada época: en primer término, cultivar aquellas cualidades de la fémima adulta que paulatinamente irían deslizándose para ser representadas por las niñas, como la coquetería, pero también la reginidad; una labor de aprendizaje en tensión permanente con las representaciones vigentes sobre la infancia y la niñez en clave femenina, como el aprincesamiento —que, como se verá más adelante, también se iría transformando— y otras emergentes, producto de su imbricación con otros sistemas de poder y significación, como los de la raza, la clase y la sexualidad.

Como para las mujeres adultas, para las niñas los años sesenta y setenta implicaron la influencia de los movimientos feministas, *hippies* y de liberación sexual, así como las protestas sociales mundiales contra el militarismo, la Primavera de Praga y los estallidos estudiantiles de México y París. Como lo ha analizado la investigadora colombiana Mara Viveros en su estudio sobre el amor, en la segunda mitad del siglo xx tuvo lugar en Colombia una significativa reconfiguración de la feminidad con la llegada al país de la píldora anticonceptiva, la apertura de la participación masiva femenina a la vida laboral, el acceso a la vida universitaria y política y la visibilidad de mujeres relevantes en la escena pública, más allá de la página de sociales y de la farándula (2011).

Así, durante los ochenta y noventa, las niñas enfrentaron múltiples tareas subjetivas en un contexto colombiano que además les exigía cumplir con los mandatos de la infancia y la niñez, responder

a las pedagogías de la feminidad que proliferarían en sus fuentes y agentes, todo esto durante un periodo que, para el mundo occidental, según Amanda Cortés, vendría a consolidar una nueva racionalidad política, una nueva «episteme neoliberal» (2012) con un foco en el cultivo de la individualidad.

En el ámbito educativo, en la década de los ochenta Colombia atravesaría una ruptura en los discursos sobre la educación ciudadana, desdibujando las narrativas sobre la nación y la patria, dando paso a lo que Cortés ha denominado la era «de la participación, la tolerancia, el reconocimiento del pluralismo, la reflexión crítica y la responsabilidad, en contraste con las virtudes ciudadanas “clásicas”, de obediencia, lealtad y devoción» (2012, p. 17). Esto se expresaría en la reforma curricular de 1984, en la que aparece el discurso de la educación para la democracia.

Esta impronta trascendería lo estrictamente institucional y educativo hasta convertirse en un hecho definitivo para la comprensión de la niñez y la adolescencia en Colombia, al asumirse que, en adelante, se debería reconocer la importancia de su participación en diferentes escenarios: sociales, culturales, políticos y, por supuesto, económicos. Para este momento, los colegios públicos de Colombia se habían apropiado completamente de los reinados, tanto los rurales como los públicos y privados de ciudades principales e incluso de Bogotá. El reinado de la amistad, de la simpatía, de la alegría, de la primavera.

En este contexto cobra sentido el relato de la Reina de la Simpatía 1980, para quien el reinado constituía un escenario de visibilidad, reconocimiento y participación escolar, indiscutibles:

### **Niña Reina de la Simpatía (1980), Bogotá**

*Yo fui reina de la simpatía. Era la década de los ochenta. Tenía seis años. Fui reina en el ochenta. En los colegios se hacían reinados buscando recoger fondos para una causa escolar en la que había que participar. Eran niñas las que participaban en los reinados; se postulaban en el salón y los niños decían quién, así que concursamos las tres que el grupo eligió. Solo había un grupo de cada grado.*

*Había que hacer campaña para ganarse la anuencia del público escolar. Uno tenía que decir por qué era reina de la simpatía. Recuerdo que uno tenía una cinta que decía «Simpatía». Era una actividad social, por lo menos era un reconocimiento. En mi caso, el ser simpática era porque era una actividad de participación y visibilización a la que podían acceder las niñas. Sí, claro, las niñas en particular. No era lo mismo ser niña simpatía que no serlo. Frente a los niños había una competencia entre niñas simpatías, pero también se jugaba una competencia que había entre el nivel superior e inferior.*

*La campaña de simpatía trascendía el colegio. Mi reinado estaba ligado a cuántos recursos iba a recoger, así que podía ser muy antipática, pero, si juntaba la plata, podía llegar a ser la reina de la simpatía. Yo la verdad creo que en el proceso educativo había una tensión entre ser simpático, ser querido y tener empatía y, al tiempo, quién recogiera más plata. Recuerdo que mi profesora –que era muy buena–, alcanzó a tener esa tensión. Tener plata, pero cero simpatía y ganar el concurso. No tener plata, ser simpática y no ganar. Hoy es lo mismo, esa tensión entre mostrar cualidades y actitudes de esa persona para ejercer un rol [...] hay una estructura de poder. Todo lo del pobre es robado y, sin lugar a duda, yo era la más simpática.*

## El target de la feminidad infantil

El devenir del modelo de niña ideal como ciudadana y consumidora se fue consolidando a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, conforme se fue afirmando la representación de los niños y las niñas como seres «deseantes». Como lo ha señalado Diana Aristizábal (2015), esto se explica, a partir de tres vectores.

## REÍNA DE LA SIMPATIA



**LUCIA AZOFEIFA RODRIGUEZ.**

Hoy será coronada la Reina de la Escuela Mixta de Aserri, la encantadora niña Lucía Azofeifa Rodríguez, acto que se realizará en las horas de la mañana, en una Asamblea Magna.

Lucía fue elegida Reina de la Simpatía no solo por bonita, sino también por buena, así también como por cumplida, talentosa y aplicada. Es alumna del Primer Grado de la mencionada escuela, y es verdaderamente una alumna modelo.

Felicitemos a la linda reinécita y le deseamos la mayor ventura personal, y a la vez deseamos, que así como se ha iniciado en sus estudios, continúe siempre, destacándose por su cumplimiento y por su esfuerzo.

Imagen 28. Reina de la simpatía

Fuente: Diario, La Nación, 9 de septiembre de 1959.

En primer término, por las concepciones modernas de la singularidad infantil y sus particularidades femeninas, sustentadas por la academia y las disciplinas nóveles que vendrían pautando el sano y correcto desarrollo. En segundo lugar, por las demandas de la industrialización, tecnificación y modernización nacional y regional que, como ya se ha visto, fueron, en el caso de mujeres y niñas, muy pautadas por la belleza y la industria de la moda. Finalmente, por el cúmulo de transformaciones que, desde el ámbito internacional, incidieron en el país, así como aquellas que se sucedían internamente, de carácter social, cultural y político, respecto a las mujeres a lo largo de la segunda mitad del siglo xx (Aristizábal, 2016, p. 209).

**Imagen 29.** La feminidad infantil como target

**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo hemerográfico del periódico *El Tiempo*. Suplemento «Carrusel», 27 de mayo de 1977, pp. 4-11; publicidad 7 de octubre de 1978, p. 3B y 13 de diciembre de 1935, p. 13.



Lo anterior se expresó de muchas maneras. La publicidad, antes dirigida a las madres, acudiendo a su preocupación por desempeñarse adecuadamente en la crianza, cuidado, alimentación, aseo y apariencia de su prole, comenzó paulatinamente a construir un discurso y unas estrategias de comunicación orientadas a la niñez y particularmente hacia las niñas.

Inicialmente surgieron compañías de juguetes, como Industrias Búfalo, primera fábrica de juguetes colombiana, fundada en 1929, o la Fábrica Nacional de Muñecos, que producían juguetes que emulaban las actividades de los adultos, asimilando los roles de género más tradicionales.

Tiempo después, entre 1930 y 1950, los juguetes se hicieron más complejos y especializados, y adquirieron un sentido cada vez más infantilizado y de género. Así, se desarrollaron productos específicos para las niñas, inicialmente, promoviendo juguetes y luego especializándose cada vez más en el diseño de estrategias hacia ellas como *target*. Al respecto, Absalón Becerra (2008) advierte que en 1976 el país se abrió a la importación de juguetes, lo cual permitió a las tiendas ampliar la oferta hacia juguetes extranjeros, antes accesibles solo para las clases privilegiadas, que viajaban internacionalmente.

Los juguetes comienzan a configurarse como vector claramente pedagógico, y ello vendría a incidir en la oferta y producción de juguetes nacionales. La Fábrica Nacional de Muñecos tuvo que incluir muñecas que emularan a las importadas, desplazando los juguetes tradicionales de madera y trapo.

## Barbie

La producción en serie de muñecas de plástico vendría acompañada de un reforzamiento de roles tradicionales de maternaje y cuidado. No obstante, al tiempo fueron incorporándose nuevos prototipos de feminidad. En este sentido, como señala Bourdieu (2016), los juguetes constituyen un aspecto fundamental en la significación de clase, tanto por su estética como por su costo y su función pedagógica. Por esta razón, funcionan como vías de reproducción de los sistemas de creencias familiares, de la transmisión del capital cultural, del reflejo

del estilo de vida y de su expresión en la estructura patrimonial, no siempre compartida por el deseo de las niñas. Así lo expresa una bogotana de clase media alta, quien en los años setenta enfrentó la impronta de la Barbie en sus juegos de infancia:

*Me acuerdo de que mis papás nos compraron todas las Barbies, todas. «¿Y a ti te gustaban?». ¡No! Yo jugaba con el Ken. Yo agarraba a las Barbies del pelo y les hacía, así como de la «piedra» [gesto de girar con la mano] y las tiraba a la piscina; me acuerdo de que teníamos la piscina de las Barbies. Las mechoneaba. Yo creo que era esa rabia de esa imposición de ser princesa que entonces yo sentía, por eso mechoneaba a las Barbies, y yo siempre jugaba de Ken. Yo jugaba, por ejemplo, con los juguetes de mi papá, porque en mi casa nunca compraron un carro, una moto. No. Era la Barbie siempre, eran muñecas.*

(FMN01)

Barbie se crea en 1959, pero llega a Colombia en 1978 cuando, en el Barrio Chicó, sector de estrato alto en Bogotá, se inaugura la Barbie's Boutique, un lugar donde se podía acceder a juguetes de todo el mundo.

El sentido cosmopolita de la convocatoria se representa en un anuncio publicado en el periódico *El Tiempo* (1978), en el que muestran un conjunto de juguetes que evocan la modernidad, promovidos a través de la televisión, eléctricos y mecánicos. La anfitriona, Barbie, aparece ataviada con un vestido largo y la mano elevada, sosteniendo la cabellera, mientras la otra recoge contra su cintura una larga estola que cae hasta el piso. En el suelo unas muñecas gateadoras. Barbie fue la primera muñeca con forma de mujer adulta; sus pies tienen el talón elevado, lo cual impide que puedan asentarse en el suelo, evocando que la forma de calzarse es utilizando tacones altos.

Barbie introduce también la noción de moda asociada a una muñeca con ropa de temporada, estacional, con accesorios y estilos diversos para actividades diferenciadas. La invitación a la inaugu-

ración se dirige a los padres que desean, con la adquisición de estos juguetes, afirmar el estatus económico y social de sus hijos e hijas:

Barbie y sus amigos le invitan a este maravilloso mundo infantil, donde podrá adquirir los más bellos juguetes de las marcas más famosas del mundo. Si abonas ahora el 25% del precio total de los juguetes para Navidad, podrás adquirirlos en diciembre al mismo precio de hoy.

Sin embargo, el tipo de oferta permite reconocer que el anuncio se dirige a un público de clase media alta, que busca este tipo de facilidades de pago para adquirir los regalos de Navidad; así lo expresó durante nuestra conversación una de mis interlocutoras, una bogotana de clase media que evoca el momento de llegada de las muñecas Barbie al mercado colombiano, en su experiencia como niña:

*Cuando yo era chiquita apenas empezaban las Barbies, pero era una cosa que todas las niñas tenían Barbies. ¡Tenían cinco Barbies! Yo tenía una Barbie, y me acuerdo de que mi hermano cogió y la rayó y me la dañó. Entonces mi Barbie era la más dañada. Recuerdo que venía la piscina de la Barbie [...] o sea, venía un tema de consumo y de consumo y de consumo; además yo me sentía menos por no tener las cincuenta Barbies, seguramente por eso estoy tan reactiva frente a que mi hija las use.*

(FMN03)

Actualmente Mattel, empresa dueña de la franquicia, tiene presencia en ciento cincuenta países y ha lanzado productos en más de cuarenta y cinco categorías como moda, estilo de vida y Barbie princesas. En Colombia, con corte a mayo de 2021, la compañía había vendido dos millones de Barbies en menos de cinco años. El 71% de la facturación de la compañía para 2020 fue por la venta de Barbies, la cual fue de 1350 millones de dólares (Solórzano, 2021).

La vicepresidenta de Marketing de Mattel para América Latina, en una entrevista realizada por Sofía Solórzano, aseguró que con

su línea «Inclusiva» y «Fashionista», que contiene «muñecas con diferentes tipos de cuerpo, tonos de piel, rasgos y estilos», la compañía busca poner de manifiesto el mensaje de la marca:

Cuando una niña juega con Barbie se da cuenta de que no hay límites, ella puede ser lo que quiera y decida ser. [...] desde su nacimiento en 1959, Barbie ha sido líder y reflejo de la cultura, consolidándose como un ícono global. Al mismo tiempo, celebra el mundo diverso y plural en el que las niñas viven hoy en día, para que todas ellas puedan sentirse representadas. (2021, p. 2)

Sin embargo, la «apuesta» de la marca contrasta con la percepción de la madre de Mar\*, una niña bogotana de siete años, quien, como parte de sus criterios de crianza, ha definido evitar invertir en este tipo de muñecas:

*Las Barbies son una cosa muy dañina para las niñas, porque es la imagen de la mujer rubia, de ojos azules, digamos que la tratan como de modernizar y de que haga otras cosas, pero eso para mí ha sido muy difícil; por ejemplo, dejarla ver las películas de Barbie. A mí me cuesta un montón y ella no lo entiende y, de hecho, no tiene. Ah, bueno, por ejemplo, yo nunca le he comprado una Barbie, a eso sí me he negado, no le compro Barbies, las Barbies que tiene se las han regalado, o la amiga, o la esposa de mi papá, que me dijo «pero pues ella quiere una Barbie, déjela», entonces ella se la regaló. Yo no la compro y ella se la compra. Bueno, eso. Juegan un rato y ya, ya, les pasa la fiebre de la Barbie.*

(FMNC3)

## Disney y la impronta de las princesas

En una conversación con una de mis interlocutoras sobre la estética fem, me compartió una imagen que circuló en un chat familiar del que hace parte. Con ella, una pareja heterosexual daba a conocer la



**Imagen 30.** Nuestra princesa viene en camino  
**Fuente:** fragmento de ultrasonido intervenido.

noticia de que la mujer está embarazada y que la persona encargada del examen identificó al feto como una niña. Como puede apreciarse en la imagen, la niña aparece expresamente ataviada con las prendas de la feminidad que, en el contexto colombiano, le confirman como efectivamente legible como niña. Y no me refiero a la ausencia del pene.

Durante la segunda mitad del siglo xx y hasta la fecha, la impronta de Disney fue contundente en la afirmación de este tipo de representación de la feminidad temprana en las niñas colombianas, de lo que aquí he denominado «feminidad aprincesada» y «feminidad regínica»<sup>15</sup>. A través de las películas de princesas que, comenzando por *Blancanieves*, fueron proyectadas en Colombia a partir de 1939,

---

15 Estas nociones están desarrolladas en el apartado cuarto de este libro.

las niñas fueron expuestas intensamente a relatos que vinculan la belleza y la feminidad infantiles con la figura de las princesas.

Pero este hecho también instaló en el escenario colombiano una alerta mercadológica vinculada a la desmesurada inversión que, desde Disney, con sede en Estados Unidos, se estaba dando para producir películas animadas dirigidas a las niñas, y las extraordinarias ganancias reportadas por el negocio. En un artículo de *El Tiempo* en 1939, se destaca que Disney invirtió más de dos millones de dólares de la época para producir *Blancanieves* y obtuvo una ganancia de catorce millones de dólares por su exhibición a nivel mundial. La nota señala que Cine Colombia, la compañía de exhibición de cine más antigua del país, invirtió en esa proyección un costo proporcional a cuatro veces el valor de otras películas de Hollywood estrenadas ese mismo año, como la titulada *Confesiones de un espía nazi*; es decir, desde que el cine llegó al país, se trataba del precio más alto pagado por Cine Colombia para poder exhibir una película (REX, 1939).

En la prensa, en 1939, el personaje de *Blancanieves* es descrito como una «gentil princesita, es el ideal de la mujercita aún niña, toda dulzura, inocencia y bondad». En contraste, la antagonista se retrata como: «Madrstra es la Reina Mala perfecta, que se convierte en repulsiva y odiosa bruja»; mientras el Príncipe «Sin Nombre, es perfectamente el mejor galán de Hollywood, en un papel de Príncipe Encantador» (REX, 1939).

Las películas de princesas tuvieron, y continúan teniendo hoy, una relevancia pedagógica profunda en las niñas; así mismo siguen siendo igual de redituables, particularmente por la cantidad de subproductos que pueden generar. Como precisa bell hooks (2018), al dar cuenta de su experiencia como profesora y notar el impacto de las películas en sus estudiantes: «aprenden más acerca de raza, sexo y clase de las películas, que de la literatura teórica que promuevo que lean» (p. 3). En efecto, las películas no solo proporcionan una narrativa para determinados discursos de raza, sexo y clase, sino que también contribuyen de manera efectiva a establecer una experiencia compartida y un punto de referencia común, desde el cual muy diversas audiencias logran acercarse a temas difíciles.

Aunque la mayoría de las películas de Disney son adaptaciones de cuentos de la tradición oral y el folclor europeo, convertidos en literatura por Perrault, Andersen y los hermanos Grimm, tanto los cuentos como sus adaptaciones responden en mayor o menor grado a interpretaciones e intencionalidades pedagógicas, propias de los contextos culturales e históricos donde se generaron.

Por ejemplo, los cuentos originales de *Blancanieves* o *La bella durmiente* son predominantemente europeos, y las formas de representación de la infancia, particularmente de mujeres y niñas, aluden a representaciones de los siglos XVIII y XIX; mientras que las adaptaciones responden en mucho a los relatos de la feminidad vigentes en Estados Unidos durante cada uno de los momentos en que estos filmes se produjeron.

### **Generaciones de princesas**

De acuerdo con el historiador Francisco Mestre (2017), la reinterpretación de Disney de estos relatos orales convertidos en literatura puede ser comprendida desde la figura de tres generaciones de princesas que obedecen a periodos asociados a tres diferentes aspectos: los directores de la compañía y los momentos históricos en que cada uno asumió el cargo; la cada vez mayor participación de mujeres en el proceso de diseño y producción; y los imaginarios y representaciones sobre la feminidad prevalentes en la cultura estadounidense.

Como Giroux planteó, este fenómeno responde a la naturaleza política y constitutiva de las películas; en particular, debido a la forma en que el poder es movilizado a través del uso de imágenes, sonidos, gestos, narrativas y espectáculos, con el objetivo de crear oportunidades para que las niñas aprendan cómo actuar, hablar, pensar, sentir, desear y comportarse en femenino. Y en esta labor las princesas han resultado muy efectivas.

Le pregunté a la madre de Mar\* quien, como mencioné, es una niña bogotana de siete años y a quien le encantan las princesas, de dónde considera que surge este gusto en su hija:

*Yo creo que de las películas. Ver películas de princesas [...]. Yo le decía que la princesa que menos me gustaba es Blancanieves. Y ella me decía: «mamá, pero ¿por qué no te gusta Blancanieves?». Y con la última que se encontró fue con Cenicienta. Con la Cenicienta de carne y hueso. Digamos que ahí ella decía «iwow, Cenicienta!». Digamos que yo no he estado reprimiendo en el tema de la princesa, pero ella lo mira como un momentico y ya. Ya pasó.*

(FMNC3)

Mar\* y su madre me compartieron su saber acerca de las princesas y las generaciones. La primera generación de princesas, donde se incluye a Blancanieves, Cenicienta y *La bella durmiente*, aglutina una generación de mujeres pasivas frente a su propia vida. No tienen habilidades especiales o poderes, en su mayoría requieren ser rescatadas, y desempeñan predominantemente labores consideradas «femeninas» de trabajo reproductivo o, en su defecto, posiciones pasivas.

La mamá de Mar\*, que tiene cuarenta y cinco años, hace una lectura longitudinal de las princesas, a partir de reconocer las transformaciones en los relatos de la feminidad que estas contienen:

*Pero mira que las películas ahora cambian un poco. Hay ciertos cambios: hay cosas que permanecen, pero hay ciertos cambios [...]. Valiente, no sé si tú sabes o viste la princesa esta que es Valiente (Mérida). Entonces, Mérida es una princesa mechuda, despelucada, pero además que usa el arco y la flecha. Entonces a ella [a Mar\*, su hija] le parecía que iwow el arco y la flecha! [...] Ah, y esa es Rapunzel. ¿Si sabes quién es Rapunzel, no? Esa ha sido una cosa que me parecía chévere, pero luego la volvieron otra vez de pelo largo porque a la final Rapunzel se podía liberar de todo. «¿Era mona?». Rubia y el pelo era como doscientos metros. Se lo corta y se vuelve pelinegra. [«Pelicafé», aclara Mar\*]. Y ya sin magia, pero se liberó.*

(FMNC3)

La segunda generación de princesas —entre las que están Bella y la Sirenita— son mujeres protagonistas de un relato que expresa una tensión externa que las conflictúa. Comienzan, sí, a tener una voz propia, a cuestionar las normas de su entorno, pero dependen aún en muchos aspectos de los hombres y son presas de las representaciones del amor romántico. Mulán también corresponde a esta generación, pero no es una princesa y Tiana que, si lo es, aparece como una princesa de transición a la siguiente generación. Si bien hay un relato de amor romántico en su historia, la que salva al príncipe es ella y, además —respondiendo a las demandas de su época— se sitúa como la primera princesa negra de Disney.

**Imagen 31.** Trilogía de princesas

**Fuente:** composición propia con registros fotográficos de campo en jugueterías y tiendas departamentales.



La tercera generación de princesas, entre las que se encuentra Moana —que es una princesa hawaiana—, son protagonistas de su propia vida y construyen un relato propio en tensión a la tradición que las antecede. Mar\* y su madre me explican la importancia de Moana y cómo ha influido en sus criterios de consumo de juguetes:

*La única muñeca que le he comprado ha sido Moana, ¿cierto Mar\*? Me pareció divina esa película. ¿Tampoco la viste? Es hermosa porque es una historia de Australia, como de los indígenas de allá [Mar\* se ríe y dice que Moana es muy chistosita. Su madre continúa explicando]. Moana es una chica a la que siempre le ha gustado el mar, desde chiquita, pero su papá le dice que no puede estar en el mar. Ella es la hija como de una princesa, pero es una princesa que aprende a manejar el mar porque le toca, aprende a escuchar el mar, aprende a navegar. Y es una relación súper linda con su abuela, una cosa tan bonita del tema con la abuelita y con la naturaleza. Es una película muy bella. Lloramos Mar\* y yo. Vamos a cine un montón y nos pusimos a llorar. Las dos éramos: «¡Y la abuelita!». Llorábamos y llorábamos. Entonces esta sí se la compré yo, esa es la única que le regalé de Navidad [compara la muñeca con una Barbie que tiene]. Mira, esta Barbie morena, latina digamos, con menos tacón, en cambio, esta Moana mira cómo se para, es una nota. Para mí, es la favorita mía.*

(FMN03)

Elsa y Ana de *Frozen*, por su parte, son otras princesas de esta tercera generación. Son rebeldes, toman decisiones que las alejan del proyecto que se tenía previsto para ellas y, en el caso de Elsa, su desenlace es estar sola, sin tener que validar su destino a través de una figura masculina:

*Y la que la salva es la hermana. Es bien bonita porque juegan con eso de que ella se tiene que salvar por el amor —precisando que no se trata del amor romántico— la hermana sin querer le manda un rayo a Ana, y le congela el corazón y eso la va a*

*hacer morir. Los troles –que son unos duendecitos de piedra– le dicen: «mira, la única manera de salvarla es con un beso de amor verdadero. Lo único que te puede salvar es un beso de amor verdadero.» [Mar\* corrige a su madre: «no es un beso, era un acto de amor, porque nunca le dio un beso en la boca».] No, es verdad, pero sí le dio un beso. Entonces era un acto de amor verdadero. Entonces era muy bonito porque el acto de amor verdadero es el amor entre hermanas.*

(FMNO3)

En contraste a la primera, esta generación de princesas tiene habilidades o poderes que las alejan del paradigma normativo de la feminidad. Moana tiene el poder sobre el mar y Elsa sobre el hielo. Mérida, la habilidad del manejo del arco. En las tres el estilo de cabello es largo, pero «desparpajado», en contraste con el de la generación previa, donde la estética femenina «modosa» y «arreglada» es preservada.

Son princesas que manifiestan emociones que no se consideraban legítimas en las generaciones previas. Habitar la rabia saca a estas princesas del lugar de víctimas y las convierte en protagonistas y, a veces, incluso en villanas. Manifiestan abiertamente egoísmo y deseo de venganza, emociones antes asociadas predominantemente a las villanas antagonistas o a personajes masculinos. La última generación de princesas tiene poderes o habilidades propias y su actitud corporal cambia. Son retadoras, miran fijamente a la cámara, son interlocutoras principales y son solteras.

Como aspecto destacable a añadir a esta impronta, vale la pena rescatar el comentario de una de mis interlocutoras, una bogotana de clase media, durante nuestra conversación sobre el impacto que para la época tuvo la continua difusión mediática de los distintos aspectos de la vida de la realeza europea, en sectores significativos de la población colombiana. Mi interlocutora me comparte su experiencia como niña en una familia en la que las realezas europeas eran un referente fundamental:

*Sí, y en mi casa no es que sean fanáticos, no la idea de lo político, pero sí la idea del glamur de algunas cosas. A una de*

*mis tías le gustaba el sabor de las realezas europeas [se ríe]. Era súper importante. Entonces ella era la que siempre nos enseñaba «pon así los cubiertos, come así». Entonces era una cosa, por ejemplo, de chiquita. A mí este dedo siempre se me sube. Este dedo se me sube siempre, ¡pero a mí me enseñaron de chiquita que uno cogía el cubierto así!*

(FMNO2)

Esto contribuyó a la propagación de imaginarios potentes sobre las princesas, reyes y reinas de las monarquías europeas, asociados a la clase, la distinción, la elegancia y el glamur, que se buscaban emular. Pero esto no sucedió solo en Colombia. Basta con recordar que, en 1981, la boda de Carlos y Diana de Gales fue transmitida por televisión a más de setecientos cincuenta millones de espectadores a nivel mundial.

### **Reinados con proyección internacional**

Como ya había mencionado, en Colombia, durante la década de los ochenta comenzó a promoverse la «modernización» de las festividades populares, convirtiendo las celebraciones espontáneas o festejos tradicionales en fiestas oficiales donde la modernización implicaba folclorizar y reginizar la fiesta.

Para 1991 se creó el Carnaval de los Niños —conocido coloquialmente como el Carnavalito— como parte del programa oficial del Carnaval de Barranquilla. En el de 2002 se elige el primer Rey Momo del Carnaval de los Niños y, desde entonces, la reina y el rey infantiles son acompañados por medio centenar de reinas infantiles de todo el país, en el marco de una fiesta que en el 2003 fue proclamada Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

Al convertirse en espectáculo comercial y producto turístico, este tipo de eventos o festivales asociados a fiestas tradicionales o populares comienzan a incluir actividades reservadas para un público infantil o, en su defecto, se incluyen algunas donde niños y niñas son el producto. Del mismo modo, el reinado, en el marco de una festividad oficial, generaba una suerte de «fiebre regínica» entre las personas de la zona en la que se llevaba a cabo el evento, un frenesí y deseo de reconocimiento, así



Rey Momo Del Carnaval De Los Niños



**Imagen 32.** El Carnavalito de los niños

**Fuente:** registro de campo.

**Nota:** todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

como el anhelo de inscribirse en ese escenario de visibilidad a través de una representación, una representante y una corona.

De igual manera, en este periodo surgieron y se popularizaron los reinados que emulan al Reinado Nacional de la Belleza para proyectar, a nivel internacional, a las niñas que ganan el título, buscando la representación del país en certámenes globales o regionales. En esta línea comenzaron a crearse, en su mayoría a partir de la década de los años ochenta, Niña World, Niña Mundo y Niña Colombia. En estos reinados se pone de manifiesto el poder adquisitivo de las participantes y sus familias. Hay niñas que han concursado durante tres o cuatro años consecutivos buscando la corona, lo que requiere una inversión significativa de recursos. Aunque algunas utilizan tres vestidos o trajes diferentes para cada una de las etapas del concurso, otras utilizan cuatro o cinco trajes en una prueba de talento de cinco minutos. Son trajes confeccionados por diseñadores reconocidos en sus regiones y en algunos casos acuden a los mismos diseñadores famosos por producir los vestidos de las reinas adultas. Una alta proporción de niñas participantes en estos reinados internacionales tiene tras de sí un equipo de preparación y producción de hasta diez personas en el escenario.

**Imagen 33.** Buena pasarela  
**Fuente:** registro de campo.



Durante los años noventa se observa, también, una proliferación de reinados de carácter regional o temáticos, que convocan a niñas de sectores medios y bajos. Estos reinados están cada vez más relacionados con las demandas del floreciente mercado infantil y con vectores específicos de la industria de la moda que comenzaron a desarrollar estrategias de mercado segmentadas.

Este tipo de sectores demandarían cada vez más, durante esta década y en adelante, niñas modelos y reinas con la capacidad de promover y proyectar sus productos. En este sentido, las reinas infantiles se convierten en perfectas promotoras. Esto detonó una proliferación de academias de formación de modelos y reinas que comenzaron a formar niñas desde los tres o cuatro años en adelante, generando además la posibilidad de acceso a recursos económicos a partir de las actividades de modelaje infantil remuneradas. A continuación, el relato de dos de mis interlocutoras.

***Niña modelo de pasarela (1994); Niña Bonita (1996);  
Participante del concurso Niña Risaralda (1998)***

*Yo estaba en la academia de modelaje en Pereira. Todavía existe. Entonces hacíamos promociones como del trabajo. Mi mamá me metió porque yo soy hija única por parte de mamá. Entonces ella quiso que yo compartiera con más niñas, porque yo era como medio penosa; entonces, como para que fuera soltando, me metí a la academia de modelaje. Ya en modelaje como tal, desde los seis, hice varias pasarelas: entré en Leonisa, desfilé para Gef, para Punto Blanco, también hice promociones. La mamá de la que nos enseñaba allá en la academia vio en el periódico un aviso del reinado que iban a hacer; entonces le dijo a mi mamá para que me metiera. Ahí ya comienza todo, pero la verdad no me acuerdo en sí cómo empezó todo.*

*Fui reina hace..., tenía ocho años, en el 96. Fui Niña Bonita, se llamaba, que era un reinado de todo el Occidente colombiano, o sea, lo que era el Eje Cafetero: Manizales,*

*Pereira, el Valle y Armenia. Y ya como dos años después, participé en Niña Risaralda. No gané el concurso, lo que gané fue como el mejor cuerpo, y esos fueron como los dos reinados, digamos, en que participé.*

(NR04)

## Madre

*Cuando yo la coloqué en la academia fue porque era única hija en ese momento conmigo. Entonces vi que se estaba volviendo tímida. Se presentó la oportunidad. Pues quería, porque allá les enseñaban glamur, etiqueta, les enseñaban a llevar, a cómo vestirse [sic]. La coloqué allí, pero no visualizándola en algún reinado, no, jamás. La verdad, cuando me dijeron de ese reinado de Niña Bonita me pareció divertido; dije: «¡ay!, tantas niñas» [...]. Las otras niñas llevaban barra, los amigos, el vecino. Nosotras no teníamos barra, no, y nombraron a la primera finalista, la tercera, la cuarta, cuando la quinta fue ella. Yo todo pensé. O sea, yo la veía muy linda dentro de las cinco, pero también, a la vez, pensaba: «nosotros no tenemos barra y esto es como del que más bulla haga». Éramos los cuatro gritando por ella.*

*Pero quedó. Dije «¡guau!»*

*Porque eso sí es algo muy natural de ella. Cuando empezó en la academia a mí me preguntaron si ella alguna vez había modelado. Y yo: «no sé, apenas tiene ocho años». No, tenía seis, porque a ella la ponían a desfilar y ella parecía..., ella se desenvuelve muy bien en eso. Tiene mucha agilidad para hacer eso. No le gustó el ambiente y yo se lo respeto. Es su decisión. Porque a ella también le ofrecieron el concurso de Reina del Turismo, tenía diecinueve, ¿dieciocho?, y ella dijo que no. No quiso. Y yo dije: «está bien, es la decisión de ella».*

(MNR04)

### **Consumo, audiencias y segmentación infantil femenina**

La Constitución Política de 1991 estableció que la televisión en Colombia tiene funciones educativas, informativas y de entretenimiento, y creó la Comisión Nacional de Televisión. De acuerdo con Yamile Sandoval (2016), este organismo, que fue regulado mediante la Ley 182 de 1995 —y en 2012 fue reemplazado por la Autoridad Nacional de Televisión (ANTV)—, pretendía:

**Imagen 34.** Segmentación

**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



Velar por los derechos tanto de los televidentes como de los usuarios, promover la participación de las audiencias con sentido crítico, dirigir la incorporación exitosa de la televisión colombiana en la era digital (TDT). La CNTV sería responsable de formular los planes y programas sectoriales para el desarrollo de los servicios de televisión. (Sandoval-Romero, 2016, p. 42)

En este marco aparece Discovery Kids en el escenario televisivo colombiano y, de acuerdo con Sandoval, comenzó como un bloque de programación del canal Discovery Channel, llamado Club Discovery Channel, estrenado el primero de abril de 1996; en Latinoamérica, un mes después se independizaría del canal principal y pasaría a ser reconocido como Discovery Kids Channel, un canal pensado para niños y niñas de entre cuatro y dieciséis años que, luego de un año, inauguró una etapa que llevó a que niños y niñas se convirtieran en ejes nodales de la investigación de audiencias.

Durante este periodo, Elena Verchili (2010) observa la explosión de un mercado especializado en las niñas, con la creación de revistas infantiles que comienzan a dar lineamientos de imagen —peinados, estilos y maquillajes—, invitando a estrellas adolescentes y juveniles de cine y TV a promover marcas de ropa, y conformando clubes o asociaciones como mecanismos pedagógicos de inserción de las niñas en el consumo de productos asociados a la belleza.

Las revistas femeninas infantiles estudiadas por Verchili (2010), y las dirigidas a preadolescentes y adolescentes que estudió Alejandro Melo Moreno (1998), se constituyeron también en un vector importante de modelamiento de la feminidad de niñas-mujeres concentradas en el cuidado de la imagen influida, por lo que Verchili ha denominado la «cultura del *gloss*».

Por su parte, los contenidos de revistas analizados por Martti y Melo, asocian el éxito personal con lograr una imagen ajustada a los referentes mediáticos —actrices o cantantes— como modelos de éxito social vistos como estrellas, que se expresan en *looks* o estilos determinados: «[...] cuidada, coqueta y presumida (aunque igualmente a la moda) para las más pequeñas; y “*fashion*”, atrevida y seductora en las niñas más mayores (preadolescentes)» (Martti, 2010, p. 43).

Luego se comienza a producir series de televisión en formato de telenovela, dirigidas a niñas de ocho a doce años, las cuales pretenden reflejar las que deberían ser las preocupaciones y problemáticas de niñas de esa edad: pautando el amor romántico, los vínculos de amistad, familiares y el desempeño escolar. Por su parte, Disney Channel introduce en 2006 lo que Verchili ha denominado la «Era pop de la cadena»: [...] el estreno de *Hannah Montana*, protagonizada por una Miley Cyrus de 13 años, significó un auténtico fenómeno de masas entre niñas y preadolescentes» (Verchili Martí, 2010).

Como precisa la autora, para 2009 en España Disney Channel tenía el liderazgo absoluto en la franja de cuatro a doce años, con una audiencia predominantemente femenina. Alrededor de las nuevas estrellas Disney del momento, se creó

[...] una auténtica industria del marketing que combina entretenimiento y belleza. Vanessa Hudgens, Demi Lovato o Selena Gómez son íconos de belleza y moda para millones de niñas y adolescentes que aprenden, a través de los medios, sus trucos para estar siempre guapas. En todos los casos, estas chicas ofrecen un modelo de mujer que aporta pocas novedades respecto al arquetipo de feminidad patriarcal: una mujer consumista que cuida constantemente su imagen para adaptarla al canon de belleza ideal; que emplea su atractivo para ser el centro de atención, especialmente de los hombres; y que, a pesar de mostrar en muchas ocasiones una imagen extremadamente sexualizada, expresa aspiraciones vitales «propias de una chica normal»: formar un hogar y vivir tranquila rodeada de sus hijos y marido. (p. 19)

### **Estrategias transmediales**

Durante la década de 2010 el internet y el uso de teléfonos celulares transformaría la lógica del desarrollo de productos dirigidos a las niñas. De acuerdo con datos de la Encuesta Nacional de Calidad de Vida, de abril de 2016 (DANE, citado en Sandoval-Romero, 2016, p. 11): «[...] para el año 2014, el 44,58% de los hogares colombianos

poseían computador; el 92%, televisión a color; el 95,3%, teléfono celular; y el 38%, conexión a Internet».

De igual manera, la Encuesta de Consumo Cultural del DANE (2012), en la que participaron 4.321.000 niños y niñas entre los cinco y los once años, encontró que el 96,5% había consumido televisión en la última semana, y un 58,7% jugó videojuegos durante el último mes, mientras que el 51,3% manifestó haber consumido internet en los tres meses previos; datos que evidencian el papel central de la televisión a comienzos de la década «como el medio de mayor consumo en la audiencia infantil» (Sandoval-Romero, 2016, p. 14).

Durante este periodo fue determinante la segmentación televisiva dirigida a las niñas, junto al impacto del ingreso de la televisión por cable al consumo de contenidos asociados a «Disney princesas» y a «Barbie princesas», así como a la recepción de estrategias mercadológicas diseñadas para promover el consumo familiar a través de la influencia en niños y niñas de tres a trece años. El lanzamiento de la «Hermandad de las princesas» de Disney, analizado por Gordillo y Álvarez (2008), se convirtió en una estrategia exitosa de mercado y en una de las más redituables de la compañía. Heredera de la impronta de las princesas del siglo XX, las princesas heroínas cuentan con espacios televisivos propios, transmitidos en Disney Channel o en Toon Disney:

Actualmente, los productos con licencia Disney cubren un amplísimo espectro, siendo la gama de las «princesas» una de las que se mantiene de forma constante (y fuera de las modas de películas de estreno) en subdivisiones como Disney Consumer Products, Disney Publishing (Hyperion Books for Children, Disney Press y Disney Editions), Disney Stores y Disney Direct Marketing (DisneyStore.com y The Disney Catalog). En los parques temáticos Disney, tanto en EE. UU. como en Euro Disney de París, existen también atracciones y espacios específicos dedicados a las princesas. (2008, p. 666)

En este contexto surge la página web de Disney, con un apartado específico dedicado a las princesas: puede visitarse el palacio de

la princesa favorita, crear un espacio personal donde se hace un trabajo emocional de registro de sueños, sentimientos y deseos, y un apartado denominado «Mi lista de deseos», para que las niñas puedan proyectar una lista de productos potenciales a consumir; dicha plataforma incluye una revista donde las niñas pueden «contribuir» con aportes, dibujos y cartas, y un boletín al que se pueden registrar para recibir novedades periódicamente:

[...] sobre canales Disney y su programación, Disney Mobile, lanzamientos de DVD, revistas Disney, juegos interactivos Disney, concursos y sorteos, Disneyland Resort París, merchandising, estrenos cinematográficos y tiendas Disney. Hay todo un mercado colateral en Internet de webs sobre las princesas, desde las cuales se pueden descargar salvapantallas, juegos de ordenador, fondos para PC, historias y vídeos, libros de pintar, postales, calendarios, pósteres, puzzles, y muchas webs de subastas como E-Bay poseen un amplio listado de objetos sobre princesas, que llegan a alcanzar cifras respetables en las pujas. También hay foros y chats especializados. (2008, p. 666)

Por su parte, de acuerdo con Gordillo y Ramírez, las princesas de Barbie salen al mercado como un conjunto de productos transmediales que incluye:

[...] una serie de DVD donde la muñeca de Mattel aparece como protagonista de varios filmes de dibujos animados. Desde la primera película se perfiló un esquema basado en una estética dirigida a las niñas, de cuento de hadas, con abundancia de elementos musicales, un final feliz, así como el protagonismo absoluto de la muñeca Barbie, quien como si de una actriz real se tratase, representa un papel protagonista y diferente en cada filme, que permite mostrar toda su belleza y lucir su abundante vestuario. Podemos agrupar las películas de la muñeca de Mattel en tres grupos: Barbie en *El Cascanueces* (2001), Barbie en *El Lago de*

los cisnes (2003) y Barbie y *Las doce princesas bailarinas* (2006), relacionadas con el mundo de la danza, con cuidadas coreografías inspiradas en el New York City Ballet; las que recrean algunos de los cuentos clásicos como Barbie en *La princesa y la costurera* (2004), basada en *El príncipe y el mendigo* de Mark Twain, y Barbie, *Princesa Rapunzel* (2002), inspirada en el cuento de los Hermanos Grimm; y, por último, los relatos originales que componen «un mundo romántico de magia y fantasía», como Barbie y *la magia de Pegaso* (2005), Barbie *Mermaidia* (2006) y Barbie *Fayritopía: la magia del arco iris* (2007). El éxito de las diversas muñecas Barbies (que van evolucionando levemente con el paso de los años) y de las películas protagonizadas por ellas, ha derivado en el consumo compulsivo, no solo de la muñeca en sí misma y su vestuario —con el desarrollo de pasiones por el coleccionismo a nivel internacional—, sino también de diversos productos para niñas, como ropa y accesorios de moda, papelería, maquillaje, bisutería, juegos de ordenador, música, juguetes, sin olvidar las posibilidades que ofrece la página web. (Gordillo Álvarez y Ramírez Alvarado, 2008, pp. 667-668)

Siguiendo esta tendencia, la moda y la cosmética se integraron a los contenidos consumidos cotidianamente por las niñas colombianas, pero no solo a través de la televisión por cable, el cine y la internet. Proliferaron, además de las academias de formación de niñas vinculadas a reinados, las estrategias de mercado locales y pasarelas de moda infantil, entrenamiento en pasarela y modelaje, además de espacios para la producción de la feminidad infantil: salones de belleza infantiles, spas y centros de maquillaje para niñas; negocios para la producción de fiestas temáticas e incluso academias de *Pole Dance*. Todos, escenarios diseñados para niñas.



**Imagen 35.** Eliendo  
**Fuente:** registro en campo.

Un ejemplo es la estrategia comunicativa desarrollada por la instancia promotora del reinado Niña Feria de Bucaramanga que, en sus redes sociales, difunde imágenes dando cuenta de los resultados de su trabajo con las niñas para convertirlas en princesas, en poses glamorosas y sonrisas congeladas, uniformes y monocromáticas, como de muñecas, como las describe la madre de Mar\*:

*Porque lo que les meten a las niñas es que hay que ser así. Mi hija no tiene tanto eso, pero eso sí es algo que no he logrado manejar; de verdad me enerva la Barbie, me parece «grrr» ... Mira, yo creo que es peor la Barbie que las princesas, porque mira que en el tema de los reinados, las niñas son Barbies, se vuelven es eso: la Barbie, la muñeca, la que no se toca.*



**Imagen 36.** Pedagogías de la reginidad

**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



# PEDAGOGÍAS Y CONTRAPEDAGOGÍAS



## El «aprincesamiento»

**A**ntes de mi entrada en campo tuve la fortuna de que la profesora Luz Gabriela Arango me acompañara durante el proceso de formulación y delimitación del proyecto. En el contexto de nuestras reuniones para comenzar a explorar y situar mi interés por las niñas reinas, los reinados infantiles y las posibles formas de abordarlo, aún sin mi primer contacto con el campo, compartí con ella que la experiencia de esas niñas me resultaba distante y opaca.

Como feminista encontraba muy pocos puntos de coincidencias subjetivas y de perspectivas vitales con las reinas. Esto, sumado a mi tensión con lo que en ese momento significaban para mí los reinados de niñas y la responsabilidad que consideraba tenían las madres en la incursión de sus hijas en esos espacios, generaba en mí una barrera difícil de superar.

Nuestro intercambio nos llevó a explorar nuestras propias trayectorias como niñas. Ahí evocamos experiencias con contenidos afectivos potentes asociados a las princesas, las hadas, las brujas y las reinas. En otra conversación posterior, de nuevo aparecieron en escena la fantasía, los cuentos, los juegos y los juguetes de infancia y con ellos emergió la categoría de «aprincesamiento», como posibilidad de nombrar esa experiencia de introyección de la figuración de la «princesa», y su lugar en la construcción que cada una había hecho de sí misma —en la expresión performativa de la feminidad en la infancia y en la niñez—, ya fuera para adoptarla, para reconfigurarla o para entrar en tensión con ella.

Adicionalmente, una reflexión posterior sobre lo acontecido en esos encuentros con Luz Gabriela me permitió notar que la resonancia con los reinados se dio al explorar nuestras trayectorias vitales, asumiéndonos como feministas. ¿Entonces, el ser feminista no nos aportaba una suerte de «inmunidad retroactiva» al «aprincesamiento» en tanto «vicio» de la feminidad hegemónica y normativa? Aparentemente no. Ser feminista no nos hizo inmunes ni

a Luz Gabriela, ni a mí, ni a ninguna de las feministas colombianas, madres de niñas con las que posteriormente conversé, para explorar estas prácticas y experiencias de «aprincesamiento».

Así, una feminista bogotana de cuarenta y cinco años, residente de Risaralda, evocó de la siguiente forma su experiencia del «aprincesamiento»:

*No jugaba a las princesas. Pero sí me encantaban las fiestas elegantes. Ahora, cuando Vero [su hija] hablaba de lo que se siente estar en un vestido así, [me recordó que de niña] eso me gustaba. Yo tenía una pijama que tenía muchas capas y tul. Entonces, pues un poco, así no lo asociara como que era la princesa..., esa pijama, te estoy hablando de cuando yo tendría como unos cuatro añitos, aún estaba muy bebé. Pero yo bajaba, me ponía la pijama y me sentía, como decía Vero, alguien ¡muy importante! Bajaba las escaleras y jugaba con los amigos imaginarios, porque yo no tuve de chiquita muchos amigos. Solo entre adultos. Entonces yo bajaba y me ponía de día la pijama y bajaba la escalera saludando.*

(FMNC2)

Las figuras femeninas del entorno se convirtieron en referentes y modeladoras de esta feminidad «aprincesada»:

*Mi prima y mis tías que eran solteras [me decían cómo debía ser una niña]. «Sí. Siéntate así; pórtate así; se cogen los cubiertos así. Con la boca así... Una niña debe ser suave, no se ríe estridente, es discreta» [ríe divertida de lo que está diciendo]. ¡Todos los parámetros de lo que se denominaba para ellas la feminidad! «Está bien peinada, bien peinada, bien portada; con las piernas cerradas, muy importante. ¡Cierro!, ¡cierre las piernas!, ¡aprenda a sentarse!».*

(FMNC2)

El feminismo, en efecto, no fue capaz de impedir de manera retroactiva que en nuestra infancia las princesas, las reinas y las hadas desempeñaran un papel fundamental en nuestra forma de simbolizar el mundo y de configurar lo femenino. En algunos casos, esta impronta del «aprincesamiento» se experimentó en resistencia debido a que, además, en el contexto colombiano esta feminidad «aprincesada» estaba claramente relacionada con las reinas de belleza. Así lo narró, como una experiencia frustrante y dolorosa, otra mujer feminista bogotana de cuarenta y cuatro años:

*Yo siento que sufrí mucho entonces [cuando era una niña], siento que fue muy sufrido. Por un lado, era de que «tengo que ser princesa, tengo que ser ese modelo» y, además, de ver a mis hermanas. Y es que era un ambiente totalmente femenino, y eran primas y primas y primas, puras mujeres, todas, todo el modelo, ¡todas reinas!... Que participaron en el reinado y ya luego eran, entonces, las reinas del colegio, ¿no?*

**Imagen 37.** Aprincesamiento

**Fuente:** registro de campo.



*¡Y era el orgullo de la familia! Que aquella participó en el Reinado Nacional del Bambuco, ¡guau! ¿No? Y después, claro, después vienen las cirugías de mis primas... Una, ya más grande, se puso tetas y todo.*

(FMN01)

\*\*\*\*\*

Desde mi nacimiento, las princesas estuvieron presentes en mi vida de forma muy significativa. Mi abuela paterna me dio como regalo de bienvenida a la vida una colección de cien libros de oro de la literatura universal, ilustrados y con pasta rígida. Los libros, que fueron su herencia y al tiempo una epifanía, ocuparon durante años la repisa inferior del librero en la sala de mis abuelos, y tenían la cualidad de convertirse cada fin de semana en una montaña de gozo en medio de la cual disfrutaba tirarme a «leer».

Mi libro favorito era el cuento de las doce princesas danzarinas de los hermanos Grimm (1969), que «leía» al calor del arrullo y abrazo de mecedora de mi tía abuela. Ese abrazo, y el susurro continuo de historias en mi oído, consiguió que devorara libros desde los tres años. Cientos de princesas de distintos tipos habitaron mi imaginación. En el marco de este trabajo volví a leer la historia de las princesas danzarinas, tratando de entender la fascinación que me producía:

Había una vez un rey que tenía doce hermosas hijas. Todas ellas dormían en una habitación con doce camas y, cuando se iban a la cama, las puertas se cerraban con llave. Sorprendentemente, cada mañana sus zapatos aparecían tan desgastados como si hubieran bailado durante toda la noche. Nadie era capaz de descubrir qué era lo que pasaba ni dónde habían estado las princesas.

Así que el rey hizo saber a todo el reino que la persona que descubriera el misterio y averiguara dónde bailaban sus hijas cada noche, podría desposar a la princesa que más le gustara y sería nombrado rey después de que él muriera.

Pero aquél que lo intentara y no lo lograra después de tres días con sus tres noches, sería ejecutado.

Pronto llegó el hijo de un rey. Fue bien recibido y, por la noche, lo condujeron a la habitación contigua a la de las princesas, donde éstas ya yacían. Allí estaba el príncipe sentado esperando para ver dónde iban a bailar, y se dejó la puerta de la habitación abierta para que no pudiera pasar nada sin que él lo oyera. Pero el hijo del rey pronto se durmió y, cuando despertó por la mañana, se encontró con que todas las princesas habían estado bailando, ya que las suelas de sus zapatos estaban llenas de agujeros. Lo mismo sucedió durante la segunda y tercera noche, así que el rey ordenó que le cortaran la cabeza. A él le siguieron muchos otros, todos ellos corrieron la misma suerte: perdieron sus vidas del mismo modo que su predecesor. (p. 1)

Descubrí que la idea de que las doce princesas hubiesen encontrado la forma de burlar la vigilancia paterna y pasaran noche tras noche bailando en un castillo en medio de un bosque mágico me producía un enorme placer y satisfacción. De todas las princesas que poblaban las páginas de mi colección de libros de oro, estas eran las favoritas: porque danzando retaban el mandato de obediencia, porque sus cuerpos en movimiento escapaban y transgredían la noche —que para las mujeres es prohibida y peligrosa— para su propio placer. Cautivas de la vigilancia paterna, pero, al mismo tiempo, transgresoras. La amenaza del matrimonio acechando como castigo ante la libertad gozada. Finalmente, ante el peligro de ser descubiertas, la alianza de las doce mujeres protegiéndose entre ellas y a su secreto.

### *Usos tácticos de la feminidad «aprincesada»*

Tuve mi primer trabajo profesional en cuestiones de género y derechos de las mujeres en un muy fugaz pasaje por el Estado mexicano; trabajé durante la segunda mitad de los años noventa coordinando,

con escasos veinte años, uno de los primeros programas nacionales de género del país, resultado de la impronta de la Conferencia de Beijing de 1995 en las políticas públicas mexicanas.

Como era habitual, mi entonces jefe había decidido organizar una reunión de trabajo en una cantina que quedaba cerca de la oficina. Me molestaba tener que asistir a ese tipo de reuniones en esos contextos, porque, por lo general, al calor del alcohol y las formas usuales de interacción masculina en ese tipo de espacios, se generaban dinámicas de acoso, abuso y maltrato de los hombres con más poder hacia los subalternos y hacia las mujeres, dinámicas que me hacían sentir profundamente incómoda y para las que tenía un umbral muy bajo de tolerancia.

Cuando terminó la reunión ya habían circulado algunas bebidas alcohólicas y el ambiente había comenzado a ponerse denso y pesado. El mesero se acercó a tomar la orden de las bebidas que acompañarían los platos que iban a consumirse y comenzaron a circular bromas y chistes conforme las personas iban anunciando lo que querían tomar. Una de mis colegas, mujer afromexicana, hizo su pedido afirmando que no quería tomar alcohol y pidió que le trajeran solamente un refresco. De inmediato, el jefe comenzó a burlarse, diciendo: «¡Ay! No mames, pinche gorda, ¿cómo que no te vas a tomar ni un tequila ?, pinche negra, pendeja».

La sensación de agobio, el calor del mediodía, la dificultad que implicaba decir lo que se pensaba de la situación, porque quien lo hacía era la persona con mayor poder en el grupo, generó miradas nerviosas de mi colega aludida y una risa ahogada por grandes carcajadas del grupo que, de este modo, distendía el ambiente y celebraba el comentario. Finalmente, ella pidió una cerveza y el jefe aplaudió la decisión diciéndole «eso, cabrona», con el eco celebratorio del coro masculino.

La situación me descomponía. Muy seria, me levanté, me excusé diciendo que no me podía quedar a comer y que no podía beber porque estaba manejando; sin dar oportunidad a que me dijeran nada, recogí mis cosas y me despedí repentinamente. El jefe me miró tan serio como yo, resopló, pero no dijo nada. Una compañera de trabajo amiga mía dijo «¿No traigo coche, me das

un aventón? Me voy contigo», y sin más salimos juntas hacia el parqueadero del lugar para sacar mi carro, que era un Volkswagen sedán viejo, modelo ochenta.

Nos montamos en el coche y, mientras abrochaba el cinturón, finalmente estallé. Le manifesté a mi amiga lo molesta e incómoda que estaba por la situación. No entendía por qué mi colega agredida no hacía nada, por qué permitía que el jefe la humillara de esa manera frente a todos los demás. Me quejé airadamente de ese pésimo hábito de la cultura laboral mexicana, de organizar comidas de trabajo en cantinas y de asumir que las personas deben estar dispuestas a participar de este tipo de reuniones, consumiendo alcohol en horarios laborales.

En medio de mi perturbación intentaba, sin éxito, encender el auto mientras mi compañera en el asiento del copiloto asentía en silencio. Con toda mi incomodidad desbordada me apresuré a tomar la rampa de salida del estacionamiento, que desembocaba a una avenida bastante transitada. Era mediodía de verano y la capital del país tenía un aire seco, el sol quemante y el asfalto caliente y humeante me asfixiaban. El ímpetu de mi molestia y el estrés me impulsaron a tratar de salir y, por un momento, perdí la distancia necesaria para evitar rozar la defensa del auto que iba delante de mí —subiendo también la rampa—, al tratar de encontrar un espacio entre el tráfico para avanzar y tomar la avenida. La sucesión de eventos fue muy rápida. Apenas salir, el motor de mi carro se apagó repentinamente, intenté encenderlo para evitar bloquear la salida del estacionamiento, conseguí avanzar un poco, pero la máquina se frenó un par de veces y volvió a apagarse, dejándome a la mitad de la avenida.

Mientras trataba de encender el coche de nuevo, observé —sin comprender lo que hacía— a mi copilota deslizarse lentamente en el asiento, replegándose en el estrecho espacio entre el asiento y la caja de guantes del coche, mirando con horror la ventanilla de mi lado. Volteé y vi a un hombre con el rostro enrojecido vociferar cosas que no comprendía, mientras daba puñetazos en el vidrio de mi ventanilla y forcejeaba para abrir, pateando la puerta.

Detrás nuestro empezó a producirse un embotellamiento atroz acompañado de un concierto de automovilistas enfurecidos pitando

frenéticamente para que avanzáramos. En medio de ese ruido, y con una expresión de interrogación, yo trataba de comprender lo que ese hombre iracundo gritaba: «usted no se va a ir a ningún lado. Bájese, pinche vieja, usted me las va a pagar». El tipo golpeaba la ventanilla con un puño mientras continuaba gritando insultos, enrojeciéndose cada vez más.

De pronto se retiró y se dirigió a un auto parado frente al mío, abrió la cajuela<sup>16</sup> y sacó una barra de hierro larga y gruesa, volvió con ella en la mano hacia mi carro y comenzó a golpear el parabrisas, intentando deliberadamente romperlo. Mi amiga, desesperada, pedía angustiada: «¡Hagamos algo!, ¡Marina, va a romper el vidrio!, ¿Nos vamos o qué hacemos?». En ese momento todavía no existían los teléfonos celulares, así que llamar a pedir apoyo no era una posibilidad. Entonces metí la mano a mi bolso de mano y comencé a tantear buscando algo incierto. Mi mano tropezó con una pequeña cartuchera en la que había una botella de quitaesmalte con una porción de algodón en una bolsita plástica. En un solo movimiento, puse un poco del quitaesmalte en el algodón y abrí la puerta.

Caminé parsimoniosamente, casi flotando, hacia el carro de adelante, sin mirar al hombre, y me incliné delicadamente para revisar minuciosamente la defensa trasera del auto del que él había sacado la barra de hierro. Mientras se me acercaba comencé a decir, con voz dulce y melodiosa: «Por favor, discúlpeme, señor, qué horror haberle hecho esta marca a su carro», de cuclillas y tallando con el algodón, la marca: «permítame, voy a tratar de sacar con esto la raya».

\*\*\*\*\*

Hace algunos años, luego de obtener la beca Fals Borda para desarrollar el trabajo audiovisual asociado a mi investigación doctoral, titulado «Los cautiverios de las niñas», produce, entre otros elementos, una pieza audiovisual con formato de videoensayo, resultado de un ejercicio de evocación autoetnográfica<sup>17</sup>.

16 Mailetero, capó o baúl.

17 Accesible en <https://www.marinabernal.space/>, con el código MARINAUNAL.



**Imagen 38.** Yo, niña  
**Fuente:** álbum personal de la autora.

Esta breve pieza, llamada «Mis cautiverios», estaba compuesta por una secuencia de materiales audiovisuales de archivo que daba cuenta de mis propios referentes de feminidad, que se encontraban en las películas de dibujos animados, la publicidad, la música, la literatura o los programas de televisión que hicieron parte de mi infancia, niñez y adolescencia.

Después de *Dumbo* y *Bambi*, la primera película de dibujos animados que vi en el cine, donde sus protagonistas eran seres humanos, fue *Blancanieves* y luego *Cenicienta*. Se me reveló en el *performance* corporal de esas dos princesas, en su mirada, en la actitud casi etérea, levitando entre avechillas, la misma *hexis* corporal y kinestésica del momento de mi vida en que me enfrenté, con un algodón empapado en quitaesmalte, a un hombre violento y alcohólico que me atacaba con una barra de hierro.

En ese momento crítico, mientras que el tipo intentaba romper el parabrisas de mi carro, emergió en mí un repertorio exacerbado de la feminidad «aprincesada» utilizado como mascarada, en términos de la psicoanalista Joan Riviere (1979), como una forma de protegerme y proteger a mi aterrorizada amiga.

El desenlace de esa tarde se relata brevemente:

Estupefacto, el hombre se ve a sí mismo en medio de una avenida de la ciudad de México, a plena luz del día, completamente desbordado y amenazando con una barra de hierro a una mujer que delicadamente trata de sacar una raya de pintura con un poco de quitaesmalte de uñas. Súbitamente, deja su arma en la cajuela de su auto aún abierta, me toma del antebrazo para ayudarme a levantar del suelo y dice: «por favor, señorita, ¿cómo se le ocurre?, levántese, discúlpeme por favor. Soy un salvaje, estoy borracho y no sé lo que estoy haciendo».

Insistí en tratar de sacar el rayón con la mota de algodón mientras él, conmovido, se inclinaba de nuevo para levantarme y, tomándome de los brazos, dijo: «me porté como un salvaje, permítame por favor. Levántese, no fue nada, solo fue un rayón, ni siquiera se hundió la lata». Tomándome del antebrazo, me guió hasta mi auto, abrió la puerta entreabierta y me pidió que subiera por favor, mientras se frotaba la cara con desesperación: «qué horror, dígame, más bien: ¿cuánto le debo yo? Mire si le dañé el parabrisas o la cajuela del carro». Respondí que no se preocupara, que era un carro viejo y, además, que la culpa había sido mía por haberlo golpeado primero.

El hombre se asomó por la puerta aún abierta y le dijo a mi compañera, aún resguardada en el hueco frente al asiento: «por favor, señorita, discúlpeme mi grosería, mi salvajada, por favor». Ella sale un poco de su escondite y asiente lentamente con la cabeza, mientras intermitentemente nos mira al hombre arrepentido y a mí, que trato infructuosamente de encender el carro. El embotellamiento se hace sonoramente evidente. Hemos obstaculizado el flujo vial por varios minutos. Cierro la puerta, le digo que no se preocupe, que tengo prisa. El hombre desiste de compensarme

económicamente, consigo encender el carro, giro el volante para rebasar el auto parado al frente y acelero.

Mi amiga no puede dar crédito a lo que acaba de suceder, interpelándome: «¿Pero ¿qué fue lo que hiciste?, ¿qué le diste?, ¿qué tenías en esa botella?, ¿qué le pusiste al algodón?». Ella pensaba que había utilizado alguna substancia calmante o adormecedora como escopolamina, o algo efectivo para sosegar ánimos violentos y desbordados. Respondí qué era quitaesmalte de uñas.

Seguimos. Manejo en silencio. Respiro profundamente y abro la ventanilla. Acalorada, siento la adrenalina hormigueante en mi cuerpo. Me miro en el espejo retrovisor y me hago consciente de mi aspecto: mi ropa, estoy vestida con chaqueta formal, una blusa blanca, jeans negros y botas de tacón medio grueso; el cabello largo y ondulado, mi piel blanca mestiza, enrojecida por el calor y el sol brilla por el sudor; el cabello adherido a la humedad que escurre por mi frente y cuello.

Mientras manejo trato de quitarme la chaqueta. Mi amiga, aún en *shock*, intenta ayudarme mientras comienza a hablar con estupor e incredulidad; trata de organizar lo sucedido poniéndolo en palabras:

No puedo creer lo que acabo de ver. Pero a ver, ¿cómo?  
 O sea, ¿por qué te pusiste de rodillas? ¡El tipo estaba tratando de romperte el parabrisas del carro! ¿Qué fue lo que te pasó?, ¿dónde quedó la feminista con la que trabajo todos los días?, ¿no te parece que estás traicionando tu feminismo?, ¿no crees que deberías haberte enfrentado al tipo o haberle reclamado al menos su violencia? ¡No puedo creer lo que acabo de verte hacer! ¡No lo entiendo!

Respondí: «Yo tampoco».

Sin embargo, hoy, veinte años después, en el marco de este trabajo, volviendo a leer el cuento de las princesas danzarinas y viendo las películas de Disney que me acompañaron en mi infancia y adolescencia, comencé a entender lo que sucedió ese día y la conducta de esa mujer joven —a quien hoy le doblo la edad—, que se defendió con

los recursos que tenía, utilizando a su favor las armas del patriarcado, sin planificarlo o calcularlo demasiado.

No. No actuó como otras veces, que se había enfrentado, incluso físicamente, para defenderse de la violencia sexual o física hacia sí misma o hacia otras mujeres. No. No necesitaba demostrar su feminismo arriesgando su integridad física y la de su compañera, corriendo el riesgo de ser asesinada a golpes a manos de una masculinidad frágil y desbocada etílicamente. Su triunfo fue que tanto ella como su compañera estaban vivas e ilesas, y podían vivir para contarlo, así fuera más de veinte años después.

Ese acto reflejo de sobrevivencia venía de una experiencia muy temprana y reiterada de aprendizaje, que veo habitualmente expresada en las niñas colombianas: el «aprincesamiento», como un *performance* de la feminidad exacerbado y aprendido de manera muy precisa, de múltiples fuentes.

Sí, de los cuentos de hadas, como en el caso de las princesas danzarinas, ¡y tantos otros! Sí. De las antiguas películas de *Blancanieves*, *Cenicienta* o *La bella durmiente*, o de las nuevas princesas que, a pesar de desplegar otros repertorios, como bien me han ilustrado algunas de mis interlocutoras, llevan la *hexis* corporal estereotipada, pero efectiva, de la feminidad «aprincesada», que les ha dado la posibilidad de transitar situaciones de peligro, como esta y tantas otras.

Su *performance* resultaba efectivo para convocar en su agresor la oportunidad de desplegar el *performance* caballeresco de una masculinidad que se reafirma ante una doncella indefensa. Podía usar como ventaja ese espacio-tiempo para analizar estratégicamente la situación y, con ello, conseguir protegerse, resguardarse, reconfigurar de forma no evidente su posición de vulnerabilidad, y seguir viva.

Ese uso táctico de la feminidad «aprincesada» habla de una experiencia cotidiana encarnada de sobrevivencia frente el acoso cotidiano y el abuso sexual; de un saber del peligro de poner el cuerpo en la calle y tener que aprender a enfrentar crónicamente la violencia cotidiana y el propio terror; de reconocer cómo operan las pedagogías de la crueldad (Segato, 2018) en la cultura mexicana, en la colombiana y en tantos otros países de América Latina: aprender a leer rápidamente el entorno y encontrar mecanismos y usos tácticos

del cuerpo y de esa feminidad «aprincesada», para sobrevivir en una cultura letal para las niñas, las mujeres y los cuerpos feminizados, racializados o infantilizados, o cualquier otro cuerpo que cuestione la norma de género hegemónica o sirva, en últimas, para afirmarla.

Hoy, sin embargo, existen otros referentes, princesas más «empoderadas», como me explican Mar\* y su madre, haciéndome notar las diferencias de las princesas «de mi generación» con las de hoy. Actualmente, existen nuevas generaciones —me explican—, como «de princesas más guerreritas» que, si bien repiten algunos estereotipos en algunos planos afectivos o en el antagonismo con las figuras maternas, plantean otros repertorios de ruptura, de resistencia y de interrogación a sus culturas, costumbres y tradiciones. Tienen otros recursos.

Pero para todas las princesas el fin es casi siempre el mismo que en la vida cotidiana de las niñas y mujeres de América Latina: protegerse y proteger a otros u otras, resguardarse y eludir el daño, o un daño mayor que las lleve a la muerte a ellas, a sus familias o a sus comunidades. Eso sí: cada vez más en manada, más en colectivo; cada vez más conscientes y situadas geopolíticamente. Como «las Tesis» o las antiprincesas.

De aprender el ejercicio táctico de lectura del contexto, del peligro y las formas de enfrentarlo, reconociendo el cuerpo como *locus* de agencia, desde una apuesta feminista colectiva de autoprotección y defensa personal, surgió hace veinte años un manual de autocuidado y protección para mujeres jóvenes feministas mexicanas, que a raíz del éxito que tuvo entre feministas de otras generaciones luego adapté para que respondiera a realidades transgeneracionales y de toda la región (Bernal, 2006).

Este texto, que luego fue traducido al inglés por una organización de la India, para hacerlo accesible a mujeres anglófonas, les hablaba a las mujeres que defienden derechos de otras mujeres y de muchos otros sectores y grupos sociales. Mujeres habituadas a enfrentar violencias ejemplares y sistemáticas, para las que el autocuidado es considerado aún hoy, parte de una agenda pendiente.

Aunque en esa publicación no incluí el «uso táctico del aprincesamiento»; sí hablaba de la importancia de hacer una lectura estra-

tégica del contexto, pero, sobre todo, de la relevancia de reaprender la forma en que hemos sido educadas para habitar nuestro cuerpo: la relación del cuerpo con el mundo, con el de los otros y las otras. En él se destacaba la importancia de desarrollar la percepción y la capacidad de lectura rápida del entorno; de reapropiarse de la fuerza encarnada y la capacidad de encontrar la estabilidad, el equilibrio y el arraigo en el cuerpo, y algunas estrategias para lograrlo.

Despertar el sentimiento encarnado de la propia fuerza, la seguridad y la certeza de que es posible defenderse por sí misma, cuando la prioridad es preservar la propia vida y la de las otras, es un reaprendizaje que podría expresarse como un proceso de «desaprincesamiento» y ampliación de repertorios de género.

Y también, veinte años después, comprendí a mi colega afromexicana. Entendí por qué el «aprincesamiento» no era una opción para ella frente a la violencia machista y racista a la que se enfrentaba cotidianamente. Sus tácticas, como expresaría el antropólogo e historiador Michel de Certeau (2000), eran subrepticias: sus carcajadas, siguiendo las burlas e insultos masculinos —racistas, clasistas y machistas, imperantes en la cultura mexicana— frente a su corporalidad racializada como negra y juzgada por desbordar los cánones estereotipados de la belleza. Ella desarrolló la capacidad de integrarse a ese juego de poder masculino con sus propias armas, habilidad que, para mí, en esos términos, estaba negada.

Cuando llegué a Colombia descubrí que esa cultura racista era compartida cuando en el contexto de una boda un invitado me preguntó de dónde era y al saber que soy mexicana, me dijo: «¡Ah! ¡Pero no pareces mexicana! ¡Eres de las bonitas!». Profundizando en su apreciación, me clarificó que se refería a que reconocía en mí un fenotipo que a su juicio no evidenciaba tener raíces indígenas, ni negras.

Sin duda, las tácticas responden a las herramientas y modelamientos subjetivos adquiridos desde la infancia y, a su vez, a las experiencias subjetivas e itinerarios corporales marcados por la raza y la clase social (Esteban, 2008; 2013), de manera particular, contingente y situada en los códigos culturales, y con los capitales simbólicos con los que cada cual cuenta.

Esto fue explorado por la antropóloga colombiana Ana María Arango en su trabajo titulado *Velo qué bonito* (2014), que aborda las prácticas sonoras y los saberes sonoro-corporales de la infancia, en un contexto radicalmente diferente al urbano mestizo hasta ahora abordado, para la población afrochocoana que reside en la zona noroccidental de Colombia, al sur de Panamá, cuyos códigos culturales y capitales simbólicos permiten explicar su forma de ser, a partir de la manera en que se suceden los procesos de crianza y la interacción entre sus pares.

Desde la experiencia de su propia maternidad, Arango propone indagar en ese tipo de saberes para comprender sus valores éticos y estéticos y, de esta manera, identifica muy claramente cómo el pensamiento de las comunidades afrochocoanas se manifiesta en la forma en que se considera que el cuerpo «debe moverse».

Desde esa premisa, se configura una pedagogía corporal o, como ella lo define, la forma en que hay que trabajar el cuerpo. Así se lo manifestó Martha Milena, madre de una niña de cuatro años, habitante de Quibdó, al referirse a su hija: «para mí fue muy importante que mi hija comenzara a bailar desde muy pequeña. Porque si los niños no se mueven desde pequeños se les pegan los huesitos como a los “paisas” y después no se pueden mover bien». (Arango, 2014, p. 38). Al respecto, Ana María reflexiona sobre las formas en que el cuerpo de su propia hija es tratado en la tierra de su padre por su familia chocoana, y la impronta cultural que se va inscribiendo en él:

La mayor preocupación de una madre y una abuela en el Chocó consiste en endurecer el cuerpecito del infante. Se busca que este pequeño cuerpecito, desde una etapa bastante temprana, sea autónomo y resistente para lograr fortaleza. (Arango, 2014, p. 38)

Esto significa que, en el contexto chocoano, el modelamiento e intervención del cuerpo infantil prioriza que ese cuerpo sea duro, firme y contundente; por tanto, esto configura también las formas de relación entre los cuerpos adultos e infantiles, como parte de las

pautas de crianza en el litoral Pacífico, que contrastan con las formas suaves y delicadas de concebir el cuerpo de las niñas en el interior de Colombia, en contextos «occidentalizados» y predominantemente blanco-mestizos.

Ana María aprendió a reconocer de qué manera en ese contexto la fortaleza armónica, constituida por la armonía, la fuerza y el endurecimiento, es lo que otorga belleza, control, fuerza y equilibrio al cuerpo, poniendo en evidencia una operación diferente de los patrones de feminidad y masculinidad.

En la misma línea, la investigadora Nadia Celis (2007) en su trabajo doctoral hace un análisis sobre las niñas ficcionadas, creadas por la pluma de escritoras del Caribe colombiano. Ella parte de concebir a estas niñas como extensiones de las mujeres adultas que las crean, como una proyección de la experiencia y subjetivación experimentada en el cuerpo mismo de las autoras.

Al analizar la experiencia de esas niñas, personajes de las novelas escritas por mujeres del Caribe insular, Celis resalta su capacidad de expresar curiosidad, su insolencia al hacer preguntas prohibidas y el potencial intelectual para cuestionar el mundo que las rodea, así como su descontento ante el entorno familiar y social.

Ante su deseo de conocimiento y de alternativas de existencia, la respuesta de sus entornos, nos dice Celis, es el encauzamiento hacia el orden familiar y social. Y esto se da predominantemente a través del control de sus cuerpos, frente al cual las niñas manifiestan una radical resistencia. Celis ha denominado a este modo de resistir *conciencia corporal*, en tanto el cuerpo se constituye en el *locus* «potencial de acción, reacción y creación [...] y base para la emergencia de sujetos más autónomos y de nuevos modelos de género» (p. 16).

## Maternar la feminidad

Mi madre se asustó al verme. Yo era la primogénita y ella había estado esperando un niño rosado de ojos almibarados como los suyos y una cabeza perfecta redonda y calva. La cabeza fue siempre fundamental en su juicio sobre la mayor o menor perfección del

prójimo: la proporción, la forma y el vigor capilar eran definitivos. Lo que expulsó en cambio después de 24 amargas horas de dolores y pujos fue un ser repulsivo, de cabeza oblonga, que venía envuelto, casi como presagio atroz, en una sustancia llamada meconio, que no es otra cosa –según definición del diccionario– que un excremento negruzco formado por mocos bilis y restos epiteliales. Mi madre me dio unos días de plazo para desamoratarme, desarrugarme, y entonces sí revelar mi verdadero ser acorde a su noción de belleza.

Piedad Bonnett,  
*El prestigio de la belleza* (2014)

En los relatos de mis interlocutoras, madres o referentes femeninas de las niñas, he encontrado la forma en que ellas han vivido estas tensiones con las representaciones hegemónicas de la feminidad y la belleza, en un escenario geopolítico como Colombia, donde la belleza y la feminidad son cualidades a «trabajar».

La belleza constituye un vector de movilidad socioracial indiscutible que requiere de ser comprendido y capitalizado. Como lo expresa una mujer de clase media de cuarenta y cinco años nacida en Bogotá, pero residente en Risaralda:

*Mi mamá siempre quiso que yo fuera modelo. No reinita, pero sí modelo. Porque le parecía lo máximo. Para ella era... Lo intentó varias veces, pero para mí no era de interés: «Vamos a un casting»... «Pues es que no, mamá»; entonces «hagamos un foto-estudio». Mi mamá era enferma de las fotos, yo tengo millones de fotos. Y yo soy enferma de las fotos. Y entonces ella siempre decía: «Las modelos ganan bien... Las modelos...», y yo: «No, mamá, no me interesa». «Bueno: listo, no modelo, pero sí que te hagan un estudio bonito». Sí. Para ella eso era chévere, pero no, nunca hice nada de eso. No, no me llamó la atención el reinado.*

(FMNO2)





Imagen 39. Maternar la feminidad, I

Fuente: registro de campo en Barranquilla, 2016

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

En ocasiones, lo que he denominado el prestigio de la belleza, retomando el título del libro homónimo de la escritora colombiana Piedad Bonnett (2010), se constituye en una marca permanente en la autopercepción de las niñas, ya sea porque su aspecto las distingue de las demás personas de su entorno o porque, por su constitución corporal, color de piel o de ojos, son o han sido consideradas particularmente bellas, como lo expresa una mujer de cincuenta y cinco años, clase media baja, residente de Santa Rosa de Cabal:

*Yo estaba pequeña, era muy linda, entonces decían que yo era la más linda de la familia. De las primas, de todas las hijas, de las primas, sí. Pero eso a mí me marcó mucho porque... voy a decirle porqué. Resulta que cuando yo estaba pequeña, eso a mí me trajo muchos problemas en la vida, muchísimos. Entonces, donde yo llegaba [decían] «¿has visto a la niña de Rosalba? No las otras dos, ni la grande ni la pequeña: la del medio. ¡Ella es hermosísima!, no parece ni de ella». Bueno, imagínate que mi mamá era con doce hijos, todos gordos, todos morenos, todos lacios, todos diferentes. Yo era flaquita como un alambrito, crespita, monita, como tan diferente. Entonces me metieron acá en la cabeza, que no debieron hacerme ese daño, de [decirme] que era muy linda.*

(MNR01)

Las pedagogías domésticas de la feminidad «aprincesada» se constituyen en potentes tecnologías de género, en tanto se desarrollan en el marco de vínculos altamente significativos: el arreglo personal, los modales, el juego, el cuidado personal, el reconocimiento, el sentido de sí asociado a la belleza, los marcadores de la feminidad expresados en el *performance* de la feminidad que es reforzado o, en su defecto, censurado. Como lo expresa una de mis interlocutoras, una mujer de clase media de cuarenta y cinco años, bogotana, residente en Risaralda:

*A mí me gusta el maquillaje, pero desde siempre, desde muy chiquita. Y yo... igual, yo veía a mi prima, que era mi referente desde muy chiquita, entonces yo extasiada: cómo se peinaba, cómo se maquillaba, cómo se vestía para las fiestas; ellos siempre tenían una vida social muy activa. Y eran siempre bellísimos, para mí ella era lo máximo. Y ella me explicaba: «así te peinas». Ella me regaló el primer brasier, ella me enseñó a peinarme, una cantidad de cosas que así son las niñas, suavecitas. Para mí era natural y divertido, no fue forzado, no era una cosa impuesta, sino que era natural. Me gustaba.*

(FMNC2)

En este contexto, las relaciones madres-hijas y, en un sentido más amplio, los vínculos familiares y el espacio doméstico, se constituyen en escenarios potentes de operación de la construcción subjetiva de las niñas, mediante dispositivos de actuación directa sobre su cuerpo. Una mujer bogotana, clase media alta, lo expresa de la siguiente manera:

*Entonces era una idea de ese modelo, reina de mis primas, y nosotras. Pero yo sí sentía de cierta manera, por parte de mi mamá, como de..., yo me acuerdo de que mi mamá nos hacía cinturones de caucho, no era un cinturón normal, no, era un caucho con un botón para que nos saliera cintura, entonces teníamos que usar ese caucho para que supuestamente nos saliera cintura. Además, tú te veías deforme porque era además un caucho «delgaditico» [risas], el caucho supuestamente para que moldeara la cintura. Duré mucho tiempo usándolo, tengo muy presente el caucho hecho por mi mamá, el caucho con el botón. Entonces tú lo ibas apretando y le ibas haciendo otro huequito más al caucho, ¿no?*

(FMNC1)



La feminización forzada y la experiencia de no corresponder con el paradigma de la feminidad hegemónica es relatada por esta misma mujer como una experiencia profundamente frustrante y dolorosa, incluso en escenarios de socialización distintos al hogar. La falta de reconocimiento y aceptación deja profundas huellas subjetivas y una autopercepción de permanente insuficiencia frente a las expectativas estéticas dominantes, respecto al deber ser del cuerpo de las niñas y las adolescentes:

*Además, esto era colegio de niñas y, entonces, cuando había encuentros de colegios estaban el Campestre y el Moderno, que eran los colegios de niños; entonces, yo me acuerdo de que siempre que había esos encuentros de colegios masculinos y femeninos, yo me sentía como que yo no cabía ahí, porque era además siempre esa competencia desde la belleza. ¡Para nada te sirve ser inteligente, para nada te sirve ser la pila, a la hora de que quieras conquistar! Era como: lo importante era la belleza y sobre todo la actitud de tu cuerpo, la forma en que caminas, así nunca te lo dijeran. Esa idea de la reinita tiene que ver también con la elegancia, con el porte, con la excesiva expresión de la feminidad.*

(FMNO1)

¿Pero ¿qué hacer conmigo? La primera decisión fue elemental: si el espíritu, el carácter, la inteligencia, pueden moldearse, ¿por qué no el cuerpo, máxime si este es reciente, no acabado de cuajar, todavía es blando, flexible, maleable? Fue así como se dedicó a frotar mi tabique con manteca de cacao, a peinarme con agua de linaza y de manzanilla, embadurnar la mancha de mi labio con un pegote de concha nácar, a darme leche en cantidades colosales para dotar de calcio mis huesos. Todo aquel trabajo y tratamiento

**Imagen 40.** Maternar la feminidad, II

**Fuente:** registro de campo en Barranquilla, 2016.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



MAMA DE

tesonero se combinaba con batas de ojalillo, moños en la cabeza, con zapatos blancos y aretes diminutos. Yo fui así altar, pastel, objeto sagrado frente al que mi madre se doblegaba con reverencia mientras juntaba sus sales y sus bálsamos. Yo no sabía que detrás del rito se ocultaba una vocación de alquimista. Mucho después, mucho tiempo después iba a enterarme de que el amor se manifiesta a veces con desesperación, egoísmo, tretas, trampas. Que el amor jamás es inocente. Para remediar mi fealdad mi madre recurrió a otros ardides.

Piedad Bonnett,  
*El prestigio de la belleza (2014)*

## Contrapedagogías

### Moda

Una mujer feminista, bogotana, de clase media alta, madre de una niña de tres años, compartió conmigo lo difícil que le resultaba enfrentarse al reto de elegir la ropa de su hija para trascender la impronta de la feminidad «aprincesada»: «Todos los días es duro, es como difícil pensar en qué le voy a poner». Mientras conversamos, va sacando la ropa del clóset y me describe sus principales criterios, mientras la observo junto a su hija, que juega con todo lo que emerge de los cajones.

En la mayoría de sus referencias toma como parámetro lo que ella misma, como adulta, utilizaría, descartando aquellas prendas que no: «esto no tiene arandela, es supersobrio, lindo; esto me lo podría poner yo; esto es un poco lo que pienso a la hora de ponerle ropa [...], pensar en algo que yo me pondría, que no los infantilice tanto. Obviamente hay cosas lindas para niños y niñas, pero hay cosas que los ridiculizan, son vainas que el muñequito ahí, o el “Hello Kitty”, que uno dice: “¡Pues no! ¿Por qué no hacen ropa...?».

**Imagen 41.** Maternar la feminidad, III

**Fuente:** registros de campo en Barranquilla, 2016.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

Evita las prendas con elementos cromáticos, decorativos o estampados, que considera infantilizados y estereotipados por edad y por género, por tratarse de colores rosados, tonos pasteles, o que estén fabricadas en materiales brillantes, o contengan holanes, piedras, volantes o lentejuelas: «Esta chaqueta, por ejemplo, me cuestan los corazones y las orejitas, esa idea de la orejita, como si fuera un animalito ahí tierno, no sé».

Prefiere colores oscuros como gris o negro, de pana, verdes o naranjas, en caso de querer utilizar colores brillantes. Busca piezas que considera neutras, en su mayoría «de niño», pero utiliza una estrategia que llamaré de compensación, a partir de accesorios, detalles o color de una de las prendas, que le permite «balancear la pinta», y prevenir así que las personas lean a su hija como un niño: «esta camisa me encanta, pero se la pongo y digo “parece niño”, que tampoco es la idea, entonces es difícil como buscar... Entonces estaba pensando en ponerle esta con el pantalón fucsia [risas], como para decir, bueno, es niña».



**Imagen 42.** Reinita

**Fuente:** foto de una muñeca diseñada y hecha a mano por el diseñador de modas caleño Felipe de la Pava, que me la regaló con motivo de mi tema de investigación.

*Este [muestra un pantalón rosado] lo uso mucho cuando, por ejemplo, le voy a poner una camiseta o algo que es como de niño. Entonces este es como, listo, no es niño. Camisa arriba de niño, pero pantalón rosado, esa es de las únicas excepciones que uso pantalón rosado. Porque también me da piedra que digan: «ah, es niño». Y yo: «¡no es niño!». Pues claro, si no tiene aretes ni se viste de rosado, pues es niño, pero no quiero que digan que es niño. Es complicado, entonces este pantalón es estratégico para cuando la pinta se está tornando niño, entonces toca sacar el rosado...*

En su relato, matizado con risas, escucho dolores, rabias y frustraciones que provienen de su propia experiencia como niña y la relación con la vestimenta, las estéticas y las expresiones corporales que se le imponían, como una feminización forzada que contravenía su deseo:

*También me cuestan las lentejuelas [muestra una camiseta blanca con un corazón de lentejuelas blanco]. Esta se la regalaron, pero, claro, yo tengo un trauma con todo lo que sea adorno, lentejuela, entonces a veces le pongo esta, pero con una chaqueta encima [risa]. En fin, eso es todo un tema, lo de la ropa. Esto se lo pongo tranquila y no tengo nada en contra de los vestidos, me parecen divinos y yo también uso vestidos, pero este, además la arandela, todo lo que implica una arandela, ¿no?, como, no sé cómo explicar lo que me genera, pero detesto la arandela, tiene que ver con ese adorno extremo del ser niña. Obviamente lo neutral tiende a ser masculino. Eso también me da piedra, entonces... ¿Yo qué hago? Quiero que no parezca niño, que sí sea niña.*

Busca a toda costa evitar repetir esa experiencia. Para ello desarrolla complejas estrategias, mientras, en el proceso, se va haciendo consciente de las marcas que esas experiencias tempranas dejaron en ella: «por ejemplo, estos nunca se los puse porque a mí también lo brillante me cuesta [zapatos negros de trabilla, brillantes].



**Imagen 43.** Entre champions y little princess, 2019  
**Fuente:** composición propia a partir de registros de campo en tiendas de autoservicio bogotanas.

Mejor dicho, me estoy dando cuenta de que yo tengo una cantidad de taras impresionantes».

Hay algo en la oferta de moda infantil colombiana que le dificulta el acceso a ropa que considere mínimamente adecuada. Por lo tanto, encuentra un horizonte de posibilidad en ropa heredada por amistades o familiares que residen en otros países:

*De los vestidos que te mostré, los que más me gustan los trajeron de París, que eran de mi primer sobrinito, que creyeron que era niña, y tienen quince años. Este vestido tiene quince años guardado esperando a una nieta, pero es otra cosa, mira el tejido, los colores, no es esa idea del rosado y el adorno y la arandela, no. Es un vestido para niña,*

*es otra cosa, es como otro concepto. ¿Qué animalitos son esos?, son como unas ardillas, no sé, pero me entiendes, es otra cosa, son unos animalitos, unas hojas, los colores. Esto es muy, muy distinto a esto [me muestra un vestido rosado con arandelas], es otra cosa. Esta ruana me parece divina, pero todavía no le queda.*

En resumen, le pregunto si existe una prenda que le guste más en la ropa de su hija, una que a ella le hubiera gustado tener de niña. Me responde que los jeans:

*Yo creo que por eso tiene tantos. Tiene jeans de todas las modalidades porque para mí fue El regalo que me regalaran jeans. Porque antes no, como pantalones overoles, pero los jeans eran como ya de gente grande, no sé por qué no me regalaban. Entonces para mí los jeans eran como iqué maravilla! Además, era... que tiene que ver con lo informal, con el pantalón, con la comodidad, entonces... pues sí. Eso es otra cosa, a mí me encantaría poner un almacén, definitivamente es algo que tengo que hacer, que los mensajes que digan en las camisetas sean neutrales. Porque todos es como la camiseta «superchévere» y, de repente, dice algún mensaje como de niña o de niño, o big boy, o no sé qué vaina.*

## **Música y libros**

Como ya mencioné, la madre de Mar\* es una mujer bogotana de clase media. Mientras la hija de siete años me muestra sus vestidos de princesas y juguetes, la madre me explica que la música ha sido muy importante para que su hija pudiera acceder, desde muy pequeña, a otro tipo de relatos sobre la feminidad, el amor y a otro tipo de referentes femeninos no normativos:

*Ella está en música desde los tres años, entonces creo que es una salida frente a muchas cosas. Yo lo asumo como que le gusta, que es feliz, es una niña muy feliz con la música.*

*Cantando, le gusta muchísimo cantar, canta todo el día.  
Y para mí es una vía como para protegerla un poco de las  
músicas actuales.*

Trata de crear un hábito musical y una capacidad crítica en ella «frente a las canciones y música que culturalmente no son tan chéveres para las mujeres, de eso hablamos, hablamos mucho»:

*Es muy difícil sustraerla. Ayer, que estuvimos en una fiesta y pusieron reguetón, y me di cuenta de que se sabe una cantidad de reguetones, y yo: sorprendida. «¿Y tú de donde has aprendido eso?», porque ella sabe que para mí no es una música chévere. Tratamos de hablar, como de escucharla, lo poco que escuchamos, bueno, pensemos: esta canción, ¿qué nos dice? Ella piensa en esas cosas, no sé si lo logre, pero ahí voy. Nosotras no escuchamos la radio, nosotras todo el tiempo estamos escuchando la música de la escuela, las canciones latinoamericanas de niños; nosotras vivimos musicalmente en eso, escuchamos a Marta Gómez, escuchamos a Mercedes Sosa.*

*Entonces, como esa es la música que escucha, ella a veces queda como fuera de contexto. Me acuerdo de que hace como un año y medio, me dijo: «mami, ¿yo por qué no conozco a Fanny Lu y a Maluma?». Pues claro, todos los amiguitos del colegio le hablaban de Maluma, que estaba en eso de La Voz Kids y esas cosas. Entonces era muy chistoso porque me hacía el reclamo de que todos sus amigos sabían y ella no sabía. Entonces le dije «pregúntales a tus amigos si ellos saben quién es Marta Gómez».*

Por último, se refiere a la forma en que, a través de la música y las apuestas estéticas de las intérpretes, ha logrado incluir elementos de contraste y alternativas a las representaciones hegemónicas de la feminidad de las princesas:



**Imagen 44.** Música, 2019

**Fuente:** registro de campo en Barranquilla, 2016.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

*Otra manera en que yo se lo he trabajado, no sé si has visto esa canción de Lila Downs, Soledad Pastouri y Nina Pastori que se llama «Mi raíz». En esa canción, ellas aparecen, cada una con cosas de su tierra, y digamos que es el rescate de su madre. Entonces, nosotras ahí pensábamos: una princesa flamenca, (entonces le parecen divinas las princesas flamencas), una princesa maya y una princesa gaucha. A partir de ahí vimos que esas también son como princesas. Esa es la manera como lo hemos mirado.*

Finalmente, quisiera destacar aquí algunos libros referidos por Mar\* y su madre como fundamentales en el proceso de construcción subjetiva femenina, partiendo de modelos de feminidad no estereotipados:

*Los libros han sido muy importantes para nosotras. Y entonces te contaba que tenemos un libro que se llama Olivia y las princesas. Lo leíamos, y digamos que el libro, lo que muestra, es una cerdita que se cuestiona por qué todas las niñas quieren ser princesas, y además ¿por qué siempre princesas iguales? Y dice: «¿y por qué siempre princesas rosas?, ¿por qué no una princesa india, tailandesa, africana o china?». Ahí fue cuando dijimos que nos íbamos a disfrazar de princesa china. Entonces se disfrazó de princesa india. «¿Sabes que tu disfraz de princesa india está en tu closet?, sí, ahí debajo de las faldas». Entonces, esa fue como la motivación de pensar de otras maneras el tema de las princesas.*

En este contexto de las contrapedagogías ficcionales, es fundamental destacar el trabajo de la profesora, poeta y escritora afrocolombiana Mary Grueso, quien creó un personaje literario llamado «Muñeca Negra» (2012) para hablar de la necesidad de una niña de tener una muñeca similar a ella, «de su color». La autora también hace una reflexión poética a través de la historia de una niña negra que, al verse en el espejo, logra apreciar su reflejo, conteniendo y trascendiendo los parámetros normativos de belleza asociados a la blanquitud, al reconocer en su rostro los ecos de la belleza de su madre:



**Imagen 45.** Muñeca negra  
**Fuente:** foto de un regalo que me hicieron, elaborada por mujeres integrantes de la organización de mujeres Choibá, del Chocó.

Se miró con mucho cuidado y se detuvo en su rostro. Admiró sus hermosos ojos negros y su largo pelo crespo, peinado en trenzas que terminaban cada una en chaquiras transparentes. Contempló su piel de color negro canela, sus mejillas tan sonrosadas que parecían dos manzanas, con dos hermosos hoyuelos en el centro de ellas, y unos labios bien delineados que parecían un coral.  
(Grueso, 2012, p. 30)

En la misma línea, es importante destacar una colección de libros para niñas producida en Argentina llamada las Antiprincesas. Nadia Fink, la autora de la colección, explicó en algunas entrevistas (BBC Mundo, 2015; Del Bianco, 2020), que la colección surgió de su trabajo de traducción, y luego de adaptación pedagógica, de historias de algunas mujeres latinoamericanas para el lenguaje de niñas y niños, como una búsqueda de producir algo alternativo a los relatos de princesas de cuentos tradicionales. Para ello comenzó por narrar historias de mujeres reales latinoamericanas, que permitieran a las niñas lectoras reconocerse en su cultura con ecos de su vida cotidiana «en sus diversidades de pieles, de tamaños, de colores» (Del Bianco, 2020).

La madre de Mar\* destaca la importancia de esta colección para su hija, y su valor para brindarle otro tipo de referentes de feminidad exaltados desde otros vectores, a través de historias de mujeres no convencionales y geopolíticamente situadas:

*No la tenemos toda, pero, por ejemplo, Frida Kahlo, Violeta Parra, Juana Azurduy, han sido como las que hemos mirado. Incluso ella se trató de disfrazar de Juana Azurduy, trató de hacer una espada como la de Juana Azurduy y todo. Entonces, digamos que de esa manera lo hemos venido mirando. Sí, entonces esos libros han sido muy chéveres para trabajarlo [el tema de las princesas]; cuando no sabía leer, yo se los leía. Pero ahora que sabe leer los lleva al colegio, se los muestra, pues, a todos, a la profesora. En el colegio trabajaron mucho el tema del arte como escenario de transformación social, como*

*de construcción de sueños colectivos. Entonces a partir de ahí vieron a Frida Kahlo, a Diego Rivera, a Fernando Botero. Para ella fue muy chévere tener el libro de Frida Kahlo y mostrárselo a su profesora, mostrárselo a sus amigas.*

Así mismo, esta colección, dice Fink (BBC Mundo, 2015), busca: «rescatar la obra de heroínas latinoamericanas [...], que rompe con los esquemas tradicionales de la literatura para niñas, haciendo énfasis en las cualidades personales de mujeres históricas y sus aportes políticos en las construcciones populares y académicas de América Latina» (p. 1).

**Imagen 46.** Corona, 2016

**Fuente:** registro de campo en Santa Rosa de Cabal.



# REINADOS



A

partir de lo planteado hasta el momento, en este apartado desarrollaré cinco historias cortas autocontenidas, es decir, que pueden comprenderse de manera independiente, pero que en conjunto permiten abordar el sentido polisémico de los reinados infantiles, diversas prácticas y diferentes tipos de reinados que exploré, así como situaciones ocurridas en diferentes regiones del país, relacionadas con las reinitas. Estas historias conjugan mi trabajo de campo, analítico y de profundización etnográfica realizado en la región de Risaralda, poniendo de relieve distintos aspectos que analizo haciendo uso de las categorías y énfasis expuestos previamente.

Para situar estas categorías y énfasis de manera más clara, en la siguiente imagen expreso lo que he denominado trama de sentidos, que expresa el tejido conceptual y analítico que propongo para abordar a «las reinitas»; una trama analítica de la cultura regínica que opera en la cultura colombiana, donde se expresa la imbricación entre la construcción de la feminidad, del ser niña y del ser reina de belleza.

El segundo gráfico presenta las categorías propias o reformuladas que produce para poder teorizar y nombrar lo que observaba con relación a las reinitas.

Las niñas reinas se construyen en la intersección de estos tres registros. Pero como he sostenido a lo largo del texto, esto trasciende a las niñas reinas. La cultura regínica tiene un impacto significativo en todas las niñas colombianas en diferentes formas y grados, y todas deben enfrentarse al reto de construirse subjetivamente en relación y tensión con estos registros, como materia prima y como horizonte, aprendiendo a resistir.

## TRAMA DE SENTIDOS

### FEMINIDAD

Pánicos morales	Políticas de la inocencia	Resistencias y usos tácticos de la feminidad	
Las pedagogías de la feminidad en las niñas	Contrapedagogías	La pasarela internacional	Moda, belleza, reinas y distinción La feminidad y la educación de las mujeres
Aprincesamiento	Resistencias y usos tácticos de la reginidad	El prestigio de la belleza	Representación y modelos de feminidad y belleza Colombia y sus anhelos de modernidad
Políticas de la (in)visibilidad y representación de las niñas	Las activistas y deportistas	El prestigio de la belleza infantil	Reginización de las fiestas populares
Modelos de feminidad infantil	Pedagogías de la reginidad	Marca país: "Ella es Colombia"	
La espectacularización de las niñas	<i>The Little Sisters vs. The Little Queen</i>	Capital reginico	Las geopolíticas de la belleza y las coronas
La invención de la infancia y la niñez modernas	La feminidad infantil como target: Barbie, Disney	Cultura reginica	Nostalgias monárquicas
<b>SER NIÑA</b>		<b>SER REINA DE BELLEZA EN COLOMBIA</b>	

Imagen 47. Trama de sentidos  
Fuente: elaboración propia.

## APORTES INVESTIGATIVOS

### FEMINIDAD

Aprincesamiento

Pedagogías del aprincesamiento  
y la reginidad

Contrapedagogías y resistencias

Resistencias y usos tácticos de la  
feminidad aprincesada y reginica

La feminidad infantil como *target*

Cultura reginica

Las geopolíticas de la belleza  
y las coronas

El prestigio de la belleza

Capital reginico

*The Little Sisters vs.  
The Little Queen*

La espectacularización de las niñas

SER NIÑA

SER REINA DE BELLEZA  
EN COLOMBIA

En la primera historia, titulada «Miss Tanguita», abordo la discusión sobre la pertinencia o no de los reinados de niñas, las tensiones que se juegan y los distintos actores involucrados. En la segunda historia, «Miss Princesita Real», parto del debate que genera un reinado «aprincesado», de niñas de tres a seis años, en contraste con Miss Tanguita, para ocuparme de la mistificación de la inocencia y los pánicos morales, la exaltación y devoción por las reinas que prevalecen en el país, en contraste con la realidad de la violencia basada en género y los feminicidios de mujeres y niñas que se han vuelto algo cotidiano.

En el tercer texto, titulado «El Carnavalito», hago un relato del día de la coronación de la reina y el rey del Carnavalito de los Niños y abordo además el problema de la subalternización de la infancia y la niñez, las políticas de la mirada y me pregunto sobre la posibilidad real de relacionarse con niños y niñas como interlocutores.

La cuarta historia se centra en el reinado Niña Colombia, el más antiguo de los reinados de carácter nacional, describe cómo es su formato y presenta el perfil característico de sus participantes. Finalmente, en la quinta historia, titulada «Ser niña en Risaralda», doy cuenta de mi trabajo etnográfico en ese departamento, explorando, además de su génesis, el impacto del narcotráfico, la trata y la explotación sexual, la forma en que todo esto incide en las representaciones sobre las mujeres oriundas de Risaralda y la manera en que, en medio de estas tensiones, las niñas de Risaralda construyen su subjetividad, tanto arriba como abajo de una pasarela.

## 1. Miss Tanguita

Enero de 2015. Barbosa, un pequeño municipio colombiano situado al sur del departamento de Santander. Sus habitantes se preparan para dar inicio, como cada año desde hace veintisiete años, al Festival Nacional del Río Suárez, ideado por el alcalde de la época para «organizar» los paseos que, espontáneamente, realizaban las familias del pueblo a la ribera izquierda del río, e impulsar una iniciativa turística que diera proyección al municipio.

En Colombia se llama «paseo de olla» a la práctica de reunirse en torno a un recipiente donde se prepara el alimento con leña o fogón de carbón, el cual se consume en colectivo en una zona campestre; por lo general, se trata de una actividad extraordinaria, planeada y liderada por la matrona de la familia, pero organizada de manera colaborativa. La «olla» no solo convoca al grupo familiar nuclear, sino que también incluye a la familia extensa, amistades e incluso a aquellos que acuden espontáneamente para «almorzar», como se denomina a la comida del mediodía (Salazar Arenas, 2009).

El plan, popular y de bajo costo, es una práctica muy habitual y vigente en escenarios rurales y urbanos; en los últimos casos, acudiendo a parques o zonas conurbadas semirurales. En poblaciones cercanas a cuerpos de agua como ríos, presas, lagos, lagunas o el mar, estos se convierten en el destino ideal para realizar dichos paseos, configurando un subtipo de «paseo de olla» llamado «paseo de río», en el que se busca encontrarse para compartir tiempo de descanso, alimentos, música, juegos y actividades acuáticas como pescar, bañarse y nadar (Romero, 2016). Este es el caso del municipio de Barbosa, donde el río Suárez ha sido el destino tradicional de encuentro durante el primer puente festivo del año, el «puente de Reyes».

### *Del «paseo de río» al Festival Nacional del Río Suárez*

Una política de gobierno que pretendía proyectar a Barbosa como un destino turístico desde el discurso de la preservación, protección, recuperación y conservación del río, convirtió ese paseo de olla popular en el Festival del Río Suárez, una fiesta que se ha reseñado en

las páginas oficiales de divulgación estatal del turismo en la región como una de las más grandes fiestas de carácter «ecológico». Hoy, teniendo en cuenta que se convoca a personas residentes, visitantes de otras regiones que viajan de paseo y turistas de otros países, se esperan al menos diez mil asistentes, lo que equivale a tres veces la población total del municipio.

La alcaldesa del municipio explicó a los medios que el Estado, al que representa a nivel local, la Policía, el Ejército Nacional y la Defensa Civil, junto a la iniciativa privada —sistema hotelero, restaurantes y posadas—, están preparados para recibir en ese enero de 2015 a más de diez mil turistas y acompañar las diversas actividades «diseñadas para los diferentes gustos» (Gamba Coy y Bersoahoywiki, 2015).

Para ello prepararon una agenda de actividades que desbordaba, por mucho, lo que podría esperarse de un festival «ecológico»: durante cuatro días participarían artistas y grupos musicales, orquestas, cabalgatas y reinados. El segundo día se presentaba Silvestre Dangond —popular cantante y compositor de vallenato—, junto al Grupo Niche —uno de los grupos de salsa colombianos más reconocidos de América Latina— en el Centro de Espectáculos de Barbosa; los siguientes dos días el programa incluía bailes populares y orquestas que se presentarían con acceso gratuito en el escenario junto al río, y en las calles principales de Barbosa. Se esperaban también concursos folclóricos, competencias y exposición de «carros apagados» —competencia de vehículos que ruedan sin motor y que son guiados por troncos que los atraviesan de lado a lado—, así como la celebración de los esperados concursos nacionales Miss Tanga y Miss Tanguita en las riberas del Río Suárez (Gamba Coy y Bersoahoywiki, 2015).

### *El debate sobre los reinados de niñas*

En este contexto se produjo una alarma mediática con alcances internacionales, cuando un turista extranjero grabó y subió a YouTube un video de una niña de once años desfilando en bikini por la pasarela, en medio de la multitud congregada en el marco del concurso Miss

Tanguita, certamen de belleza para niñas de siete a once años que se llevaba a cabo como parte de las actividades del Festival.

La imagen del certamen se vio registrada y fijada en las redes sociales, convirtiéndose en tendencia la imagen de una decena de niñas de pie en la tarima, esperando frente a la multitud la evaluación final del jurado. Desfilaban ataviadas con bikinis rosados mientras el público, compuesto mayoritariamente por hombres adultos, las miraba detenidamente, tomaba fotos y videos con sus celulares, mientras compartían bebidas alcohólicas. Una fotografía mostraba un acercamiento a las finalistas y a la ganadora, con la corona en la cabeza y un rostro inexpresivo. Otra más mostraba a todas las candidatas y a la ganadora con una corona, sonriendo a lo lejos, tímidamente, en dirección a la cámara que la registraba.

El debate mediático se intensificó cuando el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) cuestionó que se permitiera a niñas pequeñas, de entre seis y doce años, desfilar en traje de baño ante un público compuesto mayormente por hombres adultos, y en un contexto de consumo generalizado de bebidas alcohólicas. Así, tanto el ICBF, como la Procuraduría y la Fiscalía de la Nación actuaron para determinar la «posible situación de vulneración de derechos» y la necesidad de «intervenir para restituir los derechos de las niñas»<sup>18</sup>. (Redacción El Tiempo, 2015)

Finalmente, las pesquisas se frenaron, la demanda se archivó antes de finalizar el mes. En los medios locales y nacionales se difundió profusamente la noticia de que el ICBF de Barbosa había emitido permisos para celebrar el concurso, y en televisión apareció la entonces alcaldesa, Rocío Galeano, enarbolando sendos oficios donde constaba el permiso otorgado por el ICBF local, y anunciando que también contaba con documentos firmados que acreditaban el permiso de las familias de cada una de las niñas concursantes (W Radio, 2015).

18 Desde la perspectiva institucional, el proceso de separación se entiende como una medida de protección integral, orientada a atender oportuna y eficazmente al niño o niña para evitar secuelas traumáticas en su desarrollo. Los sujetos que viven la intervención estatal la perciben, a su vez, como un aplazamiento de las relaciones familiares con posibilidad de restablecerlas.



**Imagen 48.** Reinado Miss Tanguita, 2015  
**Fuente:** fotografía publicada en redes de AFP.

Las familias de las concursantes aseguraron tener tranquilidad respecto a su decisión de autorizar a las niñas a concursar. Francisco Fonseca, padre de una de ellas, defendió su decisión y al concurso, poniendo el problema en la mirada de quien critica: «No se hace para prostituirlas. Me parece que la gente está tomando el evento por el lado del morbo. ¿Acaso cuando un niño o una niña van a la playa, al río o a una piscina en traje de baño, es porque está cometiendo pecado?» (Redacción El Heraldo, 2015).

Esto ayudó a las movilizaciones de familias y niñas que, marchando por las calles de Barbosa, demandaban su derecho de crianza de acuerdo con sus costumbres, sin incidencia del centro, es decir, de Bogotá como capital; defendían el concurso como una práctica cultural local, apropiada por la comunidad y realizada desde hacía más de veintisiete años. Como lo refirió la madre de una de las concursantes: «Si a mi hija le gusta y ama lo que hace,

¿por qué la gente de Bogotá me tiene que decir qué hacer con mi hija?» (Mercado, 2015; Reyes, 2015; Wallace, 2015).

En efecto, durante casi tres décadas del concurrido Festival del Río Suárez, donde anualmente también se celebra el concurso Miss Tanga, con participación de mujeres adultas, cientos de niñas han desfilado en una pasarela a la orilla del río, demostrando frente a la multitud sus «cualidades femeninas y estéticas como dignas representantes de la comunidad», tal como manifestaban la propia alcaldesa y la vocera oficial del gobierno local, quienes son prueba fehaciente de las oportunidades que el concurso ofrece a mujeres y niñas de Barbosa pues reivindicaron con orgullo que ellas también fueron Miss Tanguita (Wallace, 2015).

La personera municipal<sup>19</sup> (EVA - Función Pública de Colombia, 2016), que obtuvo el título de virreina de Miss Tanguita en la edición de 1998, expresó ante los medios que su título no solo le dio el reconocimiento de la comunidad y oportunidades, sino que «no ha causado ningún tipo de inconveniente en mi vida personal y profesional» (Quintero, 2015).

Como profesional y representante del Ministerio Público, llama la atención frente al hecho de que no había recibido queja alguna de ninguna de las madres de las niñas, y no encontraba relación entre la ley que protege los derechos de los niños y una posible prohibición de la realización de desfiles de niñas en vestido de baño; afirmó incluso que hay familias donde cuatro generaciones, abuelas, madres, hijas y nietas, han participado en el reinado.

Tatiana Acevedo, columnista de *El Espectador*, segundo diario con mayor audiencia en el país, recordó que entre los seis y catorce años también fue Miss Tanguita y participó en tres reinados: «uno en Barranca, otro en Bucaramanga, otro más en Floridablanca.

19 De acuerdo con el Concepto Marco 06 de 2016 del Departamento Administrativo de la Función Pública en Colombia, una personera o personero municipal es «un servidor público que hace parte del Ministerio Público, a quien le corresponde la guarda y promoción de los derechos humanos, la protección del interés público, la vigilancia de la conducta oficial de quienes desempeñan funciones públicas y el control administrativo en el municipio; su elección la realiza el Concejo para el periodo que fije la ley».

Se llamaba distinto, pero era el mismo concepto. Traje de gala y vestido de baño» (Acevedo, 2015). En su columna, titulada «Relatos salvajes», respondía a las denuncias del ICBF y las amenazas de la Procuraduría, criticando la premisa de desconfianza hacia las familias y las acusaciones dirigidas a las madres, observando que, hasta el momento, ninguna de las columnas de opinión y coberturas de medios sobre el tema consideró relevante indagar por la opinión y experiencia de las niñas y sus familias.

Ante el vacío, Tatiana rememoró su propia participación y la de su familia como una experiencia excepcional que, como niña, la sacaba de la rutina e involucraba además a toda su familia: «En mi casa no le veían malicia. Yo decidí participar. No por “hipersexualización”, sino por curiosidad y porque la preparación de las pintas nos entretenía los sábados. Mis papás eligieron seguir esa tradición barrial mientras fueron rebeldes en tantos otros frentes de la crianza».

De acuerdo con su relato, el uso del traje de baño se asumía como parte del protocolo adoptado en los certámenes de belleza de adultas, y que en su familia le permitieran usarlo no era prueba de «la corrupción moral» familiar, por el contrario, para ella significaba una expresión del afecto y compromiso de toda su familia con el proceso.

Era un bikini amarillo con verde. Mi mamá pasó un mes bordándolo con lluvia de canutillos, las tías me hicieron los peinados, mi papá tomó las fotos. Mis contendoras admiraron el trabajo materno en el atuendo [casi con los ecos nostálgicos del paseo de olla, recordó:] luego de cada desfile íbamos a comer. No me acuerdo de las ganadoras, pero sí de la novedad de salir a un restaurante con la familia, en la ruptura con las rutinas lentas y predecibles de la infancia.

En la misma línea, Juan Guillermo Mercado (2015), columnista de *El Espectador*, es uno de los pocos reporteros que, haciendo eco del reclamo de Tatiana, se acercó a conocer la experiencia de las concursantes y sus familias. María Fernanda González, de once

años, concursante que aparece en el video viral desfilando en la pasarela con el cetro y la banda de ganadora, contó a Mercado cómo se sintió durante el concurso: «Lo que se siente es felicidad, modelar en público a mí me gustó. Primero tenía nervios, pero ya después de estar modelando, ahí me dio fue felicidad».

Desde una perspectiva feminista también participaron las voces críticas de la línea del debate abierto por Tatiana. La colectiva Desacato Feminista (Bombón-Desacato Feminista, 2015) hizo referencia en su blog a las críticas que circulaban en los medios frente a las razones de madres y padres que exponen a sus hijas en los reinados. Ante la amenaza institucional de retirar la custodia a las familias, «Bombón», integrante de la colectiva, cuestionó la representación monstruosa de las familias y situó el verdadero problema en el contexto colombiano y en lo que implica habitarlo:

Simplemente, viven un contexto sexista, cosificador del cuerpo de las mujeres, clasista, elitista y profundamente desigual, en donde la única posibilidad de ascenso social, si se tiene un hijo varón, es que sea futbolista y, si es una niña, que sea «bonita» para que sea modelo, reina o se «case bien».

Otras voces, como la de Catalina Ruiz Navarro (2015) —conocida en redes como «Catalina por Dios»— hicieron una lectura crítica de la realidad social de las niñas en Colombia, que ella calificó como precaria y, frente a ese escenario, cuestionó el supuesto carácter formativo de los reinados. En el concierto de posiciones propuso, desde una mirada abolicionista, una sanción a todos los certámenes de belleza infantiles y su prohibición a nivel nacional, haciendo extensiva la estrategia antioqueña de prohibir los reinados y concursos de modelaje en los colegios públicos del departamento (BBC News Mundo, 2012). En 2012, Sergio Fajardo, gobernador de Antioquia, prohibió por decreto la realización de concursos de belleza, desfiles de moda y otras actividades que celebran los atributos físicos de las mujeres en todos los colegios de los ciento diecisiete municipios que dependen de la Secretaría de Educación del departamento.

Una de las voces feministas más reconocidas en Colombia, y crítica de los reinados en general, y de los centrados en las niñas en particular, ha sido la maestra Florence Thomas (2014), quien desde su experiencia como residente en el país desde hace más de cincuenta años, recordó:

Cuando llegué a Colombia [desde su natal Francia] [...], seis meses antes del certamen, varias páginas de los diarios del país se ocupaban exclusivamente de las medidas del busto y de la cintura de estas mujeres, que se prestaban a dejarse medir tal cual ganado para una feria. Estos acontecimientos revestían una importancia que a menudo opacaba las noticias del acontecer político del momento.

Con el paso de los años se propuso brindar una mirada alterna frente a dicha situación, que consideraba un discurso cansino y repetitivo sobre las reinas; así que veinte años atrás propuso una columna en el periódico *El Tiempo*, el de mayor circulación nacional, abriendo justamente con una nota crítica a los reinados de belleza. Desde entonces hasta la fecha, Thomas, una extranjera residente en Colombia –como lo soy yo también hace quince años– considera que las cosas han cambiado en relación con los reinados: se ha reducido su cubrimiento aunque, en su concepto, aún inciden culturalmente en la promoción de una «estética mafiosa al estilo de *Sin tetas no hay paraíso*, que se tradujo en cirugías estéticas que cambiaban narices, bocas, traseros y bustos».

Thomas precisa que esto no debe asumirse necesariamente como un indicador positivo de modernidad y desarrollo del país; tampoco como un cambio de paradigma en relación con la manera en que la sociedad colombiana se representa el cuerpo femenino como «escenario de nuevas maneras de asumirse mujer». Afirma, y coincido con ella, en que hoy las referencias de la belleza son más complejas y fragmentadas, y circulan desde una ambivalencia frente a la cual quienes promueven los reinados permanecen vigilantes para diseñar formas más eficaces y eficientes de situarse, para continuar siendo vigentes.

Este modelo, tal y como lo menciona Florence, se ha extendido a otros formatos como los *reality shows* televisivos, y yo destacaría, además, su proliferación en redes sociales y plataformas como YouTube, Facebook, TikTok, o Twitch, que configuran una nueva presencia de reinas *influencers*.

En efecto, como puntualiza Thomas, la aparente decadencia de los reinados no significa su desaparición. Aún más, es posible afirmar que esa decadencia se constituye cada vez, y en mayor medida, en un aspecto de su textura estética. Una cualidad que, de alguna manera, exacerba su proyección y difusión.

En este sentido, Miss Tanguita es un elemento valioso para pensar por qué los concursos de belleza, denominados popularmente «reinados», paradójicamente han caído en su popularidad y audiencia en regiones como Europa, mientras que en países como México y Colombia, así como en otros de América Latina, conservan una arraigada tradición que comienza a ser significativa respecto a los reinados infantiles.

Y es que, como se analizó en el primer apartado de este texto, la belleza en estos países latinoamericanos también parece relacionarse con procesos de mayor envergadura, como los proyectos de Estados-nación latinoamericanos que se instauraron a partir del mestizaje, permitiendo que los sistemas de discriminación racial imperantes permanecieran vigentes en el orden social.

La idea de mestizaje, como vía para el blanqueamiento, fue un factor distintivo que se inscribió con variaciones en los procesos de construcción de nación en Colombia, Venezuela, México, Cuba y Brasil; en ese sentido, prevaleció como vector para la construcción de sentidos de belleza, distinción y progreso. Por lo anterior, a partir de la segunda mitad del siglo xx, las reinas de belleza vinieron a encarnar estos sentidos, constituyéndose, como ha señalado Bolívar (2007) para el caso de Colombia y Moreno (2007) y Pequeño (2004) para el de Ecuador, en modelos y representaciones del ideal femenino y de nación.

En América Latina, las reinas o «misses», como también se denomina a las competidoras de estos concursos, asumen, junto a su corona, una serie de marcas culturales y simbólicas que, sumadas

a las de género, las posicionan estética y políticamente al interior de sus comunidades, así se trate de reinados populares o locales, o de alcance nacional o internacional.

Al respecto, la investigadora mexicana Elsa Muñiz (2010), quien ha analizado en las sociedades contemporáneas latinoamericanas las representaciones de los cuerpos femeninos, identifica que estas están plagadas de discursos y prácticas que establecen estándares de belleza exacerbados, representaciones estereotipadas de la feminidad y una extrema perfección. Esto se manifiesta de manera imbricada con vectores de clase, raza, etnicidad y sexualidad, traducidos en complejas estrategias pedagógicas que han funcionado durante más de un siglo para asentar y consolidar los relatos de nación latinoamericanas.

Así que, más aún a contramano de quienes se oponen a su realización, en el país prevalece una percepción de los reinados como práctica cultural «normal», tradicional y representativa de la propia cultura, decadente en algunos aspectos, pero aceptable e incluso a veces necesaria y beneficiosa para la formación, el ascenso social y proyección de las mujeres, niñas y sus familias, que se considera además favorable para las comunidades y sectores que los organizan, por la productividad económica que generan.

Colombia es uno de los países con la mayor cantidad de reinados: se estima que hay más de mil por año (Millán Valencia, 2015) y hay referencias de casi cuatro mil. Por lo tanto, y volviendo a Miss Tanguita, este solo es uno de los miles de concursos y reinados de mujeres y niñas que se realizan periódicamente en el país, en colegios, ferias, fiestas, carnavales, corregimientos, comunas, ciudades, regiones y a nivel nacional. Algunos incluso cuentan con proyección internacional, como el de Niña Colombia, que tiene más de treinta años (W Radio, 2015). De hecho, mientras en Barbosa se preparaban para la 27.ª edición de Miss Tanguita, en paralelo se alistaban, solo por contar los del departamento de Santander, cerca de quince municipios con festividades y actividades similares (Redacción El Tiempo, 2015).

Además, contrario a las afirmaciones de Catalina por Dios, quien sostiene que «no hay forma de argumentar que un reinado de belleza pueda ser formativo», considero que los reinados sí se constituyen en poderosos dispositivos pedagógicos y formativos,

legitimados institucionalmente, aunque quizás no con los contenidos y perspectiva a los que muy probablemente ella alude; y esto se hizo patente en la forma abrupta en que se dio fin al debate de Miss Tanguita en menos de un mes, a partir de tres factores clave.

En primer término, se hizo evidente que el Estado había creado el concurso como parte del Festival del Río tres décadas atrás; es decir, se habían utilizado recursos públicos para financiarlo durante años y, además, se había proyectado como producto turístico y comercial para el municipio y el departamento, incluyendo entre sus atracciones al reinado y a las niñas que participan en él.

En segundo lugar, resultó evidente que un común denominador entre las principales voceras del gobierno local y representantes de diferentes poderes (ejecutivo, judicial y medios de comunicación), era que todas habían participado e incluso ganado una corona en Miss Tanguita. Los modelos femeninos para las niñas de Barbosa son claramente las reinas y participantes de su festival.

Finalmente, un tercer factor que acalló el debate fue el triunfo de la Señorita Colombia, Paulina Vega, quien en la edición sesenta y tres de Miss Universo, el 25 de enero de 2015, se convirtió en la segunda colombiana en ganar dicha corona después de Luz Marina Zuluaga en 1956. Además, Paulina es nieta de la Señorita Atlántico de 1953, quien además fue tercera princesa del Concurso Nacional de la Belleza en 1954, cuatro años antes de que Luz Marina Zuluaga obtuviera la corona universal.

Tras su triunfo, Paulina compartió en sus redes sociales con sus dos millones de seguidores que también había participado y ganado reinados desde niña, inspirada por su abuela, quien fue su modelo, referencia y soporte.

El capital familiar regínico –categoría que acuño retomando la noción de capital cultural de Bourdieu, desarrollada en el primer apartado de este documento– es central para comprender la construcción subjetiva de Paulina niña como futura reina. Ella hace parte de una dinastía, de una familia de reinas. La corona de su abuela, con la que jugaba en su infancia, representaba esa herencia. Y la primera reina universal colombiana, Luz Marina Zuluaga, devino en su horizonte. Ella también sería Miss Universo.



**Imagen 49.** Cartel promocional de Miss Princesita Real, adherido a un poste de luz en las calles de Bucaramanga, 2015

**Autor:** fotografía de Franklin Gil.

## 2. Miss Princesita Real

Desde diciembre de 2014, cuando comencé el trabajo de campo haciendo observación participante en el primer reinado de niñas de los ocho en que participaría durante los siguientes años, como sucede siempre al asumir un tema de investigación, todo en mi vida comenzó a girar alrededor de ese tema.

La noticia de Miss Tanguita continuó resonando en los medios y, en consecuencia, mis amistades, colegas e incluso personas desconocidas comenzaron a contactarme para compartir historias, imágenes e incluso objetos que consideraban relacionados con mi trabajo o que hacían eco del debate. Así, gracias a Franklin Gil, amigo y compañero del programa de doctorado, llegó a mis manos una fotografía que había tomado durante un reciente viaje a Bucaramanga de un letrero adherido a un poste que encontró camino del hotel a la universidad y pensó podía servirme para mi trabajo.

Se trataba de un cartel impreso en negro sobre blanco a una sola tinta, donde la Corporación Reinas de Colombia convocaba a un *casting* de niñas de tres a siete y de ocho a doce años, denominado Miss Princesita Real, invitando sugerentemente a las candidatas a descubrir «la princesita que hay en ti».

La convocatoria ilustra el mensaje con una imagen donde aparecen cinco niñas con trajes que evocan a las princesas de Disney: largos, «ampones», recamados con bordados y listones, «encorsetados» y elaborados con telas brillantes. Una niña rubia con el cabello peinado en un moño alto y rizos en cascada que enmarcan su rostro inclinado ligeramente hacia su hombro izquierdo, destaca en el centro, sonriente y triunfal en medio de sus compañeras, bastante afines a ella; fenotipos caucásicos, blancas-mestizas con cabellos largos y peinados con moños y caireles.

Poco tiempo después, por teléfono y vía correo, me contactó José Bolívar, profesor de la Universidad de Bucaramanga, quien se enteró por una colega de mi incipiente trabajo y quiso compartir una situación que sucedía en su ciudad frente a la cual se sentía profundamente indignado: justamente el *casting* de Miss Princesita Real. Solicitaba mi apoyo con materiales que considerara pudieran

serle útiles para escribir una nota ciudadana sobre el tema, en el portal virtual *Las dos orillas*, y me invitaba a sumarme a las manifestaciones de rechazo que se estaban organizando en redes, entre las que, me explicó, se planeaba realizar un plantón presencial fuera del lugar del *casting*, justo en el día del evento.

Un mes después de compartir conmigo su texto, ya publicado en la red, encontré su reflexión a partir del debate internacional desatado en torno a Miss Tanguita: «La doble moral de nuestra cultura que valida estos espacios, pero es “contundente” en criticar violencias basadas en género, “radical” en la protección de los derechos de la primera infancia y “determinante” a la hora de oponerse a cualquier forma de maltrato ejercido contra la niñez» (Bolívar, 2015).

José Bolívar pone sobre la mesa distintos aspectos centrales del debate vigente alrededor de los reinados de niñas, que dialogan con las líneas planteadas al inicio de mi texto como parte de los ejes analíticos trazados en la genealogía: las tensiones en Colombia por la forma de representar y construir la infancia y la niñez desde el Estado y los saberes expertos, las particularidades de dichas representaciones cuando se refieren a las niñas y, finalmente, el lugar de las reinas y sus coronas en la cultura colombiana y en la geopolítica de la belleza nacional, regional y mundial.

Pero, volviendo a la situación planteada por José Bolívar respecto a Miss Princesita Real, vale la pena rescatar dos aspectos señalados por Florence Thomas, que también observo en este tipo de certámenes.

Primero, que este tipo de organizaciones están leyendo constantemente la realidad y el entorno para adaptarse y permanecer. Así, José narra en su texto cómo el día del *casting* realizó, junto a un grupo de personas, una movilización en la entrada del evento para «expresar siete argumentos a madres y padres de familia que llevaron [a] sus niñas». Días después de la movilización, en el *fan page* del evento, la instancia organizadora del *casting* destacaba que los siete temas criticados por el grupo de manifestantes estaban justamente dentro de los aspectos que el certamen busca potenciar; en síntesis, Bolívar afirma:

Planteamos a las familias que las niñas a tan temprana edad no tenían el desarrollo físico, emocional e intelectual para decidir

plenamente sobre el tema, que el reinado exponía el cuerpo de las menores desde su primera infancia y que esto podría causar impactos negativos en sus dimensiones identitarias. Pero lo principal: aparte de la vulneración a los derechos de libre desarrollo de la personalidad, a la intimidad personal y a la igualdad, era necesario recordar que la Convención de Belém do Pará precisa que: «El derecho de toda mujer a una vida libre de violencia incluye, entre otros: el derecho de la mujer a ser valorada y educada libre de patrones estereotipados de comportamiento y prácticas sociales y culturales basadas en conceptos de inferioridad o subordinación». (Bolívar, 2015)

Así, el profesor apunta a la segunda línea de debate sobre el tema, también destacada por Thomas, y es la forma reiterada en que las instancias promotoras de los reinados de niñas han hecho uso de demandas y categorías acuñadas desde el feminismo para legitimar sus iniciativas. Este es el caso del uso distorsionado del enfoque de derechos humanos en relación con las niñas:

Los reinados infantiles vulneran los Derechos Humanos. El debate está abierto cuando hablamos de mayores de edad, pero aquí no debe estar abierto, en tanto hablamos [de] la primera infancia. La violencia y la inequidad contra la mujer nacen en este tipo de prácticas y, mientras sigamos justificándolas, será muy complejo. (Bolívar, 2015)

A los pocos días de nuestra conversación, la corporación publicó en sus redes una nueva pieza comunicativa promocionando el *casting*. En ella hay tres aspectos que resultan relevantes: en primer lugar, se explica que el evento no responde a «un formato americano»; en segundo término, destacan las cualidades del evento como un: «proyecto de vida para defender, fortalecer y promover los principios, valores y derechos de las niñas»; y, finalmente, se subraya que se trata de un evento con respaldo y proyección «con reconocimiento internacional».

Ciertamente, al leer esto resulta evidente la forma en que los reinados se actualizan constantemente y, como en este caso, adoptan

representaciones emergentes sobre el poder y la agencia femeninas, propias de lo que se ha denominado posfeminismo neoliberal (Giraldo, 2019; Nguyen, 2011; Rigat Pflaum, 2014; Young, 2005); e incluso retoman con frecuencia y transforman a su favor categorías, prácticas y discursos del feminismo y de otros movimientos sociales, como el ambientalista, en este caso, llegando al propio discurso de los derechos humanos.

Pero, adicionalmente, como precisa Giroux (1998, 2009) en su trabajo sobre los reinados de niñas en Estados Unidos, dichos certámenes se sitúan y legitiman, paradójicamente, en el mito de la inocencia, discurso que no solo homogeniza a las niñas, invisibilizándolas y negándolas ante las dificultades que efectivamente enfrentan en toda su multiplicidad de experiencias, realidades sociales y contextos culturales; sino que algunos casos, además, sirven como vía de justificación, al constituirse en espejos para la proyección de fantasías y pánicos morales de las personas adultas<sup>20</sup>.

---

20 Vale la pena recordar el pánico moral desatado en Colombia por unas supuestas cartillas «pornográficas» producidas por el Ministerio de Educación de Colombia para promover la revisión de los manuales de convivencia en los colegios públicos de Bogotá, a raíz de una Sentencia de la Corte Constitucional que ordenó a todos los colegios del país realizar una revisión de dichos manuales para asegurarse de que no incluyeran elementos discriminatorios de ningún orden o contravinieran el derecho al libre desarrollo de la personalidad de sus estudiantes. La Sentencia fue resultado de una situación intensa de acoso enfrentada por un adolescente gay frente a las directivas y docentes de su colegio privado en Bogotá que, adicionalmente, llevó a los padres de su novio a enfrentar una demanda judicial por acoso, la expulsión del colegio y finalmente, tras una enorme presión, el desenlace fue el suicidio del estudiante. Las demandas a la directora del colegio y a la psicóloga atrajeron la atención pública frente a una situación frecuente, pero silenciada, de acoso y discriminación, enfrentada por estudiantes al interior de los colegios a partir de prejuicios basados en la orientación sexual e identidad de género real o percibida como no normativa. Dichos prejuicios, en muchos casos aparecían sustentados normativamente en los Proyectos Educativos Institucionales (PEI) y manuales de convivencia de los colegios; por ello, la acción de la Corte Constitucional estaba orientada a incidir como medida de prevención de la ocurrencia de situaciones similares.

Los requisitos detallados al pie de la imagen del primer anuncio de Miss Princesita Real, con los parámetros convocados por el *casting* y el perfil que se espera de las potenciales candidatas, manifiesta claramente el punto, al detallar el perfil deseado para una Miss Princesita Real: «Inocencia, belleza y talento; el permiso de sus padres –diligenciar el formulario–; preparación de Princesita Real –entendiéndose que la agencia facilita la formación a cambio de honorarios– y, finalmente, “amar a Dios, a la naturaleza y a tu familia”».

El llamado a la inocencia pareciera contrastar radicalmente con el pánico moral (Rondón, 2017; Thompson, 2005) desatado por Miss Tanguita, y lo que Giroux llama «la inocencia robada», útil culturalmente para tener un punto de oposición frente al cual distanciarse: ubicar a los reinados como mundo extraño y bizarro, como subcultura, cuando en realidad lo que hacen es poner en evidencia la cultura hegemónica colombiana y la forma en que se representa a las niñas; en el caso de Miss Tanguita, racializadas por su clase y por hacer parte de la periferia en la geopolítica colombiana.

Por tanto, un reinado de niñas como el de Miss Princesita Real no es solo un ritual de inocencia, como pareciera anunciar la convocatoria, en apariencia tan opuesto y contrastante con Miss Tanguita; en su propuesta, que exalta la «blancura», respaldada por dos instituciones fundantes de la nación, «Dios» y «la familia», convocadas como garantes indefectibles de esta belleza «aprincesada» y angelical prometida, se sitúa el concurso, mediante la «preparación de Princesita Real» como dispositivo de blanqueamiento, como parte de una verdad interior a develar.

En la *Hybris del punto cero* (2005), Castro-Gómez analiza justamente la forma en que se configuró el «imaginario colonial de la blancura» en Colombia como parte de los «regímenes de colombianidad» desde el momento de la colonización: el fenotipo como factor determinante de la posición social y el acceso a los bienes culturales, políticos y económicos. Esta distinción de belleza y blancura convocada por el *casting* de Miss Princesita Real se convierte en un horizonte anhelado: «un estilo de vida demostrado públicamente por los estratos más altos de la sociedad y deseado por los demás grupos sociales» (Castro-Gómez, 2015); en teoría, susceptible de ser

alcanzado a través de un trabajo sobre sí, de un conjunto de prácticas corporales ritualizadas como tecnologías de género (Bordo, 1989; Lauretis, 1989) propuestas por la Corporación.

De tal modo, aunque Miss Princesita Real y Miss Tanguita parecen antagónicos, con estéticas, contextos sociales, económicos y niveles de exposición opuestos, en sus diferencias, ambos hacen parte estructural del mismo dispositivo cultural que establece a los cuerpos infantiles femeninos como utilizables para delimitar cuáles pueden ser reconocidos como tales, reificados y objetivizados, exaltados como bellos, excepcionales e inocentes, o haciéndoles parte de procesos de espectacularización (Crain, 1999). Estos, al ser racializados y pauperizados, son susceptibles de ser institucionalizados y, finalmente, devienen en desechos peligrosos o prescindibles (Redacción Judicial, 2021), como manifestó el Ministro de Defensa Diego Molano, justificando que el ejército bombardeara y asesinara un grupo de niños en una vereda del Guaviare en el 2021, en medio de una operación militar, supuestamente por ser reclutados por la guerrilla. En el grupo había una niña de catorce años que, a su juicio, junto a los demás niños, era una «máquina de guerra» que se debía «reducir y aniquilar».

### *Indignaciones y pánicos morales*

Miss Tanguita, un concurso avalado incluso a nivel institucional y promovido por el gobierno local por más de veinte años, deviene en problema cuando se introduce el extrañamiento de un turista internacional frente una práctica apropiada e instituida por el Estado. La indignación nacional pareciera emerger cuando se percibe que una práctica normalizada a nivel local es puesta en evidencia y cuestionada a nivel internacional.

¿Pero a qué responde el pánico moral?, ¿a la «inocencia vulnerada de las niñas exhibidas»? ¿o acaso lo vulnerado es la imagen que Colombia desea proyectar a nivel internacional?, ¿cómo compensar esa falencia?, ¿a quién castigar?, ¿para quién debe ser el castigo ejemplar?, ¿para las madres?, ¿para el ICBF que las persigue y luego descubre que su oficina local avaló el evento?, ¿para el Estado colombiano que ha promovido por décadas los reinados de niñas a través de sus políticas, sus acciones u omisiones?

¿La sanción debe dirigirse al extranjero que hizo un registro de video indevido y descontextualizado de la niña en traje de baño y lo subió a la red?, ¿a la niña que desfila en la pasarela, por tener un cuerpo y además mostrarlo?, ¿a los organizadores del evento?, ¿o a los medios por difundir esa imagen y reproducirla exponencialmente hasta el agotamiento?

Como alerta Giroux, la inocencia infantil se constituye en un privilegio de clase, un recurso agotable o contingente que emboza las relaciones de subordinación, poder y privilegios entre adultos e infancia, que se expresan también entre las propias niñas.

Dos años después del suceso de Miss Tanguita, la imagen de otra niña con corona y vestido rosado, de aproximadamente la misma edad de la que desfilaba en Barbosa, ocupó durante semanas la atención de los medios de comunicación que, para lograr mayor *rating*, explotaron hasta el agotamiento el asesinato de la «Niña Samboní», como se apellidaba Yuliana; una niña de quien se reiteraba su origen étnico y estrato social: «La menor indígena, de origen humilde, fue secuestrada, violada y asesinada por el arquitecto de 38 años Rafael Uribe Noguera, perteneciente a una conocida y acaudalada familia bogotana» (González, 2017).

**Imagen 50.** Princesa

**Fuente:** registro de campo en Barranquilla, 2016.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



De esa manera se expresa lo que Giroux llama una suerte de mistificación de la inocencia que, paradójicamente, legitima el disponer de sus cuerpos en una sociedad que, de por sí, sexualiza y objetiviza los de las mujeres y el resto de corporalidades feminizadas, racializadas y minorizadas.

Con Yuliana el recurso de la inocencia coronada y vulnerada de nuevo ocupa los titulares y conciencias colombianas horrorizadas ante el acto cometido por «un monstruo» que trataba de eludir la justicia por su lugar de poder y privilegio económico. En este caso, afortunadamente la sociedad colombiana tenía al responsable claramente identificado, nadie más debía preocuparse, caso cerrado. El monstruo fue condenado a cincuenta años de prisión; sin embargo, queda flotando en el aire un interrogante sobre la forma de representación de las niñas y su relación con las coronas.

Simbólicamente y en la práctica, para las niñas, ser princesas o reinas pareciera convertirse en una estrategia de sobrevivencia, aunque, como se ve, no siempre funciona. De acuerdo con los datos reportados por el Boletín Estadístico Mensual del Centro de Referencia Nacional sobre Violencia (CRNV, 2021), entre enero y agosto de 2021, en Colombia se practicaron un total de 11.523 exámenes medicolegales por presunto delito sexual en mujeres, de los cuales 1.134 fueron practicados a niñas de menos de 4 años, 2.553 a niñas de 5 a 9 y 5.554 a niñas de 10 a 14 años de edad.

Colombia es un escenario paradójico, donde la exaltación y devoción por las mujeres reinas convive con el feminicidio y femigenocidio exacerbados<sup>21</sup>. De acuerdo con datos del Observatorio de Violencias contra la Mujer, contabilizados hasta agosto, durante 2021 las mujeres entre 19 y 25 años han sufrido 53 feminicidios, seguidas de las de 26 a 35 con 45 casos; las de 36 a 45 años con 30 casos; las de 13 a 18 y 46 a 60 enfrentaron 17 casos; las de 0 a 12 años 10 casos, y las de más de 60 presentaron 3 reportes (Feminicidios Colombia, 2021).

---

21 Utilizando dos nociones desarrolladas por las antropólogas Marcela Lagarde y Rita Segato.

### 3. El Carnavalito

Empecé a pensar en la política del espacio. Esta puerta conducía a una habitación diseñada para cuerpos pequeños: todo al alcance, nada colocado para intimidar o amenazar. Aunque no pude evocar recuerdos claros, traté de recordar mi relación con el espacio cuando era niña, las formas en que la ruptura con la dependencia de adultos o mayores, hermanos mayores y la afirmación de la propia agencia fue una declaración de libertad y poder. Recuerdo que pensé, y, como todos los críticos culturales que son niños, compartí mi observación con el mundo que me rodeaba, que, si tuviera el poder, haría que todo en el mundo tuviera el tamaño adecuado para los niños, y los adultos lo habrían hecho para aprender a hacer todo de manera diferente. En muchos sentidos, la revolución cultural progresiva solo puede suceder si aprendemos a hacer todo de manera diferente. Descolonizando nuestra mente e imaginación, aprendemos a pensar diferente, a ver todo con «los nuevos ojos» [...] que necesitábamos para entrar en la lucha como sujetos y no como objetos.

bell hooks

Llegué a Barranquilla dos días antes de que se llevara a cabo la lectura del bando y la coronación del rey y la reina del Carnaval de los Niños. Apenas una semana antes me enteré de que ahí se reunirían niñas reinas de todo el país para acompañar la coronación de la reina y el rey del carnaval. Una suerte de convención de reinitas colombianas que no me podía perder.

Como me sucedió varias veces a lo largo de los años durante los que desarrollé mi trabajo de campo, mi salida fue abrupta. Tomé el primer vuelo que conseguí, habiendo apenas conversado con un par de personas para ponerme en contexto. Me preguntaron si tenía

Imagen 51. El Carnaval de los Niños 2016, 2021  
Fuente: registro de campo.





palco o si conocía a alguien que lo tuviera porque, de lo contrario, sería imposible que lograra ver algo. Eso me dio una idea de lo que me esperaba. Personalmente, no suelo participar por placer en actividades tan masivas; lo hago frecuentemente por activismo o trabajo, pero ninguna de esas razones me había llevado a participar en un carnaval. Tampoco conocía Barranquilla, mi primera sensación fue la de llegar a una ciudad con cultura de costa, un clima caluroso y denso, pero sin mar o playa.

El ambiente era de efervescencia desde el momento en que aterrizó el avión. En los pasillos del aeropuerto me dieron la bienvenida las reinas del carnaval con enormes sonrisas, colores y revuelo de faldas en los anuncios espectaculares y en las colecciones de revistas situadas en exhibidores ubicados a los costados de las puertas de salida. «El Carnaval de Barranquilla es Patrimonio de la Humanidad», explica el taxista. «¿En México no tienen carnavales?». Durante el largo trayecto hasta el lugar donde me habría de hospedar hablamos sobre su ritmo de trabajo durante el carnaval y sobre las personas extranjeras que había transportado en los días previos; me dio recomendaciones sobre lugares para comer, detalló qué cosas no debía perder del Carnaval, qué cuidados tener y qué lugares evitar.

Luego de registrarme salí a conocer la ciudad y a comer algo. Muchos lugares estaban cerrados, algunos advertían con avisos: «¡Estamos de carnaval!». Cuando llegué, el precarnaval ya había iniciado el 15 de enero y duraría hasta el 9 de febrero. Inició con la lectura del bando por parte de la reina, que ordena a Barranquilla que comience la fiesta. Y a la reina se le obedece. Uno de los reyes infantiles me explicó: «desde el momento en que la reina hace la lectura del bando, nadie trabaja en carnavales». Como lo describe Paolo Vignolo, en el carnaval se instituye un «contratiempo festivo de carácter ritual a lo largo del cual se invierten los valores establecidos y la ciudad entera se contagia del espíritu festivo» (en Gutiérrez y Cunin, 2006).

La noche del día siguiente fui caminando a la Guacherna. Cuando estaba cerca, dos calles antes, la gente comenzó a aglutinarse rápidamente. Hubo un momento en que ya me resultó imposible poner los pies en el piso; literalmente, la masa me arrastró como la corriente de un río desbordado hasta que conseguí, con esfuerzo

y medio asfixiada, asirme de una baranda y, desde ahí, trepar para colgarme del techo enrollable de un negocio.

Enganchada con un brazo del techo de metal y lona, con la cámara colgando del otro, estuve durante más de dos horas viendo pasar el torrente de gente y, entre la multitud, algunos niños y niñas atropelladas entre la maraña de piernas; unos pocos conseguían respirar cuando sus acompañantes les llevaban en hombros.

En medio del calor sofocante y la incomodidad de mi posición, observaba a esos niños y niñas recordando mi propia experiencia como niña en el metro de la ciudad de México cuando, con cuatro o cinco años, quedé atrapada en medio de la marea humana de uno de los vagones. Era profundamente angustiante y desagradable quedar atrapada entre los glúteos de personas que ni siquiera se percataban de mi existencia. A golpes y llorando me abrí espacio, hasta que alguien notó mi presencia y alertó al resto: «¡Cuidado con la niña!». Tener la mitad de la altura de los adultos impide la posibilidad de establecer un mínimo contacto visual.

**Imagen 52.** Espectadora de la Guacherna, 2016  
**Fuente:** registro de campo.



La mirada es fundamental. Permite que otra persona te dé un lugar, te reconozca en tu existencia como un ser humano que requiere de espacio y... de poder respirar. Sin la mirada, sin el encuentro con el rostro del otro, no hay interlocución posible, no hay reconocimiento de esa alteridad que se encuentra en una condición de desventaja y vulnerabilidad, y tampoco de la relación de poder que existe (Arendt y Butler, 2009; Butler, 2006; Butler *et al.*, 2016).

En medio de la bulla y las comparsas, veo pasar a un niño desorientado buscando a sus acompañantes. Se queda paralizado, luego busca una salida de la corriente de cuerpos que le arrastran; se pega a un poste y desde ahí busca a los suyos entre la multitud. Eleva la mirada y se da cuenta de que le observo. Cambia su gesto de angustia y me sonrío. O quizás se ríe porque le hace gracia mi postura y mi apariencia. Debe preguntarse cómo hice para estar ahí encaramada.

De pronto llega un hombre a su lado, parece un familiar, le golpea en la cabeza, lo empuja y lo jala de la camiseta reprendiéndole por perderse. El niño intenta defenderse. Molesto, trata de zafarse del jalón de ropa y finalmente cede. Se deja llevar por la mano que lo arrastra asido por la muñeca.

Durante un rato observo el infinito desfile de comparsas y me doy cuenta de que estoy agotada y entumida. Me desengancho del techo y comienzo a bajar. Desde el suelo es imposible ver algo. Reviso la hora en el celular y descubro que mi pareja me ha llamado y escrito insistentemente; había llegado de sorpresa a la ciudad para hacerme compañía.

Mientras regreso a mi hospedaje para encontrarnos, recuerdo a los niños y niñas en medio de la multitud, y con ello evoco también la reflexión de Emmanuel Levinas en su conversación con Philippe Nemo sobre la mirada y el rostro del otro. En el texto, titulado *Totalidad e infinito* (2012) Nemo le interpela: «¿Qué pasa cuando miro al otro cara a cara?». Levinas, que se cuestiona sobre si es posible hablar de una fenomenología de la mirada, de una mirada vuelta hacia el rostro, responde que la mirada es más que un mero ejercicio perceptual, la mirada que se encuentra con un rostro es, ante todo, un encuentro ético:

Cuando usted ve una nariz, unos ojos, una frente, un mentón, y puede usted describirlos, entonces usted se vuelve hacia el otro como hacia un objeto. ¡La mejor manera de encontrar al otro es la de ni siquiera darse cuenta del color de sus ojos! [...]. Ciertamente es que la relación con el rostro puede estar dominada por la percepción, pero lo que es específicamente rostro resulta ser aquello que no se reduce a ella [...]. El rostro está expuesto, amenazado, como invitándonos a un acto de violencia. Al mismo tiempo, el rostro es lo que nos prohíbe matar. (2002, p. 51)

De acuerdo con Levinas, el rostro es una presencia viva, plástica: «El rostro habla. La manifestación del rostro es ya discurso» (2002, p. 89). Pienso en la forma como se expresa esto en la relación de verticalidad establecida entre los cuerpos pequeños de niños y niñas y los de los adultos. ¿Qué diálogo es posible?

También bell hooks (2018) hacía un llamado frente a esto, ante la necesidad de reflexionar la política del espacio, relacionada con la infancia y la niñez en general, y con las niñas en particular. Es necesario aprender a hacer y relacionarse de manera diferente, y eso pasa por la disposición de aprender a pensar diferente, con «nuevos ojos», de tal forma que sea posible descentrar al sujeto que observa, y al que hasta ahora es considerado el objeto de la observación. Porque, en últimas, en eso se traduce la construcción de agencia.

### *La lectura del bando y la coronación*

Al día siguiente, sábado, estaban programadas las coronaciones. Al medio día, la lectura del bando y la coronación de los reyes del Carnaval de los Niños; por la noche, la elección y coronación de la Reina de Reinas y del Rey Momo. Llegué al Estadio Romelio Martínez y estaba lleno de niños y niñas: fue una sorpresa luego de la experiencia del día anterior. Todo estaba diseñado para seres pequeños que entre gradas y sillas buscaban el lugar que consideraban más adecuado para sentarse a disfrutar del espectáculo.



**Imagen 53.** Perspectivas

**Fuente:** registro de campo en el Carnaval de los Niños en Barranquilla, 2016.

No tuve problema para ingresar con la cámara en la mano. Aunque no iba acompañada de ninguna niña o niño, gracias a la cámara era leída como periodista o comunicadora y eso es algo muy valioso en el Carnaval. Así que rápidamente, sin mediar palabra, me hicieron pasar a una sección intermedia, entre la zona inmediata al escenario y el resto del público, que ingresaba por atrás o seguía llenando las secciones laterales del escenario.

Las reinitas van llegando por un costado a ubicarse en la zona que les fue destinada, en primera fila. Todas las miradas se posan en ellas. Mientras se dirigen a sus asientos son detenidas para posar con los niños y niñas que, emocionados, piden a sus acompañantes que les tomen fotos. Son más de veinte reinas de todo tipo: algunas de los barrios de Barranquilla, del Torito en Carnaval, de la Zumba, de la Cumbia.

Llegan las reinas nacionales, como la Niña Colombia, que tiene algo diferente en comparación a la última vez que la vi, cuando ganó ese reinado. La observo con detenimiento y descubro que el cambio se debe a que se hizo algo en los dientes, como un diseño de sonrisa, y que además tiene pestañas postizas.

Llega la niña Reina Internacional de Miami. Me acerco para preguntar si puedo tomar una foto, pero tropiezo con un señor que carga a su hija bebé vestida de cumbiambera; piensa que mi solicitud se dirigía a él y, sin mediar palabra, se dispone sonriente y orgulloso a que le fotografíe con su hija. El equipo de logística nos apura para sentarnos, todas ocupan sus lugares y el evento, que duraría cerca de dos horas, inicia por fin con Totó la Momposina, quien abre dando un discurso antes de cantar:

[...] invitarles a continuar la labor de divulgar la música ancestral, porque tiene muchos detractores y porque es a través de los niños que se va a poder realizar un nuevo país y un nuevo mundo. Gracias a todos los padres de los niños que están aquí porque, a través de ellos, es que vamos a obtener la paz y la libertad de este país que se llama Colombia.

**Imagen 54.** La foto con la reina

**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



El programa tiene un carácter eminentemente musical y festivo. El escenario, patrocinado por una empresa colombiana que produce carnes frías y embutidos llamada Zenú, incluye una zona de espera, a la que llegan quienes van a subir al escenario. Ahí llega Gigi Barros —«mira, la que ganó en La Voz Kids», dice una niña a su madre al lado mío— y otras cantantes y grupos de bailarines infantiles caracterizados como personajes del Carnaval.

Finalmente hacen su aparición las reinas, que una a una se presentan y saludan mientras el público aplaude; es evidente la emoción, la admiración que producen las niñas reinas en las niñas en el público. Las veo absortas en el espectáculo, ignorando totalmente el ojo imperativo de mi cámara. A mi lado una abuela se inquieta ante la posibilidad de que fotografíe a su nieta. La tranquilizo. No todas las personas buscan ser registradas y algunas, como ella, incluso protegen a sus hijas o nietas de que alguien lo haga.

Finalmente, la reina del carnaval infantil aparece junto al rey. Mediante una puesta en escena van narrando su historia como reyes de fantasía. Esta consiste en varios números musicales que incluyen más de cincuenta bailarines y elaboradas animaciones que se proyectan en el fondo del escenario.

En sus coreografías Antonella, de nueve años, pasa de ser una niña a una princesa, a una exploradora de un mundo de fantasía, a una leona: baila, vuela, brinca y ruge. Ronaldo, de diez años, acompaña todas las coreografías, pero sin duda la protagonista es la reina. El capital regínico de Antonella es indiscutible; fue reina en preescolar y se ha sometido a una ardua preparación, evidente en su desempeño en todas las coreografías. Además, es hija de Keimi Ávila Alí quien fue reina infantil del Carnaval de los Niños en 1997, reina de reinas del Carnaval de Barranquilla y virreina nacional del Folclor en el 2004.

Llega por fin el tan esperado momento de la lectura del bando y la coronación. Se disponen en el escenario todas las niñas y niños que han participado durante los distintos actos, incluidas las reinas visitantes y el rey y la reina adultos del carnaval. La lectura del bando se da en medio del llanto emocionado del niño rey, y aunque Antonella se conmueve, consigue recomponerse y, con actitud poderosa y voz fuerte, asume la corona que la transforma en reina.



**Imagen 55.** Espectadora de la lectura del bando y la coronación, 2016

**Fuente:** registro de campo.

### *Una habitación propia*

Desde 1998, por iniciativa del profesor Julio Adán Hernández, coordinador del colectivo Voz Infantil, el Carnaval de los Niños se realiza en un espacio cerrado, separado del carnaval de adultos, en el estadio Elías Chegwin. Poco después de la coronación las niñas integrantes de este espacio, que incluye un programa de radio, cuentan que la idea del Carnavallito surgió de un niño que criticó que los niños y niñas «siempre se quedaran en la cola de los desfiles de los grandes», por lo que se propusieron lograr su lugar delante de los adultos en el desfile o, en definitiva, tener su propio carnaval.

Con esa idea se formó un equipo que desarrolló el proyecto, convocaron a un reinado de barrios y colegios, gestionaron permisos y apoyos y organizaron el primer Carnavallito en 1991, donde parti-

ciparon doce reinas. Por el perfil docente de varias de las personas involucradas en el proceso, desde el inicio el Carnavalito tuvo una impronta pedagógica, y buscaba constituirse en vía para garantizar la continuidad del Carnaval de Barranquilla, así como sus tradiciones. De acuerdo con el periódico *El Tiempo* (2005), para 1993, veintiséis grupos y diecinueve reinas de Barranquilla y de municipios cercanos se inscribieron en el Carnavalito; además, los niños y niñas fueron incluidos en la agenda oficial de la reina adulta, encabezando el desfile de la Batalla de Flores. En 2004 «se inscribieron 104 grupos, 65 reinitas de barrios y 10 reyecitos Momo» (p. 2).

Aunque el Carnavalito emula al carnaval de adultos, a diferencia de los reinados de belleza, desde el año 2000 cuenta con la figura del Rey Momo Infantil, que se ha mantenido hasta ahora. Para 2018, el Desfile del Carnaval de los Niños contó con la participación de más de seis mil niños y doscientos grupos y comparsas, con presencia de cincuenta mil espectadores.

### **Un poder real: la reina del carnaval<sup>22</sup>**

*Las reinas son muy importantes. Durante el carnaval, Desde el momento que la reina hace la lectura del bando, nadie trabaja. La reina representa a Colombia, va a ver al presidente, es un poder real.*

*La reina es muy importante porque va a Miami, es una figura pública al nivel de Colombia y fuera. Representa a Colombia en el Carnaval de Miami. Sale en los medios, en muchos otros lados se le reconoce a la reina.*

*El carnaval se vive en toda Colombia: Cartagena, Cundinamarca, Montería, etc. La reina es una figura pública muy importante porque se le ve en el noticiero, en entrevistas, en canales de televisión; con el rey, es una figura pública, sale en el periódico, le toman muchas fotos, quieren entrevistas. Le toman*

22 Composición construida a partir de expresiones de reyes y reinas infantiles del Carnaval de los Niños con quienes conversé, con edades entre los siete y dieciséis años.

*fotos no solo en Barranquilla, en toda Colombia.  
Es un poder real.*

*La reina va a cualquier pueblo y la gente se muere por tomarse una foto con ella, por hablar con ella. La gente admira a la reina porque, para la gente, la reina es la cultura. Eso es lo que representa. Todo lo que el carnaval representa. La cultura, la tradición, por eso la critican a la reina de este año, porque la gente dice que les gusta ver la tradición.*

*Una buena reina debe llevar todo lo que representa el carnaval. A la gente le gusta la tradición como es: les gusta lo viejo, lo de siempre, el mapalé, la cumbia, igual que como cuando la bailan, así como la bailaban los esclavos, el mapalé como lo bailaban cuando los trajeron de África.*

*La reina representa todo, es un papel importante que se le ha dado.*

*La reina debe ser muy entregada en carnavales, es del pueblo. Ella se debe a la gente, porque el carnaval es de la gente. A la gente le gusta. Por eso a la gente le gusta lo más tradicional: que sea una reina recatada.*

## **Reyes, reinas y capitanas del Reinado Cívico**

Alberto Martínez, el fundador del Carnaval Cívico que se viene realizando desde hace veintidós años en uno de los colegios de élite de Barranquilla, me recibe para conversar en el colegio, cuya entrada consiste en unas torres y un arco, como la entrada de castillo.

Alberto me dice que la filosofía del Carnaval Cívico proviene de los scouts. Tiene como objetivo educar a los jóvenes, respetar a los grupos folclóricos, tener comportamientos adecuados en el carnaval, desalentar conductas agresivas e irrespetuosas hacia los participantes y fomentar un espíritu cívico:



**Imagen 56.** Coronación y lectura del bando del rey y la reina del Carnavalito de los Niños  
**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



W  
S



Del Reinado Cívico han salido varios reyes y reinas del Carnaval de Barranquilla y de otros reinados; por ejemplo, Armando fue rey del Carnaval de Barranquilla, Valentina fue Niña Colombia y Daniela, que es la actual Reina de la Cumbia. Entonces el Reinado Cívico es concebido como una plataforma de formación y proyección para sus reyes y reinas, para que después participen en escenarios de mayor nivel.

Organizar una comparsa implica mucho trabajo: escoger una reina infantil y una reina adulta, hacer promoción en prensa y televisión, y gestionar para tener un espacio dentro del Carnaval. El reinado cuenta con apoyo del Estado, universidades y personalidades de Barranquilla:

Este año, la comparsa de este reinado fue auspiciada por la Alcaldía y por la Universidad del Norte, y cuenta con el apoyo del colegio y de las familias, que tienen un compromiso económico de apoyar este festejo, que genera pues, digamos, muchas ganancias para Barranquilla: económicas y de proyección de la festividad. Los padres identifican que para los niños y niñas que participan en el carnaval hay más oportunidades, tienen una preparación de dos a tres años, aprenden historia del carnaval y danzas y comparsas.

El proceso requiere que cada familia haga una inversión de por lo menos diez millones de pesos en coreografía, vestuario, transporte, maquillaje y publicidad: «Ah, pero, pues, los padres lo ven como una inversión para que sus hijos se proyecten en el futuro, y es algo que pueden incluir en su hoja de vida, como un servicio a la comunidad; además, es un honor para ellos. Es un honor representar al colegio y al Reinado Cívico».

**Imagen 57.** La reina del Carnaval, 2018

**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

Durante nuestra conversación, Valentina, de doce años, me cuenta la forma en que se vio transformada por el proceso de preparación y por la participación en el carnaval:

*Yo era tímida. A mí no me gustaba salir a bailar, no me gustaba hablar en público, no; entonces, con todo esto, pues me tocó hacer entrevistas. Te toca ver cómo sobreponerte a la timidez, te ayuda a tener seguridad en ti misma, a ser más fresca, a expresarte, a bailar y la experiencia es enriquecedora. Vives la tradición del carnaval, escuchas el tambor y te dan ganas de bailar. Es algo que todos llevamos en la sangre. Me da orgullo, es un compromiso.*

Por su parte Daniela Donoso, de trece años, me comentó que comenzó como espectadora:

**Imagen 58.** Capitana, 2018

**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.



*Al estar en un carnaval como espectador te dan ganas de bailar, de estar con las personas, de ver los trajes; es el sello cultural de Barranquilla y es algo súper importante [...]. Yo fui reina cívica en el 2014, a los once años, y conocí mucha gente. Aprendí del carnaval, a bailar mejor, a relacionarme con la gente. Fue una experiencia muy bonita. Antes de ser reina era muy penosa, no hablaba ni bailaba en público. Me iba como hacia atrás para que no me vieran.*

*Yo, con el reinado, cambié mucho: para bailar, para hablar con la gente. [Respecto a la opinión de su familia frente al hecho de que sea Reina, Daniela afirma:] En mi familia han estado de acuerdo, «full», con eso y con bailar.*

Natalia, de quince años, que fue reina a los doce, destacó durante nuestra conversación la importancia de conocer y compartir tiempo con la reina del carnaval, resaltando la relevancia de la reina del carnaval como referente en su vida:

*Estar con la reina del carnaval fue muy importante, muy lindo de experimentar. Es una experiencia muy importante estar con el rey y la reina del carnaval. Uno aprende de ellos, de la forma de relacionarse con la gente. Es muy impresionante cuando ves una reina, es increíble cuando le dan el nombramiento: cambia su personalidad y uno la ve como una reina de verdad, allá arriba, uno admira mucho a las reinas, el trato que tienen con la gente. En las críticas que les hacen a las reinas, por ejemplo, a esta reina de ahora, que le dicen que no baila bien, tratan de hacerla sentir mal, pero a esta reina le dijeron que no baila nada, la tratan de hacer sentir mal para que ella caiga, pero yo pienso que todos tienen diferentes formas de pensar. Algunos por desearle el mal. Lo más importante es que ella sabe quién es y no presta atención a los malos comentarios.*

Junto a ellas, Antonella, de dieciséis años, quien está concursando para ser reina del colegio, busca representar la institución durante un año, hasta el siguiente carnaval:

*Entonces, ha requerido de una preparación intensiva. Tengo un coreógrafo, bailarines profesionales y estoy estudiando garabato, mapalé y cumbia. Pero, además de los bailes tradicionales, me enseñan técnica escénica, porte, expresión corporal, movimientos escenográficos, la forma de relacionarse con las comparsas. El proceso de selección es el siguiente: hay una competencia preliminar. En esa competencia preliminar hay una prueba de talento... ¡Ah! Y te hacen una prueba de ritmo y de creatividad. Se evalúa la técnica, la actitud, la sonrisa.*

La sonrisa es muy importante: «la sonrisa versus la cara fea o la cara amarga. La gente no quiere ver una cara amarga». Y se suma la experiencia, pues Antonella señala que ya fue reina del jardín y del colegio en la primaria; además, su tía fue reina del carnaval, lo que en Barranquilla significa que viene de una familia de reinas: «Para mí no es importante tanto ser reina, para mí es importante el carnaval». Su experiencia en el concurso nace de su gusto por el baile. Para terminar, comenta que, para definir su participación, la psicóloga del colegio habló con su mamá y obtuvo su permiso.

Armando tiene catorce años y fue Rey Momo del Carnavalito; a su mamá siempre le gustó el carnaval y fue gracias a ella que se fue involucrando porque lo llevaba al carnaval cuando era muy pequeño:

*«a los once fui rey cívico del carnaval. Lo importante es que el carnaval sea cívico. Yo entré porque me gustaba bailar, me llevaba a mi hermana a bailar desde los ocho años. Y a mí me gustaba interactuar con la gente desde los once».*



**Imagen 59.** Bailar, 2018

**Fuente:** registro de campo.

Nota: todos los rasgos de identidad han sido modificados con IA.

Álvaro, de quince años, quien fue rey Momo en 2012, considera que el reinado le ayudó a tener confianza en sí mismo:

*El reinado me ayudó a hablar con más confianza, yo tenía doce años y es una experiencia inolvidable, todos deberían participar una vez si es posible; mi mamá y mi prima fueron reinas y es una experiencia que todo el mundo debería de tener. Además, cuando uno es rey se nota «full» porque la gente quiere tomarse fotos contigo, sales en tv, en los canales de televisión, en las noticias, te toman muchas fotos, todo mundo quiere fotos contigo, quieren entrevistas contigo, como esta [subraya sonriendo] no solo en Barranquilla sino en toda Colombia. A la gente le gusta la tradición.*

## 4. Niña Colombia

El reinado de Niña Colombia es el reinado de niñas que más se asemeja al Reinado Nacional de la Belleza, y además es el más antiguo. Inició en 1987 y aún está vigente. Aunque en alguna ocasión se ha hecho en otra ciudad, por lo general, se realiza en Bogotá durante el primer fin de semana de diciembre, que es feriado en Colombia, por tratarse de la «Noche de las Velitas» con la que dan inicio las celebraciones navideñas (Colombia.co, 2021)<sup>23</sup>.

Tratándose de un puente feriado, las niñas participantes del reinado y sus familias aprovechan para viajar a Bogotá. Por lo general, las participantes han sido ganadoras de reinados regionales organizados expresamente para elegir a la representante departamental, aunque con frecuencia participan varias niñas de un mismo departamento representando diferentes ciudades principales, como en el caso de Antioquia y Medellín, que suelen tener representantes independientes.

Niña Colombia es un producto creado por una empresa dedicada a la formación de reinas, modelos y actrices de televisión, llamada Tayrovisión<sup>24</sup>. El concurso considera tres días de actividades. El primer día, la llegada y recepción de las niñas participantes y sus comitivas a Bogotá. Las comitivas suelen ser de al menos diez personas, pero fue posible observar comitivas amplias que, para una sola concursante, ocupaban un tercio del auditorio. Cada comitiva está organizada e identificada por colores y usan camisetas, gorras, pancartas o carteles con la imagen y nombre de la reina departamental.

En muchos casos la comitiva trae consigo elementos característicos de la región representada; por ejemplo, una ruana o bolsas

23 El siete de diciembre, en la noche, de diferentes formas se celebra la «Noche de las Velitas» en Colombia, en honor de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Se encienden velas y faroles en el portal o en las ventanas de las viviendas. En algunas regiones, como en el Eje Cafetero, se desarrollan exposiciones en vía pública con faroles de diferentes formas y competencias entre calles y barrios.

24 Tayrovisión es una empresa creada en 1986 por Gilberto Barrera y Luce-ro Caro. Esta integra una escuela de formación en actuación para televisión, modelaje y pasarela y, en su momento, tuvo un canal de televisión propio y una revista periódica.

de café en miniatura, y además lleva instrumentos sencillos de percusión, silbatos, maracas, cornetas y vuvuzelas. Las comitivas están compuestas por familias extensas: amistades, compañeras de colegio y el equipo de producción y artístico que acompaña a la candidata.

El primer día del concurso está destinado a dar la bienvenida a las participantes y, para ello, se organiza un paseo por la ciudad en un autobús, visitando medios y al canal de la empresa, que realiza el cubrimiento. Por la noche hay una ceremonia llamada «imposición de bandas», donde las concursantes asumen la representación de sus regiones o ciudades: esa misma noche funciona como un ensayo general de la jornada del día siguiente.

El segundo día está destinado a la «prueba de talento», planteada para que se manifieste la capacidad de las niñas para poner en escena las «habilidades» o «talentos desarrollados», en algunos casos en menos de tres meses, desde el momento en que fueron coronadas como reinas departamentales; en otros, es evidente que los «talentos» provienen de contextos donde saber bailar o tocar un instrumento es un valor cultural apreciado y fomentado, lo cual indica que quien expone tales destrezas ha contado con los recursos económicos para cultivarlas. En tal contexto, la niña Arauca de once años me comentó en la fila de ingreso al auditorio, en medio de una algarabía que recuerda un festival de colegio:

*Tenemos muy poco tiempo para prepararnos. El reinado de Arauca fue en agosto, tuve menos de tres meses para preparar tres bailes de mi prueba de talento. Ese es el proceso, ganas el reinado, te preparas y ya el departamento «manda niña» a Bogotá. Todo en menos de tres meses. Es difícil porque no puedes repetir prueba de talento, todo, el traje y el baile, o lo que vas a hacer, todo es nuevo.*

Una alta proporción de niñas tienen tras de sí un equipo de preparación y producción de hasta diez personas, incluyendo a quienes participan tras bambalinas y quienes aparecen con ellas en el escenario para la presentación de la prueba de talento:

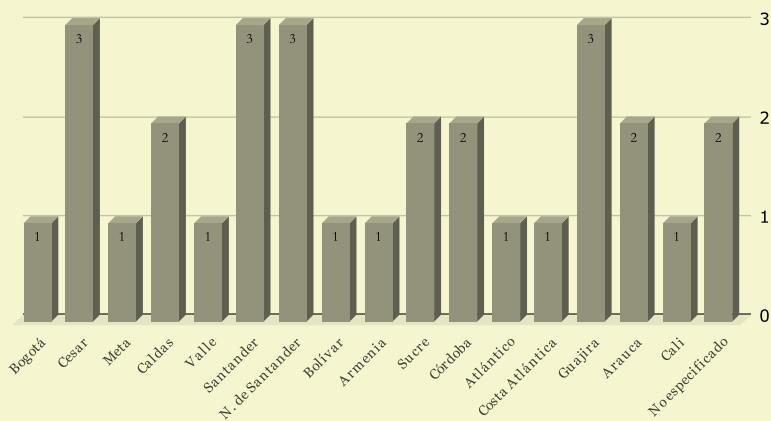
bailarines profesionales, músicos, maquillistas y hasta publicistas y patrocinadores que son, por lo general, empresas, artistas e instancias de gobierno, todas de carácter local, familiares o amigos e incluso fundaciones que asumen el apoyo como promoción de actividades de carácter cultural dirigidas a la niñez.

El tercer día se desarrollan las pasarelas con vestido de fiesta y trajes de fantasía, además de una presentación en pantalón corto, que en este concurso sustituye el desfile en traje de baño practicado en los reinados de adultas, mientras se interpreta el himno del concurso.

El crecimiento y popularización de Niña Colombia desde su primera edición fue exponencial: en 1987 contó con seis participantes de Bogotá, para 1991 incluía participantes de diecinueve departamentos, y en 1993 tuvo la participación de reinas de los 32 departamentos, denotando claramente cómo comenzó a posicionarse como vector de escenario de visibilidad, reconocimiento y estatus.

Como puede observarse, el concurso ha sufrido variaciones en el número de concursantes y departamentos participantes; pero, haciendo el análisis y seguimiento de los perfiles de las ganadoras de la corona, los datos también expresan la forma en que los medios de comunicación masiva influyeron en el auge de estos certámenes, la evolución de los esquemas de preparación y los criterios de cualificación, los perfiles de las niñas reinas y en algunos casos, sus nexos con personajes mediáticos.

**Gráfico 1.** Ganadoras de Niña Colombia 1987-2017 por ciudad/departamento



Como se expresa en la Tabla 1, los departamentos con mayor número de representantes, con corte a 2017, fueron Cesar, Santander, Norte de Santander y Guajira, con tres reinas cada uno; seguidos por Caldas, Sucre, Córdoba y Arauca, con dos reinas. Algunas fuentes documentales reportan que, para el año 2004, el concurso otorgó la corona a la sobrina de Alias «La Gata»<sup>25</sup> y también ahijada de Salvatore Mancuso<sup>26</sup>; en 2006, el certamen se abrió a la participación de concursantes de la colonia de colombianos residentes en Estados Unidos y contó con más de veintiocho candidatas. Para 2007 la ganadora fue la hija del cantautor vallenato y feminicida Diomedes Díaz, Betsy Liliana Díaz, quien representó al país en Ecuador durante el concurso Niña Miss Mundo.

Solo hasta 2008 ganó por primera vez una niña que difería del fenotipo dominante hasta ese momento en las ganadoras del concurso, aunque no se identificaba como negra, sino como wayuu. Esto sucede ocho años después de que Vanessa Mendoza, nativa del Chocó, fuese la primera reina negra del Reinado Nacional, en 2001.

Desde 2008 en adelante, la relación de las niñas con los medios se hace más explícita; por ejemplo, las ganadoras del 2009 y 2010 son reporteras infantiles en los Premios TV y Novelas, mientras la segunda participa en un programa de «Moda y Estilo» de RCN. La reina de 2011 fue también reina del Carnavalito de los Niños y tenía por entrenador de coreografía al preparador de reinas de Barranquilla, mientras que la reina de 2012 fue recibida por el alcalde de su ciudad, quien encabezó la caravana de bienvenida desde el aeropuerto.

- 
- 25 Empresaria de apuestas, con un gran poder e influencia económica y política en la Costa Caribe, con vínculos con el bloque paramilitar Héroes de los Montes de María, imputada en el 2006 por lavado de activos y en el 2011 condenada a treinta y ocho años cárcel por participar en un homicidio en el Carmen de Bolívar.
- 26 Un enxarcotraficante, exjefe paramilitar y excomandante de las Auto-defensas Unidas de Colombia (AUC), desmovilizado en 2005 y extraditado a Estados Unidos en 2008. Volvió a Colombia en 2024 y se acogió a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).

Para denotar el perfil de estas niñas reinas, a continuación se incluye la transcripción del discurso de la Niña Colombia 2011- 2012, Valentina Calderón Villalba, al momento de entregar la corona del Concurso:

*Practico «bailes autóctonos» de mi región desde muy pequeña: como la cumbia, la puya, el mapalé y la salsa, recibiendo formación de los principales profesores y coreógrafos de mi ciudad, en especial de Marley Hernández y Pedro Díaz, quien igualmente es preparador de las reinas del carnaval, la señorita Atlántico y de varias señoritas Colombia.*

**Imagen 60.** Certamen Niña Colombia, 2015  
**Fuente:** registro de campo de la pasarela en vestido de gala.



[La Niña Colombia se preparó con tres años de anticipación, buscando participar en el reinado, lo cual se evidencia en] las coreografías que he presentado en el concurso el año pasado y la que presenté en esta oportunidad. He venido participando en el Carnaval de Barranquilla, el cual amo profundamente, y en especial trato de hacer lo posible por cumplir el lema de «quien lo vive es quien lo goza». Mi trayectoria en las pasarelas y concursos inicia a la edad de nueve años, en el año 2009, cuando participé en el concurso modelo y Labrabé, en el que participaron treinta y cinco niños, siendo la imagen de una marca de ropa infantil. En el año 2010 fui elegida por la Fundación Movimiento Cívico como Reina Cívica Infantil del Carnaval de Barranquilla, y participé activamente en todas las actividades del carnaval 2010, como son: los pacos, todos los domingos de pre Carnaval, el Carnaval de Antaño, la Guacherna, el Garabato del Country, el Carnavalito de los Niños, el Carnaval de la 44, y ya en el Carnaval propiamente dicho, el cual dura cuatro días, donde se desarrollan los eventos de la batalla de flores, gran parada de tradición, gran parada de fantasía y el entierro de Joselito en la calle 84. En junio de 2011 participé en el Concurso de Niña Atlántico, evento en el que participamos quince niñas y del cual resulté ganadora y, por lo tanto, gané el derecho a representar a mi departamento del Atlántico en el concurso de Niña Colombia en la ciudad de Bogotá, en diciembre de 2012. En el concurso de Niña Colombia en el que participaron veinticuatro niñas de los diferentes departamentos y regiones de nuestro país, igualmente resulté ganadora de la Corona. Como Niña Colombia 2011-2012, participé nuevamente en todas las actividades del Carnaval de Barranquilla 2012 y, en especial, en aquellas actividades del carnaval dirigidas a los niños, como son: el Carnaval de los Niños, los Paco Paco, el Garabato

*Infantil del Country y visitas a muchos colegios. Visité colegios de mi ciudad para niños de escasos recursos, donde compartí con ellos y les entregamos regalos y ayudas para sus labores escolares. Igualmente, fui invitada a Bogotá a la alfombra roja de los Premios TV y Novelas 2013, donde entrevisté a los actores más famosos y renombrados de nuestra pantalla chica, así como al acto de premiación de este importante evento, donde seleccionan los mejores programas y actores de la televisión nacional. En el año 2002 asistí a un evento en la Fundación Renacer para un Futuro Mejor, donde se realizaron actividades recreativas para niños de esta fundación. Fui a mi municipio, en el departamento de Cundinamarca, a participar en el programa Tarde de Talentos para Discapacidad, evento llevado a cabo en esta Ciudad Jardín, con el propósito de recaudar fondos para todas las discapacidades, y en especial para los niños con alguna discapacidad física o mental. [Como reflexiones y enseñanzas, la Niña Colombia destaca] madurar, hacerle frente a los compromisos y responsabilidades, conocer otras culturas y costumbres de nuestra amada patria, hacer nuevas amigas, ordenar y distribuir mejor mi tiempo para que me permitiera prepararme en pasarela, glamur, danzas y coreografías y no descuidar ni un minuto mis compromisos con el colegio, los cuales son los más importantes para mi aprendizaje integral y desarrollo. Pero estos, al igual que las experiencias del concurso, me han ayudado a crecer como persona, a reconocer y valorar el esfuerzo de mis papitos y proyectar mi futuro, a hacer de mí una persona y ciudadana ejemplar que, en pocos años, le será de gran utilidad a nuestra sociedad, a todos mis niños participantes. Le agradezco por venir, tenga la seguridad de que a partir de hoy cuenta con una amiga costeña y que tome este evento como una bonita experiencia de vida,*

*y que se la gocen al máximo; a mi sucesora muchas felicitaciones, y que aproveche muy bien el tiempo tratando de ayudar y proporcionar su granito de arena a muchos de nuestros niños colombianos, que padecen muchas enfermedades y necesidades, pero que siempre están dispuestos a compartir y recibir de buen agrado alegría, sonrisas y amabilidad, Por último, quiero agradecer a toda la organización, a los jurados, a la directora Lucero, el presidente Gilberto Barrera, al coordinador William Velandia, el director del concurso Niña Atlántico, que es Mario Jurado, a las presentadoras, a mis padres y, muy especialmente, a Dios, que sin su bendición esto no hubiera sido posible.*

**Imagen 61.** Puerta de ingreso a una agencia de preparación de reinas y modelos (2015)  
**Fuente:** registro de campo.



## 5. Ser niña en Risaralda

A mediados de 2015 visité por primera vez Santa Rosa de Cabal, Risaralda, para tener mi primera entrevista con Vero y Vale, gemelas que entonces tenían doce años y súbitamente, como reseñé en la introducción, se integraron a mi campo cuando expresaron a su madre, feminista y amiga cercana, residente en Santa Rosa, que deseaban participar del reinado organizado en su colegio.

Su deseo, y la inminente organización del reinado en su colegio, la única institución privada de Santa Rosa de Cabal, que además coincidía con las fiestas de las Araucarias, cuya tradición se remonta en la región más de ciento sesenta años, me llevaron a apresurar el viaje hasta emprenderlo por tierra; en realidad, sabía muy poco de esa población y del departamento de Risaralda.

De acuerdo con los datos del censo de 2018 (DANE, 2019), en Santa Rosa habitan 71.174 personas, de las cuales 60.772 viven en la cabecera municipal y 10.402 en zonas dispersas. Santa Rosa es una población relativamente pequeña, aunque es una de las más habitadas del departamento de Risaralda, cuenta con 409.670 personas en su capital, de las 839.597 de todo el departamento.

### *La génesis de un nuevo departamento*

Risaralda se encuentra en el centro-occidente colombiano y formó parte de una unidad administrativa regional conocida coloquialmente como el Viejo Caldas, conformado hasta 1966 por los actuales departamentos de Quindío, Caldas y Risaralda. El Viejo Caldas fue resultado de un proceso colonizador paulatino de finales del siglo XIX, que expandió la frontera antioqueña desde el norte y la del Cauca desde el sur, hacia el centro-occidente del país, a raíz de la bonanza económica cafetera, producto de la implementación de una estrategia gubernamental masiva de producción, desarrollada durante el primer tercio del siglo XX (López Pacheco, 2011).

Dicho proceso separatista, que culminó con la creación de los departamentos de Risaralda y Quindío durante enero y julio de 1966, respectivamente, ha sido objeto de múltiples interpretaciones

historiográficas (López Pacheco, 2011; Tascón Bedoya y Correa Ramírez, 2016). En algunas de ellas predomina la denominada «versión oficial», que explica la cuestión como fruto de un descontento de los habitantes del hoy departamento de Risaralda, concretamente de Pereira, frente al centralismo económico y político que ejercía Manizales hacia las subregiones (Tascón Bedoya y Correa Ramírez, 2016).

La fractura de las relaciones de dominación y poder en la región y la emergencia de liderazgos con aspiraciones de modernidad impulsaron proyectos novedosos en Pereira e intensas movilizaciones institucionales y sociales que reconfiguraron los equilibrios de poder a través de la acción colectiva (López Pacheco, 2011). Sin embargo, en dicho proceso entraron a jugar muchos otros factores de orden cultural, de poder y de género, junto al conflicto armado y otros elementos de construcción de identidad que resultan relevantes para comprender la configuración de las representaciones sobre las mujeres risaraldenses.

**Imagen 62.** Mapa del Eje Cafetero

**Fuente:** Jairo Antonio López Pacheco (2011). Movilización regionalista y nuevos poderes regionales: la fragmentación administrativa del Viejo Caldas y la creación de Risaralda.

*Revista Sociedad y Economía*, 21, pp. 125-145.



Para Jairo López (2011), comprender la separación de Risaralda implica reconocer también el perfil de liderazgos que impulsaron ese proceso, mayormente, una

[...] élite urbana emergente que logró construir identidad, referentes culturales y establecer redes de poder, que posibilitaron la estructuración de un nuevo poder regional y el posicionamiento estratégico de diversos agentes en la «nueva región», al punto de ser reconocidos como portavoces autorizados del nuevo departamento. (p. 127)

Ello explica la consolidación de Pereira como capital del nuevo departamento y el afianzamiento de una clase dirigente, liberal en su mayoría, que configuraría además una cualidad de ruptura que les distinguía de la ideología conservadora, mayoritaria de Caldas.

### *El mito de la mujer pereirana*

Para la historiadora risaraldense María Inés Echeverry Cano, es claro que el papel de las mujeres en la consolidación social, política, económica y cultural del Viejo Caldas, fue trascendental (comunicación personal, 2018). Desde la época de la colonización antioqueña se fue conformando un modo de relación familiar en el que las mujeres debieron enfrentar la consolidación de los procesos de colonización en los territorios conquistados, pues mientras los hombres seguían «tumbando monte, a punta de hacha y machete», las mujeres se quedaban en sus parcelas, configurando y administrando las propiedades familiares.

Al respecto, Robledo (2008), citado por Herrera (2017), confirma la lectura de María Inés Echeverry, pues considera que esa fuerza femenina consolidada en los territorios del Viejo Caldas forjó una idea sacralizada de la madre:

Volvemos al recuerdo, a la madre, a la que engendró el progreso, a la que se le debe el agradecimiento, el sustento, a la benefactora, depositaria de coplas y canciones, poemas,

pinturas y evocaciones del paisaje que cobija la vida. El Eje Cafetero también actúa como la madre tierra en el imaginario, que vuelca las evocaciones al ser original. Este ser femenino, fértil, convoca a un mundo de relaciones más abierto, está asociado al vitalismo, a la fuerza generatriz que conlleva por su naturaleza de eterno recomenzar a una ecología de espíritu y a la vez a una ecología del mundo. [Para Herrera] [...] al hacer una lectura contemporánea de los estudios de Virginia Gutiérrez de Pineda es posible encontrar que el lugar de la madre en las familias del Eje Cafetero representa un lugar simbólico en el sentido del arraigo, el amor y el cuidado; y que a pesar de que son categorías compartidas por el sistema patriarcal, éstas no se comprenden solo en términos de sumisión, sino en términos de la sacralidad y espiritualidad de su representación imaginaria, que se constituye en las lógicas del sistema de valores y de creencias de la familia. (2017, pp. 81 y 212)

Para María Inés Echeverry esta imagen de la gran matrona derivó en prácticas culturales que ubicaron a las mujeres de los territorios del hoy departamento de Risaralda, en instancias sociales de poder y decisión en cuanto al gobierno de sus casas, familias y cuerpos. No obstante, al estar inmersas en una cultura patriarcal, donde pese a que los varones no participaban mucho de la configuración y administración de las propiedades familiares, por «estar abriendo caminos a nuevos territorios a punta de machete», se les respetaba desde la figura del *Pater Familias*, reconociendo que eran ellos, los hombres, quienes tenían la potestad y dominio legal del hogar y sus integrantes.

De acuerdo con Echeverry, estas dinámicas consolidaron una casta de mujeres recias, berracas, trabajadoras, que generaron autonomía económica desde tiempos de la colonización antioqueña y asumieron el liderazgo económico de los hogares. Ante ese empoderamiento, y como mecanismo de control y sometimiento, se consolidó culturalmente lo que se conoce como el «mito de la mujer pereirana», el cual hace referencia a la creencia popular de que la mujer de esta tierra es sexualmente accesible, muy activa y, por tanto, proclive a la prostitución.

## MISS COLOMBIA-1932



### DE MANIZALES .

## LAS DAMAS DE PEREIRA SE QUEJAN DE ENORMES ESCÁNDALOS DADOS ALLI

### EN LOS CARNAVALES

La asamblea resolvió que desde el primero de julio en adelante Tamará y Samaná lleven los nombres de Santuario e Hispania. — Variz

Ambos equi-  
por jugadores  
de una reali-  
canzó la  
contra dos.

Nombres de  
La asamb  
denó cambi  
poblaciones  
Samaná, las  
de el prime  
te Santuari  
nia, respect  
Secretario d  
Una perat  
da y veridi

### Escándalos en Pereira

Se sabe que respetabilísimas damas de Pereira se han dirigido en un etexnsio memorial al gobernador del departamento pidiendo una fuerte censura para las autoridades de dicha ciudad, que contemplan imposibles las escandalosas bacanales durante los carnavales de la semana pasada, indignas de una ciudad culta.

La nóilica liberal

**Imagen 63.** Candidatas a Señorita Colombia, 1932 y bacanales en Pereira

**Fuente:** composición propia a partir de material de archivo hemerográfico de *El Tiempo*, 1 de mayo de 1932; pp. 6 y 13.

Ello se expresa coloquialmente en chistes como: «¿Sabía usted que las pereiranas son sordas? —No, ¿y eso por qué? —Porque les dicen siéntese y se acuestan»; o «¿Sabían que las pereiranas son ciegas? —No, ¿por qué? —Porque uno se los pide y se lo dan a otro». Al respecto, Víctor Zuluaga y Patricia Granada (1999) aluden a las fiestas y ferias como escenarios que propiciaron tal representación

[...] en la ciudad desde finales del siglo pasado [siglo XIX], y también la incorporación de la mujer al mercado laboral, sobre todo en dos frentes: como escogedoras de café en las trilladoras y en las fábricas de confección de ropa. [...] Una de las principales causas para que se le adjudicara a la mujer pereirana el epíteto de prostituta, hay que buscarla

básicamente en las ferias [...] durante esta época se desarrollaban verdaderas bacanales, juegos prohibidos, y llegaban de otras ciudades y del campo una gran cantidad de mujeres dispuestas a comerciar su cuerpo. (pp. 67-68)

Así, Zuluaga y Granada explican el origen del mito a partir del concepto de centro-periferia, planteando que el asumir como referente a la mujer manizaleña, la del centro, la buena, se articula, define y estructura el mito de la mujer pereirana, representada como de la periferia, la mala, la prostituta. Como se puede apreciar en la imagen número 63, la prensa de la época pone de manifiesto esta situación, a la vez que la tensión evidente entre «las mujeres de mostrar», como las reinas, elegidas entre las mujeres de élite, damas respetables «propias de una ciudad culta», y las mujeres anónimas, pobres, peligrosas, escandalosas y dignas de censura, que, en el marco de los carnavales, eran protagonistas de «bacanales», tolerados además por las autoridades de la ciudad.

Desde una mirada feminista, la historiadora María Inés Echeverry explica dicha representación negativa de la mujer risaraldense, como resultado de su percepción como alguien diferente del modelo hegemónico femenino, desplegado por las mujeres de otras regiones del país en esa época: con mayor autonomía y libertad económica, política y sexual, así como con una mayor capacidad de agencia y empoderamiento. Al tiempo, Echeverry plantea que la propia sociedad pereirana contribuyó históricamente a instaurar ese mito, condenando a las mujeres que asumían su sexualidad con mayor autonomía y libertad a un marcaje continuo de clase, pues se aludía a las *chapoleras*, trabajadoras recolectoras del café. Así, el «mito» es el castigo a las mujeres trabajadoras cuando incursionan en espacios tradicionalmente masculinos.

De acuerdo con Echeverry, las mujeres de la Risaralda contemporánea son distintas a las de Quindío y Caldas porque accedieron de forma masiva al mundo del trabajo y obtuvieron mayor autonomía económica, mientras que las quindianas y caldenses han estado más apegadas al cumplimiento de los roles de género tradicionales.

Pero a lo planteado por Echeverry puedo agregar que imbricadas en el mito se perciben las coordenadas raciales asociadas a un territorio que define a este departamento como un escenario de frontera: ubicado en el cruce de caminos entre Cauca y Manizales. Como vía fluvial, el río Cauca fue muy relevante en la fundación del departamento, gracias a su productividad económica pues el Río Magdalena era el medio idóneo para el transporte del café y, a la par, de las comunidades, las corporalidades, sus prácticas asociadas y las representaciones de la cultura de la Costa y del puerto; rasgo bien descrito por una de mis interlocutoras:

La Virginia, el pueblo que queda justo sobre el puerto del Río Cauca, adquirió mucha importancia comercial. Pero pues como todo puerto y, al ser un cruce de caminos, era donde se tenía la zona de tolerancia; y la Virginia, desde entonces hasta la fecha, conserva esa impronta. Es la región en donde se dice que hay la mayor cantidad de prostíbulos. Se dice que hay más prostíbulos que casas y que ahí solo se crían putas y sicarios.

La Virginia pareciera significar una herida de origen de Risaralda que emerge de su posición liminar entre la cultura paisa, representada como blanca, y la de la costa, representada como negra, lo cual desató múltiples discursos racializados, retomando la noción de hibridez de Hall (1994). El historiador Pietro Pisano (2019), plantea que la herencia española es una marca cultural, racial y de clase, detentada por las élites, mientras que la herencia africana pareciera representar una falta de aporte cultural al mestizaje y, por tanto, es concebida como étnicamente «invisible». En Colombia pareciera evocar al país esclavista y al estigma de las personas negras esclavizadas durante el periodo colonial, y la primera etapa de la época republicana legible pues, como componente «peligroso» y contaminante debe ser eliminado a toda costa a través del mestizaje y el blanqueamiento.

Así, hay una expresión muy habitual sobre las mujeres pereinanas entre las personas del centro del país, que pone de manifiesto

dicha representación: «las pereiranas tienen cara de blancas y cuerpo de negras»; una expresión de desdén racista y clasista ante estos cuerpos femeninos híbridos que, en el colmo del atrevimiento para quienes instalan estos dispositivos de vigilancia y control sobre los paramentos de feminidad correcta, «se mueven demasiado libremente, se muestran demasiado, se adornan en exceso» y disfrutaban, en forma demasiado evidente, del ejercicio de construir su propio *performance* de la feminidad.

Este mito, además de machista, es racista, en tanto se expresa como una experiencia de contaminación y degradación, producto de esta hibridación racial y cultural, de alguna manera interpretada como malograda. Pareciera sugerir que, tras la mascarada blanca de una epidermis, que remite a la referencia en espejo que planteó Fanon (1973), se oculta una «carnalidad y apetitos negros» que resistieron las tácticas instauradas para su blanqueamiento.

Todo ello viene a generar una impronta en cascada para las formas de representar las prácticas sexuales, las interacciones entre personas y, en últimas, la construcción de la feminidad de las mujeres y niñas risaraldenses quienes, a través de diferentes vectores, tratan de contender la discriminación y estereotipos a los que son sometidas cotidianamente.

Algunas han buscado desmarcarse de ese estigma mediante la formación académica, el desarrollo profesional o la participación y organización política; aunque la representación las acompañe siempre y emerja en los contextos menos esperados, como destaca la periodista Lina Osorio (2016) en un texto que narra su experiencia cuando llegó a estudiar a Bogotá o cuando viajó fuera del país:

Me voy a Bogotá a hacer prácticas universitarias y me invitan a ser parte de un grupo de lecturas de guiones que están en proceso de escritura. Llego el primer día: «Estamos planeando esta novela, se llama *La prepago* y es la historia de una pereirana en Bogotá». ¿A lo bien? Obviamente no volví a ese club de lectura. Todos y cada uno de los camarógrafos de ese canal [en el que trabajaba] tuvieron el mismo comentario cuando escucharon mi acento:

«¿De dónde eres?». «De Pereira». «Tengo una pregunta: ¿lo que dicen de las pereiranas es verdad?». [...] Una vez más, en Barajas, ya he pasado por inmigración, pero unos policías ven mis rasgos claramente latinos y me piden el pasaporte, ni les interesa mi visa, buscan rápido el lugar de expedición de mi pasaporte: «Ahhhh, ¡Pereira!». Miradas cómplices y lujuriosas entre ellos. Humillación, ganas de putearlos.

Algunas otras mujeres buscan la movilidad de clase a través del vector económico que constituye una vía de oportunidad, uno de los campos desde donde se busca nivelar esa desventaja o, en su defecto, intentar utilizar el estigma —racista, machista y clasista— en su beneficio.

### *Café, telas y coca con tetas*

Sentada junto a mí en el autobús durante el trayecto a Pereira en el 2016 iba una mujer de unos treinta y cinco años cargando en brazos a su hija de unos seis o siete años. La evidente estrechez entre los asientos y la consecuente incomodidad me hizo imposible dormir durante todo el viaje. Resignada a la vigilia, comencé a conversar con ella sobre la región y sus características, y también un poco sobre mi visita.

En medio de grandes carcajadas, me expresó jocosamente lo que para ella sintetizaría el desarrollo económico de la región cafetera, pero propiamente de Risaralda: «café, telas y coca con tetas». Lo hizo basándose en tres producciones de televisión, telenovelas icónicas de la cultura colombiana: *Café con aroma de mujer*, *Betty la fea* y *Sin tetas no hay paraíso*.

El detalle me pasó un poco inadvertido, pero luego de un tiempo también me lo dirían otras personas del centro del país, ubicando la relación de las novelas colombianas con los acontecimientos dominantes en la nación, como reflejo de sus tensiones, debates y cultura; otras lo situarían como reflejo de la Zona Cafetera, o puntualmente de Risaralda, Pereira que es su capital, y de Santa Rosa de Cabal, en algunos aspectos.

Por ello, parafraseando a la investigadora cultural Juliana Echeverry (2016), es importante entender que, como productos culturales, las telenovelas tienen una relación imbricada con el contexto político y social que facilita su aparición, con los discursos ideológicos que sustentan su producción y con aspectos, previstos y contingentes, constitutivos de la recepción. Por eso este tipo de productos comunicativos adquieren un sentido político y con efectos de carácter práctico e ideológico.

### *Café*

*Café con aroma de mujer*, protagonizada por Margarita Rosa de Francisco, quien fuera reina del Valle y virreina nacional de la belleza en 1984, aborda la cultura de las *chapoleras*. El libretista, Fernando Gaitán, que vino a establecer una marca de país con sus producciones, ha identificado tres aspectos relevantes en la novela (Rincón, 2015b):

[...] la revalorización de la protagonista. Este aspecto yo lo venía analizando en las telenovelas porque veía que esta siempre era muy pasiva, sumisa, pobre y golpeada, y que estaba más enclaustrada en los finales del siglo XIX. En esa medida, toda la industria de actuación mexicana y venezolana giraba alrededor de eso, de las mujeres cuya única forma de redimirse era a través del amor, del galán y de su belleza. Pero mirando a la mujer colombiana y todo su contexto, me pareció que esta era mucho más agresiva de lo que cualquier novela había podido mostrar hasta el momento. Desde comienzos de los noventa, las mujeres comienzan a constituirse en una fuerza laboral importantísima y, además, por cuenta de la paternidad irresponsable, son ellas quienes deben tomar las riendas de la familia, así que pensé que no se podía seguir contando la historia de la mujer que lloraba sobre el lavadero, y había que contar más bien la de la mujer que estaba en las calles, la de la mujer aguerrida, fuerte, que era capaz de manejar su propia vida y que no se realizaba solo en el amor, sino también en su profesión; ese fue entonces el propósito que tuvo *Café*. (Rincón, 2015b, p. 84)

En el mismo sentido, el segundo aspecto que ha identificado Gaitán tiene que ver con la reivindicación del contexto donde se produce, esto es, situándola como una mediación pedagógica sobre la región y la cultura cafetera; y, por último, como un techo moral que hasta el momento estaba restringido para este tipo de productos:

En *Café, Gaviota y Sebastián* (los protagonistas) se permiten cierto tipo de delitos amorosos que la novela tradicional tenía absolutamente prohibidos. Por ejemplo, ella se cambia de identidad y saca un pasaporte falso y él, aunque se casa por la Iglesia con otra, sigue enamorándola y seduciéndola; desde el marco legal los dos eran unos delincuentes. Sin embargo, el romper el techo moral en la novela me dio un margen de operación de los protagonistas mayor, pues generalmente son el par de estúpidos en los cuales recaen todas las desgracias de las novelas; en cambio, yo pude lograr que los personajes se apropiaran de la historia, vivieran sus propias batallas y, en esa medida, hacerlos más veraces. En *Café* empecé a experimentar lo cómico, que es lo que más me gusta. En *Café* me interesó desde el principio que la línea de la novela fuera de humor, por eso casi todos los personajes, empezando por los protagonistas, generaban humor. (Rincón, 2015b, p. 84)

La novela representa la bonanza cafetera que se dio a partir del monocultivo del café durante los años sesenta, implicando laboralmente a cientos de mujeres recolectoras de la región cafetera, que incluye a Risaralda. Ellas se diferencian del paradigma de feminidad de la época, constituyéndose como mujeres económicamente independientes, con autonomía y agencia afectiva. También se distinguieron por esa libertad en el ejercicio de su sexualidad, referida por Echeverry respecto a las mujeres de Risaralda.

### *Telas*

Como ya se planteaba en la primera parte del libro, la industria textil y luego la de la moda fueron determinantes para la economía del país

y la instauración de las reinas y reinados, como vía para su proyección. *Betty la fea* permite situar un momento de transición en el que la industria textil se involucra en el mundo de la confección y la moda, proyectándose a través de los reinados. La pasarela funciona como escenario de proyección, realización y éxito de los esfuerzos de la protagonista, y como medio para contender la premisa de que «las feas» no pueden aspirar a las pasarelas. De acuerdo con su libretista «fue la posibilidad de tocar un tema de fondo tan delicado como el rechazo a lo feo de una forma muy amable», a través de la comedia (Rincón, 2015b).

Ello se puede trasladar al escenario planteado por Luz Gabriela Arango en su trabajo sobre las obreras textiles, cuando señaló que, en Risaralda, a partir de la década de los sesenta se dio el crecimiento del sector de las confecciones y textiles, impulsando la mano de obra mayoritariamente femenina en el ámbito de la maquila, lo cual, aunque implicó una explotación significativa y bajos salarios, también brindó a las mujeres autonomía económica (Arango citada en Velásquez, 1995, p. 506). Concretamente, entre los sesenta y noventa hubo gran fortaleza en Risaralda, primero para la industria textil y luego para la de manufactura de ropa. Para el año 2000 hubo una caída en el sector de la manufactura, y las mujeres que antes fueron empleadas en las maquilas debieron buscar otras formas de mantener su poder económico, pues eran el sostén de sus hogares.

### *Coca*

A partir de la década de los ochenta y a lo largo de los noventa, fue evidente el impacto de la cultura del narcotráfico en el país. Como lo puntualiza la profesora Chloe Rutter-Jensen (2005, p. 14), la relación entre dinero, poder y belleza en Colombia es un tema sumamente controversial, y esto se expresa en el trabajo de Eccehomo Cetina, periodista colombiano, quien en su libro *Jaque a la reina* analiza la relación de los reinados con la economía del país, a partir de su investigación sobre las reinas y sus trayectorias de vida, que evidencia la incidencia del narcotráfico, la corrupción y la política regional.

Por su parte la periodista Graciela Torres, quien cubre desde los años ochenta los reinados en Colombia, afirma que «la época más difícil se da entre finales de los ochenta y comienzos de los noventa por la presencia del narcotráfico en el reinado», pues para ese periodo el reinado de belleza devino en escenario de competencia explícita entre los carteles de Cali y Medellín (Torres en Montaña, 2014, p. 4). El narcotráfico también repercutió en la economía de Risaralda, específicamente de Santa Rosa, donde se hicieron habituales las alusiones al hecho de estar relacionado con familiares encarcelados por la Ley 30, como me lo relata uno de mis informantes en la región:

A la gente no le da pena, decir «¿y fulanito?». «Ay no, no está, es que está recibiendo al papá, que ya lo soltaron, estaba encanado en Nueva York y ya pagó quince años, y está llegando. Le están haciendo la fiesta de bienvenida». Pero sin pena, porque es una experiencia compartida. Desde la élite, desde la oligarquía santarrosana, hasta la clase obrera.

La entrada del narcotráfico comenzó a incidir en los estándares de belleza entre las mujeres y niñas de la región, lo cual coincide con el auge de las cirugías plásticas, pues se hizo habitual que se esperara una cirugía de aumento de senos como regalo de quince años. Así lo relató una integrante del movimiento feminista de la Red de Mujeres de Risaralda, ingeniera joven, quien evoca su propia niñez y adolescencia: «acabo de recordar algo más: que, en esa época, como con ese tema, que se puso de moda que las niñas para quince años pidieran de regalo operación de senos y lipoescultura».

Así mismo, una mujer de Risaralda que trabaja en organizaciones de mujeres me relató durante nuestra conversación en 2016 la forma en que pensaba que los reinados y el cultivo a la belleza se fueron posicionando fuertemente en las expectativas de las niñas y jóvenes que conocía, y las situaciones y complejidades asociadas a los reinados.

*Sin tetas no hay paraíso* se desarrolla en Pereira, donde muchas chicas comenzaron a pedir las cirugías plásticas de quince años, y esto fue, sin duda, un resultado del impacto del narcotráfico, particularmente en los estándares de belleza de las mujeres de esta

zona, pues, aunque sucedió en toda Antioquia, en Pereira tiene un impacto muy fuerte y visible. De esta manera la entrada del narcotráfico comienza a incidir en los estándares de belleza entre las mujeres, empieza el auge de las cirugías plásticas en las niñas y los dineros del narcotráfico comienzan a influir en la industria de los reinados.

Miguel Cabañas (2012), en su análisis de la telenovela *Sin tetas no hay paraíso* del colombiano Gustavo Bolívar, destaca que la obra da cuenta de elementos clave de la cultura popular, tales como el discurso hegemónico sobre la guerra contra las drogas y la moralidad de la clase media, mientras funciona como estrategia de seducción mediática en clave de entretenimiento. En su trabajo, Cabañas analiza la forma en que este tipo de producciones enaltecen como espectáculo la vida narco de «excesos de sexo, drogas y lujos», en cuyo escenario se manifiestan los reinados de belleza de jóvenes y niñas como estrategia para el ascenso social en contextos dominados por el narcotráfico; de hecho, este tipo de producciones viene a configurarse como un nuevo estilo colombiano, signo de identidad: las narcoseries, populares entre 2008 y 2014 (Rincón, 2015a).

**Imagen 64.** Trasteo en la Virginia, 2018  
**Fuente:** registro de campo.



## Flujos migratorios, remesas y el rebusque

Al llegar a Risaralda, en 2016, me encontré con mi amiga, quien me acogió en su casa durante mi estadía. Además de ser madre de las gemelas, es una feminista residente en la región desde hace más de veinte años. Como activista y consultora, se ha involucrado en diferentes investigaciones que le han permitido desarrollar, además de su mirada como residente, un saber profundo sobre las dinámicas en la región, desde una experiencia situada.

Cuando conversamos sobre la manera en que el mito de la «mujer pereirana» ha impactado a las mujeres de la región, afirmo que percibía el hecho como una suerte de «pecado de origen» que, sin importar su profesión, a todas les toca pagar. Como precisa Echeverry, se convierte en un castigo cultural para las pereiranas, por ser más libres frente a los usos del cuerpo y la vivencia de su sexualidad, por estar más dispuestas a tomar riesgos, como lo indican los altos índices de migración de la región.

Su trabajo como investigadora la ha llevado a indagar justamente por la migración en la región y sus determinantes de género, así que, desde su experiencia, se refirió a la forma en que esto se expresa en los flujos migratorios. Me hizo notar que el departamento tiene el mayor índice migratorio internacional del país, proporcional a su población. Según el censo realizado por el DANE en 2005, 428.397 personas viven permanentemente en Pereira, de las cuales 223.420 son mujeres; dicho esto, vale la pena resaltar que el texto *Perfil migratorio Colombia*, de la Organización Internacional para las Migraciones, destaca que Risaralda tiene una tasa de emigración por encima del promedio nacional (29,8%); al menos el 19% de risaraldenses vive en el exterior, es decir, alrededor de 200 mil personas (OIM, 2013).

Pereira y Dosquebradas son las ciudades departamentales con mayor proporción de hogares con experiencia migratoria. Según la *Encuesta Nacional de Demografía y Salud* (Ministerio de Salud y Protección Social y Asociación Probienestar de la Familia Colombiana (Profamilia), 2016), los principales destinos de emigración de Risaralda, son: España (32,6%), Estados Unidos (23,9%) y Chile (13,4%); datos que, de acuerdo con el Ministerio y Profamilia, permiten identificar

la oleada emigratoria internacional sucedida en las décadas de 1990 y 2000, junto al posterior impacto de la crisis económica internacional a finales de 2008, el cual fue relativamente moderado en términos de las proporciones de emigrantes luego de 2010, pero importante en cuanto a la forma en que se reorientaron los flujos hacia nuevos destinos en Latinoamérica y en la cualidad de feminización de la migración internacional.

Ello permite reconocer los efectos destacados por el Estudio Económico Vigencia 2017 presentado ante la Superintendencia de Industria y Comercio por la Cámara de Comercio de Pereira (Socioeconómicas, 2017), según el cual, en términos reales, el producto bruto de Risaralda creció un 4,5% respecto al año 2015, alcanzando los 13,05 billones de pesos, que corresponden a un PIB por habitante de 13,6 millones de pesos al año, es decir 1.136.500 pesos corrientes mensuales por cada habitante del departamento; para 2016, el producto departamental bruto creció impulsado, en primer término, por la industria de la construcción y, en segundo lugar, por el sector turístico y de servicios.

Las remesas del exterior hacen de Risaralda el cuarto departamento de Colombia con mayores ingresos por este concepto, después del Valle del Cauca, Cundinamarca y Antioquia. En los tres primeros trimestres de 2017 el valor de las remesas recibidas en Risaralda alcanzó los 319,9 millones de dólares, 3,2% más de lo recibido en el mismo periodo de 2016, destacando el ítem como un dinamizador del consumo de los hogares a nivel local. Los principales países de origen de los recursos son: Estados Unidos, de donde proviene el 41%; España, con el 30% de las remesas recibidas en Risaralda; y el 28% restante se origina en varios países, entre los que destaca Chile que, en el tercer trimestre de 2017, llegó a aportar el 5% del total de remesas recibidas (Socioeconómicas, 2017).

Es tan intenso el flujo de remesas en Risaralda que, durante los primeros trimestres de 2017, el volumen llegó a los 320 millones de dólares, prácticamente igualando el monto por exportaciones de origen en el departamento (381 millones), así como el de importaciones (351 millones). En el reporte emitido para el segundo semestre de 2019 (Oficina de investigaciones socioeconómicas, 2019, p. 70 ),

se informó que el ingreso de remesas a Risaralda tuvo un crecimiento de 13,5% respecto al año anterior, es decir 127,3 millones, situándose como el cuarto departamento con mayores ingresos por remesas del país, luego del Valle del Cauca, Antioquia y Cundinamarca, especialmente por el aumento de las remesas provenientes de Estados Unidos, que tuvieron un crecimiento del 13,0% y representaron el 46,9% del total del departamento, acumulando once periodos continuos de ascenso (p. 39).

A pesar de la tasa de emigración, evidentemente no todas las pereiranas migran y, de las que lo hacen, no todas parten por las mismas razones. No obstante, durante mi trabajo de campo, me fue posible recabar algunas referencias sobre uno de los vectores de la migración que pareciera estar normalizado en la vida cotidiana de Santa Rosa, como me relata una de mis informantes que pide no ser identificada:

Pues sí, la verdad es que la prostitución o, pues, lo que es el trabajo sexual en Europa, eso es de lo más normal. Y que sean las mismas familias que se las llevan [a las otras mujeres de la familia]. Entonces se iba la tía y ella mandaba por la hija mayor y por la hermana y por la primita. Y se van. Van en la familia, pues se van. ¿Te acuerdas de X? Eh, él. Bueno. Pues la esposa se fue al trabajo sexual en España; después fue la mamá y después, que ya, la nieta. Pues las tres se fueron a trabajar, vienen y trabajan y mandan las remesas para que se construya la casa. Y ya. Normal. El chiste es, digamos, como la gente es: «¿Y qué está haciendo fulanita en España?». «Ah, pues cuidado viejitos». «Ajá». «¿Interesadas?». [Carcajadas]. Y nadie cuestiona, digamos, ella sigue mandando para su marido, que se quedó aquí a cargo de los hijos, aunque generalmente es la abuela quien realmente los está cuidando. Y así, todo normal.

Tales realidades conviven con las representaciones sobre las mujeres pereiranas inscritas en los espacios públicos de la ciudad, y con la forma en que en este marco se construye la subjetividad de las niñas de Risaralda: en medio de tensiones profundas sobre cómo

se representa su cuerpo, su agencia, su deseo, su sexualidad. Así lo expresó durante nuestra charla una mujer feminista de Pereira:

Obviamente que vulnera a las mujeres el hecho de que, dentro y fuera del país, ser de un territorio determinado las haga presas de malos chistes, señalamientos y propuestas sexuales, muchas veces indeseadas. Eso, en el mejor de los casos. Y vulneración de derechos, cuando en el exterior, por ejemplo, se nos ve casi siempre como prostitutas, incluso para desempeñarse profesionalmente o de vacaciones.

### **El «clóset» de la belleza universal**

Antes de llegar a Santa Rosa mi amiga me invitó a parar y tomar algo en una suerte de café-bar-restaurant-karaoke en Pereira. Era media tarde, pero el lugar ya estaba bastante ocupado; al solo entrar, me encontré en el pasillo una fotografía de Luz Marina Zuluaga, el retrato de la reina me hizo pensar que mi amiga me había llevado a ese lugar intencionalmente. Tomamos una mesa, me levanté un momento para lavarme las manos y, en la puerta del baño había un cuadro con marco dorado y dos imágenes donde aparecían, lado a lado, las dos reinas universales de Colombia: Luz Marina Zuluaga y Paulina Vega.

Volví a la mesa y mi amiga, riendo, me aclaró que Luz Marina Zuluaga es de Pereira y de ahí las fotografías y el orgullo de Pereira por su reina universal; me explicó que Luz Marina se fue a vivir a Manizales cuando era niña, pero que ya mayor, aun cuando su casa permanente estaba en Manizales, volvía periódicamente a Risaralda, pues el resto de su familia permanecía allí. Incluso señaló que uno de sus nietos asistía al mismo colegio de sus hijas en Santa Rosa. En ese momento pensé que no es casual que los medios siempre hagan referencia a Luz Marina como manizaleña, o que siempre se precise contundentemente que, aunque nació en Pereira, lo hizo cuando la ciudad aún hacía parte del Viejo Caldas, y que su familia se fue a vivir a Manizales, «donde se crió» mientras aún era muy pequeña, denotando que «se fue a tiempo».



**Imagen 65.** Miss Universo colombianas, 2021  
**Fuente:** composición propia con registros de campo en Pereira.

Eso explica más apropiadamente los motivos por los cuales una pereirana llegó a representar a Colombia en un concurso internacional de belleza, tratándose además de una mujer proveniente de una familia de clase media, que no hacía parte de la élite manizaleña, representando nada menos que a un departamento que participaba por primera vez en el reinado nacional, el mismo departamento que se escindiría pocos años después. Una lectora de mi trabajo comentaría: «esto es saber de qué lado quedar para hacer historia».

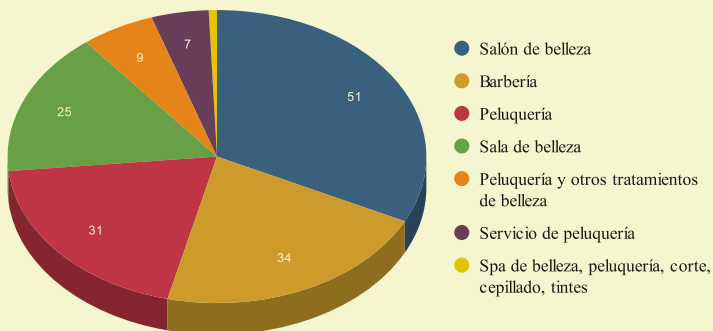
Percibo un intento de blanquear su origen en el relato que se construyó de ella en los medios, para contribuir a que pudiera constituir el modelo de belleza-feminidad-regínica acorde con el de su tiempo, donde fuera legítima la corona universal detentada por una colombiana. Desde 1934 hasta 2020 o 2021, han sido galardonadas sesenta y siete reinas nacionales en el Reinado Nacional de la Belleza. Ninguna de ellas como representante de Risaralda.

## El prestigio de la belleza en Santa Rosa

Ya en Santa Rosa, luego de un breve recorrido por el pueblo, y con tiempo para conversar con las niñas, hablamos sobre su interés de participar en el reinado de su colegio. Vero me explicó la importancia de la belleza en Santa Rosa, a partir de un reconocimiento espacial de su entorno, de las interacciones sociales cotidianas, del uso del espacio y de la forma en que la cultura privilegia el cultivo de la belleza, tanto en el consumo como en el uso del tiempo libre; todo ello, a su juicio, era revelador de las razones que justifican la importancia de los reinados:

*Sobre todo, digamos, en un pueblo como es Santa Rosa..., todo mundo se conoce con todos. Entonces si tú quedabas la reina, todo el mundo decía: «¡Ella es la reina!». Y se le va a ver como más..., como un nivel más alto [explica con las manos expresando superioridad] y la conducían [sic] las personas, y acá la imagen importa más que cualquier cosa. ¡Mira! Entonces, lo que te decíamos, en Santa Rosa lo que importa, y demasiado, es la imagen. Entonces tú puedes verlo: demasiadas peluquerías, o gimnasios, como siempre enfocado en la belleza externa y el verse bien, y en resaltar entre los demás, entonces esto es claro, que por eso los reinados son lo más importante.*

Tiempo después, reflexionando sobre su apreciación y análisis, revisé los datos de las empresas de Santa Rosa de Cabal que aparecen activas en la Cámara de Comercio del Gobierno de Colombia y que se dedican de alguna manera al cultivo de la belleza. Encontré llamativo que, para un lugar con escasas 71.174 personas, de las cuales 60.772 viven en la cabecera municipal, haya registrados en la Cámara de Comercio 158 establecimientos comerciales dedicados solo a este rubro, que se suman a muchos otros no registrados, los cuales operan de manera informal.



**Gráfico 2.** Empresas inscritas en Santa Rosa de Cabal, activas en la cámara de comercio y dedicadas al cultivo de la belleza  
**Fuente:** elaboración propia a partir de base de datos abiertos de la Cámara de Comercio, actualizada al 27/07/2021.

Vero y Vale me explican que las niñas que más participan en los reinados son las relacionadas de alguna manera con esos espacios de cultivo de la belleza; por ejemplo, las reinas están a cargo de los salones de belleza, partiendo de la premisa de que ellas saben de belleza:

[...] y entonces, por ejemplo, la tía de la niña que entrevistaste, ¿no? Que tiene la tía que además fue reina, o la otra que fue virreina, que además la mamá también tiene salón, y creo que todos giran en torno a eso. Y las mamás, pues acá les encanta jugar, o sea, no sé, como que les encantaba lo femenino.

En este sentido, cobra vigencia el planteamiento de José Luis Moreno (2004), quien, partiendo de las tesis de Bourdieu, propone ver más allá de la industria de la belleza para entender el lugar de las mujeres en la economía de bienes simbólicos.

Moreno plantea que, hasta hoy, las mujeres continúan siendo el eje de transmisión del capital simbólico de las familias, teniendo entre sus funciones aglutinar al grupo doméstico en torno a sí mismas; y lo logran a través de una serie de prácticas constitutivas

de la colectividad como el consumo conjunto de los alimentos y la comunicación constante, que a su vez constituyen una forma de fraguar dependencia afectiva, también con la generación de escenarios sociales de encuentro para regular e incidir en los vínculos y alianzas afectivas. En esta ecuación, la apariencia estética de los integrantes del grupo familiar queda a su cargo: el vestido y la forma de llevarlo, el arreglo del cabello, la modulación estética acorde a los *habitus* familiares.

Sin embargo, en poblaciones pequeñas como Santa Rosa, esa regulación desborda a la familia y se amplía hasta las personas conocidas. La belleza se instituye como un hacer sobre sí, como diría Foucault, una práctica de sí, a la que las niñas son empujadas cotidianamente para poder ser legibles como femeninas. Vero y Vale describen su experiencia de la siguiente forma:

Entonces nos dicen en la peluquería, ahí: que si no nos gustaría depilarse [sic] las cejas, no sé qué. «¡Cómo se verían de bonitas!». Y nosotras, como que: «¿por qué nos dicen eso?». Sí, era como que todas eran, todo el tiempo: «¿Y no han pensado en depilarse las cejas? Se verían hermosas. Nosotros acá se las arreglamos bien lindas para que destaquen más; pues porque ustedes son muy lindas, pero con las cejas depiladas...», pues no sé qué, ellas. «Pintarse las uñas, se las arreglamos». Y yo que me comía las uñas, entonces con las uñas postizas... Luego, como para entonces íbamos a ir a los quince de una amiga, que es la hermana de Daniela, y ella quería vernos con las cejas depiladas, entonces nosotras les dijimos: «¡Órale!». [Les pregunto si se depilaron y cómo se sintieron]. Raras, raras porque no estamos acostumbradas, entonces nos vimos al espejo y nos quedamos como: «¿Pero por qué lo hice? [...]». Quedamos lo más lindas, pero fue muy «charro», fue una experiencia muy chistosa.

Durante el encuentro las gemelas sacaron el álbum de fotografías familiar, para mostrármelo. Las bisabuelas, las abuelas y las tías comienzan a emerger con sus miradas y sus sonrisas y a hacerse eco en los gestos y expresiones de las gemelas, haciéndose parte de nuestra conversación.

Mientras tanto, la madre de las gemelas me comenta que las abuelas y las tías de las gemelas eran consideradas muy bonitas y que incluso había una historia poco clara de una mudanza forzada porque «a un tipo le cayó en gracia la niña de la casa». La situación era definitiva, al día siguiente abandonaron el lugar.

Esto nos llevó a reflexionar sobre la importancia que tenían los reinados en la época de las abuelas de las gemelas y la relevancia que tenía la belleza para las mujeres:

**Imagen 66.** Tres generaciones, 2021

**Fuente:** composición propia a partir de registros de campo y fotos de álbum familiar.



Yo diría que indiscutiblemente [era importante]. Es cierto que, en el contexto, el papel protagónico de las reinas ha decaído. El reinado ya no es el mismo. Sí, pero para la sociedad colombiana, cuando solo teníamos tres canales de televisión, hasta que llegó la apertura en términos de comunicación también... Pues el reinado, lo que te digo, tenía una importancia... y para las niñas, era la posibilidad. Entonces, así como ha sido, para las mujeres antes las únicas posibilidades eran casarse o ser monjas. Más o menos como en lo público en Colombia, la visibilidad en las mujeres también estaba dada en que si eres bonita tienes mayores oportunidades. Claro que sí, claro que sí considero que había un componente muy fuerte que para las niñas era un horizonte de posibilidad, la belleza.

## Ser reina de Santa Rosa

En una población tan pequeña como Santa Rosa, la mayoría de las personas tiene algún vínculo cercano entre sí. De tal forma, encontré que los vecinos de Vero y Vale son dueños del club de tenis donde entrenan las gemelas, y que la hija única de esa familia es una joven de diecinueve años que ha ganado tres coronas: dos del colegio privado, donde estudian las niñas, y una del reinado municipal, que la convirtió en Señorita Santa Rosa. A continuación, su relato:

### *Reina del reciclaje, reina del colegio y reina de Santa Rosa*

*Actualmente tengo diecinueve años y me dedico a jugar tenis. Vivo en los Estados Unidos, gracias a Dios, becada. He tenido muchas experiencias, tanto en el tenis como en los reinados, y cada concurso ha sido parte de mi formación. Respecto a los reinados, mi primer concurso fue el de reciclaje. Tenía aproximadamente quince y decidí participar por ayudarlo al salón mío a concursar en el reinado. Yo misma elaboré mi vestido y bueno, no sé, fue un día completo para hacerlo y, bueno, no sé. Quedamos de reina en ese concurso en el colegio.*

*Fue una decisión difícil porque se encontraba en los mismos días de los torneos, entonces: o tenis o reinado. Pero la manera en que tomé la decisión fue: puedo jugar en muchos torneos, pero un reinado puede que no lo vuelva a hacer o participar en uno de ellos, y ¿por qué, de pronto, no dejar en la historia de que Marla fue reina de Santa Rosa? Entonces yo tomé la decisión y quise participar en el reinado, dejé de ir a dos torneos y, bueno, ya tenía como las ideas del reinado pasado, solo era practicar más y así lo logré, y pues la decisión de los jurados fue que quedara de reina. Fue una experiencia muy bonita, aprendí a conocer mucho más del pueblo, que antes de eso hacíamos como tures, aprendíamos de la historia más del pueblo, dónde comenzó todo, cosas que uno viviendo acá y siendo santarrosano no entendía, y fue una experiencia muy bonita. Al otro día de haber terminado el reinado empaté con un torneo que fue interligas. Nos fue bien, gracias a Dios.*

*Con el reinado aprendí como el comportamiento, cómo debe ser una mujer frente a una figura pública, cómo sentarse, no solo maquillarse como para un reinado, sino para una fiesta, para un compromiso. Cómo diferenciar esos espacios donde tu presentación vale más, cómo puede ser una entrevista de trabajo o una entrevista con los medios. Todo eso como que me ayudó mucho a abrimme más en ese campo de confianza frente a diferentes aspectos de la vida. Creo que me ayudó demasiado, porque yo antes, digámoslo así, andaba muy jorobada, mi mamá me decía «párate derecha», y yo: «¡Ay mami, pero para qué!». Y siempre fue como algo a lo que nunca le presté suficiente atención, pero, después de eso, como de pasar por ese proceso tan duro que fue la formación, donde me ponían un palo en la espalda y si sacaba la barriga me pegaban con otro, y una bien apoyada con los tacones y no estar acostumbrada a eso. Entonces uno ya como*

*que automáticamente lo hace, como por darle el porte al cuerpo, y de verdad es un gran cambio, menos dolores de espalda, y se ve más elegante y glamoroso para caminar.*

*Por ejemplo, yo siempre fui deportista, antes del tenis era baloncesto, era fútbol, de todos los deportes, y como esa parte femenina nunca había como florecido en sí; entonces, después del reinado, uno encontrarse como en ese mundo del maquillaje, de los vestidos, de sonreír a las cámaras, entrevistas; entonces, aprender de eso no me pareció que sobrara, porque hoy en día ya sé cómo comportarme en una cena importante y, aparte de eso, me ayudó mucho en la parte de la confianza. Yo antes podía ser deportista y todo, pero para mí una entrevista, yo era no, no, no me mires a los ojos, era muy tímida. Pero después de haberme metido en ese mundo de los reinados, uno tiene que despertar porque sí o sí. Y me ayudó mucho en esa parte de la confianza, de que ya puedo mirar a los ojos a una persona y hablarle, y yo soy alguien, y soy alguien que valgo, entonces me ayudó mucho en esa parte de la confianza.*

*Para mí ser reina pues, ser como catalogada, ser llamada reina... Yo creo que como no crecí en ese mundo de «¡Ay! Sonría aquí, sonría acá», siempre, durante todo el proceso del reinado quise ser yo, ser mi persona y, si iba a ser elegida, era porque así iba a ser yo. Ser reina, para mí, es como no ser alguien diferente, es como ser alguien que representa a los demás y, por ejemplo, para mi pueblo, yo quise demostrarles a ellos que, bueno, no por ser reina tiene que ser alguien como ¡guau, la reina! No, sino involucrarme más con ellos, y entre más pudiera ayudarles, mejor, como ser alguien que representa ese amor y, claro, humano, que siempre da la bienvenida a todo el mundo, y querer mostrar el nombre de Santa Rosa de Cabal como muy alto, velar por ese orgullo santarrosano.*

(NR03)



**Imagen 67.** Orgullo Santa Rosano  
**Fuente:** registro de campo.

Posteriormente, cuando entrevisté a una de las niñas que participaron en el reinado del colegio privado en 2016, convenimos encontrarnos en el salón de belleza de su tía, que casualmente también fue reina de Santa Rosa varias décadas atrás. Después tendría oportunidad de escuchar el relato de ambas y desde ahí, poder contrastar las experiencias, con cerca de treinta y cinco años de diferencia y elementos que configuran de fondo experiencias diametralmente opuestas de la participación en reinados. A continuación, el relato de la tía:

### **Reina de colegio en Manizales y reina de Santa Rosa de Cabal**

*No soy de Santa Rosa, pero vivo acá desde que estaba muy niña. Yo pertenezco a Caldas, yo soy de Manizales. Fui reina de colegio. En el colegio dijeron: «Vamos a convocar a las niñas para un reinado»;*

*entonces reunían a todas las niñas y me sacaban a mí. Eso fue en mi tierra, sí. En esa escuela, en los colegios me sacaban, por eso me endiosaron desde chiquita. Por ahí a los ocho años, nueve años. Después, cuando estaba más grandecita también, después acá en Santa Rosa... Toda la vida me metieron el reinado por los ojos.*

*Yo, estando acá en Santa Rosa, recién llegada de Manizales, pasaba por el parque y alguien me miró por el palacio y me llamaron, me dijeron que si quería participar en el Reinado de la Simpatía. Entonces yo dije que le iba a pedir permiso a mis padres y, prácticamente sin prepararme, me llevaron a un colegio, con once, doce niñas más, como con once y me escogieron como la Señorita Santa Rosa. Yo estoy hablando que tenía quince o dieciséis años.*

*Yo estaba feliz porque no estaba ni estudiando. Estaba recién llegada de Manizales y entonces una experiencia muy linda, imagínese la emoción de mi mamá, de la familia, que el alcalde, que tanta gente importante de Santa Rosa pendiente de mí; yo prácticamente nueva en este pueblo y enamorados de mí. Felices conmigo. Entonces, de ahí me dijeron que tenía que participar por el municipio de Santa Rosa a nivel departamental y ahí sí no gané, ahí sí quedé en tercer lugar.*

*Sí, y me fue muy bien, pues una época muy linda, sobre todo en esa época mía, cuando las niñas no se depilaban, donde las niñas no se hacían cirugías, donde las niñas no se tinturaban el cabello, donde las niñas no se maquillaban, donde era todo tan lindo, tan natural, tan espontáneo. Me parece que esa época era muy linda y eso era como el verdadero reinado.*

*Y sin prepararme ni nada, así, así. Nos calificaban el físico. Más el físico que lo que nos preguntaban, que lo intelectual. Más que todo eso, como la carita, como la espontaneidad.*

*Entonces, en el Coliseo Mayor, en Pereira, fue el reinado, con carrozas por toda la ciudad. Los vestidos hermosísimos, yo vengo de una familia muy humilde, no tenía con qué comprarme nada, pero todo me lo dio la alcaldía. Todos los vestidos, todo me lo regalaron. Me regalaron colonias que no sé de dónde salieron, unos gentíos detrás de mi carroza, que yo miraba ese gentío quién es, que no conozco a nadie. Una experiencia muy linda, sobre todo por mi familia. Mi mamá era feliz, mi papá, mi familia, ¡felicidades con reina!*

*Entonces yo fui creciendo como endiosada, como no hay hombres para mí, no hay hombres para mí. Entonces perdí muchas oportunidades en la vida de hombres buenos que quizás me hubieran servido más en la vida, porque este no era el hombre para mí, porque yo soy muy linda, ni este de allí tampoco. No, yo tan hermosa, no, no, no hay hombre en Santa Rosa. Entonces me hicieron mucho daño por eso, muchísimo daño. Ya con el pasar del tiempo, ya con el reinado, más me endiosaron, ya pasaron los años, yo a los dieciocho años no me había conseguido mi primer novio porque no me gustaba ninguno. Y no era como asequible a los hombres.*

*Entonces, ya mi mamá una vez me cogió con mi papá. Esperó a que todos se acostaran, me sentaron en la sala y me dijeron «venga, nos contaron que te gustan las mujeres». Yo era muy amigüera, y a mí no me gustaban las mujeres. Entonces yo lloré mucho, me dio mucha tristeza, y*

*yo dije: «pues con el primer hombre que me vuelva a proponer que seamos novios, le voy a decir que sí».*

(MNRO1)

## Reinados de colegio

Para la madre de las gemelas, el que la invitación al reinado les llegara a las niñas a través de estudiantes más grandes del colegio le encendió todas las alarmas. Por el trabajo que ella ha hecho en la región sobre tráfico de personas, es común que sean justamente otras compañeras de clase las que involucren a las niñas en situaciones de trata o prostitución: «sí, les propusieron, me pareció muy particular que desde que las niñas llegaron al colegio en el que están estudiando ahora, niñas más grandes se les acercaron a decirles que eran muy bonitas».

No obstante, al investigar descubrió que, para su sorpresa, el reinado en el colegio es un evento valorado por la comunidad académica en general, y promovido tanto por las y los docentes como por las directivas y las propias familias: «es una cosa importante para ellos, para los padres de familia. Y toda la comunidad se mueve a apoyar el reinado [...]».

En la junta de padres de familia se dio el reporte de las actividades de la personera y fue ahí donde ella informó que iba a hacer el reinado, lo cual fue celebrado por todas las personas presentes. Dijeron: «es maravilloso, es una actividad fantástica, buenísimo»; y toda la comunidad estaba ayudándole a la personera a realizar el reinado.

Me explica que el montaje del evento demanda unas condiciones especiales y una gran cantidad de trabajo de producción: «la pasarela ocupa medio colegio, de un patio al otro, y requiere de montaje de tarimas, sonido, luces; ... y cuentan con un preparador para las reinas, contratado por el colegio». Además, el reinado se financia a través de boletería que se vende el día del evento y adicionalmente las familias aportan la cuota que corresponde para que las niñas participen en cada categoría. Esto genera un ingreso para el colegio y otro para el preparador. Pero la inversión que cada familia hace no termina ahí:

Hay que conformar una comitiva e invertir dinero en la preparación. Algunas familias contratan un preparador adicional, y se requiere invertir en los vestidos, pues es el vestido de coronación, traje típico, vestido de baño, o sea, hay todo un montaje económico. Se invierte tiempo de las niñas en la preparación del evento y toda la comunidad educativa está girando en torno a él.

En la dinámica del pueblo, este reinado es un evento muy importante porque se organiza en el colegio privado mixto de monjas. Existe otro reinado que se realiza en el colegio femenino que es público, pero ella reconoce que hay una percepción diferenciada de los reinados que tiene una fuerte carga de clase: «como en Cartagena. Las reinas populares y las Miss Colombia, más o menos».

### **Participar o no participar: la madre**

*Cuando Valeria, hace un año y medio dijo «a mí me gustaría participar en un reinado» yo veía que podía tener una afinidad con los reinados porque decía que quería ser actriz, entonces me parecía que en algunas cosas no se relacionan directamente, pero está cercano, por lo menos en nuestro país. Reinas y actrices. De las señoritas Colombia muchas dicen: «es que yo quería ser presentadora, ser actriz, y para llegar allí el camino recto, como la línea recta para lograrlo, era ser reina».*

*Pero este año, cuando Vero dijo que quería participar en reinados, para mí fue como: «no, no es usted, es su hermana». Y me dijo: «no, no, es que yo soy la que quiero participar en el reinado». Las razones que dio Verónica en su momento y que apoyó Valeria para la participación del reinado, pues nos parecía[n] válidas. Decía: «quisiera ponerme este vestido». Y cuando dijo eso, se me vino la imagen de mi vestido amarillo pues, bajando por las escaleras y saludando así. Puede ser sí, desde el deseo.*

*No estamos de acuerdo. El papá inmediatamente dijo no. En esta casa no estamos de acuerdo con los reinados, nos parece que no son. Y yo le dije: «Antes que no, es: ¿cuál es la razón por la que tú quieres participar? ¿Sí? Explicame tus motivos».*

*Lo que pasa es que las circunstancias propias de la cultura en la que vivimos pues, pensamos que es demasiado arriesgado permitir este tipo de ensayos. [...] En la percepción nuestra, los reinados, en pueblos como este, que es un pueblo chiquito, durante mucho tiempo estuvieron asociados también a la cultura del narcotráfico. Es ponerlas en la palestra pública para que en muchos casos era así [sic], o desde mi experiencia, con el tráfico de personas también. La niña..., el mafioso se enamoró de la niña desde que tenía ocho años más o menos, o sea, cosas fuertes. Entonces, pues no, nosotros decidimos que no lo vamos a hacer. No estamos dispuestos a exponer nuestras hijas a la mirada. Claro, aquí no lo ven así. Aquí en Santa Rosa eso no ha sucedido. Aquí el reinado del colegio es el reinado del colegio, y eso no pasa. Pero como uno tiene otras miradas y experiencias donde eso ha sucedido así, entonces le dijimos: «no, pero queremos escuchar, no, pero explicanos cuál sería la motivación».*

### **Motivos de las niñas**

Vero compartió conmigo sus razones para querer participar del reinado:

*Cuando entramos al colegio, yo me acuerdo de que, como al tercer día, estábamos en el parque cubierto y unas señoras dijeron: «¿Cómo te llamas?», no sé qué; pues estábamos allí hablando. Y jóvenes: «¿A ustedes no les gustaría estar en el reinado?». Y yo ahí, pues*

*como que me quedé pensando. Para mí los reinados..., sí, en los reinados [...], que te digan, pues digamos que estás gordita, que estás bajita, que estás bonita, que estás feíta. Pues, no sé..., a mí, es como cuando uno ya está entrando en la adolescencia como que uno, como que lo más parecido es eso, porque te viste ya de gala, como si fueras a una fiesta importante ya de trabajo, te maquillan, te peinan. Es como la andada al futuro de cómo te vas a ver maquillada. Entonces me llama la atención. Yo no digo: «¡Ay! ¡Quiero estar ahí!», no quiero ganar todos los reinados, pero, pues, como tener la experiencia.*

Así mismo, Vale reconoce que los reinados nacionales y universales son un referente para ella y una razón de su interés en participar:

*Pues, al principio quería participar porque quería ver qué se siente, por la Miss Universo y Señorita Colombia, entonces yo quería ver qué se sentía, pero no porque apoye que te digan: «¿Por qué es gordita, flaquita, alta o baja?» No. Yo nada más quería saber qué se sentía, pero después me arrepentí porque pensé [...] que hiera, y no es verdad, porque todos tenemos gustos diferentes, o sea, digamos: a mí me gustan los altos y flacos, y a Vero le pueden gustar los bajitos y gorditos. Es el ejemplo, entonces, tenemos opiniones diferentes, y si alguien dice algo que a mí no me gusta, pues, me lastimaría; y si a uno no le da lástima, pues a uno sí le duele. Entonces...*

## *El reinado del colegio público y el debate sobre la prohibición*

Por las mismas fechas de mi primer viaje a Risaralda en el 2016 se estaba realizando otro reinado, el de un colegio femenino público. Durante ese primer viaje también tuve la oportunidad de participar en una sesión de preparación de reinas para ese reinado e incluso de conversar con el preparador de reinas de Santa Rosa; el mismo que preparó a las concursantes de los colegios público y privado, que prepara a las reinas del café y del folclor del municipio.

Las niñas estaban muy entusiasmadas. El entrenamiento era prácticamente un ensayo del día del reinado, practicar el caminar con los zapatos de tacón a subir las escaleras hasta el escenario, caminar y bajar. Desfilan sonriendo y aprendiendo a «lidiar con los insultos», como me explicó una de ellas. «No tenerles miedo a los tacones, aprender que no son tus enemigos y caminar derecha sin tropezar».

En ese momento circulaban en redes sociales piezas comunicativas para publicitar el reinado, que causaron debates por la estética elegida para la construcción de las fotografías: las posiciones de espaldas tres cuartos girando el torso con una mano en la cintura, en el vientre y la cadera. Otras recogiendo el cabello, o montadas en una moto; la forma de vestir con bikini y tacones altos y las actitudes «sensuales y atrevidas» (Toro, 2015).

Estas imágenes motivaron que poco después el concejal Rodrigo Toro impulsara la iniciativa para prohibir los reinados en los colegios del departamento y, en una entrevista en Radio de los Andes<sup>27</sup> indicó que las fotos tomadas a las participantes del evento fueron «bastante sensuales, a veces, casi que atrevidas, pues habían generado un rechazo en la comunidad de las redes sociales, una serie de comentarios, expresando su descontento».

Por redes, el organizador del evento, José Fernando Hernández, cuestionó que se calificara de inmorales las fotografías de las candidatas al reinado y criticó que se cuestionara el reinado dado que los años previos que se había realizado no se presentaron críticas.

---

27 Opiniones aportadas en Radio de los Andes 1520 AM, el día 6 de julio de 2016, obtenidas desde [www.antenadelosandes.com](http://www.antenadelosandes.com)



**Imagen 68.** Entrenamiento para el reinado del Colegio  
**Fuente:** registro de campo.

Así mismo, defendió la estética de las fotografías al haber sido tomadas «por un profesional», sosteniendo que en la sesión fotográfica las niñas estuvieron siempre acompañadas de sus familiares, aludiendo a que, al estar sus familias presentes, no solo las protegían, sino que tácitamente avalaban las fotografías.

Por su parte la coordinadora del centro educativo manifestó sobre este caso que, si bien hay varias directrices del Gobierno nacional para evitar que este tipo de concursos se realicen, «una vez emitida la autorización, la actividad se puede realizar en la institución educativa. Muchas personas dicen estar de acuerdo con este tipo de actividades, mientras que otros lo apoyan y dicen que Santa Rosa de Cabal no puede estar ajena al tema de los reinados nacionales».

Finalmente, el concejal señaló que la crítica tenía que ver con la edad de las niñas, de entre doce y catorce años, que, a su juicio, «no estaban en edad de ser fotografiadas en traje de baño y mucho menos exhibidas en carteles a lo largo de la ciudad» o en videos que circularon en redes.

## La vuelta a Risaralda

Tres años después, en el 2018, mi segundo viaje a Risaralda se planeó con muy poco tiempo. Originalmente había pensado volver para que el itinerario coincidiera con la Feria de las Araucarias, realizada en Santa Rosa en octubre de cada año; sin embargo, debí enfrentar una situación inesperada de salud y desistí del plan. Me preocupaban las implicaciones de mi incapacidad para el objetivo de completar mi trabajo de campo: desde hacía dos años había dado seguimiento estricto a lo que sucedía en la región con relación a los reinados, luego de que la iniciativa presentada por el concejal Rodrigo Toro, del Partido Verde, llevara a su prohibición en los colegios de Risaralda, que era así el segundo departamento, luego de Antioquia, donde se había planteado una iniciativa de este orden. Por eso, después de mi primera visita a Santa Rosa en 2015, era muy importante conocer lo que había pasado luego de la prohibición de julio de 2016, reconociendo además la experiencia de las niñas.

**Imagen 69.** Censura  
**Fuente:** piezas comunicativas del reinado del colegio, censuradas, tal como circularon en redes.



Llegué de nuevo a Santa Rosa en noviembre de 2018. Me encontré con Vale y Vero, que ya eran dos jóvenes de quince años muy altas, de cabello largo, ondulado y esponjado, con aparatos de ortodoncia en los dientes y una estética totalmente distinta a la de las dos niñas serias, dulces y un poco tímidas, de vestidos de flores, con las que había conversado tres años atrás.

Ahora vestían sudaderas anchas, pantalones deportivos y zapatos tenis, con una expresión corporal relajada que distaba mucho de la de 2015. Cuando nos encontramos, yo ya había creado la página de las reinitas, que incluía los videos donde ellas aparecían a los doce años; comencé por compartir lo que había aprendido en el proceso y lo que había aprendido de mí misma gracias a ellas: me hicieron pensar muchas cosas, también acerca de mí misma, de mi propia infancia, de mi niñez, de mi adolescencia, de cómo aprendí a ser niña, y las conversaciones con ustedes, con su mamá y con otras niñas en el marco de los reinados también fueron muy importantes, para hacer contrastes de cómo hemos aprendido a ser mujeres y de qué manera las reinas, las princesas y los reinados han tenido que ver, de alguna manera, en la forma en que entendemos lo que es una niña o ser mujer.

Les pedí que compartieran las novedades de su vida, qué había pasado con ellas durante el tiempo en que no nos habíamos visto. El día anterior, durante el viaje de Pereira a Santa Rosa, me habían contado un poco sobre sus aventuras deportivas del último año, como integrantes de un equipo de baloncesto conformado por niñas estudiantes de diversos colegios públicos y del privado al que asisten. Conversamos sobre sus actividades durante los últimos dos años. Se habían dedicado especialmente a la práctica del básquetbol; representando a su departamento, se lanzaron con su equipo a la aventura y compitieron con Quindío, Caldas y Antioquia.

Me comentaron, orgullosas, que fueron representantes de Santa Rosa y después del departamento completo en un torneo interdepartamental. Resultaron ganadoras de la región del Eje Cafetero, a pesar de no tener experiencia previa y, finalmente, perdieron con Antioquia; sin embargo, recalcaron que fue prácticamente un triunfo para ellas porque el marcador fue reñido, considerando «la batalla»

que le dieron al equipo de Antioquia, que contaba con una notable ventaja debido al tiempo de entrenamiento, la experiencia y los recursos económicos a su disposición. Impidieron que Antioquia, con su magníficos uniformes y entrenadores, rebasara la barrera de los cien puntos frente a un equipo nobel y carente de recursos. Días después, escucharía una historia similar durante mi encuentro con la recientemente coronada Reina Nacional Infantil del Folclor 2018, que resaltaba el valor de ganar el primer lugar a pesar de la inexperiencia y las limitaciones materiales y económicas.

Vale y Vero se refirieron a la experiencia del básquetbol como trabajo en equipo, a la importancia de haber aprendido a asumir la relación con otras mujeres en un deporte de contacto, y vivir el reto de integrarse a un equipo que ya tenía una trayectoria previa como conjunto, donde la mayoría de las integrantes eran uno o dos años más grandes que ellas.

Al hablar sobre las oportunidades que brindan los reinados, en contraste con la práctica de un deporte, las gemelas me compartieron una reflexión sobre la disyuntiva que enfrentaban: permanecer en básquet o solo dedicarse a la práctica del tenis. Al respecto, mencionaron que el tenis está asociado a un estrato más alto que el básquet y que hay otros factores que toman en consideración para definir qué camino elegir:

*Ya que [el tenis] es un deporte al que no cualquiera puede entrar, es exclusivo; sino los que tengan el dinero para pagar clases, porque las canchas son especiales, no es una cancha que tú puedes encontrar en el parque de tu barrio, de tu ciudad, es algo que tú tienes que ir a buscarlo, poniendo en clubes [...] Para nosotras, uno no puede hablar en general para todo el mundo, pero nosotras tenemos más posibilidades de salir adelante con el tenis, ya que tenemos la cancha al lado y la hija de la dueña está estudiando becada por el tenis en Estados Unidos.*

Las gemelas ponen de manifiesto una lectura estratégica de las posibilidades y recursos con los que cuentan y hacen un balance que les permite reconocer en el tenis un vector de clase y exclusividad y contactos que les puede permitir destacar e incluso obtener una beca de estudios en el extranjero a través de la práctica del deporte. Marla, quien fue reina de Santa Rosa, pero también ha desarrollado una carrera como tenista que le está brindando este tipo de oportunidades, se constituye en un referente y una aliada para ellas:

*Además, ella ya se ha llevado a una [estudiante] y ya van a llevarse a otra allá a estudiar. Entonces, pues nosotras también ya llevábamos un tiempo en tenis, entonces tenemos bases, tenemos todo.*

*El básquetbol, al ser un juego de equipo, hacerse notar es más complicado. Puede, o sea, tienes que ser muy buena, demasiado buena, para que te noten, porque tú siempre vas a ver que en otro equipo va a haber una mejor y, entonces, digamos que son diez personas, y de tu equipo eres la mejor, pero te toca competir contra diez personas más, y esas diez personas más también están aspirando a lo que tú quieres. Entonces se hace más complicado hacerte notar. A diferencia del tenis con nosotras, porque, entonces, en un partido solo hay dos personas, te tienes que hacer notar entre esas dos personas y listo. En cambio, en básquet te tienes que hacerte notar entre diez o veinte.*

### **Impacto de la prohibición de los reinados en los colegios**

Conversamos sobre lo que había pasado con la organización de reinados en su colegio desde la última vez que hablamos. Me interesaba conocer las implicaciones que había tenido la prohibición en la dinámica real de los colegios, en la realización de reinados en el departamento y, específicamente, lo que para las niñas había significado:

*Pues no se volvieron a hacer reinados, eso como que acá*

*en Santa Rosa, como sí o sí se hacen reinados, ya no pueden ser ni vestido de baño, o así. O por lo menos en el colegio que estudiamos, pues ya la hermana rectora dijo que no, o si lo hacen, no en vestido de baño. Habían dado como una razón, pero supongo que tiene algo que ver con, como con, ya no sé, no sé, pero dijeron que ni en vestido de baño y ni así.*

Les pregunté su opinión sobre la medida:

*Pues bien, porque, por ejemplo, se implementaron, en vez de traje de baño, se puso traje con materiales reciclados, entonces bien, porque era con la creatividad de la niña de hacer su propio vestido, entonces había una que fue con botellas y otro que, si no me equivoco, fue con discos, pues, con los CD, entonces con la parte brillante, como bonita, era el vestido. Entonces, pues eso fue como chévere porque, aparte de quitar lo del vestido de baño, simplemente, digamos, era una forma para ayudar el medio ambiente, entonces fue como algo positivo, pero como que a las niñas no les gustó mucho. Entonces, este año supuestamente iban a hacer reinado, pero como que nadie se metió ni nada, entonces..., o sea, dejó de ser interesante para las estudiantes si no era como se hacía antes, porque tampoco le van a premiar como antes, sino como, pues quien quisiera pues estaba y, quien no, pues ya. Pero sin un premio, así como era antes; o sea, en el colegio, que ya eran reinados como más básicos, pues sí se le daba como un trofeo, ahí, según el lugar, solamente con uno, era un trofeo y como una corona que era más grande; la otra que era una coronita más chiquita y el tercero solo un ramo, y ya; iba a ser como más normal, sin destacar tanto, entonces como que fue perdiendo [su encanto].*

Rememorando la conversación que habíamos tenido hacía tres años sobre su interés de participar en reinados, me interesaba saber de qué manera había transitado ese deseo. Si aún persistía entre sus intereses, aunque se hubieran prohibido en su colegio y si esperaban poder participar en algún reinado más adelante o esperar a ser adultas. Recordaba que parte de su interés obedecía, por un lado, a las habilidades que consideraban podían obtener o fortalecer participando en un reinado: modales, etiqueta, glamur; y, por otro lado, a las oportunidades que asociaban al reinado.

Vero centra su análisis en que a las oportunidades que reconocía en el reinado potencialmente puede acceder por otras vías o medios y, adicionalmente, hace una lectura crítica de los reinados como escenarios de reforzamiento de estereotipos de género y distingue entre lo que antes representaba la figura de la reina algunas cualidades y habilidades que le interesa desarrollar en sí misma, como la *elegancia* y los *modales*:

*Pues me di cuenta de que eso también lo puedo aprender por mis propios medios, sin necesidad de entrar en un reinado. Por ejemplo, en videos, o digamos, pues a mí todavía me sigue gustando eso, pero no de entrar pues en un reinado, porque es como demasiada... feminidad, de... pues, demasiado estereotipo, demarcado por el patriarcado, entonces es como algo muy... que no va, pero, por ejemplo: los modales, la etiqueta, la postura, eso pues sí me sigue gustando, pero no tanto por la feminidad, sino ya viene siendo digamos: elegancia. Sí.*

Vale por su parte, secunda la reflexión de su hermana respecto a las posibilidades de poder encontrar espacios donde poder fortalecer las habilidades sociales que les interesan e identifica entre sus pares un repertorio de diversas formas de expresión de la feminidad y la posibilidad de poder construir una propia sin tener que someterse a la que establece el reinado:

*O sea, no necesariamente alrededor del reinado tienen que haber esas cosas, no, como dice Vero, pues eso se puede adquirir de otras formas y lo de, pues, lo de ser muy femenina, lo que da no es tan importante, y eso depende como de cada persona, de cómo... porque yo tengo amigas que son demasiados femeninas, como Mafe y otras que, pues, que son femeninas, pero no se pasan, y también son como... en el punto: como Mari, que es como brusca y todo, pero pues es como, como que se mantiene ahí, sí. No es un «macho», pero tampoco es como la más femenina de todas. Y ya, o sea, eso de ser o no ser femenina, o femenino, pues ya va de cada quién, ya va del gusto de cada persona y cómo se sienta cómoda y feliz [Vero asiente].*

### **Resistencias feministas**

Buscando la oportunidad de conversar con las feministas de Risaralda sobre mi trabajo, y conocer sus opiniones sobre el tema de los reinados de niñas, durante mi segundo viaje decidí participar en el primer y segundo día del Encuentro de Mujeres de Risaralda. Entre otras actividades que había planeado para mi viaje, tenía la de conversar con el exconcejal promotor de la norma que prohibió la realización de reinados en los colegios del departamento y esperaba hablar con quienes, desde distintos enfoques y apuestas, están trabajando en la región para transformar los paradigmas de género.

El viernes por la tarde, como primera actividad de la agenda del encuentro, se organizó un evento cultural de inauguración en el Parque Olaya Herrera, centro de Pereira. Para llegar caminé con mi amiga feminista y madre de Vale y Vero, cruzando el centro de la ciudad desde la zona del Parque de la Soledad. Durante el trayecto me relató sus experiencias como investigadora integrante de una organización local, que desarrolló un trabajo en coordinación con la organización internacional Women's Link Worldwide (2013).

El trabajo, titulado *La trata y la explotación en Colombia: no se quiere ver, no se puede hablar*, identifica justamente al Parque de la Libertad, al

del Olaya y otros cercanos como zonas donde se practica de manera sistemática la explotación sexual de niñas. Esta práctica promovida y «vigilada» en muchos casos por sus madres, o a través de una mediadora que realiza el trato con transeúntes, se desarrolla habitualmente a plena luz del día, entremezclada con otras actividades similares que desarrollan personas adultas, como el trabajo sexual consensuado o la búsqueda de sexo casual.

Nos dirigíamos justamente al Parque Olaya, donde se realizaría el acto simbólico de inicio del encuentro, animado por mujeres jóvenes feministas que cantaron desde música de despecho hasta rap feminista, en medio de largos discursos de representantes de las organizaciones de la red de mujeres de Risaralda.

Mientras escuchaba cantar a algunas mujeres jóvenes feministas integrantes de la red canciones que hablan sobre la libertad de decidir sobre sus cuerpos, sus vidas y deseos, pensaba en las tensiones que enfrentan las niñas y mujeres de la región para configurar relatos de la feminidad distintos a los normativos, en medio de tensiones profundas sobre cómo se representa su cuerpo, su agencia, su deseo, su sexualidad, arriba o abajo de una pasarela:

*Por tener cuerpo de mujer me creen tierna  
 Pero me dicen perra si en la calle enseño pierna  
 Más que esposa, la gente anda buscando una sirvienta  
 Mejor si calladita y con piernas abiertas  
 Yo soy fruta completa, no busco media naranja  
 No soy puta ni soy santa, soy lo que me da la gana  
 Aspiro a ser tratada como humana, es lo mínimo  
 De este delirio colectivo me emancipo, yo abdicó  
 No asumo roles que estén preestablecidos  
 No te amo por tu sexo sino por lo compartido  
 La libertad es cuando ya no hay etiquetas  
 El puño en alto para celebrar a las guerreras*

Aunque mi investigación me ha permitido constatar que a lo largo de la historia ninguna risaraldense ha representado a Colombia en Miss Universo, mucho menos en Niña Colombia, pensé sobre las niñas con quienes conversé en Santa Rosa, en particular, en las del colegio público y en su frustración ante la posibilidad de que la prohibición de los reinados evitara que pudieran organizarse de nuevo en el colegio.

También reflexioné sobre las oportunidades que consideran que están a su disposición y las que efectivamente reconocen como reales: a partir de lo cotidiano, de las relaciones con otras mujeres en sus entornos, con sus madres, tías, abuelas, con sus pares significativas, amigas, vecinas, compañeras de colegio. Pensé en lo que es necesario hacer para ampliar sus oportunidades reales, los medios que requieren para hacerlo y los repertorios de género que reconocen como necesarios para alcanzar sus metas.

A la mañana siguiente revisé las opciones de mesas de trabajo en el encuentro y decidí integrarme a la de educación, esperando conversar sobre el tema de los reinados en los colegios de Risaralda, a más de un año de su prohibición. Curiosamente, la conversación del grupo giró predominantemente alrededor de las violencias basadas en género, y en bastante menor medida, casi nula, se preguntó por las realidades y acciones pedagógicas desarrolladas en los colegios o por las políticas educativas en las instituciones.

El grupo estaba integrado especialmente por profesoras de todos los niveles educativos, incluyendo maestras muy jóvenes, docentes desde nivel primaria hasta pregrado. Algo interesante en la discusión fue que, una y otra vez, la conversación giró alrededor de las relaciones afectivas violentas dentro de los vínculos de pareja de sus estudiantes con hombres, la forma en que se comprendía el amor de pareja y las relaciones violentas toleradas en nombre de tal sentimiento.

Luego de ello, durante el periodo intermedio entre las sesiones de mañana y tarde, establecí contacto con dos mujeres clave para el movimiento feminista de la región: Rosalba Salazar (DEP), coordinadora de la Red de Mujeres de Risaralda, y Margarita Fajardo, directora de la Fundación Centro de Estudios por la Mujer.

En el intermedio del evento, más relajado e informal, compartí con ellas mi trabajo y conversamos sobre el tema partiendo de mis hallazgos iniciales. Destaqué un aspecto de mis reflexiones respecto al lugar de las princesas y reinas en la construcción de la subjetividad femenina, expresadas en el cine, la literatura, los juguetes y medios de comunicación, incluidos el internet y las redes sociales, y la forma en que todo esto incide sobre la manera en que las niñas aprenden a representar la belleza y las feminidad deseables a la que deben aspirar.

Las interpele respecto a si consideraban que las feministas o las mujeres que hemos estado trabajando en cuestiones de género somos inmunes a este discurso sobre las reinas, la belleza y los reinados, considerando que hay formas o vías por la que estas representaciones culturales de princesas y reinas nos cruzan a todas y han podido impactar en algún aspecto de nuestras vidas, entendiendo por esto, no solo los mandatos de género asociados a la belleza, sino otros aspectos relacionados con el reconocimiento, el ser apreciadas, valoradas o deseadas.

Rosalba Salazar, una de las feministas con mayor trayectoria del movimiento feminista en la región, respondió contundentemente:

Yo creo que eso que estás diciendo es importantísimo, yo creo que sí, que todo lo que hacemos las mujeres por estar bellas, por estar bonitas y estar a la moda, y también para tener una aceptación social, por la sociedad patriarcal y tener el visto bueno de los hombres, por capturar el interés de los hombres y seducirlos para poder realizar este ideal de ser una mujer madre, esposa, y madre de hijos y mujer bella; entonces eso es un estereotipo muy fuerte que está en todas las mujeres.

No obstante, distingue este anhelo de encarnar el modelo de mujer, del anhelo de ser reina:

Los reinados, me parecen a mí casi como las ferias de ganado. Las están mostrando ahí, las están ofreciendo.

Desde los quince años, cuando les hacen el festival de los quince años, la fiesta de los quince años, a las mujeres las están ofreciendo a los hombres, diciendo que ya está lista para que cualquiera de ustedes la tenga como pareja, como novia, como esposa o como amante. De quince años, a las mujeres las están ofreciendo como que ya están listas para estar con un hombre como pareja, pero, en realidad, por ahí a los veinticinco, si es mucho, está una lista.

Compartí con el grupo mi percepción de la realidad colombiana en contraste con otros países de la región, desde la idea de desarrollar reinados que involucren a niñas cada vez más pequeñas, buscando un modelamiento de la feminidad regínica en forma cada vez más temprana. Mientras que en Bolivia y Ecuador los reinados de niñas han sido prohibidos, en Colombia, salvo contadas excepciones, como Antioquia y Risaralda, son promovidos. A esto, Rosalba respondió:

Creo que tienen una oportunidad de trabajo, que tienen que encontrar mucho reconocimiento social, por ejemplo, con cuestiones como son el modelaje, como presentadora de televisión, como periodista que está expuesta a los medios, y me parece bueno si lo buscan como un puente de trabajo; a veces es bueno que lo encuentren como puente de trabajo, pero qué bueno que las mujeres encontraran otros puentes de trabajo que no tengan los peligros de hoy en día con la vigencia y el auge del narcotráfico, donde los narcotraficantes están pegados del televisor viendo los reinados, para ver cómo se cogen a cualquier niña y se la llevan, y terminan muertas, terminan asesinadas o dentro del narcotráfico, como narcotraficantes.

Frente a esto, Rosalba propone que las mujeres que eligen moverse en escenarios como los reinados y el modelaje deben propugnar por desarrollar un pensamiento estratégico:

Es que para ser bellas se necesita ser más inteligentes, porque se tienen más demandas y pueden caer en manos de unos manipuladores terribles, peligrosos. Y ¿cuántas mujeres que son muy bellas, y han hecho esfuerzos mayores por ser reinas, y luego se encuentran con una vida muy difícil y desgraciada? Con unos parejas violentos y con el máximo grado de exclusión y en feminicidios, en feminicidios.

**Imagen 70.** Pieza comunicativa de difusión del encuentro de mujeres de Risaralda, 2018

ENCUENTRO DE MUJERES  
DE RISARALDA

• 16 de Noviembre 2018 •  
— ACTO SIMBÓLICO —  
PARQUE OLAYA HERRERA  
5:00 P.M.

• 17 y 18 de Noviembre 2018 •  
ENCUENTRO DE MUJERES  
— LA JULITA UTP —  
8:00 A.M.

*Cambiemos el mundo juntas*

MAS INFORMACIÓN:

 [encuentromujeresrisaralda@gmail.com](mailto:encuentromujeresrisaralda@gmail.com)  [@cambiamoselmundojuntas](https://www.facebook.com/cambiamoselmundojuntas)   314 745 8047

Porque los hombres que tienen plata quieren ese valor, ser objeto sexual para mostrarlas, para multiplicar su imagen frente a la gente y para disfrutar de la belleza de la mujer, pero no, no la valoran como persona, entonces me parece que es como un trampolín que tiene el doble mensaje, y es, bueno, un trampolín que me puede llevar a un camino distinto, en lugar de si yo me voy formando.

También me preocupó mucho porque hoy en día son mujeres profesionales las que llegan a los reinados, y muy formadas, mujeres con magíster, con carreras que tienen que ver con el hombre. Ingenierías y todo eso. Y están buscando otro tipo de trabajo donde están mostrándose como objeto sexual, como mujeres bellas, donde están mostrando su cuerpo y valiéndose de su cuerpo. Pero la pregunta es: ¿qué nos está diciendo eso en términos de mujeres profesionales, tan calificadas, metidas en eso?, o sea: ¿qué oportunidades no encuentran en otros escenarios que se encuentran en esos espacios? A mí me cuestionan.

Conversamos sobre esos otros escenarios de oportunidad presentes para las mujeres, que quizás no son visibles o son restringidos. Desde mi trabajo, he observado que, cada vez en mayor medida, las mujeres que participan de estos escenarios son mujeres formadas profesionales, con posgrados. Al respecto, Rosalba reflexiona:

Porque en esas carreras hay mejores ingresos, en esas carreras y en las oportunidades que ofrece el reinado; mucho mayores ingresos que los que les ofrecen a las mujeres que están preparadas como ingenieras, bueno, con un poco de carreras que han sido rentables para hombres, pero no han sido rentables para las mujeres y ese, el modelaje, el reinado, el ser artista de televisión, de cine y todo eso, se ganan en un mes lo que se gana una

ingeniera en un año. Esta niña [señalando a una profesional joven integrante de la red] es una ingeniera y es muy capaz, y no me ha encontrado trabajo, y quien la quiera de trabajadora tendría una maravilla de trabajadora y de ingeniera, entonces esto, pues..., entonces, también es de las oportunidades que hay y que son rentables. Entonces, es también la mezcla de oportunidades que traen y ofrecen [los reinados].

Por su parte, Margarita consideró que la cultura del consumo es la razón de que este tipo de escenarios se hayan vuelto tan populares entre las mujeres jóvenes:

Es que como estamos en una sociedad tan consumista, y eso se ha asentado con las comunicaciones, con el internet, la televisión, las mujeres somos más vulnerables a todos esos mensajes que nos están vendiendo. Ellas están con la televisión, con el internet y todo eso [...] Pero estos mensajes han calado mucho.

Mientras tanto, Rosalba valoró que se haga una reflexión académica sobre este tema, y considera que es necesario, como movimiento, dar debates sobre este tema

[...] porque son una oportunidad peligrosa. Muy peligrosa, un trampolín que es una oportunidad peligrosa y resbalosa. Porque hay muchísimas jóvenes y ellas están buscando fuentes de trabajo que les den un valor económico bastante fuerte y reconocimiento social, pero también están buscando un hombre que les garantice una calidad de vida buena y si [...] no tiene un criterio para elegir y se guía nada más por el tener, eso es una trampa mortal y es una trampa negativa, de perdición de todos los esfuerzos que ella ha hecho. Y esto se aplica también a la política. Entonces hay que tener criterio para escoger al parejo, para hacer un contrato en el

que está haciendo una sociedad civil entre un hombre y una mujer. Para negociar y entonces decir: «estoy dispuesta a negociar esto, esto y esto no». Para eso se requiere criterio.

Al cierre de la actividad, escucho de nuevo la letra de la música que las feministas más jóvenes pusieron en el espacio cultural organizado en el evento del parque. Es una canción que se titula «Mujer lunar» de la cantante guatemalteca de rap feminista Rebeca Lane:

*Ni dios ni patria, ni marido ni partido.  
 Así es como nací, así es como he vivido.  
 Desde que mamá me parió a este mundo  
 Marcaron con rosado el color de mi rumbo.  
 Pero mamá, a mí me gusta el morado  
 Me gusta la poesía y la melancolía.  
 No creo en cuentos de hadas ni en fantasías.  
 No quiero ser de nadie, yo quiero ser mía.  
 Yo me cuento un cuento cada mañana:  
 Abrí mis alas, huí del paraíso con Lilith y niñas malas  
 No creo en nadie que arriba esté juzgando.  
 Soy dueña de mis actos, voy improvisando.  
 Soy mujer, soy un ser lunar  
 Cambio como la luna de blanca a oscura.  
 En mi vientre llevo la simiente  
 De mi útero nació toda la gente.*

### **¡Mi reina!**

Al finalizar el viaje por Pereira me fui a Marsella, ciudad de origen de quien en ese momento era la recién coronada Reina Nacional Infantil del Folclor Colombiano (2018). La casa de la cultura del pueblo, declarada como patrimonio histórico, es una edificación antigua, de la época de la colonización antioqueña, con tres pisos y

hecha de madera, guadua y bahareque. Está organizada desde una disposición museística que recibe a quien la visita con los retratos de los próceres de la patria, quienes conviven en la misma sala con los de las reinas de Marsella. Allí esperé a que la reina infantil me atendiera.

María Paz, la reina de ocho años, y su madre, compartieron conmigo su experiencia de ganar por primera vez un reinado. El esfuerzo económico colectivo para hacer realidad el propósito de que la niña participase en el reinado, mediante la venta de arroz con leche, la reunión de ahorros y alcancías y, finalmente, la solicitud de un crédito bancario por catorce millones de pesos aún por pagar entre ellas y su grupo de danzas folclóricas (aproximadamente 4.750 USD que en Colombia equivalen a más de un año de salario mínimo). No obstante, esto no parece importarles frente a la alegría de haber traído una corona para su municipio.

Como para otras niñas reinas con quienes me he entrevistado durante estos años recorriendo reinados infantiles del país, para María Paz tiene un nivel exponencial de proyección y posicionamiento con la corona, mucho mayor cuando lo compara con el que podría ganar por otros medios, como el estudio o el deporte e incluso comparado con el que ella misma tuvo antes con la práctica de las danzas. Ella lo sabe porque lo vive todos los días, lee la realidad.

Su madre recuerda que María Paz decía que quería ser reina desde los cuatro años. Una niña de cuatro años sabe que ser reina es la vía que lleva a las mujeres de Marsella a obtener reconocimiento y afecto por parte de su comunidad, pues desde que era una bebé de brazos vio a las reinas de belleza ocupar un lugar protagónico en el museo del pueblo, al lado de otras celebridades y personas distinguidas, en su mayoría hombres.

Ahora va a concursar por la corona internacional y, si gana, su foto aparecerá en el museo local junto a las de las demás reinas de la región. La admiración que despierta y el reconocimiento que obtiene es imbatible: María Paz percibe claramente que el trato hacia ella cambió con la corona, en su colegio comenzó a ser tratada como reina, admirada, distinguida. «¡Me dicen mi “mi reina”!», exclama emocionada: «Reina, mi reina. Sí, María Paz. Mi reina».

Maria Alejandra Ortiz Calderón  
Reina nacional del Folklor 2013/2014

Con Gratitud  
y todo mi cariño  
Casa de la Cultura  
Marsella  
Reyna Alejandra Ortiz C  
Folklor  
2013



**Imagen 71.** Reinas de Marsella  
**Fuente:** fotografía tomada en la Casa de Cultura de Marsella.

# PASARELA





Mientras escribo, escucho de fondo el desarrollo de los Juegos Olímpicos de Tokio 2021. Es de madrugada, así que mis costumbres escriturales me permiten acompañar el tecleo con las rutinas gimnásticas. El reciente daño de mi computador me llevó a una actualización tecnológica obligada que me brinda, como premio de consolación, la novedad de configurar, simultáneo a mi escritura, un pequeño recuadro en la esquina superior derecha de la pantalla, para seguir la competencia en tiempo real.

En esa pequeña ventana puedo ver a Alexa Moreno, gimnasta mexicana, desarrollando su rutina en las barras asimétricas. No le va muy bien. Cambia de escenario y ahora la veo recorrer ese estrecho camino azul claro que lleva al potro. Salta y consigue ubicarse oficialmente en el octavo lugar en las eliminatorias —narra Elsa García, exgimnasta mexicana y comentarista especializada—. Con Alexa, México llega por segunda vez, luego de veinte años, a las finales de gimnasia artística individual en unos Juegos Olímpicos. Vuelvo al texto y en esta página interminable se revela el camino que lleva al potro: de nuevo e insistente, la viga-pasarela aparece como significativa.

Aunque practiqué gimnasia olímpica durante más de diez años desde mi infancia hasta mi adolescencia, no pude —por una condición esquelética— entrenar con la intensidad mínima requerida de ocho horas diarias para aspirar al equipo olímpico. No obstante, mi referente, como para muchas niñas de mi generación, años setenta y ochenta del siglo pasado, fue Nadia Comăneci. La impronta de ese «diez» imposible que inauguró, y que por mucho tiempo representaría el parámetro para calificar la perfección encarnada en el cuerpo de una niña, resonó por mucho tiempo en mí, como horizonte exaltado de posibilidad subjetiva femenina infantil. La portada de la *Revista Time* del momento fue: «Es perfecta»; *Sports Illustrated*, donde normalmente solo aparecían hombres, tituló: «Se robó el show»; mientras *Newsweek* afirmó: «Una estrella ha nacido». Pero ¿qué es ser una estrella?

\*\*\*\*\*

En una entrevista<sup>28</sup> a Margarita Rosa de Francisco –virreina del Reinado Nacional de la Belleza como representante del Valle en noviembre de 1984–, le preguntaron qué es ser una estrella. Pienso, tratando de responder a esa pregunta antes de que la entrevistada lo haga, que una estrella es un cuerpo luminoso, pero hay dos tipos de cuerpos luminosos: los que desprenden su propia luz, como el sol, y los que reflejan la luz de otra fuente, como la luna.

La «Niña Mencha»<sup>29</sup>, como se le conoce popularmente a esta mujer de sesenta años, cuerpo delgado y atlético, ojos verdes y cabello rubio ondulado que completa su apariencia leonina, responde: «Es algo que ven los demás».

La escucho y pienso que tiene razón. Esa es una tercera forma: devenir estrella; como un reflejo de aquello que se produce en la mirada de los otros, como si fuera un polvo de estrellas que se condensa en la mirada de quien admira. En Colombia, a las mujeres adultas se les suele decir coloquialmente niñas, en una suerte de infantilización que también tiene contenidos de clase. Aunque se trataba de una expresión más habitual en Cali y la región de Antioquia y zonas aledañas, se difundió a otras regiones del centro del país. Así que Margarita devino en la «Niña Mencha» hasta muy entrados los cuarenta.

Margarita Rosa, con su cuerpo delgado y tonificado, vino a posicionar el prototipo de la belleza femenina *fitness* de las mujeres de los ochenta, con una estética afín a la instituida por Jane Fonda, con quien también compartió la práctica del trabajo sobre sí a través del ballet clásico, que entrenó desde niña. Luego de experimentar traumatismos y procesos quirúrgicos, ocasionados por una escoliosis

28 Desarrollada por Carolina Sanín en el marco del programa *Dominio Público* de Canal Capital, canal oficial de televisión de Bogotá, 2021.

29 Sobrenombre del personaje que protagonizó en su primera aparición televisiva, en la telenovela *Gallito Ramírez*, coprotagonizada por el cantante colombiano Carlos Vives, con quien después contraería matrimonio. Su boda fue transmitida por televisión, como la de *Lady Di* y otras actrices de telenovelas en otros países, como *Lucerito* en México, que se convertían en una materialización del mito del amor romántico de los cuentos de hadas.

grave, el trabajo sobre el cuerpo constituyó una búsqueda para poder habitarlo de otra manera.

La experiencia del propio cuerpo y el *performance* de su reginidad resultan elocuentes en dos mujeres que de alguna manera encarnaron el espíritu femenino de su época, dicho de otro modo, expresaron la belleza femenina vigente en los ochenta a través de su corporalidad: con una estética similar a la de Jane Fonda, Margarita Rosa dedicaría su vida a fortalecer la relación con su cuerpo como si fuera una tierra de cultivo, afirmando su vínculo con ella a través del ejercicio continuo:

Hice de mi cuerpo un medio para mostrarlo afuera, pero no para habitarlo yo. Siempre sentí desde pequeña que mi cuerpo era un espectáculo. Mi cuerpo no era para habitarlo: era para verlo desde afuera. Así que yo necesitaba demostrar que yo estaba ahí y ponía al cuerpo como testigo: valiente, disciplinada y valiosa.

¿De qué manera una mujer como ella podía aceptar la agencia de ese cuerpo? Tenía dos caminos: el placer y el deseo. Su cuerpo, como ella lo reconoce, era un instrumento: «Algo para sentirme dueña sin que en realidad me pertenezca del todo».

La actuación le permitió habitar ese cuerpo de manera intermitente, a través de los personajes que creaba: «Me unifico con los personajes [...] me uno con mi cuerpo cuando soy un personaje, una proyección, como una expresión de mí, y tengo muchos personajes, por ejemplo, el personaje de las entrevistas. Ese lo tengo muy bien trabajado».

El personaje de *Café con aroma de mujer* —de esa muchacha enamorada— hace de este prototipo de la feminidad un espectáculo, como ella, dice, actuó ese personaje también en su vida real: «Era una muchacha enamorada que se casó con un muchacho guapísimo, el hombre soñado; que tenía un cuerpo admirado, deseado, sexy. Un cuerpo que genera muchos deseos físicos y subjetivos. Era un cuerpo castigado y dolorido».

En su reflexión apareció la comprensión de la belleza como sufrimiento, como producto de un ejercicio reiterado de trabajo sobre sí —diría Foucault—, al hacer del dolor una virtud en favor de la belleza. Era una mujer bella, joven y luminosa: «Ser bonita ha representado para mí muchas cosas, ha sido importante que los demás me vean así y tener un sentimiento que me reconforte, invertir en ser bella construyó una estética y un cuerpo que yo considero bello y que puedo exhibir».

Las mujeres caleñas son famosas por ser «bellas como las flores», como dice la canción, un valor profundamente reconocido en Cali, tierra de origen de Margarita. Pero además en su caso, su madre —quien también fue reina de belleza— se constituía en un doble parámetro de referencia del valor y la importancia de la belleza:

Véamos juntas sus álbumes; se había ganado varios reinados, la corona era como una fantasía, como un cuento de hadas para mí y era muy importante ser bonita a los ojos masculinos. Es como la sociedad, era ser bonita a los ojos de un hombre; ese hombre era la sociedad entera, y esto sucede porque los reinados en Colombia tienen mucha importancia. Pero la imagen de mujer que se proyecta en un reinado es una «antimujer», es «antinatural» [...] es una postura, es una impostura poner mi cuerpo en una pasarela para que sea juzgado, la gente considera que traiciono o no agradezco los beneficios que me ha dado el reinado, el haber sido reina, cuando digo esto. Pero la realidad es que el reinado, los reinados, son un negocio que funciona gracias a nosotras, que nos subimos ahí y hacemos el juego en la pasarela, gracias a nosotras ese reinado es posible. Y bueno, mejor la pasarela que una corraleja. **Lo importante es saber a qué jugamos cuando estamos ahí.**

\*\*\*\*\*

Vuelvo a la presentación de los Olímpicos, pasan la repetición de lo más destacado del grupo previo y aparece Sunisa Lee, de dieciocho años, prácticamente danzando sobre la viga de equilibrio, ese «espacio donde poder acomodarse», como lo llamó mi amiga, Gloria, ese lugar que hay que encontrar para ser quien se desea, aunque solo

sean diez centímetros de ancho. La comentarista agrega: «mantener el equilibrio es complejo. La viga es impredecible». Destaca que las gimnastas se sometieron a prácticas corporales intensivas desde los tres o cuatro años y reconozco, acudiendo a la comprensión de Elsa Muñiz (2010), cómo esos usos intencionales, individuales y colectivos del cuerpo femenino se manifiestan como escenario de disciplinamiento corporal y estético, al que las niñas se disponen y que sus familias aceptan, facilitándolos e incluso promoviendo, por considerar que son un escenario que permite a las niñas destacarse, ser reconocidas y proyectarse representando a su lugar de origen. Justo como sucede en los reinados.

## **El tablón endeble y el salto al abismo en Colombia**

Recuerdo un viaje de trabajo de campo realizado hace algunos años para una consultoría sobre género e infancia. En el departamento de Nariño, cerca de un resguardo indígena en Aponte, había una ruta para llegar a la escuela. Las niñas debían cruzar bordeando un abismo por el filo resbaloso de una montaña.

El camino estrecho terminaba en una delgada y angosta tabla que amenazaba con voltearse o quebrarse en cualquier momento, la cual funcionaba como puente para cruzar un caudaloso río. Caminar por la tabla guardando el equilibrio era un ritual cotidiano: funcionaba como un precario puente para poder ejercer su derecho fundamental a la educación y a la vez como un dispositivo de entrenamiento.

En Cundinamarca, cerca del Río Negro, camino a Risaralda vía Mariquita, también vi niñas descolgadas por un cable pendiente de un gancho, deslizándose por un desfiladero. Su seguridad dependía de un cable de acero viejo, de su habilidad para mantener el equilibrio deslizándose a toda velocidad y, al final, moderar la velocidad de bajada y el impacto con una horquilla de madera. Habían cruzado cientos de veces, pues es una práctica cotidiana para salir de su comunidad y llegar a la escuela. El vértigo del vuelo de menos de un minuto es parte de la experiencia que han configurado como placentera y las exime de caminar más de tres horas por la orilla de la carretera para llegar al mismo punto.



Imagen 72. El camino  
Fuente: registro de campo.



Ese aprendizaje de tránsito por el cable de acero añejo y oxidado constituye la metáfora exacta de lo que observo en la relación de las niñas con los reinados como vectores de movilidad, reconocimiento y ascenso social que detallé en el capítulo sobre los reinados. Si nunca lo lograron, les permite destacar por primera vez, emerger del anonimato donde habían estado subsumidas, y lo seguirán estando, salvo excepcionales circunstancias en que eventualmente logren ser visibles, en escenarios donde casi nada no relacionado con este registro merece reflectores.

### *El ascensor está dañado*

Un estudio comparativo, desarrollado por la OCDE (2018) a escala global, se refirió justamente a la manera como opera esta suerte de ascensor social<sup>30</sup> en Colombia y que, al parecer, está descompuesto. Los datos dan cuenta de que el tiempo promedio que tarda una familia empobrecida para alcanzar el ingreso promedio de su país es de cuatro generaciones y media, mientras que en Colombia este «ascensor social» demora once generaciones. En contraste, en Argentina o Chile, la misma familia tardaría solo seis y en Dinamarca solo dos.

En esa vía, como en la del cable oxidado o el tablón endeble, la experiencia de aprender a transitar con equilibrio, lidiando con la sensación de vértigo, la adrenalina, el temor, la emoción y el momento en que, mediante la práctica, repentinamente se trasciende el miedo y el andar por ese espacio estrecho, comienza a resultar divertido. Construyendo seguridad y soltura se va encontrando la forma propia, personal, de transitar: por la viga, por el tablón, por el cable, por la vida como niña en Colombia y, en últimas, por una pasarela.

Daniela, quien participó cuando tenía catorce años en el reinado del colegio en Santa Rosa de Cabal, describe claramente su experiencia en la pasarela del reinado del colegio y en el de Santa Rosa:

30 En este reporte, la OCDE da un panorama sobre la movilidad de las personas en comparación a la situación de sus padres (movilidad intergeneracional) pero también compara distintas etapas de la vida de una misma persona (movilidad intrageneracional).

*A mí me gustó mucho, es genial porque uno es el centro de atención, a nadie más están viendo, solo a usted. O sea, inervios, porque esa pasarela es muy alta, es demasiado alta, y para uno el hecho de que uno se fuera a tropezar o a caer era lo peor! Pero de resto es lo mejor, porque uno se siente único en ese momento: está en su momento, entonces eso es iuuuyy!*

Pero las pasarelas, como la montaña en Nariño, tienen un doble filo: en la cultura colombiana prevalecen, por un lado, las representaciones de la niñez «aprincesada» e inocente, y por el otro las de la feminidad normativa adulta. En ese filo las niñas deben desplegar el *performance* de la feminidad regínica infantil como un tejido de representaciones y atributos de la feminidad colombiana exaltada: «la de exportación», pero versión infantil. Y adicionalmente deben ser capaces de encontrar una manera de representar la feminidad regínica, su «belleza, coquetería y seducción», pero sin perder «la gracia e inocencia» infantiles.

En su tránsito no van solas, llevan consigo gran cantidad de elementos simbólicos y representaciones sociales que pueden servirles como herramientas, pero también convertirse en fardos que las hagan resbalar y las arrastren por el acantilado. Parte del reto es aprender a manejarse con esos pesos y, de preferencia, desarrollar las habilidades para utilizarlos a su favor, si es que sobreviven y consiguen enfrentar el siguiente abismo. La profesora y columnista Yolanda Reyes (2015) lo expresa de la siguiente manera:

Y si no se va al Miss Universo, al menos se llega a ser modelo, presentadora de televisión, actriz o mujer de político, mafioso o empresario. Ante la falta de educación y la inequidad de oportunidades, la belleza significa para muchas niñas colombianas lo que los grupos armados para los varones de diez años: opciones de ascenso económico, de movilidad social y de poder. ¿Qué otros sueños se podrían cultivar en un país que no ofrece alternativas para hacer contrapeso a esa aleación entre el poder, el dinero y la belleza que se vende por televisión y que para muchos es la única esperanza? (p. 1)

Gabriel Gallego (2009), analizando la regulación de la sexualidad, el género y las políticas públicas en Colombia, propone que, en países como Colombia, México y Venezuela, con trayectorias históricas marcadas por la violencia y conflictos armados internos, así como por el narcotráfico, existen distintos actores con posicionamientos políticos diversos que ejercen un fuerte control de la sexualidad y el género. En ocasiones estos actores son afines al Estado y en otras afirman posiciones contrarias a través de sus acciones; pero en general operan a través de la coacción de la población civil desde el uso de la fuerza armada o amenazas.

En Colombia los actores armados y paramilitares despliegan una serie de acciones de control de la sexualidad, particularmente en «los sectores populares», y especialmente en quienes, por su sexualidad, género o apariencia cuestionan la matriz heteronormativa (Rich, 2003).

Así ha operado por décadas la mal llamada «limpieza social», práctica instaurada que se manifiesta de muy variadas formas: desde acciones individuales hasta estrategias convenidas entre los diversos actores del conflicto, pero establecidas para eliminar, borrar o desaparecer sectores sociales vistos como amenazas para el orden social, mecanismos de control de la población y el territorio, enfocados en regular los cuerpos, su apariencia, su tránsito, interacciones sociales e incluso posibles prácticas sexuales, delimitando estrictos rangos de aceptabilidad, apegados a estereotipos de género y sexuales (Bello, 2018; CNMH, 2017; Grupo de Trabajo sobre el Examen Periódico Universal, 2009, pp. 1-32; Prada *et al.*, 2012).

Estos mecanismos de control poblacional han sido sumamente efectivos, no solo para eliminar actores sociales considerados disidentes, sino para instaurar mecanismos de control sobre la apariencia, sexualidad y las relaciones establecidas entre las personas de los territorios controlados por los actores armados.

Han permeado la subjetividad y las prácticas culturales asociadas al cuerpo, las relaciones entre los cuerpos y las formas en que esos cuerpos aprenden a desplegarse y ocupar el espacio; también los códigos aceptados y los rechazados, las formas de interacción que se

consideran legítimas, las vías para su despliegue y los mecanismos para hacer que el cuerpo juegue a favor.

Por eso, en un escenario donde los cuerpos de personas disidentes de género son expulsados o masacrados como método de ejemplo correctivo, el cuerpo de las mujeres «cisgénero», particularmente de las niñas, se constituye en escenario de contienda donde se instauran mecanismos de coerción, regulación y control y frente a los cuales las niñas aprenden a desarrollar diversas estrategias de sobrevivencia a partir de hacer uso de su capital erótico y así mismo, su cuerpo se convierte en escenario de posibilidad para cultivar los elementos que hacen parte de su capital cultural y de valor de intercambio social (Rubin, 1986).

Existen referencias documentadas por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2011) de casos de violación y abuso sexual en el marco del conflicto armado, asociados a la realización de reinados de belleza de niñas organizados por grupos paramilitares, donde ser elegida por «bonita» gracias a la opinión de líder dominante en la región o población se convierte en garantía de seguridad, protección y sustento de necesidades básicas para sí y los allegados.

En Rincón y Libertad los paramilitares hacían reinados de belleza de niñas para «escoger a las niñas más bonitas, eso los hacía más hombres. En la guerra se juega la codicia de tierra, de recursos, pero se juegan codicias masculinas también» (Osorio, 2011). El Centro Nacional de Memoria Histórica (2011) ha reportado la forma en que las niñas participaban en esos concursos:

Fueron obligadas a reunirse a solas con él —alias El Oso— y no se permitía que los familiares ni acompañantes de las muchachas participaran en el encuentro. Las candidatas que no aceptaron los requerimientos de El Oso tuvieron que irse de sus comunidades bajo amenazas de muerte [...]. La percepción de la comunidad es que todas las chicas fueron abusadas, pero hay una especie de pacto de silencio alrededor del tema. (Entrevista a funcionario público, Sincelejo, 2010)

Los calificadores de este reinado fueron políticos y paramilitares de San Onofre. La ganadora, una niña de catorce años.

## El imposible equilibrio

Este escenario, como a las feministas de Risaralda con las que conversé, me interpela porque considero que, de algún modo, nuestra agenda política como movimiento en América Latina ha dejado de lado a las niñas, centrando la atención en ellas solo cuando desarrollan su capacidad reproductiva.

Sería interesante hacer un balance frente a lo que hemos hecho como movimiento, cada una desde su lugar, para avanzar efectivamente en propuestas concretas dirigidas y, ojalá, construidas con las niñas, como alternativas serias a los reinados.

Hablo de propuestas que reconozcan los contextos, problemáticas, anhelos, necesidades, estrategias y prácticas desarrolladas por las niñas y, predominantemente, sus madres, quienes en el actual escenario colombiano, como ya se ha visto, identifican estos espacios, activamente promovidos por el Estado y la iniciativa privada, como uno de los contados vectores de posibilidad para lograr la visibilidad, movilidad, reconocimiento y ascenso social que desean para sus hijas.

En su momento, para esbozar un intento de abordaje, hace años la antropología me aportó lo que Rita Segato (2013) ha denominado como la «caja de herramientas de la antropología», para utilizarla y trabajar un tema que antes jamás en mi vida me planteé explorar, que no era de mi interés político o investigativo, pero la realidad colombiana y el campo se me impusieron, me increparon respecto a mí y mis supuestos frente al tema.

«¿Crees que el feminismo afecta la forma en que eres con relación a los reinados?», me preguntó Vero, en ese momento de doce años de edad, cuando conversé con ella y su hermana gemela respecto a su interés por participar en el reinado de su colegio. Su madre, feminista como yo, aludida por la pregunta, respondió haciendo eco de mi reflexión interna: «Sí, por supuesto..., pero...».

**Imagen 73.** Equilibrio

**Fuente:** registro de campo.



¿Es posible, como propone Segato, apostar por un camino decolonial en las prácticas disciplinares y académicas? Pensaría que sí, si como ella sugiere, se emplea de manera invertida la caja de herramientas de la formación, haciendo lo que en sus términos es una «antropología por demanda», es decir, la antropología que «produce conocimiento y reflexión como respuesta a las preguntas que le son colocadas por quienes de otra forma serían, en una perspectiva clásica, sus “objetos” de observación y estudio, primero de una forma inadvertida, y después teorizada» (Segato, 2006, p. 2). Esa ha sido mi apuesta o, por lo menos, el horizonte que orientó este trabajo.

En mi caja de herramientas también atesoro otros recursos (estéticos, teóricos y políticos) que sin duda intervinieron, ayudaron y conformaron, aunque a veces también perturbaron, las rutas, medios y modos que tomé para aproximarme a este campo de indagación.

Mi modesto aporte, a través de esta investigación, ha sido la creación de una teoría y unos conceptos propios que me permitieron comprender esta complejidad y leerla. Una grilla analítica para estudiar y comprender un fenómeno que no se había investigado académicamente, para poder analizarlo, pero que espera para ser aprovechada por quienes continúen aventurándose en él.

Finalmente, los hallazgos de esta investigación convocan a continuar desarrollando aproximaciones que apuesten por construir conocimiento situado, desde y con las niñas, reconociendo que en la construcción de las categorías de infancia y niñez se juegan de manera imbricada y contundente las marcas y representaciones de edad, género, raza y clase; y que éstas no pueden ser obviadas. Espero que este trabajo pueda servir como invitación para otras personas que deseen profundizar en los aspectos que emergen de este trabajo de largo aliento.

Como precisó la profesora Mara Viveros frente a una lectura de los resultados de este trabajo, el entender a las niñas nos permitirá afinar los análisis de la constitución de la feminidad y los mecanismos que operan en su minorización, el estatus ligado a la edad, la restricción de la autonomía y los mecanismos de subalternización, todo lo cual nos permite pensar también cómo opera esto en las mujeres adultas.

En este mismo sentido, valdría la pena también profundizar, para el escenario colombiano, en la alternativa que la reginidad plantea, en términos de proyecto de la feminidad, al modelo mariano, en el que la maternidad se juega como medio de realización. En todos estos años hablando con niñas y reinas, y acudiendo a reinados, la maternidad no se hacía presente, como sí sucede en otros contextos, como vector de realización subjetiva. En los reinados queda desdibujada o es prácticamente inexistente, por lo menos en el discurso. La única maternidad que se hace presente en ese escenario es la de la reina madre, orgullosa de su hija y sus coronas.

La comprensión de la propia condición personal como mujer en términos sociales y políticos y la constante revisión, reevaluación y reconceptualización de esa condición en relación con la comprensión de otras mujeres de sus posiciones socio sexuales, generan un modo de aprehensión de toda realidad social que se deriva de la conciencia de género. Y desde esta aprehensión, desde este conocimiento personal, íntimo, analítico y político de la fuerza penetrante del género, no hay retorno a la inocencia de la «biología».

Teresa de Lauretis, *La tecnología del género*



## Bibliografía

- Acevedo, Tatiana (2015, enero 21). Relatos salvajes. El *Espectador*. Obtenido desde <http://www.elespectador.com/print/539259>
- Agudelo, Alejandro (2021). *Luz Marina. ¡Las memorias de una Miss Universo!* Publicación electrónica accesada el 20/11/2021 y obtenida desde [https://issuu.com/missuniverso1958/docs/luz\\_marina\\_las\\_memorias\\_de\\_una\\_miss\\_universo](https://issuu.com/missuniverso1958/docs/luz_marina_las_memorias_de_una_miss_universo)
- Alpízar, Lydia, y Bernal, Marina (2003, noviembre 11). La construcción social de las juventudes. *Ultima Década*, 11, pp. 105-123. Obtenido desde <https://doi.org/10.4067/S0718-22362003000200008>
- Arango Melo, Ana María (2014). *Velo qué bonito. Prácticas y saberes sonoro-corporales de la primera infancia en la población afrochocana*. Quibdó: «Asinch» Asociación para las Investigaciones Culturales del Chocó.
- Aristizábal, Diana Marcela (2015). *Juguetes e infancias*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Bae, Michelle (2011). Interrogating Girl Power: Girlhood, Popular Media, and Postfeminism. *Visual Arts Research*, 37(2), pp. 28-40. Obtenido desde <https://doi.org/10.5406/visuartsrese.37.2.0028>
- Banet-Weiser, Sarah (2018). Postfeminism and Popular Feminism. *Feminist Media Histories*, 4(2), pp. 152-156. Obtenido desde <https://doi.org/10.1525/fmh.2018.4.2.152>
- Baudrillard, Jean (2009). *La sociedad del consumo: sus mitos, sus estructuras*. México: Siglo XXI Editores. DOI: <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- BBC Mundo (2015, septiembre 2). *Las antiprincesas, las nuevas heroínas de los cuentos infantiles en Argentina*. BBC mundo. Obtenido desde [www.latercera.com/noticia/las-antiprincesas-las-nuevas-heroinas-de-los-cuentos-infantiles-en-argentina/](http://www.latercera.com/noticia/las-antiprincesas-las-nuevas-heroinas-de-los-cuentos-infantiles-en-argentina/)

- BBC News Mundo. (2012). Colombia: prohíben reinados de belleza en colegios de Antioquia. *BBC News Mundo*, pp. 1-6. Obtenido desde [https://www.bbc.com/mundo/ultimas\\_noticias/2012/08/120810\\_ultnot\\_colombia\\_prohiben\\_reinados\\_belleza\\_dp](https://www.bbc.com/mundo/ultimas_noticias/2012/08/120810_ultnot_colombia_prohiben_reinados_belleza_dp)
- Becerra, Absalón (2008). *Historia de la infancia en Colombia: crianza, juego y socialización, 1968-1984*. Obtenido desde <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=48575746&lang=es&site=ehost-live>
- Bello, Alanis C. (2018). Un carnaval de resistencia. Memorias del Reinado Trans del Río Tuluní. Bogotá: CNMH.
- Benjamin, Walter (1981). El arte en la época de su reproducción mecánica. *Sociedad y comunicación de masas*. México: Fondo de Cultura Económica - FCE.
- Berger, John (2016). *Modos de ver*. Barcelona: VEGAP.
- Bernal, Marina (2019). *Genealogía de las pedagogías de la sexualidad en Colombia*. Bogotá: IDEP. Obtenido desde <https://www.preceden.com/timelines/487836-genealog-a-de-las-pedagog-as-de-la-sexualidad-en-colombia-marina-bernal-2019-gu-a-de-fundamentaci-n-y-apoyo-pedag-gico>
- Bernal, Marina (2006). *Manual de autocuidado y autodefensa para mujeres activistas*. México: Unifem, Elige, Artemisa.
- Bianco Del, Celeste (2020, abril 2). *Poner el mundo al revés, una decisión creativa para que los libros transformen la sociedad y los modelos imperantes*. Obtenido desde <https://la.network/poner-el-mundo-al-reves-una-decision-creativa-para-que-los-libros-transformen-la-sociedad-y-los-modelos-imperantes/>
- Blanco, Jaqueline y Cárdenas, Margarita (2009). Las mujeres en la historia de Colombia, sus derechos, sus deberes. *Prolegómenos*, 12(23), pp. 143-158. Obtenido desde <https://doi.org/10.18359/prole.2501>
- Bolívar, Ingrid (2007-mayo). Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas.

- Íconos. *Revista de Ciencias Sociales*, 28, pp. 71-80. DOI: <https://doi.org/10.17141/iconos.28.2007.229>
- Bolívar, Ingrid, Arias Vanegas, Julio y Vásquez, María de la Luz. (2001-enero). Estetizar la política. Lo nacional de la belleza y la geografía del turismo, 1947-1970. *Belleza, fútbol y religiosidad popular*, pp. 45-85.
- Bolívar, José (2015, junio 30). Las reinitas y los Derechos Humanos. *Las2Orillas*. Obtenido desde <http://www.las2orillas.co>
- Bombón-Desacato Feminista. (2015). ¿Están mal los reinados de belleza de niñas? *Desacato Feminista*.
- Bonnett, Piedad (2010). El prestigio de la belleza. *Cuadernos hispanoamericanos*. Bogotá: Alfaguara.
- Bordo, Susan (1989). The Body and the Reproduction of Femininity: A Feminist Appropriation of Foucault. *Gender/body/knowledge: feminist reconstructios of being and knowing*, pp. 13-33.
- Bourdieu, Pierre (1990). La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. *Sociología y Cultura*. México: Grijalbo/Conaculta
- Bourdieu, Pierre (2016). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus. Penguin Random House.
- Butler, Judith (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate Feminista*, 18, pp. 296-314. Obtenido desde <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=a9h&AN=20934215&lang=es&site=ehost-live>
- Butler, Judith (2006). Vida precaria: el poder del duelo y la violencia. *Espacios del saber*. Vol. 1. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2010). «Soy sólo parte de ellos»: Hannah Arendt, *The Jewish Writings*. *Lectora: revista de dones i textualitat*, 15(diciembre), 31-41. Obtenido desde <https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/7173>
- Butler, Judith; Gambetti, Zeynep y Sabsay, Leticia (2016). *Vulnerability in resistance*. Duke: Duke University Press.

- Butler, Jess (2013). For White Girls Only?: Postfeminism and the Politics of Inclusion. *Feminist Formations*, 25(1), pp. 35-58. DOI: <https://doi.org/10.1353/ff.2013.0009>
- Caliwood.com.co. (s.f.). En Colombia. Obtenido el 30 de septiembre de 2021 desde <http://www.caliwood.com.co/en-colombia.html>
- Cardona, Patricia (2007). Los narcotraficantes y su búsqueda de aceptación en la sociedad. *Sincronía Verano*, pp. 1-16.
- Carmona, Parra, Jaime Alberto; Moreno Martín, Florentino y Tobón Hoyos, Felipe (2011). *La carrera de las niñas en los grupos guerrilleros y paramilitares de Colombia: Un estudio desde el punto de vista del agente*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Castaño, Julieth. (2019, diciembre 8). Esta fue la pregunta que debió responder Colombia en Miss Universo 2019. *La FM*. Obtenido desde <https://www.lafm.com.co/entretenimiento/esta-fue-la-pregunta-que-debio-responder-colombia-en-miss-universo-2019>
- Castaño, Pilar (2011, noviembre 15). La belleza ¿natural o artificial? *El Espectador*. Obtenido desde <https://www.elespectador.com/cromos/vida-social/la-belleza-natural-o-artificial/>
- Castoriadis, Cornelius (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Castro-Gómez, Santiago (2015). *Seguir al conejo blanco*, pp. 217-229.
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo (2008). *Genealogías de la colombianidad*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar.
- Celis Hernández, Marlon Steve (2020). *Representación e imagen: la mujer de élite en Bogotá 1910-1920*. Tesis de Maestría en Historia, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia.
- Celis, Nadia (2007). *La rebelión de las niñas: cuerpos, poder y subjetividad en la representación de las niñas y adolescentes*

- por escritoras del Caribe hispano. Obtenido desde <https://es.scribd.com/document/359177160/La-revelion-de-las-ninas-pdf>
- Centro de Referencia Nacional Sobre Violencia (CRNV)  
Subdirección de Servicios Forenses, (agosto 2021), Boletín Estadístico Mensual.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2011). *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2017). *Una guerra sin edad. Informe nacional de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado colombiano*. Obtenido desde <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/informes/publicaciones-por-ano/2018/una-guerra-sin-edad>
- Certeau de, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I. Las artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, A.C.; ITESO.
- Chao, Daniel (2015). Régimen escópico e imaginario social. *Revista Afuera. Estudios de Crítica Cultural*. Argentina, VI (11), pp. 1-7. Obtenido desde [http://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2015/06/Revista-Afuera\\_-\\_Estudios-de-critica-Cultural.pdf](http://www.fadu.edu.uy/estetica-diseno-ii/files/2015/06/Revista-Afuera_-_Estudios-de-critica-Cultural.pdf)
- Colombia.co. (2021, noviembre 24). Celebración Día de las Velitas en Colombia. Marca País Colombia. *Colombia Marca País*. <https://www.colombia.co/actualidad/especiales/porque-celebramos-el-dia-de-las-velitas/>
- Colprensa. (2015, diciembre 2). Memorias de una Miss Universo, Luz Marina Zuluaga. *El Universal*. Obtenido desde <https://www.eluniversal.com.co/farandula/memorias-de-una-miss-universo-212848-ASEU316060>
- Cortés Salcedo, Ruth Amanda (2012). *Prácticas de ciudadanía en la escuela contemporánea. Colombia, 1984 - 2004*. Obtenido desde <https://revistas.pedagogica.edu.co/index.php/PYS/article/view/2139>
- Corcini Lopes, Maura; Cortés Salcedo, Ruth Amanda; Langer, Eduardo Daniel; Mariela Grinber; Marín Díaz, Dora Lilia; Noguera Ramírez, Carlos Ernesto; Veiga-Neto, Alfredo

- José da (2011). *Gubernamentalidad y educación. Discusiones contemporáneas*. Bogotá: IDEP.
- Crain, Patricia (1999). Childhood as spectacle. *American Literary History*, 11(3), pp. 545-553. DOI: <https://doi.org/10.1093/alh/11.3.545>
- Crow, Barbara (1998). Postfeminisms: Feminism, Cultural Theory and Cultural Forms. *Canadian Journal of Communication*, No. 3, Vol. 23. DOI: <https://doi.org/10.22230/cjc.1998v23n3a1052>
- Cunin, Elisabeth (2003). Identidades a flor de piel. Lo «negro» entre apariencias y pertenencias: mestizaje y categorías raciales en Cartagena. Bogotá: IFEA-ICANH-Uniandes-Observatorio del Caribe Colombiano.
- Cunin, Elisabeth (2008). Identidades a flor de piel. Lo «negro» entre apariencias y pertenencias: mestizaje y categorías raciales en Cartagena (Colombia). Bogotá: IFEA-ICANH-Uniandes-Observatorio del Caribe Colombiano.
- Curiel Pichardo, Rosa (2010). *El régimen heterosexual de la Nación: un análisis antropológico/lésbico-feminista de la Constitución Política de Colombia de 1991*. Tesis de Maestría en Antropología, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia.
- Daza-Orozco, Carlos Eduardo (2019). *Historia de la infancia en el cine colombiano*. DOI: <https://doi.org/10.52948/ds.v3i2.424>
- Departamento Nacional de Estadística - DANE. (2005). Boletín-Censo General 2005. Perfil Barbosa-Santander. Obtenido desde [www.dane.gov.co](http://www.dane.gov.co)
- Departamento Nacional de Estadística -DANE. (2019). *Resultados Censo Nacional de Población y Vivienda 2018 -Pereira, Risaralda*. DANE, p. 31.
- Díaz Jaramillo, José Abelardo (2013). Turmequé y élite en Bogotá: representaciones en torno al deporte chibcha en los años treinta del siglo XX. *Maguaré*, 27(2), pp. 127-165.
- Dubois, Philippe (2008). *El acto fotográfico y otros ensayos*. Buenos Aires: La marca editora.

- Duvivier, Sandra (2017). «My Body Is My Piece of Land»: Female Sexuality, Family, and Capital in Caribbean. *Callaloo*, Vol. 31, No. 4. Cutting Down «The Wrath-Bearing Tree»: The Politics Issue Published by: The Johns Hopk. 31(4), pp. 1104-1121.
- Echeverry, Juliana (2016). Propuesta teórica para abordar la telenovela en cuanto producto cultural: caso de estudio Betty la fea. *Maguaré*, 30(1), pp. 45-69.
- EFE. (2018, septiembre 1). *Belleza: Los concursos de belleza en América, a debate Público*. Obtenido desde <https://www.publico.es/sociedad/belleza-concursos-belleza-america-debate.html>
- El Tiempo. (1978, octubre 7) Inauguración de la Boutique de Barbie en Bogotá, p. 3B
- El Tiempo. (1928, noviembre 28). La hermosa velada en el colegio de la Consolación. *El Tiempo*. Obtenido desde <https://news.google.com/newspapers?nid=1706&dat=19281128&id=PH8cAAAAIBAJ&sjid=yFAEAAAAIBAJ&pg=664,4527753&hl=es>
- Equipo de Psicología y Educación, y Grupo de Trabajo sobre Niñez (2006). Conceptualizaciones de la niñez desde la lectura de las políticas públicas en infancia. *Revista de Psicología*, xv, pp. 55-64.
- Escobar, Manuel Roberto y Fundación Plan (2012). *Por ser niña: situación de las niñas en Colombia* (Fundación). Bogotá: Fundación Plan.
- Espinel González, Paula Andrea; Aparicio Soto, Diana Marcela y Mora, Angela Julieta (2018). Sector textil colombiano y su influencia en la economía del país. *Punto de Vista*, 9(13), p. 10. DOI: <https://doi.org/10.15765/pdv.v9i13.1118>
- Esteban, Mari Luz (2008). Etnografía, itinerarios corporales y cambio social: apuntes teóricos y metodológicos. *La materialidad de la identidad*, pp. 135-158. Obtenido desde <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2652045>

Esteban, Mari Luz (2013). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

EVA - Función Pública de Colombia. (2016). *Concepto Marco 07 de 2017 Departamento Administrativo de la Función Pública -EVA- Función Pública*. Concepto Personero Municipal. Obtenido desde <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=78762>

Fanon, Franz (1973). *Piel negra, máscaras blancas*, p. 192. Obtenido desde <http://www.arquitecturadelastransferencias.net/images/bibliografia/fanon-piel-negra-mascaras-blancas.pdf>

Federici, Silvia (2020). *Beyond the Periphery of the Skin: Rethinking, Remaking, and Reclaiming the Body in Contemporary Capitalism*. PM Press.

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. *Traficantes de Sueños* [En línea].

Flores, Valeria (2013). *Interrupciones: Ensayos de poética activista*. La Mondonga Dark [En Línea].

FTD (1966). *Cartilla moderna de urbanidad para niñas*. Bogotá: Editorial Voluntad.

Gallego, Gabriel (2009). *Sexualidad, regulación y políticas públicas: Borrador para discusión en el diálogo latinoamericano sobre sexualidad y geopolítica*, p. 8. Obtenido desde <http://www.sxpolitics.org/wp-content/uploads/2009/10/gabriel-gallego-sexualidad-regulacion-y-politicas-publicas.pdf>

Gamba Coy, Laurencio, y Bersoahoywiki (2015). *Todo listo para el Festival nacional del Río Suárez, del 9 al 12 de enero, en Barbosa, Santander*. *Bersoahoywiki*. Obtenido desde <https://bersoahoywiki.wordpress.com/2015/01/04/todo-listo-para-el-festival-nacional-del-rio-suarez-del-9-al-12-de-enero-en-barbosa-santander/>

García Murillo, Catherina (2014). *Imaginario diurno y nocturno de la infancia femenina: una lectura desde la obra de Gilbert Durand*. *Revista Sans Soleil -Estudios de La Imagen*, 6(1), pp. 48-71.

- García Murillo, Catherina (2014). *Cultura de chicas y efectos visuales*, p. 150. Obtenido desde <http://www.bdigital.unal.edu.co/11838/>
- Genz, Stéphanie, y Brabon, Benjamin (2009). *Postfeminism: Cultural Texts and Theories*. Edinburgo: Edinburgh University Press.
- Gill, Rosalind (2007). Postfeminist media culture: Elements of a sensibility. *European Journal of Cultural Studies*, 10(2), pp. 147-166. DOI: <https://doi.org/10.1177/1367549407075898>
- Gill, Rosalind, y Scharff, Christina (2011). *New Femininities: Postfeminism, Neoliberalism and Subjectivity*, pp. 1-336. DOI: <https://doi.org/10.1057/9780230294523>
- Giraldo Escobar, Sol Astrid (2010). *Cuerpo de mujer: modelo para armar*. Medellín: La Carreta Editores; Alcaldía de Medellín- Secretaría de Cultura Ciudadana.
- Giraldo, Isis (2019). Posfeminismo/Genealogía, geografía y contornos de un concepto. *Debate Feminista*, 59, pp. 1-30. DOI: <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2020.59.01>
- Giroux, Henry (1998). Nymphet Fantasies: Child Beauty Pageants and the Politics of Innocence. *Social Text*, No. 57, Vol. 16(4, Winter), pp. 31-53. DOI: <https://doi.org/papers2://publication/uuid/029C4B42-37E2-4A42-B006-9C4899756488>
- Giroux, Henry (2001). Breaking into the Movies: Pedagogy and the Politics of Film. *JAC*, 21(3), pp. 583-598. Obtenido desde <http://www.jstor.org/stable/20866426>
- Giroux, Henry (2009). Child Beauty Pageants - Scenes from Other America. *Truthout, Perspective*. Obtenido desde <http://truth-out.org/>
- Gómez, Edwin. (2012). *Y coroné «divino»: representación narco y narconarrativa en la televisión colombiana*. Tesis de Maestría en Estudios Culturales. Obtenido desde <http://hdl.handle.net/10554/3105>
- González, Jaime (2017, diciembre 4). Caso Yuliana Samboni: cómo el brutal asesinato de una niña indígena a manos del conocido arquitecto Rafael Uribe enfrentó a la vieja

- y la nueva Colombia. *BBC News*. Obtenido desde <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-42175862>
- Gordillo Álvarez, Inmaculada y Ramírez-Alvarado, María del Mar (2008). TV y estrategias para el fomento del consumo en las niñas. *Comunicar*, 16(31), pp. 665-671. DOI: <https://doi.org/10.3916/c31-2008-03-066>
- Grimm, Jacob y Grimm, Wilhelm. (1969). *Las doce princesas danzarinas* (Pequeños I). México: Editorial Novaro.
- Gruoso Romero, Mery (2012). *La Muñeca Negra*. Editorial Codice. Apidama Ediciones. Obtenido desde <https://en.calameo.com/read/00353712350c9d4c095>
- Grupo de Trabajo sobre el Examen Periódico Universal. (2009, enero 9). *Examen y Recomendaciones: Informe del Grupo de Trabajo sobre el Examen Periódico Universal (A/HRC/10/82)*. Naciones Unidas.
- Gutiérrez, Edgar y Cunin, Elizabeth (2006). *Fiestas y carnavales en Colombia. La puesta en escena de las identidades*. Medellín: La Carreta Editores, Universidad de Cartagena, Institut de Recherche pour le développement.
- Hakim, Catherine (2010). Erotic capital. *European Sociological Review*, 26(5), pp. 499-518. DOI: <https://doi.org/10.1093/esr/jcq014>
- Hall, Stuart (1994). *Stuart hall estudios culturales: dos paradigmas*. Obtenido desde <https://www.redalyc.org/pdf/5515/551556292010.pdf>
- Hall, Stuart y Jefferson, Tony (2006). *Resistance Through Rituals: Youth Subcultures in Post-War Britain*. DOI: <https://doi.org/10.4324/9780203357057>
- Hatch, Kristen (2015). *Shirley Temple and the performance of girlhood*. New Jersey: Rutgerspress.
- Herrera, Fabian (2017). *Virajes, familia y región: Concepción y cambios de la familia en el Eje Cafetero*. 19(2), pp. 75-92. DOI: <https://doi.org/10.17151/rasv.2017.19.2.5>
- Herrera Galvis, Susan; Lozano Ruiz, Lina Tatiana; Ortiz Gómez, Ana María; Prada Prada, Nancy (2012). A mí me sacaron volada de allá. *Relatos de vida de mujeres trans*

- desplazadas forzosamente hacia Bogotá. *Gestión Pública Alcaldía Mayor de Bogotá*. Bogotá: Alcaldía Mayor.
- hooks, bell (2018). *Reel to Real. Race, Class and Sex at the Movies*. *Genre en séries*. Routledge/Taylor & Francis Group. DOI: <https://doi.org/978-0-415-96480-7>
- Ibáñez, Ileana y Michelazzo, Cecilia (2013). Expresividades de la imagen: Régimen escópico, espacialidad y sensibilidades. *Forum Qualitative Sozialforschung*, 14(1). DOI: <https://doi.org/10.17169/fqs-14.1.1896>
- Illouz, Eva (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- INML (2012). Subdirección de Servicios Forenses. Boletín Estadístico Mensual, Centro de Referencia Nacional sobre Violencia (CRNV). Bogotá: INML.
- Kearney, Mary Celeste (1998). Review On Girls Studies. *SIGNS*, 23(3), pp. 844-849.
- Kearney Mary Celeste (2009). Coalescing: The development of Girls' Studies. *NWSA Journal*, 21(1), pp. 1-28. DOI: <https://doi.org/10.1353/nwsa.0.0065>
- Lagarde, Marcela (1993). Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. *Colección Posgrado 8*. DOI: <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Lagarde, Marcela (2005). *Los cautiverios de las mujeres*. México: PUEG, CIICH, UNAM.
- Lauretis, Teresa de (1989). La tecnología del género. *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, pp. 6-34.
- León Palencia, Ana Cristina (2012). Cartografía de los saberes y prácticas de la educación infantil femenina en Colombia: finales del siglo XIX, comienzos del siglo XX. *Pedagogía y Saberes*, 3. DOI: <https://doi.org/10.17227/01212494.37pys9.23>
- Levinas, Emmanuel (2012). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Ediciones Sígueme. Obtenido desde <http://www.casadellibro.com/libro-totalidad-e-infinito/9788430118205/2077992>

- López Pacheco, Jairo Antonio (2011). Movilización regionalista y nuevos poderes regionales: la fragmentación administrativa del Viejo Caldas y la creación de Risaralda. *Revista Sociedad y Economía*, 21, pp. 125-145.
- Maceira Ochoa, Luz (2005). Investigación del currículo oculto en la educación superior: alternativa para superar el sexismo en la escuela. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, 21, pp. 187-227.
- Martín-Barbero, Jesús (1991). *De los medios a las mediaciones*. México: Ediciones G. Gilli.
- Martínez Velasco, Miguel Ángel y Zuluaga Garcés, Olga Lucía (2020). Pasado-presente de la pedagogía infantil en Colombia: 1870-1930. Una mirada desde la memoria activa del saber pedagógico. *Secuencia*, No. 106, p. 29. DOI: <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi106.1632>
- Mazzarella, Sharon (2015). Girl Culture. *The International Encyclopedia of Communication*, pp. 1-5. DOI: <https://doi.org/10.1002/9781405186407.wbiecgo15.pub3>
- McRobbie, Angela (1991). Settling Accounts with Subculture: A Feminist Critique. *Feminism and Youth Culture*, No. 39, pp. 16-34. DOI: [https://doi.org/10.1007/978-1-349-21168-5\\_2](https://doi.org/10.1007/978-1-349-21168-5_2)
- McRobbie, Angela (1991). *Important being*, 126-128.
- McRobbie, Angela y Nava, Micca (1991). *Gender and Generation*. New York: Macmillan.
- Meertens, Donny (2000). *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales. Obtenido desde <http://www.bdigital.unal.edu.co/1345/2/01PRELO1.pdf>
- Melo Moreno, Marco Alejandro (1998). Representaciones de la sexualidad en las revistas femeninas juveniles. *Saberes, culturas y derechos sexuales en Colombia*, pp. 215-232. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Mercado, Juan Guillermo (2015, enero 31). Los reinados infantiles por dentro. *Elespectador.Com*. Obtenido desde <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/los-reinados-infantiles-dentro-articulo-541243>

- Mestre Acuña, Jorge Francisco (2017). *Hacerlas distintas para siempre: Princesas de la tradición literaria en Walt Disney Animation Studios (1937-2016)*. Obtenido desde <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/22342>
- Millán Valencia, Alejandro (2015, enero 26). Colombia: el país de la nueva Miss Universo y los miles de reinados. *BBC Mundo*. Obtenido desde [http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2015/01/150126\\_sociedad\\_reinados\\_colombia\\_amv](http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2015/01/150126_sociedad_reinados_colombia_amv)
- Minh-Ha, Trinh T. (1989). *Woman, Native, Other: Writing Postcoloniality and Feminism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Ministerio de Cultura. (2013). *Diez festivales en Colombia: valores e impacto*. Obtenido desde <http://www.mincultura.gov.co/areas/fomento-regional/Documents/MedicionFestivales.pdf>
- Ministerio de Salud y Protección Social, y Asociación Probienestar de la Familia Colombiana (Profamilia). (2016). *Colombia. Encuesta Nacional de Demografía y Salud 2015*. Bogotá: Profamilia.
- Mitchell, Claudia y Reid-Walsh, Jacqueline (2005). *Seven Going on Seventeen: Tween Studies in the Culture of Girlhood (Counterpoints)*. New York: Peterlang.
- Mitchell, Claudia y Reid-Walsh, Jacqueline (2002). *Researching children's popular culture: the cultural spaces of childhood*. Londres: Routledge.
- Montaño, John (2014, noviembre 16). Hitos y polémicas en 80 años del Concurso Nacional de Belleza. Cartagena. *El Tiempo*.
- Moreno, María (2007). *Misses y concursos de belleza indígena en la construcción de la nación ecuatoriana*, pp. 81-91. Obtenido desde <https://www.redalyc.org/pdf/509/50902808.pdf>
- Moreno Pestaña, José Luis (2004). *Cuerpo, género y clase en Pierre Bourdieu. Pierre Bourdieu: Las herramientas del sociólogo*, pp. 143-184. Madrid: Fundamentos.

- Muñiz, Elsa (2010). *Disciplinas y prácticas corporales*. Azcapotzalco: Anthropos Editorial- Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Muñoz, Cecilia, y Pachón, Ximena (1999-Octubre). La protección a la niñez: prioridad de las obras sociales en el siglo xx. *Credencial Historia*, 118. Obtenido desde <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-118/la-proteccion-la-ninez-obras-sociales-en-el-siglo-xx>
- Nasser De La Torre, Michelle Rocío (2013). Bellas por naturaleza: Mapping national identity on US Colombian beauty queens. *Latino Studies*, 11(3), pp. 293-312. DOI: <https://doi.org/10.1057/lst.2013.17>
- Nguyen, Mimi Thi (2011). The biopower of beauty: humanitarian imperialisms and global feminisms in an age of terror. *Signs*, 36(2), pp. 359-384. DOI: <https://doi.org/10.1086/655914>
- Observatorio Colombiano de Femicidios (2021). *Observatorio, Femicidios*. Obtenido desde <https://www.femicidioscolombia.org/observatorio>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. OECD (2018). A broken social elevator? How to promote social mobility. <https://doi.org/10.1787/9789264301085-en>
- Oficina de investigaciones socioeconómicas. (2019). *Informe de coyuntura económica de Risaralda 2019*. Pereira: Cámara de Comercio de Pereira.
- Ortiz, Fernando (1983). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, pp. 1-90. Editorial de Ciencias Sociales. Obtenido desde <https://libroschorcha.files.wordpress.com/2018/04/contrapunteo-cubano-del-tabaco-y-el-azucar-fernando-ortiz.pdf>
- Osorio, Camila (2011, noviembre 17). Así cambiaron los paramilitares la vida de las mujeres. *La Silla Vacía*. Obtenido desde <http://www.lasillavacia.com/historia/asi-cambiaron-los-paramilitares-la-vida-de-las-mujeres-29680>

- Osorio, Lina (2016). *La ciudad en Colombia donde nacen putas*.  
Obtenido desde <https://www.lacoladerata.co/reportajes/la-ciudad-en-colombia-donde-nacen-putas/>
- Ospina Mesa, César Andrés (2012). *Hacer ver a una nación. Cine, fotografía y gubernamentalidad en Colombia (1927-1947)*.  
Obtenido desde <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/3124?locale-attribute=es>
- Pachón, Ximena (2009). ¿Dónde están los niños? Rastreando la mirada antropológica sobre la infancia. *Maguaré*, No. 23, pp. 433-469. DOI: <https://doi.org/0120-3045>
- Pedraza, Zandra (2004). Intervenciones estéticas del yo sobre estético-política, subjetividad y corporalidad. En M. C., et al. Laverde T. (Ed.), *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas*. (pp. 61-72). Bogotá: DIUC; Siglo del Hombre Editores.
- Pedraza, Zandra (2011-diciembre). La educación de las mujeres. *Revista de Estudios Sociales*, No. 41, pp. 72-83.
- Pequeño, Andrea (2004-septiembre). Historias de misses, historias de naciones. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, No. 20, pp. 114-117.
- Pereira, Sandra; Pachón, Ximena; Montero, María Cecilia; López, Paola; Gutiérrez, Santiago; Díaz, Maritza; Correa, François; Caviades, Mauricio; Botero, Daniela y Arango, Ana María (2015). *Infancia y educación. Análisis antropológico*. Bogotá: Editorial Javeriana.
- Peres, Anselmo (2011). Género, epistemología e performatividade: estratégias pedagógicas de subversão. *Estudos Feministas, Florianópolis*, 19(2), pp. 421-449. Obtenido desde <https://www.jstor.org/stable/24327947>
- Perrot, Michelle (2009-diciembre). Mi historia de las mujeres. *La aljaba*, Vol. 13. No. 13.
- Piedrahita Alzate, María Victoria (2002-enero). Concepciones e imágenes de la infancia. *Revista de Ciencias Humanas*, No. 28. Obtenido desde <https://repository.unad.edu.co/bitstream/handle/10596/4863/514517%20infancia.pdf;jsessionid=AD379E3BA90BA17F993CF96B9E6C8FA8.jvm1?sequence=1>

- Pisano, Pietro (2019). *Blancos, no blancos, casi blancos. Cuerpo, color y belleza en Colombia, segunda mitad del siglo XX*. Tesis de Doctorado. Departamento de Historia - Universidad Nacional de Colombia. Recuperada desde <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/75792>
- Plaza, María Victoria; González Galli, Leonardo Martín; Meinardi, Elsa (2013-octubre). Educación sexual integral y currículo oculto escolar: Un estudio sobre las creencias del profesorado. *Revista Da SBEnBio*, No. 1, pp. 54-67.
- Posada, Germán (2019, junio 15). Julio E. Sánchez Vanegas: hoy desde Bogotá, mañana desde cualquier lugar del mundo. *Germán Posada. Puntual y Directo*. Obtenido desde <https://www.germanposada.com/post/julio-e-sánchez-vanegas-hoy-desde-bogotá-mañana-desde-cualquier-lugar-del-mundo>
- Quintero, Félix Leonardo (2015, enero 17). Quienes participamos en Miss Tanguita no somos prepagos. *El Tiempo*. Bogotá. Obtenido desde <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15111523>
- Ramírez, Clemencia y Mendoza, Laura (2013). *Perfil Migratorio de Colombia 2013*. Obtenido desde [www.oim.org.co](http://www.oim.org.co)
- Redacción Cromos. (2016, septiembre 15). Luz Marina Zuluaga: «Así fue como gané». *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/cromos/estilo-de-vida/luz-marina-zuluaga-asi-fue-como-gane/>
- Redacción El Heraldó. (2015, enero 14). «No prostituimos a nuestras hijas»: padre de Miss Tanguita. *Elheraldó.co*. Obtenido desde <https://www.elheraldó.co/tendencias/no-prostituimos-nuestras-hijas-padre-de-miss-tanguita-180553>
- Redacción El Tiempo. (2015, enero 13). Concurso Miss Tanguita: ICBF dice que padres de niñas podrían perder su patria potestad. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15093178>
- Redacción El Tiempo. (2005, enero 9). Los niños se toman el carnaval - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el

- Mundo desde 1990. *El Tiempo*. Obtenido desde <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1677727>
- Redacción *El Tiempo*. (2015, enero 5). 15 municipios de Santander, en ferias este puente festivo. *El Tiempo*. Obtenido desde <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1877190>
- República de Colombia. (2006). *Colombia por la primera infancia: Política pública por los niños y niñas, desde la gestación hasta los 6 años*. Ministerio de Educación Nacional. Obtenido de [https://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-177828\\_archivo\\_pdf.pdf](https://www.mineducacion.gov.co/1759/articles-177828_archivo_pdf.pdf)
- Revista *Semana*. (1982, Agosto29). 90-60-90. *Semana.Com*. Obtenido desde <https://www.semana.com/90-60-90/698-3/>
- REX. (1939). Blanca nieves y los siete enanos. *El Tiempo*. Obtenido desde <https://news.google.com/newspapers?id=b3sbAAAABAJ&sjid=TVUEAAAABAJ&hl=es&pg=3328%2C3275260>
- Rey, Germán; Rincón, Omar; Medina, Efraín y Abad Faciolince, Héctor (2002). *Culturas Simultáneas: Lecturas de la encuesta nacional de cultura 2002*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Centro Nacional de Consultoría.
- Reyes, Yolanda (2015, enero 19). La educación de las niñas. *El Tiempo*, p. 2.
- Rich, Adrienne Cecile (2003). Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence (1980). *Journal of Women's History*, No. 3, Vol. 15, pp. 11-48.
- Rigat Pflaum, María (2014). Tres actos del feminismo. Nancy Fraser y los debates feministas de los últimos 40 años. *Nueva Sociedad*, No. 251, pp. 127-135. Obtenido desde <https://nuso.org/articulo/tres-actos-del-feminismo-nancy-fraser-y-los-debates-feministas-de-los-ultimos-40-anos/>
- Rincón, Omar (2015a). Identidades en flujo, diversas maneras de ser colombianos. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, XLIX (87), pp. 53-66.
- Rincón, Omar (2015b). La televisión Colombia es de autor. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, XLIX (87), p. 87.

- Ríos Beltrán, Rafael y Cerquera Cuellar, Martha Yanet (2014). La modernización de los contenidos y métodos de enseñanza: Reflexiones sobre la Escuela Nueva en Colombia. *Revista Historia de La Educación Latinoamericana*, 16(22), pp. 157-172. DOI: <https://doi.org/10.9757/rhela.22/07>
- Rivera Cusicanqui, Silvia (2015). *Sociología de la imagen*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Riviere, Joan (1979). *La femineidad como mascarada*. Barcelona: Tusquets.
- Rodríguez, Pablo y Manarelli, María Emma (coordinadores). (2007) *Historia de la Infancia en América Latina*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Romero, Enrique (2016, febrero 25). *El paseo de olla, una popular tradición colombiana*. Fundación Aqueae. Obtenido desde <https://www.fundacionaqueae.org/paseo-de-olla-en-colombia/>
- Rodríguez, Manuel Alejandro (2017). La ideología de género como exceso: Pánico moral y decisión ética en la política colombiana. *Sexualidad, Salud y Sociedad (Río de Janeiro)*, No. 27, pp. 128-148. DOI: <https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2017.27.08.a>
- Rubin, Gayle (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. *Nueva Antropología*, VIII (30), pp. 95-144. DOI: <https://doi.org/0185-0636>
- Ruiz-Navarro, Catalina. (2015, enero 15). Miss Tanguita. CATALINAPORDIOS. Obtenido desde <https://catalinapordios.wordpress.com/2015/01/15/miss-tanguita>
- Rutter-Jensen, Chloe Ed; Bolívar, Ingrid; Cunin, Elisabeth; Rosenberg, Bobby; Morgan, Nick; Lobo, Gregory; Khittel, Stefan y Guardiola-Rivera, Óscar Eduardo (2005). *Pasarela paralela*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Ruz Rojas, Gina (2016). Cartagena: reinas, fiesta e independencia. *Credencial Historia*, No. 323. Obtenido desde <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-323/cartagena-reinas-fiesta-e-independencia>

- Sáenz, Javier (2013). La infancia de la infancia. Particularidades y efectos del discurso sobre la degeneración de la raza colombiana en los años veinte y treinta del siglo pasado. En Susana Sosenski y Elena Jackson Albarrán (Coord.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina: entre prácticas y representaciones* (pp. 209-240). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sáenz, Javier y Saldarriaga, Oscar (1997). Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946. *Book, May*, p. 629. Obtenido desde <http://es.scribd.com/doc/141191969/Mirar-la-infancia-Pedagogia-moral-y-modernidad-en-Colombia-V1#>
- Salazar Arenas, Óscar Iván (2009, junio). Paseo de olla. Etnografía mínima de una práctica urbana observada en el Parque Nacional Enrique Olaya Herrera. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, No. 8, pp. 35-59. Obtenido desde [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1900-54072009000100003](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1900-54072009000100003)
- Salazar, Eduard Fernando (2014). *De los textiles a las apariencias: Los tránsitos de la moda en Colombia entre 1970 y 1999*. Tesis de Maestría en Estudios Culturales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes. Obtenido desde [https://www.academia.edu/12139189/De\\_los\\_textiles\\_a\\_las\\_apariencias.\\_Los\\_tr%C3%A1nsitos\\_de\\_la\\_moda\\_en\\_Colombia\\_entre\\_1970\\_y\\_1999](https://www.academia.edu/12139189/De_los_textiles_a_las_apariencias._Los_tr%C3%A1nsitos_de_la_moda_en_Colombia_entre_1970_y_1999)
- Sánchez Gómez, Gregorio (1938). *Fémina*, p. 170. Cali: Sánchez Gómez Hermanos. Editorial América. Obtenido desde [http://www.idep.edu.co/wp\\_centrovirtual/wp-content/uploads/2015/12/1938%20-%20Femina.pdf](http://www.idep.edu.co/wp_centrovirtual/wp-content/uploads/2015/12/1938%20-%20Femina.pdf)
- Sandoval-Romero, Yamile (2016). *Televisión infantil en Colombia*. Caracterización desde los canales públicos, la audiencia y su programación. [Tesis Doctoral], Departamento de Educación, Universidad de Huelva. Obtenido desde <https://es.scribd.com/document/398279197/ROMERO-Yamile-TV-Infantil-en-Colombia>

- Segato, Rita Laura (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo. DOI: <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Segato, Rita Laura (2018). *Contra - pedagogías de la Crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Socioeconómicas, O. de investigaciones. (2017). *Informe de Coyuntura Económica de Risaralda 2017*, p. 16. Pereira: Cámara de Comercio de Pereira.
- Solórzano, Sofía (2021, mayo 14). Hoy cumple años Barbie, la muñeca de Mattel que mueve más de US\$1.300 millones. *La República*. Obtenido desde <https://www.larepublica.co/empresas/hoy-cumple-anos-barbie-la-muneca-de-mattel-que-mueve-mas-de-us1300-millones-3136469>
- Sosa Gutiérrez, Pedro Alexander y Chaparro Cardozo, Elver. (2014). Regímenes escópicos, disciplinamiento y sujetos. *La educación artística en la escuela colombiana. Praxis & Saber*, 5(9), pp. 211-233. DOI: <https://doi.org/10.19053/22160159.3002>
- Springer, Natalia (2012). Como lobo entre corderos. Del uso y reclutamiento de niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado y la criminalidad en Colombia. *Springer Consulting Service*, pp. 1-86. Obtenido desde [http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informe\\_comoCorderosEntreLobos.pdf](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informe_comoCorderosEntreLobos.pdf)
- Stoeltje, Beverly (2004). Beauty Pageants. Aporte a la «Encyclopedia of Sex and Gender», pp. 1-18.
- Tascón Bedoya, John, y Correa Ramírez, Jaime (2016, junio). Aproximación historiográfica a la creación del departamento de Risaralda. *Revista Gestión y Región*, No. 21, pp. 7-22.
- Taussig, Michael (2014). *La bella y la bestia: una relación aún por entender*, pp. 1-5.
- Thomas, Florance (2014, octubre 7). La insoportable «La Voz Kids.» *El Tiempo*. Obtenido desde <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-14655199>

- Thompson, Kenneth (2005). *Moral Panics*. DOI: <https://doi.org/10.4324/9780203980903>
- Toro, Rodrigo (2015). Intercambios del debate en redes sociales sobre la iniciativa de prohibir los reinados en los colegios de Risaralda [Página de Facebook]. Facebook. Recuperado 15 de julio de 2019, de <https://web.facebook.com/rodrigotoromontes/>
- Tonny. (1971, junio 7). Buzón femenino. *El Tiempo*, p. 7
- Tovar Zambrano, Bernardo (2017). Festival Folclórico de Neiva. *Credencial Historia*, 330 (Festivales), p. 2. Obtenido desde <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-330/festival-folclorico-de-neiva>
- Uribe, María Victoria (2015). *Hilando fino. Voces femeninas en La Violencia*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Uribe, María Victoria (2019). El ser ahí de las niñas durante la época de la violencia en Colombia. *Ideas y Valores*, No. 68, pp. 151-162. DOI: <https://doi.org/10.15446/ideasyvalores.v68n5Supl.80523>
- Vega Coronel, María (2011). Reinado Nacional del Bambuco año 1961. Departamento Huila. Luz Cucalón García. *Historia, Información, Turismo e Imágenes de Neiva Huila Colombia*. Obtenido desde <https://colombianeivahuila.blogspot.com/2011/07/reinado-nacional-del-bambuco-ano-1961.html>
- Velásquez Toro, Magdala (1995). Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo II. Mujeres y sociedad Vitral. Bogotá: Editorial Norma.
- Verchili Martí, Elena (2010). De la casa de muñecas al gloss. La irrupción de la industria de la belleza en la cultura mediática infantil. *Revista ICONO14. Revista Científica de Comunicación*, pp. 26-44. Obtenido desde <http://icono14.net/ojs/index.php/icono14/article/viewArticle/227>
- Viveros Vigoya, Mara (2009). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto

- latinoamericano actual. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, No. 1, pp. 63-81.
- Viveros Vigoya, Mara (2011). Relatos e imágenes del amor en la segunda mitad del siglo XX. *Historia de la vida privada en Colombia*, pp. 303-333. Bogotá: Taurus.
- W Radio. (2015, enero 16). Los otros reinados con menores de edad en Colombia. *W Radio*, Obtenido desde <http://www.wradio.com.co/noticias/actualidad/los-otros-reinados-con-menores-de-edad-en-colombia/20150116/nota/2589732.aspx>
- Wade, Peter (2000). *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Wade, Peter (2003). Repensando el mestizaje. *Revista Colombiana de Antropología*, No. 39, pp. 273-296. DOI: <https://doi.org/10.22380/2539472x.1243>
- Wade, Peter (2008). Identidad racial y nacionalismo. Una visión teórica de Latinoamérica. *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, pp. 367-390. Popayán: Enviñón Editores.
- Wade, Peter (2009). *Race and sex in Latin America*. Obtenido desde <https://www.redalyc.org/pdf/1050/105025257008.pdf>
- Wallace, Arturo (2015). Miss Tanguita: el concurso con el que Colombia tardó más de 20 años en indignarse. *BBC Mundo*. Obtenido desde [https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/01/150114\\_miss\\_tanguita\\_colombia\\_polemica\\_aw](https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/01/150114_miss_tanguita_colombia_polemica_aw)
- Waters, Hedwig Amelia (2016). Erotic Capital as Societal Elevator: Pursuing Feminine Attractiveness in the Contemporary Mongolian Global (ising) Economy. *Sociologus*, 66(1), pp. 25-51. Obtenido desde <https://www.jstor.org/stable/24755104>
- Women's Link Worldwide. (2013). *La trata y la explotación en Colombia no se quiere ver, no se puede hablar*. p. 94. Women's Link Worldwide.
- Young, Iris Marion (2005). *On female body experience: «Throwing like a girl» and other essays*. Oxford: Oxford University Press.

Zuluaga Gómez, Víctor y Granada Echeverry, Patricia (1999).  
*Génesis de un mito: la pereirana*. Pereira: Graficas Buda.

### *Videos*

Canal Capital (25 de mayo de 2021) Margarita Rosa de  
Francisco en Programa Mesa capital «Dominio Público»  
[Archivo de video]. Bogotá. YouTube. [https://youtu.be/  
FLBLYdU1UyQ](https://youtu.be/FLBLYdU1UyQ)

REC Latinoamérica. (2021, julio 24). *Muertos que hablan, espectros  
que insisten. Entrevista con María Victoria Uribe y María Acosta.*  
[Video]. Obtenido dese [https://www.youtube.com/  
watch?v=XKxg\\_qwrkkI](https://www.youtube.com/watch?v=XKxg_qwrkkI)



## Anexos

### Detalle del trabajo de campo

#### Encuentros con madres (5) - hijas reinas (5)

Código	Edad	Ciudad	Fecha	Grupo	Metodología
MNR01	45	Santa Rosa de Cabal	29/06/16	Tía (exreina de Santa Rosa) de ex-niña reina hoy de dieciséis años	Encuentro simultáneo con Tía - sobrina, registro audiovisual. Relato generado por evocación a partir de fotografías.
NR01	16	Santa Rosa de Cabal	29/06/16	Niña reina	
MNR02	37	Santa Rosa de Cabal	27/06/16	Madre de ex-niña reina hoy de quince años	Encuentro simultáneo con madre/hija. Relato generado por evocación a partir de fotografías. Registro audiovisual.
NR02	15	Santa Rosa de Cabal	27/06/16	Ex-niña reina	
MNR03	42	Vereda el Ovito, Santa Rosa de Cabal	24 /06/16	Madre de ex-niña reina hoy de veintiún años	Encuentro simultáneo con madre/hija. Relato generado por evocación a partir de álbumes fotográficos. Registro audiovisual.
NR03	19	Vereda el Ovito, Santa Rosa de Cabal	24 /06/16	Ex-niña reina de colegio y Reina de Santa Rosa	
MNR04	55	Miami	6/11/17	Madre de ex-niña reina hoy de veintinueve años	Registro audiovisual.

NR04	35	Miami	6/11/17	Ex-niña reina	Entrevista semiestructurada simultanea madre/hija. Registro de audio y fotográfico.
MNR05	29	Marsella	16/11/17	Madre de reina ocho años	
NR05	8	Marsella	16/11/17	Niña reina ocho años	

### Conversaciones informales en reinados

Código	Edad	Ciudad	Fecha	Grupo	Metodología
MNR01	45 aprox.	Bogotá	9/12/15	Madre y padre Niña Arauca	Conversación informal, observación participante como parte de la barra de la Niña Arauca, Concurso Niña Colombia 2015. Notas en diario de campo.
NR01	12	Bogotá	9/12/15	Niña Arauca	
NR01	12	Barranquilla	1/02/16	Niña reina	Colegio de Barranquilla. Conversación grupal con reyes y reinas cívicos (2016). Registro fotográfico y en audio.
NR02	15	Barranquilla	1/02/16	Niña reina	
NR03	13	Barranquilla	1/02/16	Niña reina	
NR04	16	Barranquilla	1/02/16	Niña reina	
NOR01	15	Barranquilla	1/02/16	Niño rey	
NOR02	14	Barranquilla	1/02/16	Niño rey	Desfile Carnavalito de los niños
NOR03	10	Barranquilla	2/02/16	Niño rey	
NOR04	7	Barranquilla	2/02/16	Niño rey	
NOR05	12	Barranquilla	2/02/16	Niño rey	
MN04	35	Barranquilla	2/02/16	Madre de Niña locutora del Carnavalito	Encuentro simultáneo con madre/hija. Visita en su compañía a la casa del carnaval. Notas en diario de campo.
NR04	11	Barranquilla	2/02/16	Niña locutora del Carnavalito	

Encuentros con madres feministas (3)- hijas niñas (4)

Código	Edad	Ciudad	Fecha	Grupo	Metodología
FMN01	42	Bogotá	29/06 y 22/09/2016	Feminista madre de niña de tres años	Dos encuentros en simultáneo con Madre de niña. Registro audiovisual. Relato a partir de álbumes fotográficos, juguetes y ropa.
NHF01	3	Bogotá	29/06 y 22/09/2016	Niña hija de feminista	
FMN02	43	Santa Rosa de Cabal	28 /junio/2016	Feminista madre de niñas gemelas de doce años	Dos encuentros simultáneos con: - madre/hijas gemelas. Registro audiovisual. Relato a partir de álbumes fotográficos. -Niñas gemelas. Registro audiovisual. -Conversaciones individuales con cada una.
NHF02	12	Santa Rosa de Cabal	28/junio/2016	Niña gemela de quince años	
NHF03	12	Santa Rosa de Cabal	28/junio/2016	Niña gemela de quince años	
FMN03	45	Bogotá	4/ diciembre/2016	Feminista madre de niña de siete años	Encuentro en simultáneo con madre/hija. Registro audiovisual. Relato a partir de álbumes fotográficos, libros, juguetes y ropa.
NHF04 Mar*	8	Bogotá	4/ diciembre/2016	Niña hija de feminista	

Encuentros y conversaciones con informantes clave registrados en diario de campo (15)

CÓDIGO	Edad	Ciudad	Fecha	Grupo	Motivo
FRIS01	75	Pereira	16/11/18	Feminista de Risaralda	Conocer sus impresiones sobre los reinados de niñas y sobre los hallazgos del estudio
FRIS02	58	Pereira	16/11/18	Feminista de Risaralda	
FRIS03	22	Pereira	16/11/18	Feminista de Risaralda	
FRIS04	12	Pereira	16/11/18	Feminista de Risaralda	
FRIS05	45	Pereira	16/11/18	Feminista de Risaralda	
IG1-FHR	45	Bogotá	28/01/15	Informante Genealogía Feminista hija de madre reina del Tejo	Recopilar información para la construcción de la Genealogía de los reinados de niñas. (Registro en audio*)
IG2-EXNR	42	Bogotá	28 /06/18	Informante Genealogía ex niña reina de la simpatía 4to. grado *	
IG3-EXR	65	Bogotá	29 /06/15	Informante Genealogía Docente Antropóloga Fem- Ex Reina de los estudiantes	
PNR01	45	Bogotá	4 / 12/18	Preparadoras de reinas	Conocer el proceso de preparación de niñas reinas (Registro en video*)
PNR02	24	Santa Rosa de Cabal	29 /06/16	Preparadores de reinas *	
PNR03	27	Cartago	30/06/16	Preparadoras de reinas	

P01	25	Santa Rosa de Cabal	17/11/18	Personalidades Concejal*	Personas que desempeñan roles decisivos en la realización de los reinados (* telefónica)
P02	49	Bogotá	27/06/18	Personalidades Actriz Fem - Exreina	
P03	49	Barranquilla	3/02/16	Personalidades Creador del Carnaval Cívico	
P04	65	Barranquilla	2/02/16	Personalidades Creador del Carnavalito de los niños	
P05	15	Santa Rosa	28/jun	Personalidades Personera Colegio	
P06	50	Bogotá	9/12/15	Personalidades Creadora reinado Niña Colombia	



## Índice de imágenes

IMAGEN 1. Cartografía de mi trabajo etnográfico en Colombia.....	43
IMAGEN 2. Cartografía de mi trabajo etnográfico en Risaralda.....	45
IMAGEN 3. Perfiles.....	46
IMAGEN 4. Mirar, 2018.....	48
IMAGEN 5. Tras bambalinas.....	52
IMAGEN 6. Genealogías de la feminidad en Colombia.....	55
IMAGEN 7. Reina Local del Tejo, ¿1959?.....	59
IMAGEN 8. Cartel publicitario del concurso Niña Colombia 94-95 (2015).....	60
IMAGEN 9. Reina de los estudiantes y su corte en los juegos florales. Escaleras del Teatro Heredia, hoy Teatro Mejía (1911).....	67
IMAGEN 10. Portada de <i>Fémina</i> (1950).....	77
IMAGEN 11. Reginidad.....	80
IMAGEN 12. Reina de la realeza: Una Señora Dama.....	88
IMAGEN 13. Suramérica joven y bella: ella es Colombia (2021).....	94
IMAGEN 14. <i>The Colombian Little Sister</i> .....	98
IMAGEN 15. Puericultura, higiene y maternaje, 2021.....	104
IMAGEN 16. La maestra moderna y la educación de las niñas, 2021.....	105
IMAGEN 17. La niña mal educada, 2021.....	108
IMAGEN 18. Shirley Temple: la estrella infantil.....	112
IMAGEN 19. Las primeras huellas de las niñas modernas.....	117
IMAGEN 20. La vida social de las niñas.....	119
IMAGEN 21. Desfiles de moda infantil 60-70. Cali, Girardot, Bogotá.....	121
IMAGEN 22. Academia Nosotras. Modelaje, gimnasia sueca y glamour, 1967.....	122
IMAGEN 23. Beca para niña con físico aceptable.....	123
IMAGEN 24. Las activistas, 1969.....	125
IMAGEN 25. Las estrellas infantiles deportivas, 2021.....	126
IMAGEN 26. <i>Little Sisters</i> .....	131
IMAGEN 27. <i>Little Sisters vs. The Little Queen</i> .....	133
IMAGEN 28. Reina de la simpatía.....	140
IMAGEN 29. La feminidad infantil como <i>target</i> .....	141

IMAGEN 30. Nuestra princesa viene en camino.....	146
IMAGEN 31. Trilogía de princesas .....	150
IMAGEN 32. El Carnavalito de los Niños.....	154
IMAGEN 33. Buena pasarela.....	156
IMAGEN 34. Segmentación .....	159
IMAGEN 35. Eligiendo .....	165
IMAGEN 36. Pedagogías de la reginidad.....	166
IMAGEN 37. Aprincesamiento .....	171
IMAGEN 38. Yo, niña.....	177
IMAGEN 39. Maternar la feminidad, I .....	186
IMAGEN 40. Maternar la feminidad, II.....	190
IMAGEN 41. Maternar la feminidad, III .....	192
IMAGEN 42. Reinita .....	194
IMAGEN 43. Entre <i>champions</i> y <i>little princess</i> , 2019 .....	196
IMAGEN 44. Música, 2019 .....	199
IMAGEN 45. Muñeca negra.....	200
IMAGEN 46. Corona, 2016 .....	203
IMAGEN 47. Trama de sentidos .....	206
IMAGEN 48. Reinado Miss Tanguita, 2015.....	212
IMAGEN 49. Cartel promocional de Miss Princesita Real, adherido a un poste de luz en las calles de Bucaramanga, 2015 .....	220
IMAGEN 50. Princesa.....	227
IMAGEN 51. El Carnaval de los Niños 2016, 2021.....	230
IMAGEN 52. Espectadora de la Guacherna, 2016.....	233
IMAGEN 53. Perspectivas.....	236
IMAGEN 54. La foto con la reina .....	237
IMAGEN 55. Espectadora de la lectura del bando y la coronación, 2016.....	239
IMAGEN 56. Coronación y lectura del bando del rey y la reina del Carnavalito de los Niños.....	242
IMAGEN 57. La reina del Carnaval, 2018 .....	244
IMAGEN 58. Capitana, 2018.....	246
IMAGEN 59. Bailar, 2018.....	249
IMAGEN 60. Certamen Niña Colombia, 2015 .....	254



IMAGEN 61. Puerta de ingreso a una agencia de preparación de reinas y modelos (2015) .....	257
IMAGEN 62. Mapa del Eje Cafetero .....	259
IMAGEN 63. Candidatas a Señorita Colombia, 1932 y bacanales en Pereira .....	262
IMAGEN 64. Trasteo en la Virginia, 2018 .....	271
IMAGEN 65. Miss Universo colombianas, 2021 .....	276
IMAGEN 66. Tres generaciones, 2021 .....	280
IMAGEN 67. Orgullo Santa Rosano .....	284
IMAGEN 68. Entrenamiento para el reinado del Colegio .....	292
IMAGEN 69. Censura .....	293
IMAGEN 70. Pieza comunicativa de difusión del encuentro de mujeres de Risaralda, 2018 .....	304
IMAGEN 71. Reinas de Marsella .....	309
IMAGEN 72. El camino .....	316
IMAGEN 73. Equilibrio .....	323

## Índice de tablas y gráficos

GRÁFICO 1. Ganadoras de Niña Colombia 1987-2017 por ciudad/departamento .....	252
GRÁFICO 2. Empresas inscritas en Santa Rosa de Cabal, activas en la cámara de comercio y dedicadas al cultivo de la belleza. Fuente: Datos abiertos, Cámara de Comercio, Gobierno de Colombia. ....	278

## *Nota sobre la autora*

Marina Bernal es mexicana residente en Colombia. Doctora en Antropología de la Universidad Nacional de Colombia (UNAL); magíster en Antropología de la Universidad de los Andes; y licenciada en Psicología de la Universidad Iberoamericana (Ciudad de México), en la que también cursó el diplomado Exclusión social y encierro: psicoanálisis y derecho. Investigadora reconocida por Colciencias, forma parte del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género (GIEG) de la UNAL, la Red de Mujeres Unidas por la Educación (MuXEd, México) y el Grupo de Género, Ciencia y Tecnología de LAIGN (Yale).

Es docente universitaria, psicoterapeuta, consultora independiente y creadora audiovisual. Actualmente se desempeña como investigadora experta cualitativa para el Instituto de Investigación Educativa y Desarrollo Pedagógico (IDEP), luego de fungir como consultora e investigadora senior del caso Colombia en un estudio regional sobre impunidad hacia las violencias basadas en el género, para una instancia internacional.

Su trayectoria profesional de más de veinte años se ha caracterizado por un diálogo ininterrumpido entre la investigación interdisciplinaria, las prácticas educativas y formativas intra y extraacadémicas, y el activismo y la acción colectiva para el avance de los derechos humanos, la justicia de género, la educación y la transformación cultural. Ha estado involucrada en diversos movimientos sociales —feministas, de diversidades sexuales y de género, de jóvenes— y está convencida de la necesidad de construir puentes intermovimientos, y redes de colaboración entre ámbitos académicos, de sociedad civil organizada y públicos, tanto a nivel local, como nacional e internacional.

Ha invertido una parte sustancial de su vida en conocer, acompañar y aprender de las experiencias subjetivas de niñxs, jóvenes, mujeres, personas con experiencias de tránsito en el género y personas con identidades de género y orientaciones sexuales no normativas.

Como docente universitaria, ha impartido cursos de pregrado y posgrado como: Didácticas en educación especial, Diseños metodológicos en investigación educativa, Praxis integral en primera infancia, Maestros y escenarios educativos, Praxis pedagógica con enfoque diferencial, Epistemología de la diferencia, Metodología e infancia, Género y estudios de las niñas.

Sus intereses investigativos incluyen temas relacionados con infancia, género y estudios socioculturales sobre las niñas; educación, género, prácticas pedagógicas y formación docente; teorías de género y sexualidades; antropología y estudios críticos feministas y de lo visual; y sexualidades, género, ciudadanía y derechos humanos.

Ha publicado trabajos académicos, informes de investigación y materiales didácticos y pedagógicos sobre estos temas. El más reciente, un capítulo sobre identidad de género e identidad docente que hace parte de un libro editado por la UNAM y la UIA de México. Este libro, *Reinitas*, recoge los resultados de su investigación doctoral, cuya tesis obtuvo distinción meritória por la UNAL.





# REINITAS

**Feminidad, niñas y  
belleza en Colombia**

FUE COEDITADO POR EL INSTITUTO COLOMBIANO DE  
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA (ICANH) Y EL CENTRO  
EDITORIAL DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA.

EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON  
CARACTERES ANCIZAR SERIF, FRANCES, MULISH, FUTURA,  
DM SANS, MUSEO SLAB, TRATTATELLO Y BARLOW.

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN BOGOTÁ, EN LA  
IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA, EN FEBRERO DE 2026.

# REINITAS

En los reinados infantiles en Colombia se revela mucho más que una competencia de belleza: emerge un complejo entramado de aspiraciones, pedagogías, afectos y tensiones donde se tejen la feminidad, la infancia y el entramado cultural de la nación. Este libro, fruto de un riguroso trabajo de campo etnográfico, explora cómo los cuerpos de las niñas se convierten en escenario y lenguaje de disciplinamientos y resistencias.

A partir de una mirada feminista y antropológica, la autora recorre los reinados de diferentes regiones del país, dialogando con niñas reinas, sus familias, organizadores y feministas, para desentrañar los sentidos que adquieren el «aprincesamiento» y la reginidad en la cultura colombiana contemporánea. Su apuesta no solo es analítica, sino también política: cuestiona la forma en que se imbrican raza, género, sexo y edad en la memoria corporal para pensar lo que significa «ser y devenir niña» en Colombia. Entre coronas, cámaras y pasarelas, esta investigación nos invita a mirar críticamente cómo se fabrica —y cómo se habita— la idea de la niña reina, y con ella, la idea de niña. Con sensibilidad y compromiso, el libro propone un viaje a los bastidores de la cultura nacional, donde la belleza se vuelve espejo, y las niñas, su reflejo menos revelado.

Mara Viveros

  
colección  
**FUERA DE SERIE**

